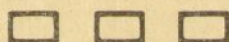






# LA PROFECIA ≡ ≡ DE DON JAUME

**ERRATA IMPORTANTE.**— 7.<sup>a</sup> línea, 2.<sup>a</sup> columna, pág. 46 y final nota pág 47:  
donde dice hierro, léase helio.



Es propiedad. Prohibida la repro-  
ducción, incluso la "cinematográ-  
fica", sin permiso del autor. :-:

# BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS»

Pesetas.

I.—DE LOS ANDES AL CIELO. — Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII»..... Tercera edición.	4
II.—DEL OCÉANO A VENUS.—Segunda etapa de la misma obra, tercera ídem.	4
III.—EL MUNDO VENUSIANO.—Tercera y última etapa de la misma obra, tercera ídem.	4
IV.—LA DESTERRADA DE LA TIERRA.—Primera parte.—EL MUNDO-LUZ.	4
V.—EL MUNDO-SOMBRA.—Segunda parte de la anterior.....	4
VI.—EL AMOR EN EL SIGLO CIENT.....	4
VII.—LA MAYOR CONQUISTA.—Primer episodio: LOS VENGADORES.....	4
VIII.—POLICÍA TELEGRÁFICA.—Segundo episodio de la anterior.....	4
IX.—LOS MODERNOS PROMETEOS.—Tercer y último episodio de la anterior.....	4
X.—LOS NÁUFRAGOS DEL GLACIAR.—Primera jornada de Tierras Resucitadas.....	4
XI.—ANA BATTORI.—Segunda jornada de la anterior.....	3
XII.—EL GUARDIÁN DE LA PAZ.—Última ídem ídem.....	3
XIII.—LAS PISTAS DEL CRIMEN.—Primer episodio de EL CRIMEN DEL RAPIDO 373..	4
XIV.—LA CLAVE DEL CRIMEN.—Segundo ídem de ídem.....	4
XV.—LA PROFECIA DE DON JAUME.—Primera etapa de «Segundo Viaje Planetario».	4
XVI.—En preparación.—EL HIJO DE SARA.—Segunda ídem de ídem.....	4

(Seguirán otras muchas a razón de dos a cuatro por año.)

## OTRO GRAN EXITO

MODERNAS BRUJERIAS DE LA CIENCIA. -- Charlas vulgares. 6 ptas.

## OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

LITERARIAS	Pesetas.		Pesetas.
EUGENIA.—Novela.....	3	LA VERDAD DE LA GUERRA.—Versión del inglés. (Agotada.)	
LA PRIMA JUANA.—Novela, dos tomos. ..	3	LAS CAUSAS DEL DESASTRE.—Con seudónimo Ignotus. (Agotada.)	
BOSQUEJOS.—Cuentos.....	3	LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN.—(Agotada.)	
CORAZONES BRAVÍOS.—Cuentos.....	1	EL PLEITO DEL REGIONALISMO.—Con seudónimo Don Nuño. (Agotada.)	
CUENTOS ESTRAFALARIOS DE AYER Y MAÑANA.—(Agotada.)		LA ENFERMEDAD DE LA PESETA.....	2
REMEDIO CONTRA CEGUERA.—Comedia en dos actos. (Agotada.)		LO QUE PUEDE ESPAÑA.....	1
LA NIETECILLA.—Idem en ídem, ídem.			
IN ARTÍCULO MORTIS.—Idem en un acto, ídem.		CIENTÍFICAS	
PREOCIDAD.—Idem en ídem, ídem.		PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN.—Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes. (Agotada.).....	50
MACBETH.—Versión de la tragedia de este nombre, de William Shakespeare.....	2	LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS.—De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes. (Agotada.).....	30
OBRAS DRAMÁTICAS.—El salvaje, Luz de belleza.....	2	AGENDA DEL TOPOGRAFO.....	7
EL FIN DE LA GUERRA.—Con el seudónimo Ignotus.....	3,50	ESPAÑA EN MARRUECOS.—Mapa de la zona de influencia española.....	3
MORALES, SOCIALES Y POLÍTICAS			
EL CREDO Y LA RAZÓN —Segunda edición. (Agotada.).....	3		

PIDANSE EN TODAS LAS LIBRERIAS o al autor, Princesa, 12.—MADRID

# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>		<u>Páginas</u>
I.—Unas extrañas perturbaciones radiotelegráficas.....	5	XVI.—Doble monólogo ( que vale por un diálogo.....	54
II.—A luengos mundos, grandes mentiras.....	6	XVII.—El tirano y sus víctimas...	59
III.—Una escandalosa controversia y unos platónicos amores.....	9	XVIII.—Se descubre el pastel.....	62
IV.—Remordimientos y profecías de Ripoll.....	11	XIX.—La planetaria perturbación de Carlos.....	65
V.—Una escapatoria del Presidente del T. I. de V. P. ...	14	XX.—De cómo del amor nace un invento.....	68
VI.—Cómo con parentescos pegadizos puede formarse una amante familia.....	18	XXI.—Un paseo por el arco iris..	70
VII.—La confesión de Don Jaime.	21	XXII.—La pistola estelar de Maripepa.....	74
VIII.—Pájaro sin alas.....	24	XXIII.—Donde Luisilla recobra su muñeco.....	77
IX.—Que de sabios es mudar de consejo.....	28	XXIV.—Luz de lo alto y voz de lo hondo.....	81
X.—El drama de la desterrada.....	31	XXV.—Los observatorios se conmueven.....	84
XI.—Un piojillo, una hormigá y un caballo inventan la telegrafía planetaria.....	34	XXVI.—Voz de ultramundo.....	87
XII.—Artillería radiotelegráfica..	37	XXVII.—Don Senén teme haber hecho una tontería.....	91
XIII.—Hijo de dos madres.....	43	XXVIII.—Maripepa toma una calculista.....	93
XIV.—Don Jaime pasa una mala mañana.....	46	XXIX.—El padre y la hija.....	95
XV.—El primer vuelo de Carlos.	50	XXX.—Hijo y madre.....	99
		XXXI.—De cómo era forzoso que viajaran Luisa o Carlos..	102
		XXXII.—Los mundos hablan.....	107
		XXXIII.—Todos contentos.....	110

# LA PROFECIA DE DON JAUME

PRIMERA ETAPA

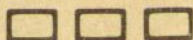
DE

## SEGUNDO VIAJE PLANETARIO

POR

### EL CORONEL IGNOTUS

(JOSE DE ELOLA)



UNAS EXTRAÑAS PERTURBACIONES RADIOTELE-  
GRÁFICAS

En la tercera decena de enero del año 2204 todas las grandes estaciones radiotelegráficas de este mundo, en que estamos, comenzaron a ser insistentemente perturbadas con intrusiones cotidianas de ondas eléctricas de origen desconocido.

Si a la llegada de éstas se hallaban los teléfonos receptores recibiendo despachos, entremezclábanse las ondas intrusas con las portadoras de ellos, desnaturalizando los sonidos telefónicos e impidiendo las comunicaciones; y de hallarse dichos auriculares inactivos, por no llegar entonces a ellos ningún mensaje, sonaban sus vibrantes placas con oscuro murmullo, que duraba un minuto, seguido de otro minuto de silencio. En pos del cual volvían a sonar de igual manera, durante el mismo tiempo. En total tres minutos, medidos con exactitudes no discrepantes en un solo segundo.

Las primeras manifestaciones del fenómeno, verdaderamente acreedor al calificativo de extrañísimo, fueron observadas a las ocho y diez de la noche del 20 de enero, y las últimas a las siete y cuarenta y seis de la del 13 de febrero.

Pasada esta fecha cesaron por completo las perturbaciones. Cuyos singulares por menores no fueron puntualmente aquilataados en los primeros días de ellas; mas siendo inconfundibles con las habituales engendradas en radiotelegrafía por ondas pa-

rásitas, o por interferencias de las correspondientes a diversas estaciones emisoras, y habiéndose repetido veinticuatro veces, en otros tantos días, en todos los aparatos receptores cuya potencia pasaba de mediana, hubo tiempo sobrado para puntualizar las indicadas particularidades.

Echóse así de ver, además de lo dicho, que los intervalos, en cada estación transcurridos, entre dos consecutivas perturbaciones, eran, *no de veinticuatro horas, sino de veintitrés y cincuenta y nueve minutos*. Con lo que, a minuto de adelanto por día, fué paulatinamente pasando la hora del incomprensible fenómeno de la de las ocho y diez, el 20 de enero, a las siete y cuarenta y seis del 13 de febrero.

Aun cuando por su escasa duración no produjeron los gruñidos telefónicos trastornos de entidad en los servicios telegráficos mundiales, preocuparon mucho a los más conspicuos telegrafistas. Principalmente, al ver que no eran fortuita anomalía, sino cronométricamente regulada interrupción de la aptitud receptora de todos los aparatos de las grandes estaciones.

No faltó, en un principio, quien atribuyera el hecho a travesura de algún guasón, que a la hora indicada lanzara al espacio ondas de longitud discorde con las de las exigidas para buena recepción en todas y cada una de las estaciones perturbadas, y suficientes para entorpecerla durante aquellos tres únicos minutos en cada veinticuatro horas.

Pero, sobre no conocerse estación capaz de hacer llegar sus ondas a todas las del globo, fueran las que quisieran sus distancias a ellas, flaqueaba la explicación por

partir, de ligero, del supuesto de que todos los aparatos perturbados *oían a la vez* los murmullos telefónicos. Error grosero, porque cuando a las ocho de una noche, por ejemplo, en los relojes de la "Telerradio", de México, gruñían sus teléfonos, hacía ya 2 horas y  $3/4$ , 6 y  $1/2$ , 8 y  $1/2$ , 14 y  $1/2$  y 22 y  $1/2$  que, respectivamente, habían gruñido los de las estaciones de Buenos Aires, Madrid, Costantinopla, Manila y San Francisco de California. Todos a las ocho también de los respectivos relojes de dichas poblaciones. Pues que los de diversos lugares repartidos en toda la redondez terrestre marcan en los mismos instantes horas escalonadas entre cero y veinticuatro.

Nadie hizo caso, pues, del supuesto telegrafista travieso que, para fastidiar tres minutos por día, a los otros, no habría podido apartarse de su bromista aparato ni una sola hora en los veinticuatro días que duró el fenómeno.

¿Una perturbación atmosférica o, mejor dicho, etérea? Se preguntaron los eminentes físicos a quienes los telegrafistas llamaron en su auxilio. No; porque no podía suponerse que siendo con respecto al mundo permanente el fenómeno, puesto que en él duraba veinticuatro horas diarias, fuese en cada lugar de él intermitente y breve, y se manifestara, no a la vez en todos, sino cuando en cada uno habían transcurrido unas ocho horas de sus respectivos medio-días.

¡El Sol, el Sol debe de andar en ello!, exclamaron, dándose las de perspicaces, quienes primero repararon que en todas las estaciones se producía el hecho al llegar los meridianos de ellas a una misma posición con respecto a aquel astro: que eso significa igual hora para todos. Pero en seguida se cayó en la cuenta de que, estando siempre dichas posiciones en el hemisferio no alumbrado por el Sol, sería injusticia echarle culpas de las que había de estar perfectamente limpio.

En tales dudas pasó el 13 de febrero y con él los murmullos, no oídos ya en los siguientes días. Y temiendo los sabios que no iban a atinar en el quid del porqué, aprovecharon no ser ya de actualidad el caso para no hablar más de él.

Pero no contaron con que el 29 de marzo, aunque no a las ocho de la noche, sino a las 4 y 14 de la madrugada, surgió nuevamente el enigma, en todo igual por naturaleza y duración al de meses atrás; y de

nuevo se repitió diariamente en otras veinticuatro fechas hasta el 22 de abril, a las 3 y 50. Sin otras diferencias que las de las horas del fenómeno; estar, las de un día y otro, entre sí separadas veinticuatro más un minuto, en vez de veinticuatro menos uno; y la de que los murmullos pasados habían ido creciendo en intensidad desde el 20 de enero al 13 de febrero, en tanto los de ahora decrecieron desde el 29 de marzo al 22 de abril.

La que en un principio fué sólo sorprendente peripecia de transmisión, no comprendida por los telegrafistas, subía a problema desconcertante para los muchos sabios que tomaron ya a pecho el descubrir la entraña del fenómeno, o siquiera bilvanar presentable hipótesis acerca de sus causas. Que si no verdaderamente cierta, tuviese al menos apariencias de serlo. Procedimiento usual de aquellos ínclitos varones para explicar a los indoctos muchas cosas que ellos mismos ignoran (1).

Ni aun recortando así su aspiración daban los sabios con hipótesis que apenas levantada no se les cayera, cuando los sorprendió, escandalizándolos, un folleto, tan repleto de ciencia como de descomedimientos, en donde un celeberrimo astrónomo, el Sr. Ripoll, desahogaba rencores de ayer e irascibilidades de siempre sobre sus colegas de sabiduría, llamando ignorantes y estultos a las más empinadas lumbreras científicas. Cortas de vista y flacas de meollo, en su entender, por no haber conocido que los perturbadores murmullos eran, aunque ininteligibles, por lo pronto, telegráficos cuchicheos que al oído de la Tierra bisbiseaba Venus.

## II

### A LUENGOS MUNDOS, GRANDES MENTIRAS

Para decir quién era el autor del folleto, e importante personaje de esta historia, forzoso es contar otra, aun cuando brevemente.

(1) Impórtame hacer constar que al divulgar el anterior secreto no lo hago en menosprecio de los hondísimos saberes indispensables para levantar las hipótesis que, a falta de conocimiento de las causas finales, constituyen las ciencias; sino no más para hacer ver que es transitoria la verdad científica; cambiante con las épocas, cuando nuevos progresos derrumban viejas teorías de ayer para reemplazarlas con otras de hoy. Que a su vez, bien lo saben los sabios, y hasta lo reconocen, serán mañana abandonadas como falsas. Pues el único sabio que no hace hipótesis porque *lo sabe todo* es El que *todo* lo creó.



El regreso a la Tierra del autoplanetoide A-1, primer aviestelar que, en el año 2188, dieciseis antes de las perturbaciones telegráficas citadas, surcó las extraterrestres extensiones de nuestro sistema solar, e hizo prolongada etapa submarina en el planeta Venus, debía de haber sido el más resonante acontecimiento de cuantos registran los fastos de este mundo sublunar. No solamente como insólita hazaña, muchísimo más épica que las más sonadas de la mitología embustera, sino por ser lo razonable suponerla punto de partida del establecimiento de regulares comunicaciones entre los mundos hermanos, con los que compartimos calor y luz de un mismo Sol; y porque, además de esto, los eminentes sabios que, en el tal autoplanetoide, fueron a Venus, y de allá regresaron, hicieron en su viaje observaciones y descubrimientos de altísimo interés y valor inestimable.

Tan inestimable como inestimado; pues aquel copiosísimo caudal, capaz de promover insospechados y gigantescos avances en diversas ciencias, fué mirado con el más olímpico desdén por casi todos los sabios terrestres que, no habiendo concurrido a la expedición planetaria, negaron crédito a lo relatado por los colegas suyos que la realizaron. Agraviando con ello injustamente a aquel plantel de concienzudas abejas del progreso científico.

¿Fué incomprensión de los padres graves del humano saber, en que amenudo ha tropezado, según la historia enseña, el genio de descubridores e inventores?... ¿Fué envidia de endiosados santones, no resignados a consentir que otros nombres oscurecieran el científico crédito de los suyos?

De todo hubo. Pues conviene advertir que el abundoso bagaje de observaciones y experimentos de los cielos traído por los calumniados invalidaba las explicaciones de no pocos fenómenos astronómicos, eléctricos, químicos, etc., dadas por los prohombres que motejaban a los descubridores de haber fantaseado su cosecha planetaria, con el fin de adornarse de falsos oropeles.

La historia, cual vieja que chochea, se repite: aquellos hombres eran encarnación de la honradez y la sinceridad, ¡y a su retorno del glorioso viaje sideral los trató peor el mundo que en tiempos a Cristóbal Colón!

Peor, sí; pues a éste lo tacharon de iluso e ignorante, cuando aun no había descubierto un continente: mas cuando re-

gresó con oro, plantas, animales e indios de las ignotas tierras, nadie dudó que hubiese estado en ellas; en tanto los colegas envidiosos de los preclaros sabios regresados de Venus llevaron su osadía hasta negar ida, estancia y regreso.

Verdad que los exploradores planetarios no traían indios, y no era culpa de ellos, pues no los había en Venus, ni muestra alguna de mujeres ni hombres, aunque no fueron indios; mas presentaban copiosa y extraordinaria colección de ejemplares de rocas y plantas, de peces y crustáceos, en la Tierra completamente exóticos, por haber sido recogidos en lo profundo de los océanos de la estrella vespertina. Todo lo cual constituía prueba fehaciente de que allí habían estado.

Pues ni esto les sirvió. Porque sabiéndose, y no ocultándolo ellos, que antes de remontarse a las estrellas había pasado el autoplanetoide varios días en nuestro Océano Pacífico, y sumergiéndose más de cuatro kilómetros por debajo de sus olas, donde jamás llegara ningún buzo, dió la envidia por hecho que peces, rocas y algas debían pertenecer a la fauna y la flora de las grandes profundidades submarinas de la Tierra.

Esto dijeron despechados sabios, coreados por ligereza de ignorantes. Pues la plebe, propensa siempre a exaltar hombres a ídolos, complácese, cuando los ve encumbrados, en derribarlos de sus pedestales. Poniendo en tal afán sañudo goce que sobrepasa los anteriores entusiasmos.

Así, entre desleal emulación de doctos e irreflexiva propensión del montón de ignorarios, lograron que, salvo para exigua minoría de cultos y de indoctos, quedara desareditada como embustera fábula la maravillosa expedición eteronáutica del autoplanetoide de la insigne María Pepa Bureba. De cuya certeza no tienen duda alguna quienes han leído "Los Viajes Planetarios en el Siglo XXII".

La denigratoria campaña de quienes, sin molestias ni riesgos, se quedaron en sus laboratorios y en sus cátedras de aquí abajo, mientras los otros se lanzaban a peligros horrendos, que ahora no puntualizo, por haberlo ya hecho en los citados viajes, no tuvo excusa alguna. Mas si he de ser veraz debo reconocer que la cruzada de descrédito se cimentaba en hechos adecuados para hacer creer a las gentes sencillas que el viaje a Venus era una impostura. Base ofrecida por los mismos expediciona-

rios retornantes que, con las solas excepciones de la inventora y capitana y de sus sapientísimos auxiliares, Ripoll, Haupt Fognino y Fairelo, se dejaron llevar de la debilidad—frecuente en no pocos viajeros, afanosos de asombrar a las gentes con portentos de luengos y desconocidos países—de exagerar verdades y enredarlas con patrañas invenciones.

Y siendo los viajeros doscientos y perteneciendo a numerosas nacionalidades, como los que en el autoestelar volvían de Venus, sin tener muchos de ellos común idioma en que pudieran entenderse, no era posible establecieran concordancia entre sus individuales fantasías. Más descabelladas y divergentes según pasaba tiempo, desde que cada uno tomó el camino de su patria y su casa, e iban aumentando las distancias que los separaban de sus compañeros de expedición.

Entre las muchas mentiras que sobre Mercurio, Venus y los espacios interplanetarios fueron por el mundo esparciendo, en periódicos, conferencias y conversaciones, con mengua del concepto de veraces de quienes fueron directores de la expedición, tuvieron singular relieve, por su flagrante incompatibilidad, las relativas al punto que más curiosidad inspiraba a los terrestres: el de si había, y cómo eran, o si no había, habitantes en Venus.

Que allá los hay, y como son y viven, sábenlo bien mis habituales lectores. Mas también saben que, a causa de peripecias y catástrofes, a las que de milagro escapó el novimundo, o autoplanetoide, solamente una de las doscientas personas que de la Tierra salieron, y única que en Venus se quedó, había visto y tratado a los hombres venusianos. Siendo, por tanto, únicamente ella quien podría, a cesar su destierro, dar noticia aquí abajo de las gentes y las sociedades de allá arriba.

Pero el destierro no era fácil cesara; porque el segundo viaje a Venus, que al finar el primero crefase en la Tierra próximo suceso, no era presumible llegara a realizarse. Pues para ello era premisa indispensable la confianza en el éxito feliz del primero, negado cual patraña. Al parecer con fundamento, pues no eran para hacer creer en él los peleantes embustes de los expedicionarios.

Sin hablar ahora sino de los forjados sobre la venusiana humanidad, diré, que creyéndose los narradores desairados si no daban la menor noticia de ella, y avorran-

chando la declaración de la capitana, acerca de indicios de ciudades y de extraños vehículos de transportes aéreos, entrevistados por ella, cuando, antes de sumergirse en los mares del planeta, volaba en torno y cerca de continentes y océanos, en busca de lugar de aterrizaje, fantaseaban aquellos impostores, y cada uno a su modo, sobre el apasionante tema: afirmando haber visto hombres y mujeres, y palacios, y barcos y automóviles y hasta partidas de un deporte parecido al *foot-ball*.

Nadie llevó su descaro a afirmar haber entrado en relaciones con los inventados venusianos, mas no faltaron quienes aseguraran haberlos visto a distancias suficientemente cortas para darse razón de como eran. Y ahora llega lo peor, y más dañino para que el arribo a aquel mundo y la estancia en él, fueran tenidos por tan ciertos cual fueron. Pues un trapalón pintaba a los hombres de Venus semejantes en todo a los de la Tierra, pero gigantescos, y otro fantaseador los había visto enanos; éste les suprimía las narices, aquél los desorejaba; y estotro trapacero les ponía la cabeza entre muslos y pecho, los vientres encima de los hombros, y en los vientres las bocas. La inventiva de los embaucadores más osados prendía alas en metálicos cuerpos, o les prestaba formas de terribles endriagos, cual pudiera forjarlos la imaginación prolífica de un Gustavo Doré. Mas con variantes de uno a otro embustero, la mayoría de ellos parecía inspirarse en el tipo de los marcianos inventados por Wells en una célebre novela.

¿Quién, ante discordancias de tal bulto, podía creer en los venusianos?... No es mucho que quienes tan dispares los pintaban fueran tenidos por descarados impostores.

De reputar impudente invención la existencia de los venusianos, a tener por fingido todo el viaje y por amañadas simulaciones los descubrimientos de los pocos en cuyas bocas hablaba la verdad no había sino un paso que pronto dió, no todo, pero casi todo el mundo (1).

(1) La literatura geográfica de lejanos tiempos hormiguea en descubrimientos apócrifos, cuya lista sería larguísima. Mas tales debilidades, por no darles más feo nombre, no aquejaron tan sólo a remotos viajeros; pues de estos tiempos es la superchería del Doctor Cook, que mientras Peary hacía el viaje que lo llevó al polo norte (6 de abril de 1909) se daba por el mundo tono de haberlo él descubierto.

En tal estado tomaron el asunto por su cuenta escritores biliosos y dibujantes satíricos, que en poco tiempo derribaron de sus gloriosos pedestales a los que habían sido llamados: "¡Más que benefactores de la humanidad, benefactores del sistema planetario!"

Así somos los hombres; a lo menos en este planeta. ¡Sacrifíquese usted por el sistema planetario!

\*  
\*\*

Entre los pocos creyentes en el viaje y la ciencia de quienes a colmo lo llevaron hallábanse los miembros del Consejo Directivo del Instituto de Viajes Planetarios, a cuyas expensas se había fabricado el autoplanetoide y sufragado los demás gastos de la expedición. Quienes apenas regresado a la Tierra aclamaron a su capitana por Presidenta Vitalicia; y que en vista de venir resuelta, ella, a huir de vanidosas pompas y a consagrar el resto de sus días a su hogar y a su esposo Alvaro Fairelo, efectuaron nueva elección, por unanimidad también, a favor de uno de los sapientísimos compañeros, auxiliares y *abuelos de adopción* de la dimisionaria: el insigne Jaime Ripoll, ex-Director del Observatorio Astronómico de Barcelona, y ex-Comandante General Militar del Autoplanetoide mientras anduvo por los cielos. Personaje tan tozudo cual sabio, y todavía más irascible que eminente. Por inteligencia y por saber un Newton, o un Einstein, si es que Newton parece poco ya; por carácter un rudísimo almogávar, del temple de los de aquella hueste de leones con quienes los Roger domeñaron la Grecia; sojuzgaron Bizancio, bajo sus reños puños; pasaron, triunfantes, por el Asia Menor, las barras de Aragón y Cataluña, y asombraron al mundo con la más hazañosa empresa de toda la Edad Media. Siendo los precursores de la pléyade de gigantes españoles que con sus proezas en la América ignota iban, andando el tiempo, a abrir la Edad Moderna.

Este almogávar era el autor de la memoria en que se daba como causa de las perturbaciones telegráficas, venusianos intentos de telegrafiar a la Tierra.

Este era Don Jaime Ripoll a quien por firmarse él Jaume, en catalán, Jaume llamaba todo el mundo.

### III

#### UNA ESCANDALOSA CONTROVERSI A Y UNOS PLATÓNICOS AMORES

Apenas hecho cargo de la presidencia del T. I. de V. P.—trujillano instituto de viajes planetarios—aplicóse Don Jaume a preparar nuevo viaje a Venus. Y viendo que por no creer en el primero escaseaba la gente propicia a cooperar en el segundo, dijo el testarudo catalán: "Mejor: sin pedir nada a nadie, lo haremos con los exclusivos recursos de nuestro Instituto. Porque de la fabricación del autoplanetoide, y de los gastos de la primera expedición quedaron 9.000 millones, que ya construido aquél son muchísimo más de lo preciso para costear otra.

"No llevaré más sabios que a mis amigos Fognino y Hauptf, que con Fairelo, a quien su María Pepa no ha de dejarlo ir en su luna de miel, somos los únicos sabios verdaderos que en el mundo quedan... A todos los demás sabios imbéciles... ¡Recongelación! ¡Qué idea!... Sí, sí... ¡Ja, ja, ja!"

Ha de advertirse que cuando se animaba en la conversación, y desde luego siempre que se incomodaba hacia el barcelonés eses las ces.

No puedo por ahora decir de qué se reía hasta desternillarse. Porque cuando los vocales del Instituto le preguntaron por la idea que le hacía dar sus ruidosas carcajadas contestó: "Nada, nada... Ya lo sabrán ustedes."

Mas no contaba el enérgico astrónomo con que apenas el Aguila Bifronte Nordatlántica—nombre oficial de la Confederación Britano-Yanqui—se enteró de los preparativos, se opuso resueltamente a ellos haciendo *casus belli* de su prosecución, con la Federación Iberoamericana, en cuyo territorio radicaban el célebre Instituto de Viajes Planetarios, de Trujillo, y los Astilleros Siderales de Paramillo, en los Andes, y cuya nacionalidad tenían aquella institución y estos talleres.

Pues aunque el gobierno bifronte negaba oficialmente el primer viaje, quedábale escama interna de si habría sido cierto, y de si realmente existirían los terribles y gigantescos venusianos metálicos pintados por los mentirosos de marras. Contingencia gravísima; pues siendo institución iberoamericana la de los viajes planetarios, podría tal federación, de que en el mundo era émula la bifronte, aprovechar el pro-

yectado viaje para romper, de un papiro-tazo, el precario y receloso equilibrio armado existente entre ambas poderosas confederaciones. Bastándole para ello traerse, como aliados, a la Tierra un centenar de aquellos invencibles gigantazos.

Como es mal año de españoles, del que no se han curado sus hijos americanos, haberse siempre señalado por insano afán de ridiculizar lo propio y lo castizo, los iberamericanos habían sido, entre todos los pueblos, quienes más burla hicieron del que llamaban mentido viaje a las estrellas; y no creyendo la pública opinión que por la utopía de otro se debiera arriesgar la paz del mundo, vióse el Consejo Federal obligado a prohibir en redondo, en España y América, todo preparativo de él.

He ahí porque, cuando acaecieron las perturbaciones telegráficas no se había todavía realizado segundo viaje a Venus desde el más cercano a ella de todos los planetas.

\*\*

¡Buena, buena la armó Don Jaume con su memoria!

“Estos astrónomos todo quieren convertirlo en astronomía.”

“Desde aquel sueño del viaje a las estrellas en todo, y por doquier, ve a Venus el Sr. *Presidente del Sistema Planetario*; y como es viejo ya para venuserías chochea el pobrecillo.”

“Cuando los asnos se doctoran de sabios no razonan, rebuznan. Probado en mi folleto lo que en él ha dicho y no sabiendo rebuznar, no puedo discutir con ciertos sabios.”

“Si a los asnos se les conoce en que cocean, saque el Sr. Ripoll la consecuencia.”

“Pues en las coces que, dieron a la ciencia, con motivo de mi *glorioso* viaje a Venus, conocí yo que son pollinos, muchos que por ahí andan disfrazados de Sénecas.”

Las respectivas procedencias de estas frases trasparéntase en ellas sin que las declaremos; y si las hemos recortado de artículos, memorias y folletos del Presidente y de sus contrincantes ha sido para dar idea de cuán tremenda virulencia alcanzó la discusión científica de uno contra todos; pero que aun siendo solo—sus colegas Haupt, Fognino y Fairelo habían muerto ya—para todos tenía, no solamente insultos a granel, sino razones a porrillo.

Que si no tan copiosas como los denuestos tenían más fuerza que ellos.

¿Pero, es posible llamar a eso discusión científica?

Sí, querido lector. Aun cuando no de muchas, sé de más de una, y más de dos, en las que insignes profesores dilucidaban discrepancias científicas, enmarañadas con resentidas vanidades, como las verduleras suelen ventilar rencillas.

Como Don Jaume estaba, no resentido sino archirrabioso, y jamás fué propenso a urbanidades, que él llamaba *finolis*, melindrosas; como su ingénita iracundia se le había exacerbado con los años, y como ahora le punzaban con pullas y chacota notoriamente injustas, no es mucho desbordara su cólera en incorrecta forma y con desaforados exabruptos que afeaban la contundente argumentación de su notabilísimo folleto. Donde si la justicia obliga a censurar sus almogávares desahogos, exige la imparcialidad reconocer lucidez y agilidad científicas, maravillosas en cerebro de casi ochenta años. Que en lo que no era ciencia claudicaba, a las veces, con manía y rarezas.

Pero a todo esto, ¿qué decía Ripoll de las perturbaciones telegráficas? ¿Cómo un astrónomo no falso, claro es, de conocimientos de telegrafía, electricidad y física generales, pero tampoco especializado en ellos, pretendía haber resuelto problema en donde fracasaron los más reputados especialistas en tales disciplinas?

Las respuestas a estas dos preguntas preciso es darlas en inverso orden al en que han sido hechas, y antes reconocer cuánta razón tenía el contrincante del Presidente del I. T. de V. P. (ya se recordará, Instituto Trujillano de Viajes Planetarios) cuando dijo que Ripoll no veía en todas partes y a toda hora sino a Venus. Pues ante un ultrapotente telescopio de su observatorio de Trujillo, no perdía celeste coyuntura de contemplar el hermoso planeta. Ora extasiado con la poética melancolía de la Venus menguante, ora gozando, anticipadamente, en las promesas seductoras de la Venus creciente, el embeleso que había de causarle la opulentísima hermosura de la Venus llena (1).

(1) Venus como la Luna presenta fases a quien desde la Tierra la contempla, no a simple vista, porque la pequeñez con que así se ve el planeta impide puedan ser apreciadas, sino por quien lo mira con anteojos.

Fases como la Luna, he dicho, mas no como las

Recuérdese que, desde su regreso a la Tierra hasta que en ésta fueron perturbadas las comunicaciones radiotelegráficas, llevaba el vehementísimo astrónomo quince años sin perder de vista a su adorado astro, sino cuando, por ausente u oscuro en su visible cielo le era imposible verlo, o cuando la suave luz de su belleza era ahogada entre brutales resplandores de los rayos del Sol. Considérese que quien llevaba dichos años pendiente de los días y las horas de sus citas, no había menester, para ser puntual a ellas, consultar los anuarios astronómicos; pues de memoria se sabía en qué lugar de su órbita estaba, en cualquier fecha, *la esperada*; en qué días llegarían, y cuántos lo tendrían nervioso, las ausencias dolorosas de la Venus nueva. Empleados, para en ellos no olvidarla, en cálculos relativos a su luz, a su marcha y a sus fases, y en recrearse en la contemplación de sus retratos: las fotografías que de ella había tomado, cuando desde el motoestelar la había visto casi, casi como ve la Tierra quien sobre ella vuela en aeroplano.

Y una vez recordado, considerado y sabido todo eso, nadie extrañará que quien

de la Luna, cuyos cuartos, de una semana aproximadamente, tienen todos la misma duración; pues desde la Venus nueva, que ocurre cuando se halla a su distancia mínima de la Tierra, entre ésta y el Sol, hasta la media Venus del cuarto creciente sólo pasan unos dos meses y medio; desde ésta a la Venus llena, cuando ésta y Tierra están diametralmente opuestas al Sol, y a la mayor distancia entre ellas, unos siete; otros siete hasta la media Venus menguante y dos y medio desde ésta a la siguiente Venus nueva.

Pero, además de estas irregulares duraciones, ofrecen tales fases la notable singularidad, de que como a medida que, entre la Venus nueva y la llena, ensancha la parte visible de su disco iluminado, va el planeta alejándose de nosotros, desde 38 millones de kilómetros hasta 259, lo vamos viendo cada vez más pequeño. Siendo la Venus llena la menor de todas las posibles Venus; aun cuando en ella se la vea de cuerpo entero. De donde resulta que cuanto *más crece más pequeña se la ve*.

Lo mismo que ocurriría a ustedes con varios retratos míos de perfil, tres cuartos y de frente, hechos a distancias crecientes de las máquinas fotográficas; pues el más pequeño sería el que mostrara a ustedes mi cara entera.

A la inversa ocurre en el menguante: que cuanto más mengua más grande aun cuando más delgado vemos el planeta.

La diferencia entre estos cuartos y los de la Luna responde a que ésta gira en torno nuestro, y Venus en torno, cual nosotros, del Sol; a que en la Venus y en la Luna nuevas están las dos entre nosotros y el Sol, mientras cuando es Luna llena ésta y el Sol se hallan a diferentes lados de la Tierra, y en la Venus llena quedan Venus y Sol al mismo lado.

llevaba tan en la cabeza órbitas, velocidades y cambiantes distancias de la Tierra y Verus, fuese el solo sabio que entre las fechas de las perturbaciones y los lugares a que en ellas llegaron ambos astros, advirtiera concomitancias sorprendentes, cuando menos, y demasiado concordantes para ser fortuitas.

¿Cuales? Esto tiene importancia merecedora de capítulo nuevo.

#### IV

##### REMORDIMIENTOS Y PROFECÍAS DE RIPOLL

El 7 de marzo de 2204 fué para Ripoll el día de peor humor del año, por haber sido el de Venus más nueva, que volvía hacia la Tierra su hemisferio oscuro. E invisible, por opuesto al que el Sol alumbraba.

Ni hasta entonces se había cuidado él de las perturbaciones telegráficas de dos meses antes, pues aquello no era de su especialidad, ni de ellas se volvió a acordar hasta tener noticia de que se repetían a los cuatro meses de las primeras. Mas cuando, pasadas ya las últimas, leía en una revista el resumen de los pormenores en ellas observados, le sorprendió que las dos manifestaciones del fenómeno hubiesen las dos veces durado un mismo número de días, con particularidades extrañamente reguladas, como por un reloj, o por el movimiento de *cualquiera de los astros* que se utilizan en el arreglo de cronómetros.

La ocurrencia, tan fortuita cuan venturosa, de los astros, hizo que el astrónomo siguiera la lectura con mayor atención. Su biendo muy de punto su extrañeza al enterarse de que la intensidad creciente y los diarios retrasos de los murmullos telefónicos, desde enero a febrero, se hubiesen convertido en adelantos y debilitación desde marzo a abril. Lo cual hacía pensar que los procesos de los dos fenómenos habían sido simétricos.

En cuanto un geómetra, y es sabido que todos los astrónomos lo son, ve indicios de simetría, inmediata e instintivamente se pregunta: ¿Con respecto a qué?

Fué, pues, muy lógico, aquel geómetra, monologando de este modo:

“Simetría, sí: entre las fuerzas que en enero y febrero produjeron perturbaciones crecientes, y en marzo y abril las produjeron decrecientes; y simetría, además,

de los retrasos, de minuto por fecha, en la primera tanda, y los iguales adelantos en la segunda... Es decir, dos simetrías: en *el espacio* la primera, la segunda en *el tiempo*."

"En el tiempo..."

Pasó un rato en que Ripoll meditó intensamente. Sin duda por pensar que ya el problema caía en su jurisdicción; por ser la Astronomía la ciencia que ha enseñado a los hombres a medir el tiempo.

Resultado de tal meditación y de rápidos cálculos mentales, que hizo en un periquete, por ser buen calculista y saberse al dedillo el calendario, fué averiguar que el centro de la simetría cronológica era el 7 de marzo. Igualmente separado del último día del primer grupo de perturbaciones que del primero al segundo (1).

Mientras estuvo ocupado en sus cuentas no había reparado en coincidencia, que no podía pasarle inadvertida. Por ser aquel 7 de marzo fecha tan presente para él que, apenas acabadas las sumas y las restas, exclamó:

"¡El día de la última Venus nueva! ¡Vaya una casualidad!"

"¿Casualidad?... ¿Una tal vez de las providenciales que no pasan a más cuando las ven los zotes, y para los inteligentes como yo suelen ser madres de descubrimientos?"

Se advierte que Ripoll estaba solo, y no tenía porqué fingir modestias que se hallaba muy lejos de tener.

"Sí: íntima convicción me dice que esta casualidad no es huera."

El barcelonés se había levantado, y excitadísimo iba y volvía de un extremo a otro de la habitación, mientras su mente, lanzada al universo, corría con la Tierra en su órbita, alrededor del Sol, a la par

(1) Para quien tenga curiosidad de saber cómo hilvanó el astrónomo e hizo sus deducciones inserto entero su monólogo, mutilado en el texto:

"Entonces hubo de haber *en el tiempo*, un instante posterior al último retraso de la primera etapa y anterior al primer adelanto de la segunda, separado de ambos por igual número de horas. Y no las mismas, pero también en igual número han de haber sido las que hayan separado dicho instante del primer retraso de la primera etapa, y del último adelanto de la segunda. Es indudable..."

"Pero entonces resultará..."

"Del 20 de enero al 22 de abril, 92 días; mitad, 46. Que agregados a la primera fecha dan para centro cronológico de la simetría el 7 de marzo.

Del 13 de febrero al 29 de marzo, 44; mitad, 22. Con lo cual se corrobora lo anterior; pues los 22 días agregados al 13 de febrero, o restados del 29 de marzo, también me dan el mismo 7 de marzo."

que volaba aun más de prisa con Venus en la suya. Y considerando los movimientos de ambos mundos como los de dos barcos que a la vista uno de otro y con diversas marchas llevaran derrotas paralelas, o como dos caballerías que, a diversas distancias, dieran vueltas, uncidas a la misma noria, decía:

"Desde el 20 de enero mi estrella, retrasada con respecto a la recta Tierra-Sol, venía ganando días, de la delantera que nosotros le llevábamos, hasta alcanzar aquella recta el 7 de marzo, en que se puso entre el Sol y la Tierra. Desde este día al 22 de abril fué dejándonos atrás (1)."

"Es decir que en la fecha de la primera perturbación de diciembre había de estar Venus a igual distancia de nosotros que en la de última de mayo; y en uno y otro día hubieron de tener ella y la Tierra posiciones simétricas respecto a la del 7 de marzo."

"A ver, a ver."

Con emoción muchísimo mayor, por lo que pronto se verá, que cualquier otro sabio en análogo caso, se dirigió a su mesa, consultó datos, volvió a hacer cálculos, pero más laboriosos que los anteriores; y según los terminaba iba diciendo, con nerviosidad creciente:

"Distancia a Venus: el 20 de enero 80 millones de kilómetros... la misma que el 22 de abril."

"Distancia el 13 de febrero 55,5 millones, igual a la correspondiente al 29 de marzo."

"Durante los veinticuatro días de las perturbaciones de enero y febrero, desde allá habían de ver la Tierra en creciente, que, de día en día, iría aumentando en la mismísima proporción en que había de menguar en el último período (marzo a abril), de igual número de días, de las segundas perturbaciones."

"Estoy seguro, tengo la evidencia, de que esas perturbaciones han sido causadas por *alguien* que desde allí hacía tentativas para establecer comunicación radiotelegráfica con nosotros."

Al decir esto palideció Don Jaume; y, aun no siendo de temple fácilmente asquible a temores, tembló sobrecogido por

(1) Que en realidad no eran días, sino kilómetros, o más bien cercanía a la recta Tierra-Sol, lo que Venus ganaba, de sobra lo sabía Ripoll, pero no estaba su ánimo para pararse en tiquis-miquis de puntual dición, y expresaba su idea en la forma más breve y más vulgar.

emoción fortísima, se llevó a la cabeza las dos manos, y sacudido por encontrados recelos y esperanzas, balbuceó:

“¡Alguien!... ¿Será ELLA?... Si vive, nadie mejor; porque, además de tener poderoso talento y muchísima ciencia, conoce los terrestres sistemas y aparatos de la radiotelegrafía de este mundo, de los que no es posible sepan nada los nacidos en aquél.”

“¿Será?... ¡Dios mío, que sea!”

Clamó el anciano cayendo de rodillas. Y con voz temblorosa prosiguió:

“¡Que sea, Dios mío! Que sea aquella desventurada a quien castigamos mis amigos y yo. Pues, aunque justa y necesaria la condena, pesa desde entonces su vida sobre mi conciencia. Y me acusa ésta de haberme erigido, sin facultad, en juez de ella, sustrayéndola a sus jueces naturales.”

“¡Que sea, Señor! Porque si es, si vive, me atreveré a esperar que la misma clemencia que la indultó a ella pueda, a mí, perdonarme, también, el haber atentado contra la vida de una de vuestras criaturas.”

Después de dicho esto con emoción vivísima, lloró largo rato el astrónomo. Como lloran, cuando el llanto los vence, los hombres recios y duros a las lágrimas.

Y lo aliviaron éstas, pues al levantarse estaba el sabio convencido de que alguien quería hablar desde Venus; pero aun con más firmeza sentía en su corazón, el hombre, consolador convencimiento de que aquel alguien sólo podía ser la Sara a quien al regresar el autoplaneoide a nuestro mundo habían, él y sus amigos Fognino y Hauptft, deliberadamente abandonado, en riesgo de cercana muerte, en los mares de aquel planeta.

“Hay que volver allá—dijo con gran firmeza al levantarse—. Ahora ya no es la ciencia, sino el deber. la compasión y mis recordimientos los que me obligan a ir. Es preciso, es preciso salvar a esa criatura. Hay que ir; opóngase quien quiera... E iré, iré...”

“¿Iré? ¿Pero podré llegar a ir? Tengo ya muchos años. ¡Cerca de ochenta!... Sí, sí; iré... Pediré a Dios que me dé vida hasta ver con ella á aquella desdichada que, con dieciseis años de espantoso destierro, en aquel mundo ignoto, y temible tal vez, ha de haber espiado sus pasadas maldades; hasta traerla a este de los suyos. Sí, Dios querrá oír mi súplica.”

\*\*

En pocos días, inmediatos a su descubrimiento, escribió Ripoll la memoria, anteriormente mencionada, y causa del científico rifirrafe mundial, poniendo en Venus el origen de las perturbaciones, y fundamentando su opinión en la concordancia de haberse producido las dos tandas de ellas anterior y siguiente a la Venus nueva en períodos durante los cuales menguó en el primero y creció en el segundo el astro; a la par que en aquél disminuían y en éste aumentaban sus distancias a la Tierra, entre máximos de 80 millones de kilómetros y mínimos de 55,5 (1). Y alegando, además, que de igual modo habían variado las intensidades conque se oyeron los murmullos telefónicos (2).

“¿Qué mayor prueba de que la energía de las ondas, causantes del fenómeno, no era suficiente para llegar a nuestros aparatos cuando Venus estaba de ellos a distancias superiores a la última?” Este párrafo está literalmente copiado de la Memoria consabida.

“Muy poseído de su celeste dignidad—contestaban con sorna los contrincantes de Ripoll—, olvidase el Sr. *Presidente del Sistema Planetario*, de que antes de fijar en 80 millones de kilómetros el límite franqueable a las ondas enviadas por sus venusianos súbditos era indispensable demostrar que tales ondas procedían de Venus.”

“Y también deja sin explicar porqué cesaron de llegarnos las perturbadoras ondas en la temporada del 13 de febrero al 29 de marzo, durante la cual siempre tuvimos a sus amigos, o venusianos súbditos, si más le place así, a menos de los 55 millones a que tan claros se habían oído los

(1) Máximos y mínimos en dichos dos períodos de perturbaciones, no entre los dos planetas en cualquier época; pues la separación entre ellos varía según se mueven en sus órbitas entre 38 y 259 millones de kilómetros, según Venus esté en su conjunción inferior entre la Tierra y el Sol, o en la superior, cuando el Sol queda entre los dos planetas. Posición esta última correspondiente a la Venus llena, cual la otra corresponde a la Venus nueva.

(2) “Cuando acercádosenos Venus—decía el barcelonés—llegó el día en que la tuvimos a 80 millones de kilómetros, comenzaron a ser aquí oídos tenuemente los primeros ruidos telefónicos, que en los siguientes días aumentaron hasta alcanzar máxima intensidad cuando sólo distaba 55,5. A la inversa, cuando, pasada la interrupción, tornaron aquéllos a perturbar fuertemente los aparatos telegráficos era el día en que, alejándonos, volvió a estar el planeta a los mismos 55,5 millones; y desde entonces fueron atenuándose los ruidos perturbantes, hasta oírse levisimos por la postrera vez, cuando, el último día en que sonaron, subió de nuevo la distancia a los 80 millones.”

repiques telefónicos, en aquellas dos fechas.

Está clarísimo, replicaba el impugnado, aunque, digámoslo en secreto, ya no tan convencido y categórico como en la anterior explicación; es indudable que eso pudo depender del lugar desconocido de la superficie del venusino globo en donde están situadas la estación o estaciones radioeléctricas emisoras de las ondas perturbantes. Al no verlo demuestran mis opositores ser ellos quienes han olvidado varias cosas que no ignora el más atrasado alumno de astronomía (1).

Las hipótesis que enredaba Ripoll, y acaso embarullaba, con los movimientos de nuestro globo eran, hay que reconocerlo, alambicadísimas, y un tanto tendenciosas. Por lo cual ellas fueron el blanco principal de la saña de sus contradictores. Sin que entre objeciones de unos y respuestas del otro, se pusiera en claro dónde estaban en Venus, ni aun si estaban allí, las problemáticas estación o estaciones radiotelegráficas. Verdad que averiguarlo no era mollar empeño.

En suma, que vista la imposibilidad de acuerdo entre la irritante incredulidad de todo el mundo científico y la convicción firmísima del sabio y terco anciano, puso éste término a la discusión, afirmando rotundamente que el tiempo y los sucesos pro-

barían la estulticia de todos los sabios menos él. Pues estando cierto de que desde Venus se intentaba comunicar con la Tierra, *profetizaba*, desde luego, que en cuanto los movimientos de ambos astros volvieran a ofrecer coyuntura tan favorable para ello cual la de su pasada *conjunción inferior*—así llaman los astrónomos a la posición correspondiente a la Venus nueva, que es cuando se halla ésta más cercana a la Tierra—, de nuevo redoblarían a horas fijas las placas de los auriculares radiotelegráficos.

Y todavía vaticinaba más: que los días 1 y 25 de septiembre de 2205 serían primero y último de perturbaciones semejantes a las primeras observadas desde el 20 de enero al 13 de febrero de 2204.

Y por si esto fuera poco, todavía agregaba que si los telegrafistas de aquí abajo fueren tan incapaces que para entonces no hubieren hallado medio eficaz de entender lo que los de allí arriba les dijese y de anudar con ellos inteligible comunicación, de nuevo volverían a repetirse en noviembre de 2205 llamadas análogas a las oídas en la segunda tanda, de las pasadas perturbaciones de marzo a abril del corriente (1).

¡Qué humillación para los telegrafistas adánicos si también resultaran infructuosas estas venideras llamadas de sus colegas venusianos!

Los sabios emplazados para diez y seis meses y pico después se burlaron del vaticinio; y aun hubo alguno cruel hasta el extremo de decir que, rondando Ripoll los ochenta años, era verosímil, y él debiera desear, que el fracaso de su predicción le cogiera ya fuera del mundo de los vivos. Único modo de no enterarse del ridículo que sobre él caería.

## V

### UNA ESCAPATORIA DEL PRESIDENTE DEL T. I. DE V. P.

Pocos días después de lanzar Ripoll su atrevida predicción astrotelegráfica, todo el personal del célebre instituto, cuyas son

(1) Razonábase la profecía diciendo que por haber de caer la primera Venus nueva hacia el fin de la segunda decena de octubre de 2205, Tierra y Venus no llegarían a posiciones respectivas cuales las de los pasados 20 de enero y 13 de febrero de 2204 hasta los días 1 y 25 de septiembre del venidero año.

(1) "Entre otras—decía la memoria—, las siguientes:

1.<sup>a</sup> Que en sus cuartos crecientes no nos muestra Venus los mismos lugares de su superficie que en los menguantes.

2.<sup>a</sup> Que, por tanto, las partes de aquel mundo, enfrentadas con la Tierra antes de la Venus nueva del 7 de marzo, fueron diferentes de las fronteras a nosotros después de dicha fecha.

3.<sup>a</sup> Que por efecto de los complicados movimientos de cabeceo, con respecto a nosotros, de dicho planeta, ora nos mira desde su polo norte u oculta éste para mirarnos con el sur.

4.<sup>a</sup> Que, por combinación de tales movimientos con los de nuestro mundo, pudo ocurrir muy bien: o que la estación de allá, si una sola nos llamó, nos viese durante las épocas de las primeras y de las segundas llamadas y dejara de vernos—pues para mí es seguro que el intento de hablarnos ha sido hecho por radiotelegrafía dirigida—en el tiempo comprendido entre ambas, o bien que, siendo dos las estaciones, estuviesen en regiones cercanas a los respectivos bordes oriental del menguante anterior, y del occidental del creciente posterior a la Venus nueva. Con lo que, por efecto de la rotación y la traslación del planeta, pasaría la primera al hemisferio opuesto al nuestro, desde el cual no podía enfilarnos sus ondas al fin de la primera serie de murmullos, o no saldría la segunda de dicho hemisferio para entrar en el vuelto hacia nosotros hasta el comienzo de la segunda serie.



las iniciales del epígrafe que encabeza el presente capítulo, pasó media semana alarmadísimo con la ausencia inexplicable del vaticinante, a quien afanosamente se buscaba por todos los rincones de los numerosos edificios de aquel emporio de investigaciones planetarias, en los alrededores del emporio, y en todo el mundo. Pues profusamente fueron difundidas en todas direcciones radiofónicas ofertas de gratificación a quien de él diera noticias. Con encargo de que fueran voceadas en los eléctricos parlafonos municipales de múltiples ciudades, en estaciones de vías férreas, etc., etc., e insertadas en los principales periódicos.

En suma, muchísimos miles de pesetas que al Instituto Planetario le costaba lo que se temía fuera desgraciado accidente, y sólo era subrepticio *mutis* de su voluntarioso presidente.

Las pesquisas dentro del Instituto no podían ser breves, pues quienes ya conocen el célebre establecimiento saben, y a quienes no dígoselo ahora, que además del edificio "Tierra", destinado a consejos, conferencias y oficinas, de los dedicados a alojamientos de astrónomos y del personal administrativo y de servicio, y además de las naves de motores, garajes, hangares, comunicaciones telegráficas, etc., etc., había tantos observatorios cual planetas. Cada uno consagrado a la observación y el estudio de uno solo de aquellos hijos de nuestro padre el Sol (1). Concienzuda rebusca había registrado hasta los más inverosímiles lugares, como interiores de enormes telescopios—y hay que ver cuán enormes habían llegado a ser los telescopios en el siglo XXIII—, en previsión de que el astrónomo, más vehemente e inquieto de lo que a sus años convenía, e impaciente, tal vez, por arreglar cualquier menuda irregularidad de funcionamiento en alguno, se hubiese encaramado por la escala de uno de aquellos gigantes de la moderna óptica hasta la boca de él, perdido el equilibrio, al asomarse a ella, y dándose, al caer en su interior, golpe que lo privara de sentido, si no acarreadole la muerte.

Mas todo inútil; aunque se registraron todos aquellos pozos en cuyo fondo se reflejaban las estrellas, no fué hallado en ninguno, ni en las enormes cámaras fo-

toespectrográficas, donde, en pantalla de muchos metros de extensión, se esparcía la descompuesta luz solar en prodigiosos arcos-iris de suavísimas coloraciones cambiantes sobre las cuales resaltaban multitud de rayas oscuras. Cada una de ellas óptico telegrama emitido por la energía del Sol, que, descifrado, revelaba un secreto de nuestro luminar, y entre todos los de los movimientos y velocidades de él, los de sus manchas y sus faculas, los de su temperatura, de su composición, etc., etc. Pero más a las claras de lo que ya hoy nos los revelan cuando, hablando con voces de las rayas que surcan los diversos colores de la irisada banda, dice el Sol:

"Aquí, en este borde de mi rutilante disco, estoy quemando hierro", mientras dice otra raya: "Yo he nacido en la atmósfera solar de vapores de calcio que en ella arden a 14.000 kilómetros de altura", y una tercera grita a los astrónomos: "Mirad, mirad, aquí, hacia esta mancha, y veréis voltear, en torno de su oscuro desgarrón, torbellinos de hidrógeno inflamado; ígneos huracanes espirales, con los cuales comparados son leves cefirillos vuestros ciclones, tornados y baguios." Y las estrellas dicen otras cosas no menos curiosas, en que ahora no podemos detenernos, pero que, con el tiempo, iremos conociendo.

¿Dónde andaba Don Jaume? ¿En dónde había caído? Dado que caído se hubiera. Para saberlo, sin aguardar a que lo sepan quienes andan buscándolo, precisos son antecedentes de porqué y para qué, sin decir nada a nadie, se había escapado del lugar de su habitual residencia.

Al publicar su discutidísima memoria no juzgó discreto divulgar los personalísimos motivos, no científicos, corroborantes de su profunda convicción astronómica de estar haciendo Venus tentativas para comunicarse con el terráqueo globo, ni el porqué de su íntima certeza de que las llamadas procedían, no de gentes nacidas en aquél de lo alto, sino de una hija de este de aquí abajo. Porque los hechos y razones en que fundaba su opinión eran demasiado delicados para esparcirlos en un impreso a los cuatro vientos.

Pero esto no implicaba que el anciano se propusiese guardar, para siempre y con todos, el secreto de dichos motivos. Pues tan pronto resuelto a hacer cuanto pudiese para poner fin al extrañamiento de la infeliz desterrada, cayó en la cuenta de que a no mediar el veto de la poderosa

(1) La descripción completa de este soberbio observatorio, único en el mundo, ha sido dada en la obra *De los Andes al Cielo*, de esta misma biblioteca.

Aguila Bifronte, al segundo viaje del autoplanetoide, ya haría mucho tiempo que habría éste ido y vuelto a Venus; y restituído a su humana patria a la pobre Mistress Sara Sam.

Meditando sobre esto vió, además, que vano todo intento de viaje en tanto subsistiese la prohibición, acaso se consiguiera fuere levantada haciendo saber confidencialmente al gobierno de la Bifronte que era casi seguro estuviera viva aquella ilustre y sapientísima súbdita suya, y Comandante de la Aviación Nordatlántica, a quien todos tenían por fenecida.

¿Iba a ser menos la exploradora sideral, confinada en un planeta, que los viajeros en tiempos extraviados en los hielos polares, a donde fueron enviadas expediciones tras expediciones, durante muchos años, con el sólo objeto de salvarlos, si vivían, o de buscar sus restos de haber muerto?... ¿No se iba a hacer por ella lo hecho por Franklin y otros desventurados navegantes? Planteado así el asunto, pareciale inconcuso a Ripoll que el gobierno del veto no podría responder con inhumana negativa a las preguntas anteriores; pero, para más asegurarse su aquiescencia, se le haría saber que no sólo no le saldría la empresa tan cara como costaron las de Franklin, sino que no le costaría ni siquiera un dolar. Pues, para acometerla, no solicitaba el célebre Instituto auxilio pecuniario, sino no más que el alzamiento de la prohibición de realizar viajes sidereos.

Era preciso hacer gestión con tal propósito; pero tan oficiosa y reservada, como oficiosa y reservado fué aquel veto. Pues preveía, el barcelonés, que si del proyecto se enterara la rabiosa turba de sus científicos enemigos, se encalabraría, levantando contra la expedición general y temible cruzada de sabios.

En vista de esto decidió avistarse personalmente con el Supremo Arbitro de la Federación Iberoamericana, a quien radiofonó diciéndole que el Presidente del T. I. de V. P. solicitaba de él audiencia, para enterarlo de un asunto de importantísimo interés mundial. Limitándose a decir "mundial", para no clarearse demasiado pronto sobre el objeto de la audiencia: cual se habría clareado diciendo "planetario", que era el más amplio y propio calificativo pertinente al caso.

En la pedida entrevista expondría todas las razones poderosas en que fundaba su convencimiento de estar aún viva en Ve-

nus la eximia Mistress Sam; la humanitaria urgencia de acudir en socorro de la pobre extrañada, y rogaría a aquel altísimo y primer magistrado de Iberoamérica recabara, confidencialmente, del Presidente del Aguila Bifronte no fuese puesto obstáculo al caritativo y científico proyecto del T. I. de V. P., o, cuando menos, hiciera vista gorda a la salida del autoplanetoide para Venus, en viaje de tapadillo realizado. Cosa fácil, pues el sitio, retiradísimo de toda población, donde, desde el regreso de los cielos, se hallaba depositado, en lo alto de la cordillera Andina, el glorioso artefacto de locomoción etérea, se prestaba a que con gran sigilo levantara vuelo a las estrellas, sin que en el mundo se enteraran de su partida sino los pocos que estuviesen conformes en simular que la ignoraban.

Dos días después recibía Ripoll radiofonema señalándole día para la entrevista, y al siguiente partía para Caracas en un aviatlántico del Instituto.

La capital venezolana era en aquel decenio sede del Consejo Federal de la Unión Iberoamericana y de su presidente el Arbitro Supremo. Que cada diez años, y según turno, establecido en el Acta Constitutiva de la Unión, ejercían sus funciones en diferente país de los confederados. Según ya tengo dicho en "Tierras Resucitadas".

A hurtadillas, por razones que pronto se verán, salió, un amanecer, de Trujillo el astrónomo. Sin que de su viaje se enteraran sino el piloto que lo conducía, el criado que lo acompañaba y el guarda del *hangar* donde estaba aparcado el aeroplano. A quien, bajo amenaza de expulsión, prohibió decir a nadie cómo y cuándo se había escapado el Sr. Presidente.

Tres días después de la partida, y muy alicaído, reembarcaba, en Caracas, de retorno, Ripoll. Siendo la causa del alicamiento haberle el Arbitro negado categóricamente la colaboración pedida. Por tener vehementísimos barruntos de que, no obstante la notoria respetabilidad del certificador, darían los bifrontes poco crédito a la fe de vida, que el Presidente del T. I. de V. P. extendía, en la Tierra, de no haberla perdido aquella dama residente en Venus. De quien, por otra parte, nadie ya se cuidaría en Yanquinlandia.

La negativa había sido dorada con gran urbanidad y protestas de altísima consideración al desahuciado solicitante; mas sin que los elogios bastaran a evitar que de-

trás de ellos vislumbrara el incensado compasiva ironía. Contra la que, al finar la audiencia, desahogó, con malísimos modos, su irascibilidad habitual, diciendo al empingorotado magnate:

—Viejo, sí, ¡porra!, viejo soy; pero no chocho como usted se figura.

—¡Caballero! Aseguro a usted que nada más distante de mi intención y de mi ánimo que...

—Ta, ta, ta... Como que yo me chupo el dedo. No me lo chupo, no.

—No lo he supuesto nunca.

—Por eso no se me ha pasado su risita de conejo al haber el chistesito de la fe de vida... ¡La fe de vida!... ¡La fe de vida! ¡Recongelación con la guasita!

—¡Caballero! En un minuto me ha soltado usted dos interjecciones. Cosa que, suavemente calificada, me parece incorrecta. Y como no veo utilidad en prolongar esta entrevista...

—Ni yo. Pero mayor incorrección que las porras y recongelaciones, que se me van en cuanto alguien me hurga, es *pitorrear* de cosa tan respetable y conmovedora como mi demanda de salvar una vida: una vida que vive, según prueba irrefragablemente mi folleto. No, no se ría usted.

—No, caballero, no me río—contestó el Arbitro, a quien la oratoria pintoresca del desmandado viejo le había disipado el enojo por las interjecciones; y que, efectivamente, y sólo a duras penas, contenía la risa.

—Bonita ocasión de *pitorreos*, cuando le pido auxilio para salvar de su horrendo destierro, y hasta quién sabe si de asechante muerte a una hermana nuestra.

—¿Mía?

—Sí, señor, ¡porra! Sí, señor. ¿No es usted hijo de la Tierra?... ¿No es usted *pulvis terrae*?

—Verdad, verdad.

—Pues ella lo es también.

—Tiene usted mil razones. Convencido, convencido. Y, créame, ahora deploro, todavía más que antes, los obstáculos de internacional carácter que me vedan echarle a usted una mano en ese salvamento... Y si en lo venidero...

—En lo venidero... cuando haya peresido esa infortunada... ¡En lo venidero!... Ya, ya; promesas de mal pagador.

—¡Caballero!

—¡En lo venidero!... Finuras que cree le

comprometen poco tiempo con hombre de mis años. Pero puede que viva más que usted... Porque yo no me muero hasta salirme con la mía. Usted no sabe quien es Jaume Ripoll.

—Ja, ja ja... Ya, ya lo voy sabiendo... ¡Ja, ja, ja!

—¿Se ríe usted de mí?

—De usted no, de lo que dice... Me río porque me hace usted gracia.

—Pues usted a mí ninguna. Quédese con Dios.

—¡Ja, ja, ja!

Con cuanta prisa se lo permitieron sus viejas piernas, que, aunque todavía ternas, no dejaban de pesarle, si bien no tanto cual es corriente en hombres de sus años, dió media vuelta el catalán; se salió del despacho; bajó las escaleras del palacio, y llegó a la calle antes de que cesaran las carcajadas del Supremo Arbitro.

\*  
\*\*

Tan inútiles fueron, por tres días, las pesquisas hechas en el Instituto como los anuncios periodísticos y las preguntas radiotelefónicas. Lo cual no es de extrañar; pues viajando el buscado de riguroso incógnito, y sólo por la atmósfera, y habiendo en el comienzo de la reseñada audiencia rogado al Arbitro le guardara reserva sobre ella, sólo él podía dar razón de sí. Como al cabo la dió en el cuarto día. Cuando cruzando por cima de Canarias, en su avión, oyó en los auriculares del capacetete telefónico de la radiofonía de éste, durante el viaje encasquetado en su cabeza, la pregunta, que a todo el mundo repetía el Instituto, sobre su paradero. Y al oirla exclamó muy alegre:

—¡Porra! ¡Si es la voz de Pepeta!—Y cogiendo el micrófono gritó por él:

—No pases, por mí, pena, Pepeta... Sí, muy bueno, muy bueno; y ya de vuelta... ¡Ca! Si llegaré en seguida. Estoy muy cerca ya.

A los pocos minutos algo nuevo debió de oír Ripoll, pues volvió a hablar gritando:

—Que sí, que sí, Carlitos. De verdad, que no me ha pasado nada malo. Ya lo veréis bien pronto. Porque acabo de pasar por Tenerife y ya estoy viendo a Cádiz por la proa... Adiós, Pepeta. Que cuando llegue esté listo el almuerzo; pues traigo una gazuza atroz.

## VI

## CÓMO CON PARENTESCOS PEGADIZOS PUEDE FORMARSE UNA AMANTE FAMILIA

"Pobresilla", iba diciendo, entre dientes, el viejo, camino de Trujillo en su aeroplano. "Buen sustazo se ha llevado." Mas cuando dió vista al Instituto varió el objeto de su compasión diciendo: "Pero ahora no es a ella sino a mí a quien hay que tener lástima; porque buena me aguarda en cuanto Pepeta me eche la vista encima... ¡Buena, buena, me la va armar por esta escapatoria que he hecho sin decirle nada!"

Y no se equivocaba, pues Pepeta estaba incomodadísima. Y no sólo ella, porque también Carlitos se desató en reconvenciones contra el viejo, por la loca aventura de irse, a sus años, quién sabía adónde, mas había de ser lejos, a cruzar los mares volando por los aires.

Y cosa extraordinaria, el aspérrimo y rebeldísimo astrónomo, de voluntad indomable frente a todo y a todos, aguantó las catilinarias como humilde rapaz, infraganti, cogido en una travesura. Porque al dulce imperio de Pepeta se plegaba, como manso cordero, el terrible almogávar.

Mas ¿quién era Pepeta?

Su *nieta de adopción*: una adopción extravagante, entre emotiva y cómica, provocada por causas que, explicadas en otro libro ya, no he de repetir, limitándome a decir ahora, para que el caso extrañe menos, a quienes las desconozcan, que, pensando Ripoll, sin duda alguna, que si a veces nos es más simpático un amigo que un pariente, es porque éste nos lo dan y el otro lo escogemos, se había escogido a su gusto la nieta, y con gran libertad por no haber nunca tenido hijos.

Una adopción ofrecida y aceptada cuando ya ella tenía veinticuatro años, y no había menester, para andar sola por éste y otros mundos, de tutorías ni andadores; una adopción en que el abuelo parecía un niño y la nieta una madre, tan bondadosa como enérgica, ante la cual no osaban desmandarse las prontas cóleras del viejo solterón.

Esta Pepeta, de Ripoll, era D.<sup>a</sup> María Josefa Bureba, vulgarmente Maripepa. A quien el mundo entero conocía como inventora del novimundo o autoplanetoide, con que resolvió el problema de la navegación extra-terrestre, o vuelo ultra-atmosférico, y como Capitana de él durante el viaje a la

estrella matutina, de que anteriormente hice mención y realizado dieciséis años antes de que los lectores de aquella primera expedición planetaria vuelven a verla en el presente libro, y de conocerla, en él, quienes no habiendo todavía ido, como aquéllos, a Venus, desean ir en el segundo viaje.

La belleza de los años mozos de la hermosa zaragozana, por los primeros recordada, la admiran unos y otros inmarchita a los treinta y nueve: tan suave y atrayente cual entonces. Mas aquéllos echan de menos la pasada arrogancia de su porte y la alegría de su rostro, hoy melancolizado con huellas de pesares. No ya punzantes intolerablemente, como en pasados tiempos; más que los ojos dicen, a quien sepa leer en su mirada, que con recuerdos de dolores pena aún su corazón, incapaz de olvidar perdidas dichas, y de buscar consuelo sino en las remembranzas de ellas. Que ni quiere ni sabe trocar por dichas nuevas.

Casada en las postrimerías de su viaje estelar con Alvaro Fairelo, a quien amó con efusión, por él pagada con igual ternura, vieron ambos colmada la felicidad que uno a otro se daban con el nacimiento de una hija, perdida, cuando sólo tenía pocos meses, en circunstancias no puntualizadas ahora por ignorar el relatante de esta historia pormenores del hecho. Citado solamente como incidental antecedente de la melancolía de la madre.

Cuatro años después perdía Maripepa a su marido; y cuando Ripoll hizo el viaje a Caracas ya hacía nueve, que si aquella mujer no vivía solamente para el recuerdo de sus queridos muertos, era por haber de cumplir el deber de atender a un hijo de su esposo, y no de ella por haber sido hábito en nupcias anteriores; pero al que miró y quiso como propio desde el momento de su boda; y a quien ahora amaba con el cariño de antes, acrecido con los dos amores que en su vida faltaban.

El muchacho, Carlos para todo el mundo, menos para Don Jaime, que siempre lo llamaba Carlitos, cumplió dieciséis años en los días de la escapatoria del postizo bisabuelo. Y aunque no era hijo de la nieta pegadiza, mirábalo el anciano como biznieto: no adoptivo, "¡Qué cuerno!", sino propio. Y Carlitos seguiría siendo, para él, cuando llegara a los cuarenta, dado que para entonces no hubiere muerto el postizo bisabuelo. Lo cual no era probable.

Si con Pepeta fué, el feroz Ripoll, un débil mimbre, con el chico era menos aún, un

ruin guñapo. Y es más, por él llegó, no muchas, pero sí algunas veces, a tenérselas tiesas con la madre, si ésta lo castigaba. Mas tales osadías no duraban sino en tanto sus ojos lograban rehuir la suave pero firme mirada de Pepeta, y acababan diciendo, mal humorado y en retirada, el viejo.

—¡Porra! ¡Recongelación!... Has lo que quieras. Tú mandas en él, y sé que eres muy terca... Pero que no me entere yo de cuando lo castigas... Y no pretendas ¡Porra! que yo te alabe cuando hases injusticias y me *amuélas* al chico.

\*  
\*\*

De cómo quería a Carlos Maripepa ya se ha dicho bastante. En cuanto a él, sabiendo que no era hijo de ella, la adoraba, agradeciendo el efusivo y maternal calor con que lo había criado; la respetaba por su inteligencia excepcional, por su vasto saber, por su valor y abnegación acreditados en el célebre viaje, que Ripoll le había contado muchas docenas de veces; y admiraba la gloria por ella conquistada en aquél. Gloria de la que la ex capitana no hacía caso.

Carlos había sido educado e instruido como era de esperar de la bondad, el talento y la altísima cultura de la mujer que comenzó por enseñarle el a, b, c, y acabó enseñándole Cálculos y Mecánica, Electricidad y Radiología. Sin pensar que por ser el muchacho muy rico, como usufructuario de una gran fortuna, y haber de serlo colosalmente, en propiedad, andando el tiempo, debía dejarlo inculto, ni darle solamente la superficial cultura generalmente dada a quienes no han menester ganarse la vida a fuerza de puños o de sesos.

La fortuna usufrutuada por Carlos era la de su verdadera madre, Mistres Sara Sam, de la que en la creencia de haber dicha señora muerto en Venus, habíanle puesto en posesión los tribunales de la Tierra. A reserva de cesar el usufructo en caso de vivir y retornar la madre. Cosa que no parecía fácil.

A este caudal del chico se juntarían en un mañana, probablemente no cercano pero cierto, los once mil y pico de millones del premio ganado por Maripepa con el invento y el viaje de su motoestelar (1). Pues en Carlos veía ella su único y posible heredero, de quien quería hacer un hombre sólidamente culto y merecedor, por propios títu-

los, del crédito científico ganado para su apellido de su padre. Lo cual parecía estar en buena camino de conseguir; pues al frisar el alumno en los dieciséis años ya prometía ser pronto astrónomo de primera fila y sobresaliente físico capaz de honrar a sus maestros: el eminente Ripoll, de la primera de dichas especialidades, y la insigne María Pepa de la otra.

Tales enseñanzas eran además las más propias para que algún día realizara el muchacho lo que era meta de sus aspiraciones, suma y compendio de sus más ambiciosos sueños: regir algún día el autoplanetoide por su madre inventado, y al que su padre sacó salvo de espantosa catástrofe; ser él quien nuevamente lo llevara a Venus, y allí viera lo que ellos no pudieron ver.

Tal sueño, no contrariado francamente, mas tampoco alentado por Maripepa, era, en cambio, vivamente espoleado por Don Jaime, con la vehemencia y la testarudez en el viejo habituales. Que no cedían al peso de los años sino, antes bien, se exacerbaban según caían más sobre él.

Esta disparidad de miras acerca del biznieto dió lugar en repetidas ocasiones a rirrafes de la nieta y el abuelo, por el estilo del siguiente:

—No me explico porqué has de contrariar esa plausible y lógica aspiración de Carlitos.

—Pero, Papá Ripoll, ¿de dónde sacas que la contrarío?

—¿De dónde?... De todo.

—Eso no es decir nada...

—¡Ay, Pepeta, Pepeta! Como si no te conociera yo; como si no supiera que con ser tan terca, no, más terca que yo, eres además una grandísima hipocritna con muchísimas camándulas,

—Muchas gracias.

—... y en eso sí que no nos parecemos, porque yo he sido siempre toro claro; una marrullera que hace a callandas su camino. Que no es el mío, ni el del chico.

—No es eso... Sino que oponiéndose al viaje, con que los dos soñáis, grandes poderes que lo hacen irrealizable, no creo prudente impulsar a Carlos por derroteros que no llevan sino a lo imposible, cuando siguiendo otros, podrá tener su vida más útil empleo.

—Y por eso, sin duda, no quieres nunca hablarle del funcionamiento del novimundo, ni de su maquinaria, ni del modo de conducirlo.

—Para no distraerlo de cosas más serias con esas inutilidades...

(1) La cuenta de porqué llegó a tal cuantía está hecha al céntimo en el libro *De los Andes al Cielo*.

—¡Inutilidades!

—Claro. Desde que quienes pueden imponérsenos han sentenciado a mi autoplanetoide a no volar de nuevo, éste ya no es sino inútil cacharro.

—¡Cacharro tu glorioso aviestelar!...

—Eso era ayer; pero hoy ya no es sino trasto arrinconado.

—Pepeta, no me irrites. ¡Trasto! ¡Cacharro! No me busques la lengua.

—No, papá; no pienso en tal cosa. Si te molesta no volveré a llamarlo así, y hasta lo llamaré también glorioso, sin acordarme de que de él se burla todo el mundo.

—El vulgo; pero no los hombres de verdadera ciencia...

—Pero el vulgo manda. Y como el vulgo es quien, no creyendo en sus pasados vuelos, le veda emprender otros...

—Pero esa prohibición no puede durar siempre.

—Ni en lontananza veo el levantamiento de ella; ni la prohibición me quita el sueño.

—Pues a mí, sí; y a Carlitos también... Párese mentira y hasta párese vergonzoso, sí, vergonzoso, no me vuelvo atrás, que tu ciencia no proteste indignada; que no sienta iguales ansias que la mía de volver a aquel mundo.

—Papá Ripoll, mi ciencia no compensaría a mi corazón los dolores que habría de padecer reverdeciendo, allá donde se abrió a la dicha, tristes recuerdos de mi brevísima felicidad perdida.

—¡Pobre Pepeta! Pero, entonces, ¿es que aunque el veto cesara no volverías a Venus?

—¡Dios me libre!

—¿Pero no ves que volver sería un soberbio desquite de la injusticia con que este puerco mundo ha pagado tu prodigioso invento y tu viaje portentoso?

—Ni eso me tienta. Mi vanidad murió del todo hace ya mucho tiempo. De la injusticia no me cuido, es fruta del mundo. El ridículo me deja indiferente.

—Pues a mí no, a mí no... Ni tampoco a Carlitos, ansioso de consagrar su vida a demostrar la verdad de tu gloria a los asnos que contra ella han coceado. Y hase bien, hase bien.

—Papá, papá, te pido encarecidamente que no excites esos peligrosos entusiasmos, nobles en él y en ti, y que explicables en un chico de sus años...

—No lo son en los míos. ¿Verdad?... ¿No en eso lo que ibas a decir?... Muchos son, es verdad; pero en tocándome a ese punto no están menos calientes que los suyos; y si,

como tú misma reconoces, son nobles, ¿porqué has de aguardar los del muchacho? ¿Porqué he de aguardar yo? ¡Porra!... ¿Porqué no ha de ir?... Y si mi sangre vieja bulle con ese mismo afán, ¿porqué no he de ir?

—¡Cómo! ¿También tú piensas?...

—Pues ya lo creo... ¿Mi edad? Ta, ta... Tienes abuelo para rato, Pepeta: Un viejo acecinado dura mucho; en mi cuerpo de alambre y pergamino hay cuerda todavía para muchos años, y me sorprendería morirme sin cumplir noventa y cinco, por lo menos.

—Dios te oiga, y ojalá sean cien.

—Pero aunque no me oiga, y suponiendo me muriera en el viaje, a mí me es indiferente morirme aquí, o allí o en el camino. No, ¡qué ha de serme!... De lo que yo no me consolaría jamás sería de morirme sin haberme dado el gustazo de un eclipse de Sol como el que con el autoplanetoide pienso arreglarme en cuanto me vea otra vez en los cielos. Un eclipse con una despampantantísima corona solar, con escenografía que dispondré yo a mi gusto, para que dure el espectáculo lo que a mí se me antoje: cinco horas, diez, un día, una semana; lo que me sea preciso para darme el gran baño de *coronium* (1) y traerme ampliadísimas, y per-

(1) El *coronium* en que Ripoll quería bañarse, sobreentendiéndose no ser en dicho gas, sino en su luz, en donde le apetecía sumergirse, es...

He comenzado mal; pues abordado el asunto en la anterior forma, me meto en un atolladero. Veamos de otro modo: cuando un eclipse total de Sol llega a su totalidad, surge repentinamente en derredor del oscuro disco lunar tras del que aquél se oculta, lo que se llama la *corona solar*. Bellísima aureola de suave luz perlina, y forma irregular y variable, que extendiéndose a gran distancia no es jamás visible sino durante la escasísima duración de la totalidad del eclipse. Pues en cualquier otra ocasión queda su luz ahogada entre los resplandores de la vivísima del núcleo.

Pero así como en la luz del Sol hay los siete colores que vemos separados en el iris, el opalino resplandor de la corona está integrado por varios, en que la descompone el prisma de cristal de los astrónomos, separándolos en la franja de cambiantes colores, llamada *espectro*. Luces entre las cuales está la verde del *coronium* en que Ripoll desea bañarse.

Tal nombre vénele de que, no habiendo sido, hasta hoy, posible obtener otra igual a ella, mediante la ignición de ninguno de los cuerpos existentes en la Tierra, se ha supuesto procede de un cuerpo simple—en estado, desde luego, gaseoso—desconocido de nuestros químicos, que en el Sol existe y al cual se ha dado aquel retumbante nombre.

Esto no implica afirmación de que no tengamos en la Tierra *coronium*; pues así como el helio fué hallado en el Sol, cuando en el mundo no era todavía conocido, y hoy lo es muchísimo y muy empleado,

fectamente comprobadas, las observaciones, un poco incompletas, de aquel otro que vimos cuando detuviste nuestra caída al Sol y entre tú y Mercurio nos lisbrasteis de achicharrarnos en él.

## VII

### LA CONFESIÓN DE DON JAUME

Conociendo de antaño la poca simpatía con que Maripepa miraba el viaje a Venus, no es de extrañar le ocultara Ripoll, hasta haber realizado, la gestión que iba a hacer en Caracas. Con tanto más motivo cuanto que el Presidente de T. I. de V. P. no estaba muy seguro de que tanto como él lo estuviera ella de la venusina procedencia de las perturbaciones telegráficas, causantes de aquel viaje. No porque Maripepa le hubiese llevado la contraria en punto tan a pecho tomado por el ilustre astrónomo, sino porque... porque...

A ciencia cierta no podía el abuelo decir el porqué de su escama, pero tenía la de que los asentimientos de Pepeta obedecieran, no a convicción, sino a condescendencia, con lo que acaso creía, sin llegar ni a insinuarlo, pudiese ser en él maniático prurito de explicar cuanto acaso pudiese ser de otro modo explicado, atribuyéndolo a influencias del amado planeta en cuyo amor vivía aprisionado.

El mal éxito de la visita al Arbitro perniquebró, mas no paralizó la catalana tenacidad de Ripoll, que, coja y todo, se empeñaba en llevar adelante su propósito. Y no viendo para ello más medio que hacer otra escapada, pero de vuelos muchísimo más amplios que la que tan mal le había salido, formó intento de fugarse de la Tierra, en el autoplanetoide, a hurto del Arbitro y la Bifronte. Pero no de su nieta; pues ni él sabía gobernar aquel vehículo de locomoción extraplanetaria; ni aun, a saber, sería capaz de jugar tal trastada a Pepeta; ni estaba, de otra parte, dispuesto a irse sin

Carlitos. Por no "darle la gana" de separarse del muchacho.

Todo esto vino mascullando en el vuelo de retorno de América. A la par que rumiando la dificultad de obtener, en el sigiloso y atrevido raptó del planetoide, primer paso obligado en la ejecución del plan, la aquiescencia y la ayuda de su nieta adoptiva. Quien menos aun había de prestarse a capitanear la expedición. Pues repetidas veces había dicho, y con mujer como ella bastaba la primera, que ni atada volvería allá arriba.

Además, ¿qué registro cabía tocar, para vencer tal repugnancia, con mujer a quien le era indiferente ahora el planeta por ella descubierto, no como astro, pues como tal lo estaba desde remotos tiempos, pero sí en cuanto mundo; desengañada y desdeñosa de científicos triunfos que antes la apasionaban, y en quien no hacían mella injusticias, calumnias, ni chacotas de sus estúpidos o malévolos coterráneos?...

—Ninguno, no hay ninguno—murmuraba el anciano, llegando ya cerca de España—. A menos que... ¡Qué idea!... Sí, tal vez por ese lado... Porque su conciencia es lo único, en ella, incapaz de embotamiento... Su conciencia responderá, probablemente, si llamo a ella.

Pero para eso será preciso contarle la terrible historia que ella ignora, decirle *todos* los porqués de mi certeza de que de allí nos llaman, y confesarle lo que hicimos con aquella infeliz. Que no fué un crimen, no; sino sólo anticipo indispensable de merecida pena. Pero que, a pesar de eso, fué un espantoso trance y un censurable abuso nuestro. No, ¡recongelación!; el confesarlo es demasiado fuerte. Yo no se lo confieso a Pepeta... Mas callarlo equivale a no hacer nada para reparar el daño, cuando los indicios de que Sara vive dan esperanza de ser posible todavía la reparación; abandonar segunda vez a esa desventurada, echándome a la espalda la conciencia...

\*\*

\*\*

acaso cualquier día nos llegue la noticia de haberse hallado aquí abajo el coronium de allá arriba.

Pero en tanto esto no suceda, preciso es que quien quiera bañarse en él sin mezcla de otras vulgares luces solares, tenga la paciencia de aguardar a un eclipse. Y llegado éste se contente con rapidísima ducha de impresión.

Por no satisfacerle esto al Presidente de T. I. de V. P. se preparaba un prolongado eclipse capaz de convertir aquella en largo baño de placer: de placer astronómico.

Del aterrizaje de Ripoll en el Instituto Planetario y de la regañeta que aguantó de madre e hijo, sólo diremos, para llegar de prisa a cosa de más monta, que a las preguntas de una y otro no contestó sino que volvía de América. Donde lo había llevado asunto de tantísima urgencia que no le dejó tiempo de decirles adiós. Cosa bastante extraña, viviendo en compañía de ellos.

El almuerzo, que, cual Ripoll había pedido, estaba listo a la llegada de éste, fué breve; pues teniendo a la vista necesidad de afrontar un duro sacrificio, y siendo de madera de valientes, que en casos tales no dilatan, sino apresuran el afrontar amargos tragos, estaba deseando levantarse de la mesa para invitar a Maripepa, como lo hizo tan luego fué acabado el almuerzo, a irse con él a su despacho. Donde tenían que hablar de cosas importantes.

Una vez allí ambos, entró en materia, diciendo:

—Hija mía, vergo de Caracas.

—¡De Caracas! ¿Y a qué...?

—He ido a pedir al Arbitro Supremo que gestione sea alzada la prohibición de efectuar viajes a...

—Papá, ¡por Dios!... ¿Todavía insistes en...?

—Sí, sí, Pepeta... Ni es manía, no lo creas, ni chocheo.

—No digo eso...

—Ni lo pienses... Es que ahora..., ahora..., es que... que hay nuevas razones..., otros motivos de...

Al decir esto se detuvo Ripoll, cual si le fuera muy penoso continuar. Lo que visto por ella, a la par que la descomposición del semblante del anciano, simultánea con balbuceos del habla y templores de la voz, le hizo preguntarle:

—¿Qué te pasa? ¿Estás malo?

—No, hija, no... Lo que me pasa pronto lo entenderás, cuando conozcas las poderosísimas razones que ahora no aconsejan, sino obligan ya a volver a Venus.

—¿Poderosísimas razones?... Supongo te refieres a las del folleto donde dijiste que las perturbaciones telegráficas son llamadas de allá.

—Ya sospechaba yo que tú no estabas muy convencida de ello.

—Como no he estudiado el asunto, no discuto tu opinión, y hasta daré por hecho que, efectivamente, hayan sido señales procedentes de allí. Mas no por ello veo que eso *obligue* a nada.

—Oye, Pepeta. Voy a hacerte una confesión que me cuesta mucho trabajo.

—¿Una confesión? ¡Tú a mí! ¡Qué rareza!

—Sí, hija mía. Muy dolorosa, mucho; pero no hay más remedio. Es deber de conciencia, para mí, no retroceder ante la pena de avergonzarme delante de ti.

—Papá, papá... No digas tonterías...

—No lo son, no... Gracias por este abra-

zo y estos besos; gracias, gracias... Y ahora escúchame.

Maria Pepa, muy impresionada con los preámbulos y la emoción del viejo, y presintiendo debía ser muy grave la causa que producía tan gran trastorno en un hombre de su recio temple, dijo muy conmovida:

—Si verdaderamente crees indispensable imponerte esa violencia, dispuesta estoy a oírte; pero antes de comenzar a hablar empieza por tranquilizarte, pensando que quien te escucha te quiere como a padre, que te conoce bien y sabe que si algo tienes que reprocharte serán errores o flaquezas, pero nunca vergüenzas.

—Dios te bendiga... Oye. Mi certeza de que alguien ha llamado desde Venus a la Tierra no se funda solamente en razones, coincidencias y cálculos astronómicos; sino en hondísima convicción moral.

No obstante ser propósito de Maripepa no interrumpir al viejo, para que cuanto antes acabara de decir lo que se veía le era muy duro confesar, parecióle tan extraño oírle atribuir morales causas a un fenómeno puramente material, que, dudando del equilibrio de las mentales facultades de quien tal decía, no pudo menos de contestar:

—¡Convicción moral!... En fenómenos de esa naturaleza no caben tales convicciones. No puede ser.

—Pues es. Es un convencimiento íntimo. Me lo dice la voz que, en mi conciencia, alza el remordimiento.

—¡Por Dios, papá!... ¿Remordimientos tú?

—Sí. Calla. Déjame continuar. No desvarío...

Cual si tomara alientos para su confesión, hizo el pobre hombre breve pausa, y al cabo, prosiguió diciendo, con grandísimo esfuerzo:

—Tú y tu marido habéis creído siempre que la que fué su primera y legal esposa, aunque no su mujer según la Ley de Dios, se había escapado en una de las chalupas submarinas del autoplanetoide la víspera de levantarse éste del océano de aquel mundo para volvernos a éste.

—Pero qué ¿no fué así?—preguntó Maripepa, palideciendo intensamente, pues los recuerdos, dolorosísimos para ella, evocados por Don Jaume, se le mezclaban de improviso con temerosas aprensiones sobre la revelación insospechada que estaba a punto de oír—. ¿No quedó Sara allí? ¿Qué ha sido de ella entonces?

—Sí, sí, quedó. Mas no por propia vo-



luntad de arrepentida, como tú y Alvaro creísteis, que a sí misma se impusiera el castigo de los crímenes que contra ti y contra todos sus compañeros de expedición había cometido; ni tampoco por temor a la pena que a su llegada aquí la impondrían los tribunales de la Tierra; sino porque del planetoide la arrojó otro tribunal que, creyendo imprudente permitirle regresar, le propuso se quedara allá, ofreciéndole el submarino para que en él intentara salvarse.

—¡Salvarse en aquel cataclismo del que nosotros huíamos! ¿Cómo había de lograrlo, abandonada a sus solas fuerzas. ¿Y aceptó?

—Sí.

—¡Desdichada, desdichada!... ¡Y dices que no estaba arrepentida! ¿Qué mayor prueba de su arrepentimiento?

—No, no; seguía tan perversa y tan impenitente como siempre.

—Pero ¿no has dicho que aceptó su suerte?

—Aceptó, claro; porque no le quedaba otro remedio; porque... por...

—¿Porqué?... Acaba.

Al llegar a este punto, y verse en un atasco, calló en seco el catalán, balbuceó, después, frases incoherentes, que no aclaraban nada; volvió a callar sin acertar a proseguir, y, a la postre, se zafó del aprieto diciendo:

—Pepeta, el que yo te haga, porque quiero, mi confesión, que es cosa mía, no me autoriza a confesar secretos que no me pertenecen. Secretos de aquella desdichada, que sería en mí traición a ella revelar.

—Bien, bien, calla lo que quieras... Pero ¿es que tampoco me podrás decir quiénes formaron el tribunal que condenó a Sara?

A esta pregunta bajó la cabeza Ripoll, y con gran esfuerzo, y conmovida y sorda voz, respondió:

—Fognino, Haupt y yo.

—¿Vosotros?... ¡Mis amigos, casi mis padres!

—Sí. Por eso, por eso; porque como a hija te queríamos.

—Pero vosotros no teníais derecho...

—Verdad, y porque lo es me remuerde la conciencia. Pero lo hicimos sin que nos empujaran apasionamientos personales, sin odio a ella; hasta sobreponiéndonos a la compasión, que, al encerrarla en el submarino y dar a éste salida al mar, nos inspiraba el horrible abandono en que la dejábamos... Y bien sabe Dios que obramos

plenamente convencidos de que no hacíamos sino anticiparle el castigo que en cuanto aquí llegáramos, y denunciáramos sus crímenes le impondrían los tribunales. Pues no teníamos la menor duda de que tan pronto conocieran los jueces la perversidad de la que los había cometido, la sentenciarían irremisiblemente a muerte.

—Pero no veíais que aquello también era condenarla a muerte.

—Probablemente sí; pero no la matábamos nosotros. Y aun siendo inverosímil que pudiera salvarse, dejábamos abierto ese portillo, por estrecho que fuera, a la esperanza de que la Providencia quisiera perdonarla.

—¡Salvarse, sola, en un mar desconocido, de un mundo que también lo era para ella! ¡Salvarse en una cáscara de nuez lanzada a un mar agitado por embates de geológica catástrofe, que no podía afrontar mi poderoso novimundo!... Pero ¿no veíais que su salvación era imposible?

—Sí; lo veíamos. Lo confieso, Pepeta; yo no miento nunca. Pero, a pesar de verlo, afrontamos la responsabilidad de lo que hicimos.

—Pero ¿porqué no aguardásteis a que la sentenciaran quienes para ello tenían el derecho que a vosotros os faltaba, imparcialidad que el cariño a mí os quitaba para juzgar a mi enemiga?

—Porque aterrándonos la maldad de aquella criatura; conociendo su fementida astucia, los recursos inagotables para el mal, de su grandísimo talento y su ciencia vastísima; y sabedores del feroz aborrecimiento que te tenía, consideramos loca temeridad consentir viniera en el viaje de regreso. Sin que la precaución de traerla presa sosegara nuestros temores; pues la prisión en que antes la tuvimos no había impedido sus anteriores atentados, que presentíamos repetiría a la vuelta. Porque, pensando que si en uno te había medio matado, te mataría del todo en el siguiente, nos parecía insensatez dejarle posibilidad de cometerlo.

—¿Quiere decir entonces que si no la culpable, fuí yo la causa de...—Maripepa iba a decir asesinato; pero, pensando a tiempo en la impresión que tal palabra produciría en el acojido anciano, se contuvo, y en lugar de ello dijo—: de la muerte de aquella desventurada?

—¡Tú! ¡Causa tú!

—Claro está. Vuestro cariño, irreflexivo y ciego, a mí, fué el que la abandonó.

La impresión acerba que a la leal y compasiva aragonesa le ocasionaba lo verdadero de su razonamiento, conmovió a Ripoll. Pero cuando, impulsado por el afecto a ella, se disponía a contradecirla, le asaltó de improviso la idea de que aquella aflicción era la palanca que él había menester para hacerla mudar de criterio respecto a la procedencia del viaje; pensó que solamente para lograr dicha mudanza había él afrontado la penosa confesión recién hecha; y una vez reflexionado todo ello, no sólo se abstuvo de desimpresionar a la noble mujer que se dolía del cruel castigo, por su causa infligido a la que fué su implacable enemiga, sino que, buscando el efecto opuesto, contestó:

—En eso razón tienes. Por tu cariño fué.

Después de esto ambos quedaron silenciosos.

### VIII

#### PÁJARO SIN ALAS

Cuerdo es quien evita se le entremezcle el corazón en juicios y razonamientos, pues tan pronto se convierte en diálogo, del cerebro y aquél, lo que no debe ser sino monólogo de la razón, adiós ecuanimidad, prudencia y seso.

Esto dicen lógica y buen sentido, y esto hacen las personas sesudas y frías; mas la receta ofrece sus dificultades a las de mucho corazón. Mal avenidas con pasividad, de sentires y afectos, que deje a la inteligencia juzgar y resolver sin dar audiencia a aquéllos.

Por lo común, esto es un mal. Mas tan compleja y escondida es la trabazón de las diversas facultades anímicas de la humanidad, que en los corazones de algunas criaturas nacen, a veces, íntimas instintivas convicciones morales con superior certeza que la de otros convencimientos mucho más razonados. Y todavía más si conciencias estrechas vislumbran, en tales convicciones, caminos de deberes.

¡Misterios de la biología y la psicología! Acaso menos asequibles a nuestra razón que los de la electricidad, el calor, la radiactividad.

Viene a cuento el preámbulo, no de explicar, sino de consignar el hecho de que así como un padecer moral, remordimiento, había convertido en vehemente creen-

cia de Ripoll meras sospechas despertadas por las presumidas concomitancias astronómicas entre las perturbaciones telegráficas y las posiciones de Venus, otro movimiento afectivo, pero éste de piadosa compasión, hizo a Maripepa pensar, como el astrónomo, que si efectivamente procedieran los murmullos telefónicos de llamadas telegráficas del planeta, no podía haber viviente alguno en aquel astro que, para hacerlas perceptibles en la Tierra, estuviese en mejores condiciones que la desterrada de ella; ni nadie allí acuciado por interés tan vivo a establecer comunicación entre ambos mundos, como quien llevaba dieciséis años de padecer aquel destierro.

Podría no ser, pero ¿y si fuere? Sólo el posible evento de afirmativa respuesta bastaba para que mujer del corazón de la ex capitana no se determinara a asumir con su conciencia la responsabilidad de negarlo de ligero, siendo así ella quien frustrase la tentativa, por Ripoll propuesta, de salvar a la infeliz. Arrancada, no a la vida, sino a la humanidad, para hacerla padecer, durante muchos años, sabe Dios qué torturas, con las cuales comparadas parecerían dulcísimos los padeceres de las condenas de por vida en las más crueles de nuestras penitenciarías.

Incapaz de sentir aborrecimientos, no por ello podía la antigua capitana del motoplaneta, borrar de su memoria el mucho daño que aquella su mortal enemiga le había hecho; y en la duda, por sus escrúpulos alzada, de si entre estos recuerdos de la perversidad de Sara habría rescoldos de odio, su rectitud decía que el más cierto camino para acallar tales recelos, y dar completa paz a su conciencia de cristiana, era comportarse como procedería a estar una persona amadísima de ella en el lugar de su enemiga; convertir el perdón interno, ha muchísimo tiempo ya otorgado, en perdón externo; no acogerse a hipócritas razones de prudencia, fundadas en juiciosos argumentos, pero acaso influidos por el egoísmo, sobre la inverosimilitud de aquella extraña convicción con que el anciano creía viva a la desterrada; no rehusar la ayuda que, para salvarla, presentía. Maripepa le iba a ser perdida.

Además, sumóse a estas razones otro impulso decisivo. Pues al pensar que Sara era la verdadera madre de su Carlos, de su mayor amor, de la única alegría que en su vida quedaba; y decirse que en cuanto aquella fuera salva le quitaría al que adoraba como a hijo, sintió sublevarse este



—¿No es usted hijo de la Tierra? ¿No es usted *pulvis terrae*?

amor en su pecho, y alborearle idea en la mente de que no haciendo nada en favor del salvamento aseguraba para siempre la posesión de aquel cariño. Sintiendo tan ansioso afán de guardar, para sí sola, aquel hijo de otra, que la violencia misma de la tentación hízole ver claro que recuperar su perdido hijo podría ser, para la infeliz madre, por la fuerza apartada de él, el único consuelo ya posible en su vida,

y que el arrebatárselo de nuevo sería maldad aun más infame que cuantas ella había cometido. Por eso, temiendo no poder resistir la tentación, si antes de ver a Carlos no quemaba en seguida sus naves, dijo a Don Jaume:

—Viva o no viva esa desventurada, veo en lo que dices posibilidad racional de ello, y ella me basta, aun cuando sea remota, para no rehusarte el auxilio, en caridad

debido, para pedirme el cual supongo te has impuesto el sacrificio de confesarme lo que acabas de decirme.

—Sí, sí, Pepeta. Para eso, para eso.

—Así no tendré en ningún caso amargores de conciencia.

—Ya lo sabía yo, ya lo sabía; porque te conozco. Nos burlaremos de la Bifronte y sus prohibiciones; cuando menos lo piensen, nos escaparemos en tu *orbimotor*; volverás a ser la capitana... ¡Visca la capitana!

—No, eso no, papá. Me faltan ánimos para volver allá otra vez.

—Pero entonces, ¿quién va a mandar el autoplanetoide?

—Valdivia. En él tengo plena confianza.

—Y yo. Pero no tanta como en tí.

—Pues haces mal. Acuérdate de que estando yo herida, él lo gobernó, sin el menor tropiezo, durante casi todo el viaje de vuelta.

Valdivia era un ingeniero chileno, sumamente capaz, muy adicto a la capitana, que, como segundo de a bordo, había hecho el primer viaje a Venus, y a quien al retornar le había sido encomendada la custodia y conservación del enorme vehículo estelar. Depositado desde entonces sobre las gradas del astillero de Paramillo, donde había sido fabricado, y a las cuales volvió al fin de su odisea.

Dicho astillero hallábase en el alto valle de aquel nombre, entre las cumbres de Los Andes, donde éstos sirven de límite a Chile y la Argentina.

No obstante estar convencido Ripoll de la pericia del citado oficial, desagradábale no fuera la auténtica y acreditada capitana, e inventora, quien mandara la venidera expedición; mas tan pronto pretendió convencerla de que ella debía dirigirla, recibió esta respuesta:

—Papá Ripoll, no me exijas más de lo que puedo concederte... Me avengo a hacer cuanto yo pueda para ayudarte a realizar el viaje que crees necesario para salir de dudas y ponerte a bien con tu conciencia; mas no a volver yo allí. Eso jamás.

—Pero entonces, Carlitos, que tanta gana tiene de ir allá...

—¡Carlos!... ¡Qué desatinos piensas!...

—No. Si yo no... Es desir...

—El que yo haya admitido la posibilidad de que no te equivoques en tu convicción, fundada no en datos positivos, sino en presunciones influidas por tu estado de ánimo, no significa más sino que no quiero,

aunque las creo improbables, resquemores de conciencia; pero no que me haya vuelto loca, ni que por una sombra de posibilidad de que esa mujer viva vaya a arriesgar, en viaje cuyos peligros me son bien conocidos, la vida de ese niño.

—¡Niño! No tan niño. Sus dieciséis años valen más que los veinte de muchos.

—No discutamos. Te ayudaré, autorizando a Valdivia, en carta que escribiré esta noche y te daré mañana, a que te preste su cooperación en el avituallamiento subrepticio del novimundo y a que en él parta a tus órdenes. Mas habiéndote dicho que yo me quedo aquí, Carlos no ha de ir donde no va su madre... Es inútil hablar más de este punto.

Con esto, levantándose, y saliéndose de la habitación, puso fin María Pepa a la entrevista.

Ripoll, que no era lerdo, tuvo en la punta de la lengua contestarle, antes de salirse ella, que teniendo el viaje por objeto ir a buscar a la verdadera madre de Carlitos, éste debía ser quien primero embarcara; pero haciéndose cargo de lo muy dolorosa que tal respuesta sería para ella, no replicó palabra. Y solamente cuando ya estuvo solo murmuró entre dientes:

—¡Cómo ciega el cariño a las mujeres, aun cuando sean tan listas y angelicales como esta!

Pero se equivocaba; pues Maripepa, no tan ciega como él suponía, iba, camino de su cuarto, diciendo para sí:

—Su madre, su madre... Su madre no soy yo, sino aquélla.

Y apenas llegada a su habitación, rompió en lágrimas. Sin lograr serenarse hasta ocurrírsele que, aun en el caso de resultar verdad el problemático supuesto de Ripoll, ya recuperaría Sara su hijo al volver a la Tierra; y que sería una locura que por adelantar unas cuantas semanas, y aun cuando fueren meses, el gozo de la madre, se pusiera en riesgo la realidad de él, arrojando los que en la expedición amenazarían la vida del hijo.

\*  
\*\*

Como secreto entre muchos deja de serlo, y como para que el aviestelar consiguiera fugarse era indispensable no se clarea el proyecto de fuga, acordaron, el abuelo y la nieta, no decir palabra del proyecto, ni siquiera al Consejo Directivo del Instituto. Silencio que la obligaría a ella

a adelantar el dinero necesario para el abastecimiento de la sidérea nave, y a Ripoll a fingir un viaje, pero sólo terrestre, cual justificación de su salida de Trujillo.

Mas como el adelanto pecuniario no era grano de anís, ni los valores, que habían de dar los recursos metálicos para todo, se podían realizar con igual brevedad que Don Jaime fantaseó el pretexto del mentido viaje, no tuvo éste sino refrenar su nerviosa impaciencia de partir en seguida para Paramillo. Con lo cual se evitó el simulado y el verdadero; pues a los cuatro días de la conversación con Pepeta, últimamente trascrita, recibió un radiograma concebido en los siguientes términos:

“Valdivia a Presidente T. I. de V. P.—Trujillo.—Llegados hoy ingenieros, cuadrilla mecánicos de Valparaíso, y compañía infantería de Mendoza. Por orden Consejo Federal, desmontan compuertas de cierre poterna salida autoplanetoide, embargran almacenes cápsulas propulsoras, y se llevarán compuertas y cápsulas. Compañía quedará guarnición este astillero, asegurar cumplimiento orden, me han comunicado de que autoplanetoide no se mueva de sus gradas. Perfectamente ociosa; pues privado de cápsulas, mal podrá moverse.”

—¡Y aunque pudiese, recongelación! ¡A qué se iba a mover—vociferó Don Jaime, dando un brutal puñetazo en una mesa—, si falta de poterna queda reducido a la condición de cualquier mísero zeppelin o aeroplano, imposibilitados de salir de la atmósfera. Nos ha amolado el Arbitro.

¡Cochino! ¡Embustero! ¡Maldita sea su estampa!... La culpa tengo yo de haberme fiado...

¡Porra! ¡Cómo me duelen estos dedos! Creo que el puñetazo me ha desconcertado algún gosne.

La observación primera del Presidente obedecía a que privado el autoplanetoide de sus compuertas de cierre hermético, el aire almacenado en su interior, indispensable a la respiración de quienes en él hubieren de viajar, se le escaparía a los espacios. No ya tan pronto saliera de la atmósfera, sino antes y en cuanto se remontara a regiones donde fuese pequeña la presión de ésta.

Los improprios contra el Supremo Arbitro eran precipitados juicios temerarios. Porque aquel alto personaje no había faltado a la reserva prometida a Don Jaime; sino que la policía caraqueña del Embajador de la Bifronte había olido en el visi-

tante al siempre vigilado Presidente del T. I. de V. P., e informó de todo a su gobierno. Que en seguida receló si el catalán, cuya fama de terco y temerario era notoria, andaría urdiendo, cual sabemos urdía, escaparse con el autoplanetoide. Y temiendo que el Arbitro, tan calumniado por unos como por el otro, estuviera con él en connivencia para jugársela de puño a la Bifronte, y hacerse el sorprendido cuando la cosa acaeciera, lo conminó, tan diplomática como apremiantemente, a tomar medidas suficientes a garantizar, en absoluto, que no sería burlada la vigilancia de que estaba encargado para evitar la fuga del novimundo a las estrellas.

Tal es la explicación del telegrama de Valdivia. Pues no creyendo el Consejo Federal que las fantasías del astrónomo merecieran la pena de afrontar internacionales rozamientos, ni menos de hacer creer en maliciosa complicidad del tal Consejo, se apresuró a comunicar telegráficamente las órdenes que Valdivia avisaba estarse ya cumpliendo.

Como sería pálida toda descripción que pintar pretendiera la cólera del almogávar, renuncio a describirla. Sólo diré que, escarmentado, ya no daba puñetazos; pero toda la indignación así no desahogada aumentaba la virulencia de sus improprios: desbordándose en gritos que, oídos desde lejos, atrajeran a su despacho a la nieta. A la que, reportándose, por saber no era amiga de voces, ni de porras, ni menos todavía de interjecciones más enérgicas, que en casos extremados se le escapaban al abuelo postizo, le dió a leer el telegrama.

—Esto es—dijo ella—la imposibilidad total de hacer el viaje... No es nuestra la culpa.

—¡La imposibilidad! ¡La imposibilidad?

—La imposibilidad de hoy.

—No te entiendo y no veo.

—Que si a tu pobre aviestelar le han cortado las alas, pueden crecerle otras; que lo imposible hoy no lo será cuando dentro de año y medio vuelva a telegrafiar Venus.

—¡Pero, papá!

—Nada, nada. Hasta entonces puedes pensar de mí lo que te plazca, incluso que estoy chocho. Pero te emplazo para entonces, y entonces hablaremos.

Tentada estuvo Maripepa de objetar a Ripoll que lo absoluto de su certeza en cosa venidera y altamente dudosa le parecía temeraria. Pero tal fuerza tienen, aun con los incrédulos, las firmes convicciones, con va-

lencia afirmadas contra todos, que impresionada por la energía de Ripoll nada le opuso. Y aun pensó para sí: "¿Tendrá razón?"

## IX

## QUE DE SABIOS ES MUDAR DE CONSEJO

Además de violento era Ripoll, mientras no lo perturbaran arrebatos, muy sagaz marrullero, según demostró bien en la sesión extraordinaria de la Directiva del T. I. de V. P., que, a otro día de recibir el telegrama de Valdivia, convocó para cuatro después. Pues los vocales residían en diversos países, algunos muy lejanos del Instituto, y había que darles tiempo para acudir a ella.

Poco amigo, el astrónomo, de parlamentarismos, tenía a dichos Señores Consejeros muy bien acostumbrados a ir como corderitos por donde a él le pluguiera llevarlos. Quedando, por el bien parecer, disimulada la obediencia con simulacros de breves discusiones.

Pero ahora recelaba se le hicieran de pencas; pues votar la moción que él necesitaba le aprobaran equivaldría a declararse públicamente conformes con su zarandeada memoria sobre las perturbaciones. Con la cual no lo estaba ninguno de los seis sabihondos que componían la directiva. Pues aun habiéndose abstenido, por pertenecer a ésta, de impugnar aquélla, sabía muy bien Ripoll que a espaldas de él no eran los seis señores de los más remisos en hacer chacota de la "fantaseada telegrafía venusiana".

La finalidad de la espinosa proposición era que el Instituto costeara científicas investigaciones, encomendadas a eminentes telegrafistas y radiólogos, que habrían de estudiar la naturaleza y características precisas en ondas telegráficas emitidas en Venus para producir, en estaciones de la Tierra, las perturbaciones en ellas registradas; y una vez averiguado esto idear y construir, antes de que allá llamaran, en agosto del próximo año venidero, receptor y transmisor aptos para comunicar con aquel mundo.

Para todo ello, se montarían laboratorios *ad-hoc*, contratando para ellos, con *opiparos* sueldos, los más reputados especialistas elegidos por concurso; se premiarían espléndidamente los estudios y proyectos estimables, que al Instituto fueran enviados, sobre temas relacionados con la investiga-

ción; se fabricaría la estación del modelo aprobado, etc., etc.

Razón de todo esto: que, perdida la esperanza de subrepticio viaje, proponíase Don Jaime obligar a la Bifronte a levantar su veto, sublevando contra éste la opinión del mundo entero. Cual se sublevaría en cuanto fuera un hecho la comunicación con los venusianos.

Pero apenas acabada la minuta de la moción, cayó Don Jaime en la cuenta de que en cuanto la oyeran cerdearían los bozalgos del Consejo. Y aquí del *presidencialesco marrullear*, que eludiendo la lucha con los sabios, triunfó de sus flaquezas en cuanto hombres.

\*  
\*\*

Sin faltar ningún vocal, pues la puntualidad de todos estaba bien asegurada por altísimas dietas de asistencia, que caían, no en vago sino sobre sueldos crecidísimos, ganados con muy poco trabajo, fué abierta la sesión. Incontinenti, exhibió el Presidente el telegrama de Valdivia y, recatando sus verdaderos propósitos, manifestó que implicando lo ocurrido imposibilidad, ya pública y notoria, de realizar ningún viaje planetario, proponía que el Consejo acordara la disolución del Instituto y la entrega de su capital a los herederos del fundador Castrejo. A quienes, según los estatutos, debía volver, en caso de no cumplirse los fines del legado.

Fueron de ver, y en verlas complacióse el ladino astrónomo, cuán largas y amustiasdas se pusieron las caras de los seis señores. Consternados con la desagradable perspectiva de quedarse sin las jugosísimas bicocas que disfrutaban con gran gusto y sin ningún trabajo.

—Yo creo—dijo uno, tras de un rato de penoso silencio—que esa disolución es prematura.

—Y yo.

—Y yo.

—De que hoy no sea posible realizar viajes, no se deduce que tal imposibilidad sea definitiva.

—Naturalmente.

—No hay que hacerse ilusiones, amigos míos—replicó Don Jaime—. La actitud de los públicos poderes hace absoluta y permanente la imposibilidad.

—Mas no somos nosotros los llamados a reconocerlo.

—Además, los criterios de los gobiernos mudan con los tiempos.

—Esta vez no mudarán, señores.

—Pues si no mudan ellos, no veo porqué hemos nosotros de mudar, ni razón para desertar nuestros puestos de honor de promotores del progreso planetario.

—Bravo, bravo.

—Muy bien, muy bien.

—Perfectamente dicho, amigo Rinfj; y también sería yo de esa opinión, a no estar cierto de que si no nos vamos nos echarán.

—¡Echarnos!

—¿Quién?... El Instituto es una fundación autónoma.

—Claro... Los gobiernos no tienen aquí jurisdicción alguna.

—Es que yo no hablo de gobiernos, sino de la comisión de los herederos del fundador. Por él instituída para inspeccionar si se cumplen los fines de la fundación.

—¡Carape!—se le escapó al Sr. Pérez, el más nervioso de los consejeros.

—Eso es más grave.

—Y tanto, querido Manotti: los tales herederos, con muchísimas y muy naturales ganas de atrapar *nuestros muchos millones*, dirán de seguro que, para no hacer viajes, me hace falta Instituto de Viajes Planetarios, ni Consejo, ni consejeros.

Ni sueldos, ni dietas, pensaron, aunque no lo dijeron, los pobres vocales que espantados oían a Ripoll.

—Tiene usted mil razones, Sr. Presidente, ahí está el peligro.

—No lo sabe usted bien; porque, previsto el caso en la escritura de fundación, con cella en la mano vendrán esos señores a portarnos de patitas en la calle.

—¿Y si declaráramos pública y resonantemente, propósito de realizar un nuevo viaje?

Al oír esto tuvo Don Jaume que hacer un gran esfuerzo para no dar un brinco de júbilo en su sillón presidencial. Mas logró reprimirse y callar taimadamente, cual si no diera importancia a cosa tan acorde con sus planes.

—¿Y si protestáramos contra el veto arbitrario de la Bifronte?

—¿Y si nos alzáramos contra el secuestro perpetrado en Paramillo?

—Que legalmente atenta a nuestra legítima propiedad.

—Sí, sí.

—Además, ¿qué va a hacer el Arbitro con nuestras cápsulas?

—¿Para qué le sirve la poterna?

—Para fastidiarnos, Pérez, nada más que para jeringarnos e impedirnos cobrar—saltó Ripoll fingiendo, maquívicamente, irreflexiva espontaneidad que, como arrepentido de haber dejado que se le escapara, rectificó rápidamente, cuando ya había impresionado a sus oyentes—digo impedirnos cumplir nuestros deberes de técnicos ejecutores de la voluntad de su glorioso fundador.

—Ese Arbitro debe de estar vendido a los codiciosos herederos.

—Señores, no diré yo tanto. Mas como a mí también me bulle en el magín el reconcomio de que acaso ande en esto la mano oculta de los herederos, por eso he convocado a ustedes. Pensando que antes que dejar llegue la desairadísima situación de que nos echen, preferirán nos vayamos de grado.

—Sí, claro... Pero sólo después de apurar todo medio para no consentir se despida, cual lacayos, a hombres de nuestra científica talla.

—Verdad, verdad. Y por ello ruego, no al Presidente, sino al amigo, que retire su propuesta de disolución...

—Hago mío ese ruego.

—Y yo.

—Querido Presidente, por usted nos dejaríamos matar; mas el suicidio es superior a nuestras fuerzas.

—Y a nuestras convicciones.

Dudó Don Jaume momentáneamente si acceder a la súplica de los borregos, respingantes por la primera vez, a cambio de que le volaran la otra moción—ya la conocemos—que él tenía en el bolsillo. Mas temiendo con pronta complacencia, inusitada en hombre de su notoria tozudez, descubrir su juego prematuramente, contestó:

—Declaro no poder acceder a esos ruegos. Porque no estoy dispuesto a aguardar el puntapié que de seguro nos darán esos cochinos herederos. Así que si ustedes rechazan mi propuesta no tendré otro remedio que presentar la dimisión. Fundándola en que no pudiendo el Instituto realizar sus fines, procede disolverlo.

—Pero eso será dar un arma terrible a los herederos.

—Yo creo que buscando bien hallaríamos camino de avenencia.

—Ya hemos discutido bastante... Voten, voten, señores.

—Repere, querido Presidente, que eso será el derrumbamiento.

—Bien lo veo, mas no puedo evitarlo.

—Pero...

—Reflexione, ilustre amigo...

—Lo único que en obsequio a ustedes haré será levantar la sesión, para que, con calma, puedan ustedes meditar sus votos.

Se suspende esta discusión hasta mañana.

\*  
\*\*

Lo que Ripoll esperaba en aquellas veinticuatro horas de respiro era que, sin las rigideces de un debate en sesión oficial, procuraran los consejeros, uno a uno, convencerlo en privado de que si el Instituto realizara las resonantes protestas y declaraciones a que algunos de ellos habían aludido en la sesión, no habría porqué dimitiera, ni se obstinara en su propuesta de disolución. Y cual pensó ocurrió.

No uno, sino cinco días tardó en reanudarse la sesión, uno en pos de otro demorada—cosa que no apuraba a nadie, pues con los días corrían las dietas—, hasta que a fuerza de conferencias, de uno ahora, otro luego, con Ripoll, lograron los vocales dar con fórmula—ellos creían haberla por sí hallado—que permitiera no fuera aquella abierta con el “Señores, a votar”, que los aterraba.

Una puntada a éste y otra distinta a aquél, la reticencia de hoy y la leve insinuación de mañana, fueron solapadamente usadas por el marrajo viejo para no exponer a ninguno por completo su plan ni sus deseos; y conseguir, no obstante, que cuando, cabildeando a espaldas de él, buscaban efugio del atolladero, fuera cuajando aquél cual resultado de una idea de éste, de observación de otro, de ocurrencia de un tercero; y que fuera ganando en todos cuerpos la creencia de que la oficial declaración de persistir el Instituto en preparar nuevo viaje sidéreo, no tendría eficacia, de no relacionarla con declaración en que públicamente admitiera el Consejo, no la evidencia, no era menester tanto, mas sí la posibilidad de que los perturbadores murmullos telefónicos hubiesen sido, cual Ripoll afirmaba, llamadas de Venus.

Al principio, se les hacía un poco cuesta arriba suscribir tal declaración; mas vista en un aspecto, parecían que, para lograr de hombre tan obstinado como el Presidente que depusiera sus radicalismos, no vendría mal adularle un poco, o un mucho, si preciso fuere, con aquel golpe de incensario a su folleto; y de otra parte, una vez admitidas, aunque fuera en hipótesis,

las conclusiones del folleto, de ello surgía necesidad de emprender concienzudo estudio de las perturbaciones. Porque, de ser llamadas del planeta, no era admisible se hiciera el sordo a ellas el Instituto cuyos fines eran “establecer y mantener comunicaciones planetarias”.

La última frase, entrecomada por ser copia de una de las cláusulas de la escritura de fundación, dió la apetecida fórmula capaz de poner de acuerdo al presidente y a los consejeros. Pues siendo comunicación planetaria, no sólo los viajes, sino también la telegrafía entre planeta y planeta, comprendían los dignísimos vocales que, mientras no fuere hacedero realizar nuevas expediciones, únicamente podrían evitar la disolución del Instituto, acogiéndose al asidero de la radiotelegrafía interplanetaria.

Y el dilema era este: o dar beligerancia a la memoria de Ripoll, y que viviera el Instituto; o negársela y quedarse sin sueldos y sin dietas.

Hablarían o no hablarían con los venusianos, probablemente no en opinión de los vocales; pero aun cuando no hablaran, pasarían años hasta que se probara, dado que lograra probarse, la imposibilidad de hablar. Y en tanto seguirían ellos en sus puestos de honor.

Claro es que el Presidente desistió de su renuncia y de la temida declaración de estar el T. I. de V. P. imposibilitado de cumplir la voluntad del fundador. Lo cual no hizo sin renegar un poco, pues según decía él aquella era la primera vez que en su vida dejaba que nadie lo apeara de su burro; mas, al fin, hubo de rendirse a la evidencia, de que la radiotelegrafía era indudable vehículo de comunicación interplanetaria, no material, pero sí intelectual, y reconocer que la escritura de constitución no permitía hacer distingos entre una y otra.

He aquí cómo salió a luz, y fué aprobada, cual recién redactada por el señor Pérez—que al acabar prorrumpió en un alegre “¡ahora que vengan los Castrejos!”—, una moción gemela de la que hacía ya siete días tenía Don Jaime en el bolsillo, y no salió de él.

He aquí cómo los cónclaves científicos del mundo se enteraron, con asombro, de que seis ilustrísimos profesores declaraban digna de consideración la ridiculizada memoria de Ripoll.

He aquí cómo, una vez anunciados los



concursos para proveer las plazas, remuneradas pingüemente, de jefes y auxiliares de los laboratorios en proyecto, y de hacerse pública la fundación de no pocas y muy cuantiosas recompensas a estudios y memorias y proyectos a los que había de servir de base *sine qua non* la creencia de que, aun no siendo entendida, había Venus hablado, variaron de opinión muchas docenas de conspicuos sabios de varias nacionalidades, y muchos centenares de quienes, sin serlo, se daban ínfulas de tales, meditando, como los consejeros habían meditado, que, de seguir burlándose del folleto del Presidente del T. I. de V. P., no podrían optar ni a las plazas ni a los premios.

Tal es la explicación de cómo el papel Venus-Ripoll, en baja declarada en todos los cenáculos donde se cotizaban científicos saberes, subió a las nubes en ateneos, universidades, laboratorios y academias.

Y véase cómo el astuto Presidente, no especializado en radiotelegrafía, reclutó un batallón, entre eminentes enemigos suyos, que con ahinco iba a colaborar bajo sus órdenes en la realización de sus propósitos.

¡Vaya si era ladino el catalán!

.....

Pero, ¡cuán maltrechos salen los sabios del episodio relatado!... Los sabios, no; los hombres, a quienes plétora de saber e inteligencia no bastan a llenarles los estómagos, ni, salvo en algunos raros casos de incorruptibilidad imoluta, los libra de apetitos, flaquezas, tentaciones.

¡Cuántas y cuántas cosas, al parecer inexplicables en el mundo, se verían clarísimas si se buscara la explicación en los estómagos!

## X

### EL DRAMA DE LA DESTERRADA

No cohibiéndome, como al autoplanetoi-de, veto de salir de la Tierra, puedo ir a todos los planetas que me venga en gana. Libertad aprovechada ahora para asomarme a Venus. Sin aguardar dieciséis meses, a que aquel astro llegue a los lugares vaticinados por Ripoll, para saber si desde allí telegrafian o no, y si telegrafiaron antes.

Pero para alcanzar, al fin, tal adelanto he de retroceder ahora pocos menos años, hasta encontrar en Lasga, capital del lumbricemiserio de Venus, y en ocasión muy

trágica, a la hermosísima Mistress Sara Sam, que tanto preocupa al astrónomo: la malvada mujer, de cultura extraordinaria y excepcional talento, sólo empleados en el mal hasta el comienzo de su destierro en Venus; pero ya arrepentida y regenerada, por dolores propios y bondades ajenas en los primeros años de su estancia allí.

Las inauditas aventuras que, en aquel mundo, y remontando rudísimo calvario, la subieron de la abyección de bestia irracional a Ingeniera Directora de la Compañía de Teleoscilografía Venusiana, y elevaron su alma de la maldad al arrepentimiento, las tengo ya contadas (1) hasta el momento en que, herida de una puñalada en la espalda, y desangrándose, creyó moría junto a su prometido Aol. Herido por la misma mano que ella, pero más certeramente, pues él ya había muerto cuando Sara confundió con la muerte el colapso que la privaba de conocimiento.

En el Palacio del Podestá de Lasga, a cuya dignidad acababa de ser exaltado Aol, fué perpetrado el doble crimen por el demente doctor Nul, enloquecido por científica envidia, y descubierto y aprendido cuando, llevando todavía en la mano el enorme cuchillo con que había asestado las dos terribles puñaladas, bajaba corriendo las escaleras.

Cuando la servidumbre acudió al salón donde estaban las víctimas, todos creyeron que ambas eran cadáveres, y únicamente a la llegada del doctor Ko, grande amigo de ellas, se advirtió que, si bien con muy pocas esperanzas de conservarla, todavía tenía vida Sara. Quien, gracias a los cuidados de aquél, sanó, al cabo de larguísima convalecencia.

Esto ocurría cerca de cuatro años después de que Ripoll y sus ancianos amigos castigaron, con sentencia de todos menos ellos ignorada, los crímenes cometidos en el autoplanetoi-de por aquella bella y cultísima mujer dieciséis antes de haber sido perturbadas las radiotelegráficas comunicaciones en la Tierra.

Interesa saber a quienes van a leer esta tercera etapa de la azarosisísima existencia de la desterrada, que en la primera de dichas etapas había sido laica esposa, a la postre divorciada, del que después casó cristianamente con la inventora y capitana del novimundo, en donde, divorciada

(1) En los libros *El Mundo-Luz* y *El Mundo-Sombra*.

ya, dió Sara a luz un niño, traído a la Tierra un mes después por los expedicionarios retornantes, quedando allá la madre. El Carlitos, con quien Ripoll chocheaba, por la Capitana prohijado como hijo de su esposo.

El recuerdo de aquel hijo, solamente entrevisto el mismo día de su alumbramiento, y tan perdido para ella cual si hubiese muerto, habíala entristecido, mas sólo fugazmente, en los primeros y durísimos tiempos de su penosa adaptación a las físicas condiciones del planeta.

Después los dolores morales del aislamiento en que se veía, más absoluto y espantoso de cuanto pueda imaginarse, comenzaron a espiritualizar su corazón, de cuya insensibilidad habíase siempre envanecido ella, por deberle que nunca impulsos afectivos perturbaran los juicios de su inteligencia ni las decisiones de su voluntad. Y la que sólo conocía sensaciones físicas y las satisfacciones o contrariedades excitadas por frías impresiones cerebrales, sintió despertarse en su alma sentimientos; y aquel primer dolor inmaterial, causado por la pérdida de su hijo, reveló a la desterrada que, aun cuando opresa, sofocada bajo el peso del concepto material y egoísta de la vida que en lo pasado había regido los actos de la suya, también debía de haber en su alma capacidad, hasta entonces dormida, de disfrutar morales goces, hijos de morales sentimientos antaño desdeñados por ella, como *sensiblerías* y flaquezas a las que no debían rendirse espíritus tan fuertes como el suyo.

A pesarada, reconocía su error, tardíamente, cuando el dolor le mordía ya el alma, y ésta se creía imposibilitada, para siempre, de hallar, en su horrendo aislamiento, moral goce ninguno con que solazarse.

Pasaron meses y años, y como hasta las madres se resignan, al cabo, a la muerte de los hijos, fuéle a Sara atenuando la pena de no poseer, ni siquiera saber si vivía, el suyo.

En pos de los tremendos padeceres, a que ya se ha aludido, de física habituación, a un mundo completamente diferente de la Tierra en donde había nacido, vinieron los titánicos esfuerzos exigidos por su adaptación, ética e intelectual, a los modos de ser, pensar, expresarse y vivir de criaturas pertenecientes a una humanidad de la tierra separada por heterogeneidades radicales. Adaptación sólo lograda a costa

de inconcebibles sufrimientos, que conocen quienes han leído la historia de cual la atormentaron.

Mas, después, comenzó la proscrita a ver clarear las tenebrosidades de su vida futura con naciente esperanza de que iba a embellecerla, en aquel mundo, el verdadero amor, que ella no supo hallar en sus amores del otro mundo, en donde había nacido.

La esperanza pasó, como las ilusiones pasan, con la muerte de Aol, en quien aquélla se cifraba; pero dejando en pos de sí hondísimas y bienhechoras huellas de su paso. Pues aquel hombre, que no pudo hacer feliz a Sara, había conseguido hacerla buena.

Cuando él murió ya no era ella un bicho raro entre las gentes venusianas, sino una criatura comprendida, estimada, más todavía, ilustre, que, ya salida del pasado desamparo, hasta tenía unos cuantos amigos. Pero la muerte de su genio bueno la dejó con el alma vacía y la vida sin objeto, no bastando a llenarla el trabajo exigido por su cargo de directora de la radiotelegrafía por ella establecida en Venus, y a cuyo desempeño hubo de reintegrarse al sanar de su herida.

Renació entonces en el corazón de la desventurada el recuerdo de su hijo y perenne nostalgia de su mundo natal. Esta Tierra nuestra, a la cual llaman los venusianos *Isia*, y ven como el lucero más hermoso de su firmamento. Es decir, si lo miran desde el *noctohemisferio* del planeta, que jamás ve la faz del Sol, pero invisible siempre para los *heliovenusianos* que moran en el *lumiemisferio*, donde nunca anochece.

—¿Vivirá mi hijo?... ¿Habrà muerto?... ¿Transcurrirá mi vida hasta el fin de mis días en esta incertidumbre?... De vivir ese niño, ¿llegará a saber quién es, no, quién fué su madre, a la que allá creerán probablemente muerta; y para el caso, como si lo estuviese?...

¿Le harán odioso mi recuerdo, descubriéndole mi triste historia de maldades, o tendrán para éstas un olvido piadoso?... Es horrible, es horrible la idea de que jamás podré contestar a estas preguntas ni ver al hijo de mis entrañas... ¡Jamás!

¿Jamás? Quién sabe...

... ..

No, no es una esperanza loca: el avies-telar que una vez vino aquí puede volver. Es lógico, más todavía, es probable que

vuelva, y racional mi creencia de que aquél no ha de haber sido un viaje único, sino el primero de una serie de ellos. No creerlo así sería tan absurdo como haber admitido, cuando se conocieron las capacidades del aeroplano y la locomotora que la una correría tan sólo en un primer viaje de prueba, y el otro no daría sino un vuelo de ensayo.

Es indudable que han de repetirse los viajes siderales. Esperaré y cuando a este mundo llegue aquél, u otro aviestelar, podré satisfacer todas estas torturantes preguntas; tal vez volver a mi patrio mundo; acaso conocer y abrazar a mi hijo.

Pero hace ya cuatro años que, desde mi submarino, vi al autoplanetoide alzarse de estos mares y salir de esta atmósfera, en regreso a la Tierra; y cuatro años dan tiempo sobrado para haber hecho nuevos viajes. El entusiasmo general que allá habrá levantado la estupenda hazaña, y el deseo en quienes la realizaron de volver a este planeta, tomando precauciones contra el accidente que antes les impidió reconocer no más que el fondo de sus mares, han de haber sido poderosísimo acicate para preparar sin demora nueva expedición. Que es sumamente extraño no se haya realizado tiempo ha...

¿Naufragaría el motoestelar en el viaje de vuelta?... ¿Ignorarán en la Tierra que aquí llegó?... ¿Se les habrá ocurrido allá ir a otros planetas antes de retornar a este? ¿Los retraerá de venir el no haber hallado medio de sustraerse, en el *amerizaje* de llegada, a la fuerza que la otra vez los tuvo embarrancados varios meses en lo hondo de estos océanos venusianos?

¡Como siempre, como siempre! Sólo consigo amontonar, sobre el rimero de mis preguntas de antes, nueva balumba de otras tan imposibles de contestar como ellas! ¡Qué torturantes son esta incapacidad y esta impotencia mías! Estoy desesperadamente sentenciada a no ver a mi hijo, ¡Mío, qué cruel ironía!, a no saber si vive; condenada irremisiblemente a ver consumirse mi vida en espera, probablemente inacabable, en este mundo que comprendo ya, pero que continúa siéndome extraño, que no siento, y en donde, muerto Aol, está mi alma en la más desolada de las soledades.

\*  
\*\*

Las gentes de gran temple de ánimo, para quienes nada es tan abrumante como

aguardar, en inactiva duda, si a cierto pasará lo incierto apetecido, no se avienen a esperar ociosas, sin poner de su parte cuanto su afán sugiera para que el propio esfuerzo ayude a convertir los deseos en hechos. Así, tan pronto como pasando años, fué la enérgica Sara perdiendo la esperanza de que volviera el autoplanetoide, ocurriósele aprovechar su grandísimo crédito científico en aquel mundo, y el hecho positivo de haber venido ella de Isia (ya se recordará, la Tierra) en una etérea nave, allí construída, para lanzar la idea de fabricar en Venus otro autoplanetoide, copia del inventado por su antigua enemiga, y realizar en él el viaje a la Tierra.

Pero antes de aventurarse a publicarlo desistió del proyecto; porque, aun existiendo en Venus varios metales radioactivos, no llegaba la energía de ninguno de ellos a la de nuestro radio; y entre la fuerza de sus radiaciones y la colosal de las del *cinetorio* propulsor del aviestelar de la zaragozana capitana—insustituible para construir la copia—mediaba diferencia grandísima. Desistimiento que en mujer del tesson, la poderosa inteligencia y los recursos de Sara, no implicaba renuncia a su intento de *hacer algo*. No para ir, pues ello era imposible, de Venus a la Tierra, pero sí con propósito de provocar venida de terrestres a Venus, con quienes, al retorno, pudiera ella repatriarse a su mundo.

Fijada nueva meta a sus aspiraciones, pronto encontró facilidades—entiéndase facilidades *para ella*—en su cargo de Directora de la Compañía Venusiana de Comunicaciones Teleoscilográficas, empresa análoga a las nuestras de radiotelegrafía, para intentar ponerse al habla con la Tierra.

En tal empeño había de serle de no pequeño auxilio, según más adelante presintió Ripoll, su conocimiento de los sistemas y estaciones de telegrafía sin hilos por acá empleados; y, de otra parte, la posesión de idiomas usados en los dos planetas dábale grandísima ventaja, sobre todos los sabios venusianos que pretendieran ponerse al habla con la Tierra, y sobre los nacidos en ésta, que, desde este mundo, intentarían hacerse oír en aquél. Porque, aun supuesto que atinaran en la resolución del problema eléctrico, telegrafiarían los primeros en su idioma *puck*, aquí desconocido, y los segundos en alguna de las lenguas en nuestro globo usadas, no comprendidas por los hijos de Venus. Sin mutua posibili-

dad de entender los mensajes, ni aun percantarse de ser mensajes por alguien transmitidos. Pues atribuirían a anómalos fenómenos de sus mundos o de sus aparatos las incomprensibles señales que en éstos provocarían los extraterrestres o extravenusianos telegramas.

Diez años de cavilaciones, probaturas, tanteos, le costó a la tenaz desterrada que sus señales llegaran a la Tierra. Donde, salvo Ripoll, nadie creyó, ya lo sabemos, fueran sino irregularidades telegráficas en ella originadas.

No es la presente adecuada ocasión—que llegará, lo fío, cuando en sazón más oportuna no embarace el desenvolvimiento de la narración—de exponer pormenores sobre el sistema de telegrafía que Sara ideó. Por lo cual me constriño, de momento, a lo estrictamente indispensable de conocer para proseguir el relato.

Como es frecuente en análogos casos, fué punto de partida en la ideación del proyecto la observación de la naturaleza. Madre prolífica de inventos, o mejor dicho, de descubrimientos; pues el invento, en la honda acepción de esta palabra, no es hazaña al alcance de la capacidad humana.

Aquella observación que del examen de cosas sumamente nimias saca a menudo grandes progresos de la ciencia y prodigiosas conquistas de la civilización, fué la que guió a Sara. Y siendo interesante ver cómo lo pequeño, lo baladí y vulgar, visto por todos, en todos tiempos y horas, puede ser germen de lo grande y trascendente, voy, por curioso, a contar cómo, mirando menudencias, halló Sara la idea que, tenazmente explotada, le dió la solución de su problema.

## XI

### UN PIOJILLO, UNA HORMIGA Y UN CABALLO INVENTAN LA TELEGRAFÍA PLANETARIA

Siempre tenía Mistress Sam sobre su mesa de despacho un jarroncillo con flores, diariamente renovadas. Y ocurrió un día que al levantar la vista del papel, donde acababa de plantear un problema, posarla en las flores y acercarse a olerlas, vió un archidiminuto gusarapillo, resaltante, por su vivo color rojo, en el verde claro de una hoja. Sobre la que muy despacio, despacísimo, hacía el bichejo una, para él, larga jornada entre el pedúnculo y el vértice de

aquella. Utilizando como carretera un nervio de la hoja.

Era un piojillo de los que nacen en las plantas, y cuya vida, de la que no pequeña parte, o entera acaso, iba a emplear en aquel largo viaje, no pasaría tal vez de veinticuatro horas. Si es que no había empezado con el alba para acabar con el atardecer.

Su avance era tan lento que para no creerlo inmóvil le fué preciso a Sara contemplarlo insistentemente, auxiliarse con una lupa, y poner en el examen una de esas pueriles curiosidades que, a veces, sirven de descanso a mentes fatigadas por el intenso discurrir requerido por hondas investigaciones científicas.

El menudo problema, con que se distraía del más serio planteado en el papel, era averiguar a qué velocidad viajaba aquel piojillo. Para saberlo midió con un compás la distancia entre dos agujerillos que, con las puntas de él, perforó en la hoja, al lado del nervio cuyo lomo recorría el minúsculo viajero. Los agujeros estaban destinados a hacer oficios de postes kilométricos, digo, no, milimétricos; y una vez marcados, miró Sara el reloj. En espera del instante, cuya hora anotó, en que el viajante pasaba al lado del primero.

A poco, abrió la puerta un venusiano que venía a avisarla ser necesaria su presencia en los talleres, a donde marchó, no retornando de ellos sino a las tres horas. Durante ellas habíase olvidado del piojillo, que todavía no había llegado al segundo poste kilométrico. Y aún tardó diez minutos en rebasarlo.

Mirado el reloj resultó ser de 9 milímetros por hora la velocidad que interesaba a la ingeniera. Poca cosa en milímetros, mas que expresada en *micras*, medida usada en ciertas mediciones realizadas en los talleres de precisión, sube a 9.000 por hora o 150 por minuto. Los cuales son números respetables. Aun cuando la distancia sea la misma.

Valúese la velocidad de un automóvil, no en kilómetros, sino en los *parsecs* que los astrónomos usan en las mediciones en el universo, y se verá que la carrera del automóvil es para este patrón, muchísimo más pequeña que la del piojillo para el metro. Porque el panec vale 31 billones de kilómetros.

¡Cuán diminuto no será el tamaño de las patas de ese animalejo! ¡Cuán infinitesimalmente pequeña la longitud de cada uno de sus pasos! Pensó Sara.

Y, de cierto ha de ir a alguna parte. Tal vez a buscar algo al otro lado de la hoja, a donde acaso no le dé tiempo, la vida, de llegar... Como tantos y tantos hombres, detenidos por la muerte antes de que alcancen el logro de sus aspiraciones y proyectos.

Interrumpió estas reflexiones una hormiga pequeñísima que, llegando por el tallo de la hoja donde estaba el bichito, alcanzó a éste, lo dejó atrás y salió de la hoja para volver al tallo por la opuesta cara de ella. Todo a la velocidad, para el piojillo vertiginosa, de 500.000 micras por minuto, o 30 millones a la hora. Que en metros, equivale a medio y treinta, respectivamente. Y al verla murmuró Sara:

“Esta sí que es famosa andarina, dirá el piojillo, manavillándose de ese raudo correr de medio metro en minuto. Dado que tal velocidad sea perceptible a los sentidos de aquél, y pueda su cerebro concebirla.

Ea, bichejos, vosotros a lo vuestro, yo a lo mío, que ya he perdido en tonterías un rato.”

Al decir esto, y disponerse a reanudar el trabajo, advirtió que sobre el papel donde había escrito su última ecuación caía un violento reflejo de luz de una abierta vidriera. Se acercó a ésta para entornarla; al hacerlo vió, en una carretera atalayada desde la ventana, a un jinete, corriendo a todo escape del caballo que montaba; y al sentarse a la mesa a resolver sus ecuaciones, iba pensando que aquélla era una velocidad muy otra que las recién consideradas.

... ..

Pasó un rato sin que Sara pusiera en el papel la pluma que tenía en la mano. Continuaba distraída; pero ahora, con la idea de que si unos animales corren rápidos y otros andan poquísimo es porque la Naturaleza ha dado patas pequeñas a unos y grandes a otros, con las cuales dan pasos de longitudes muy diversas—observación harto vulgar—; pero en todos adecuadas—ésta lo era un poco menos—a las de los caminos que necesitan recorrer: la de la hoja de una planta, la separación entre el hormiguero y la parva, la distancia entre dos poblaciones.

Lo mismo, dijose—y esta comparación ya no era vulgar—, que hacemos en radiotelegrafía, cuando, creciendo la distancia a las estaciones con las que deseamos comunicar, empleamos ondas de longitud creciente.

Con tamaños equiparables, en los vuelos de las ondas de los laboratorios y en los de las telegráficas, a los diversos pasos de esos bichos (1).

La ociosa pluma, ya tendida ahora a la bartola, holgaba sobre la mesa, donde la soltó su ama, mientras meditaba que aquellas menudencias del piojillo, la hormiga y el caballo eran lección de la Naturaleza, recordando a la sabia que la primera condición del trabajo fluctuoso es proporcionar los medios con los fines. Aforismo que sugirió a su mente la consecuencia de que si para telegrafiar en la Tierra, o en Venus, a distancias cercanas a veinte mil kilómetros—alcance máximo correspondiente a la mitad de sus redondeces (2)—se requieren ondas con longitudes de kilómetros, lógico era pensar que la telegrafía entre ambos mundos habría de recurrir a emplearlas de millares de ellos.

La deducción no podía ser más descorazonante. Pues es casi inconcebible, y no se halla al alcance de la ciencia ni de la industria actuales, la potencia que sería indispensable dar a una estación para hacerla capaz de emitir ondas de tan descompensadas longitudes. Tan descorazonante que a cualquier inventor vulgar de los de once en docena le habría hecho desistir del propósito de telegrafiar de mundo a mundo; pero no a Sara, que única, no ya en una sino en varias docenas, exclamó:

“Esto es absurdo. Y como por ahí no he de hallar solución, es preciso ingeniarse de otro modo.”

Puesta a buscar en diferente rumbo, su suerte hizo que por extraño pero afortunado caso, continuara solicitada su atención por los bichos de marras, y que ellos la hicieron discurrir en esta forma:

“Si esos animales no tuvieran que levantar

(1) De limitarnos a considerar la eléctrica telegrafía sin hilos, tal vez parezca exagerada la comparación; pues las más largas ondas empleadas en ella, las de la estación Lafayette de Burdeos, cercanas a 24 kilómetros no son sino unos cuantos millones de veces mayores que las más pequeñas. Mas, si haciendo entrar en la comparación otra telegrafía, también sin hilos, la óptica, cuyas ondas son luminosas, cotejáramos la de la estación citada con las de una transmisión óptica comprendidas entre 76 y 39 cienmilésimas de milímetro, longitudes de las de los rayos violetas y rojos respectivamente veremos que las primeras son unos 60 mil millones de veces mayores que las de la luz violeta.

(2) La de Venus es poco más pequeña, pues su ecuador no tiene sino 39.960 kilómetros, en vez de los 40.000 de nuestro globo. Como se ve, los dos planetas son casi iguales en tamaño.

tar, en la marcha, los pesos de sus patas, y trasportar los de sus cuerpos; vencer, al dar cada uno de sus pasos, los rozamientos de las articulaciones de sus remos; sobrepujar, en el avance, resistencias del aire, podrían dar muchísimos más pasos sin cansancio, y llegarían, sin estirar los trancos, *muchísimo más lejos*. Sí, por aquí, de la mano de Madre Naturaleza, voy en buen camino. Porque las ondas que, volando en la atmósfera y resbalando sobre el suelo, han de avanzar en la Tierra, necesitan vencer rozamientos y trasponer obstáculos, no por invisibles menos reales, invirtiendo en ello parte tanto mayor de su energía cuanto más caminen. Y si no tienen mucha, o, lo que es lo mismo, si no son muy largas, no será suficiente la que conserven, al llegar a las antenas receptoras, a excitar las vibraciones de éstas, si para llegar a ellas tienen que salvar distancias excesivas (1).

Esto es el cansancio de las ondas, del cual no tengo yo porqué cuidarme. Pues como las que envíe a la Tierra, si atino con el como, no han de ludir desde aquí a ella contra tierras ni océanos, y con los aires, solamente en su breve tránsito por las atmósferas venusiana y terrestre, no se *cansarán*. Y no habiendo, por lo tanto, de perder energía en el vacío, entre los dos pla-

(1) Además, disminuyendo la concentración de ondas con el aumento de distancia, es preciso que las llegadas sean muy potentes.

Para las necesidades de estas pedestres explicaciones, asimilemos la inmaterial vibración progresiva de la onda telegráfica al movimiento material de una pelota de goma, que lanzada oblicuamente hacia adelante, va alejándose en sucesivos botes.

Dicho esto, consideremos el camino recorrido entre el primero y el segundo bote. Como no choca contra el suelo cayendo sobre él a plomo, tampoco bota rectamente vertical; sino que del bote sale inclinada hacia arriba, proyectada hacia adelante y subiendo, a la par que avanza, hasta el punto más alto de su trayectoria. Desde el cual ya su marcha es descendiendo hasta tocar el suelo en el segundo bote. Fácilmente se comprende que cuanto mayor sea la fuerza del choque contra el suelo (equiparable a la energía impulsora de la onda eléctrica), más lejos estará el punto del segundo rebote, o sea *más larga será la longitud de onda de la pelota*. Además, componiéndose esta distancia de una parte ascendente y otra descendente, mayores serán cada una de éstas, y por lo tanto más alta subirá la pelota—y de más amplitud será su oscilación de arriba a abajo—al llegar al punto en que comienza a descender. Porque cuanto más se camina cuesta arriba más se sube: es sabido.

No pasemos del primer rebote en la comparación, porque la analogía, meramente externa, con la onda eléctrica cesa en los sucesivos, cada vez más cortos y menos altos hasta que aquélla para. En tanto la onda eléctrica continúa avanzando sin que las si-

netas no he menester dársela extraordinaria a la salida.

¿Cuál habrán menester?... Ya la calcularé con calma; pues ahora me interesa más otro punto fundamental en la orientación de mis estudios. Porque si la distancia no exige forzar la longitud de onda para comunicar con la Tierra, la gran cuantía de tal distancia hará grandísima la dispersión de las aquí emitidas. Con lo cual llegarán allá demasiado esparcidas."

Al decir esto pensaba la presunta inventora en el modo como al espacio sale, y en el espacio se difunde, la ondulación electromagnética irradiada por las antenas emisoras.

Para dar idea de por dónde iban sus ideas, imaginemos que en el centro de una habitacioncilla cuyas paredes disten dos metros de tal centro encendemos una lámpara eléctrica, y que otras dos de iguales poderes lumínicos son encendidas en salones cuyos muros disten diez y veinte metros de las respectivas lámparas.

A nadie extrañará que las paredes de la saleja queden muy alumbradas, poquísimas las del primer salón, y en tinieblas casi las del segundo. Pero necesitando puntualizar diré que, medida con un fotómetro la cantidad de luz recibida en cada centímetro cuadrado de las diversas paredes, y más en

siguientes ondulaciones varíen de longitud, comparable al avance de la pelota entre rebote y rebote, ni en amplitud equiparable a la altura a que aquélla llega.

Puntualizado esto, supóngase que entre los lugares de dos rebotes, hay una pared de dos metros de altura; y claro es que, si al botar no sube la pelota a mayor elevación, allí quedarán detenidos la pelota y su movimiento. Siendo evidente que de querer pasen la una y el otro de la pared será preciso comunicar a aquélla mayor impulso. Para que suba más dando salto más alto y largo.

Pues lo mismo, si bien por otras causas, les ocurre a las ondas telegráficas, que si no son suficientemente altas, o sea amplias, quedan detenidas por cerros, montes, curvatura de la redondez de la Tierra, etcétera, etc. Obstáculos que logran rebasarse aumentando convenientemente la longitud y la amplitud de ellas.

Antes de acabar esta nota, no está demás hacer constar que la esencial diferencia entre pelota y onda es que la primera se traslada en la dirección del movimiento mientras que en la onda no avanza nada material, sino tan sólo el movimiento: como cuando me estremezco de frío o de emoción tiembla mi cuerpo de pies a cabeza sin que la más mínima partícula de carne o hueso de mis pies suban a mi cabeza.

Y todavía réstame por decir a los doctos, que de sobra me sé los reparos científicos que a mi comparación están haciendo ya; pero no siendo éste un libro de ciencia, cuidado de que lo entiendan quienes, no yendo para sabios, tienen curiosidad mas no necesidad de resolver técnicos problemas.

general en cada punto de éstas, se verá que los de la primera reciben veinticinco veces más rayos de luz que los de la segunda y cien más que los de la tercera (1).

Explicación de ello: la misma del porqué cuando con un pulverizador, que lanza gotas en todas direcciones, perfume a una persona cercana, queda muy perfumada; mientras que estando lejos apenas si le llegan unas cuantas gotillas. Pues, saliendo éstas en abanico del pulverizador, cuanto más lejos de éste cada una, más lo estará de las contiguas a ella.

Del mismo modo, la antena telegráfica es, en cuanto emisora, un pulverizador de energía electro-magnética en forma de ondas por aquella irradiadas en todas las direcciones del espacio, por el que vuelan todas esas *gotezuelas de energía*. Y cuando una o varias encuentran en su vuelo la antena receptora de una estación, vibra ésta más o menos, según le lleguen pocas o muchas ondas, que en ella emplean su energía en engendrar corriente eléctrica. Con la diferencia entre las antenas receptoras, de diversas estaciones, de que las cercanas reciben muchas ondas; o sea, son excitadas con mucha energía, que produce gran corriente, decreciendo una y otra conforme aumenta la lejanía de ellas a la antena emisora. Hasta llegar, cuando tales distancias son excesivas, a no capturar la necesaria para que en los aparatos telegráficos se haga perceptible la corriente provocada por la llegada de la ondulación.

Mas si en vez de emplear el pulverizador para perfumar a una persona situada a cuatro metros, en donde sólo le llegaba, y eso a lo sumo, una gotilla de perfume, cargo con éste una jeringa y la disparo sobre él, recibirá toda la esencia.

Sutilizando más la comparación, si la bombilla de la sala grande la encierro en una linterna de proyección y enfilo ésta a una pared, de modo que la luz no se reparta sino en pocos decímetros cuadrados, quedará en ellos la pared *muchísimo más alumbrada* que la del cuarto pequeño.

Reflexiones por el estilo de las ramplonas que anteceden, pues sabía de su altura no había de acudir a los pedestres símiles de Ignotus, condujeron a Sara a fijar la orientación de sus estudios y experimentos, y la concreta finalidad con ellos perseguida.

(1) Relación en que se hallan 4,100 y 400. Que son los productos de multiplicar por sí mismas las distancias dos, diez y veinte de ellas a las bombillas.

Cuál era ésta nos lo va a decir ella misma, o, mejor dicho, se lo dijo a su amigo, el Dr. Ko, en una conversación, cuyo es el fragmento que transcribo en el siguiente capítulo. Por no caber en éste. Que termino declarando no ser filfa su título; pues si el piojillo, la hormiga y el caballo no han inventado todavía la radiotelegrafía planetaria, están en buen camino de lograrlo.

## XII

### ARTILLERÍA RADIOTELEGRÁFICA

—Amigo Ko, en esto como en cuanto hacen la pobre ciencia y la torpe industria humana, los rendimientos obtenidos de los manantiales de fuerza por los hombres utilizados son ridículamente míseros. No, digo mal, en este caso son más míseros aún que lo representado por el diez por ciento de trabajo útil y el noventa por ciento de perdido del total desenvuelto por el carbón quemado en una buena máquina de vapor; por el poco más del uno aprovechado en la iluminación eléctrica con motor térmico, malbaratando cerca de 99 por uno, y por los reducidos porcentajes que en fuerza, calor o luz aprovechable obtenemos de la energía tomada a los saltos de agua.

—Olvidas que no puedo formar juicio de lo que me dices, por sernos desconocidos en este mundo casi todos esos ingenios usados en el tuyo. Gracias a que nuestros problemas industriales podemos casi siempre resolverlos aquí convirtiendo en electricidad con nuestros *aspianedinos* la colosal fuerza de nuestros huracanas permanentes (1).

(1) El régimen de huracanes permanente, siempre en la misma dirección, debido, entre otras causas, a la igualdad de tiempo por Venus empleado en una rotación sobre su eje y en una vuelta alrededor del Sol, ha sido explicado en la novela "El Mundo-Luz", de esta Biblioteca. Pero sobre este punto ha de advertirse que las dificultades de observación astronómica desde la Tierra de dicho planeta, nacidas de la gran acumulación de nubes en su atmósfera, que impiden ver puntos característicos de la superficie, han sido causa de que los terrestres astrónomos sostengan diferentes hipótesis sobre el tiempo por Venus empleado en una rotación: sosteniendo unos, con Vico, ser poco menos de veintitrés y media horas, y haciéndolo otros, con Schiaparelli, subir a 225 días, que es el de su revolución solar, o año venusiano. Que estos últimos estaban en lo firme lo puso en claro el primer viaje del autoplano-tóide y las memorias de *la desterrada*.

Las maravillosas máquinas, en dichas memorias descritas, con que los venusianos doman los huracanes convirtiendo en electricidad su fuerza son los *áspiros* o *aspianedinos*. A ellos era a los que Ko se refería.

Y me figuro que nuestros ingenieros no son tan manirroto o tan torpes como los vuestros. Porque las fuerzas que, transformando la potencia de los vientos, obtenemos aquí son enormes.

—Siento quitarte esa ilusión. Pues por término medio aprovecháis el cuatro y perdéis el noventa y seis por ciento de esa energía.

—Nunca lo hubiese creído, a no decirme lo tú.

—Querido Ko, es que, a despecho de las radicales diferencias entre las humanidades terrestres y venusianas, hay entre ellas una fundamental analogía.

—¿Cuál?

—La limitación de facultades e inteligencias. Que no siendo infinitas, son incapaces de crear nada.

—Naturalmente... Sólo sabemos transformar.

—Y muy mal; bien a la vista está. Porque si las criaturas supieran beneficiarse, no ya con la totalidad sino con la mitad siquiera, de las fuerzas que, de balde, les da la Providencia, sería la vida de los hombres de diez a veinte veces más barata, más fácil y más suave. Y aun puede que habiendo más bienes materiales, hubiese menos luchas por peleárselos entre los pueblos y los hombres, y acabaran las guerras y los conflictos sociales... He ahí un buen camino para los pacifistas, y un buen programa para nuestra ciencia: aumentar los rendimientos de la industria y el trabajo.

—Tienes razón. Pero estas incidencias te han descarrado de lo que a decirme ibas sobre tu gigantesco proyecto.

—Eso quisiera yo: que fuera ya proyectado lo que todavía no pasa de aspiración. Y en tanto, no olvides que sólo tú estás enterado de ella, ni mi deseo de que no se trasluzca hasta que a más no haya pasado.

—Descuida. Pero para satisfacer mis curiosidades de profano, me ibas a decir...

—Sí, que no queriendo comunicar con todos los planetas, sino con uno nada más, me interesa que la energía de las ondas que emita no se esparza y desmenuce por todos los ámbitos del universo. Por lo tanto, no haré la tontería de pulverizarlas en todas direcciones, sino que cuantas salgan de mi antena las lanzaré en apretados chorros sobre el mundo donde nací. Para que allí lleguen, no enflaquecidas, sino robustas. Lo cual quiere decir que emplearé radiotelegrafía dirigida.

—No sé qué es eso.

—Pero sabes que colocando detrás de una lámpara un reflector metálico envía éste hacia adelante toda la luz de aquella: dejando en sombra cuanto queda detrás o a su costado, y reforzando la intensidad del chorro de luminosas ondas que llamamos comúnmente haz de rayos de luz.

—Claro.

—Pues siendo tan ondulación el rayo de luz como la onda telegráfica, también hay para éstas reflectores electromagnéticos, que, montados detrás de una antena, envían las que ésta emite en la dirección que convenga. Que en mi sistema no será fija, sino variable a voluntad. Pues estando la Tierra y Venus en constante movimiento, habré de enfilas mi artefacto de diferentes modos, en diversas épocas, según las respectivas posiciones que en éstas tengan nuestros planetas (1).

(1) Los sistemas de radiotelegrafía dirigida, tenían larga historia en los tiempos en que, para no pulverizar, por todo el universo, la energía electromagnética de sus transmisiones decidió Sara acudir a ellos.

Quando la T. S. H. entró, francamente, en el camino de sus grandes progresos, ya Marconi instaló con muy feliz éxito la antena de Clifden (Irlanda), con sus alambres—en número de 60, de 330 metros de longitud—a cien metros de altura, horizontales y enfilados en la dirección de la estación de Glace-Bay (Canadá), distante 4.000 kilómetros de aquella. Disposición que mejora la transmisión; mas requiriendo ondas muy largas.

En los últimos tiempos se han ensayado otros procedimientos, pero con ondas cortas, de diez metros o de longitudes cercanas a ésta. Entre otras en experiencias realizadas por el mismo Marconi, por el *Bureau of Standards* de Washington; y por Mesnil con ondas hasta de 1,60 metros. En el sistema ensayado en Washington, diferente del de Clifden-Glace Bey, y el mismo de que Sara hablaba a Ko, fué empleado un reflector de ondas, análogo en finalidad a los espejos de los proyectores luminosos; pero que en dichas experiencias no fué macizo, sino formado por una cortina de alambres verticales, separados cada uno treinta centímetros de sus inmediatos.

En la parte interior de dicha cortina, de forma cóncavo-parabólica, y en el foco de ella se coloca el aparato emisor de ondas, que reflejadas por el citade espejo, se concentran y salen hacia adelante, en dirección del eje del espejo, con aumentados alcances y eficacia.

El mayor inconveniente con que, a distancias de alguna consideración, tropiezan, en la práctica, estas transmisiones es que los obstáculos como casas, bosques, y todavía más las elevaciones del suelo, absorben, en gran parte, la energía de las ondas, o interceptan éstas por completo. Inconveniente que para Sara no era de entidad; pues las suyas no habían de tropezar con nada entre Venus y la Tierra. A no ser con despreciables partículas de polvo cósmico, o con pequeños meteoritos de tamaño escaso, circulantes en torno de la Tierra, que en su camino pudieran encontrar. Encuentro muy fortuito; mas contra el cual se precavió aumentando la longitud de onda a



—¿Qué cosas discurre!

—No. Esto fué discurredo en el siglo XX, y después plenamente aplicado. Lo que yo trato ahora de resolver aquí envuelve mayor dificultad.

—¿Cuál?

—La de concentrar esas ondas dirigidas.

—No te entiendo.

—El reflector de una lámpara ilumina una pared frontera y lejana, no en pequeña sino en amplia parte de ella, y tanto más cuanto más alejada. Así, de no remediarlo, y aun yendo mis ondas dirigidas, se esparcirían en un haz que, al llegar a la altura de la Tierra, tendría anchura muchísimo mayor que ésta. Perdiéndose, por tanto, para la transmisión el gran número de las que, alrededor de ella, pasaran de largo sin tocarla.

—Esto es salir de un aprieto para caer en un atasco.

—Con tesón y paciencia espero salir de éste.

—¿Cómo?

—Usando además del reflector una lente, no de cristal, sino de otras substancias, como asfalto, parafina, etc., al atravesar las cuales se desviarán las ondas eléctricas como las luminosas lo efectúan en las lentes ópticas (1).

Y así, colocando la antena entre el reflector y la lente, tendré una verdadera *linterna telegráfica*, que aumentará la condensación de aquéllas haciéndolas llegar reunidas a la Tierra.

—¿Todas?

—Salvo las pérdidas inevitables en toda empresa humana.

—¿Y cuánto crees tardar en todo eso?

—No lo puedo saber. Entre mi solución técnica, todavía no ultimada, y su desenvolvimiento práctico, puede pasar mucho tiempo. Este es achaque común, y bien lo saben todos los inventores, en la mayor parte de los inventos que no lo son de fantasía. Pues los números de un proyecto son, en el papel, muchísimo más dóciles que en

el taller las herramientas y más que los impensados obstáculos y complicaciones procedentes de fuerzas de la naturaleza. Tanto que en las primeras tentativas de realización de inventos perfectamente calculados, es lo corriente diga el taller que no son hacederos.

.....+  
.....+  
Como no una, sino muchas veces, dijo el taller a Sara: "te has equivocado", precisos fueron su gran certeza de no estarlo y su ansioso afán de hacer oír en la Tierra su petición de socorro, para que, a despecho de repetidos y aparentes fracasos, persistiera en el empeño, durante los diez años en que a las dificultades de concepción y de fabricación se agregaba imposibilidad de acometer el problema sino en las breves temporadas, separadas por largos intervalos de tiempo, en las que Venus y la Tierra estuviesen a distancias suficientes cortas para que las ondas venusinas—que aun reforzadas no podían menos de debilitarse algo en su largo viaje—llegaran a las antenas terrestres con la robustez necesaria para que su telegrama, lanzado desde el noctobservatorio de Uo, y repetido a intervalos de cuarto en cuarto de hora desde el 20 de enero al 22 de abril de 2204, fuera recogido por alguna o algunas de aquellas antenas, en condiciones de hacerse perceptibles en los aparatos receptores. Siquier en este caso no equivaliera percepción a comprensión.

Acaso extrañe tan pertinaz insistencia, que habría sido aún mayor o no creer Sara inútil telegrafiar antes ni después de las fechas citadas, por estar los dos mundos demasiado lejanos. Mas dejará de sorprender cuando se reflexione que, no forjándose ella la ilusión de recibir respuesta telegráfica, por no haber en la Tierra aparatos, cual el suyo, trazados para radiar ondas ultramundiales, no podía tener inmediata certeza de que hubiese sido oída, ni de sí, por fortuitas causas, de imposible previsión en aquel primer vuelo del rayo teleográfico a través del Cosmos, se habrían perdido sin llegar a su destino, pocos, muchos o quién sabe si todos sus telegramas.

Tal era la razón de que, en tal duda, multiplicara sus señales. Para hacerlas llegar sucesivamente a gran número de terrestres estaciones de diversas capacidades receptoras, recorriendo el espacio planetario en diferentes zonas de él. Con esperanza de que alguna de aquéllas las capturase, y que en algunas de éstas fueran mínimas las posi-

100 metros, con el consiguiente crecimiento de amplitud lateral de oscilación, y usando, conjuntamente, los sistemas de antena de hilos dirigidos y de reflector de alambres.

(1) No sabiendo Mistress Sam todavía cómo resolvería su problema, mal puedo yo dar ahora pormenores de sus aparatos, que es de esperar veamos. Y entonces será ocasión de ver, y ello será más expresivo que oír contar, cómo pudo salir de la dificultad de que ahora habla: de fácil solución para las ondas cortas de laboratorio, pero que hasta 2.204 no había sido hallada para las radiotelegráficas.

bles y desconocidas mermas de energía ocasionadas por interferencias con las múltiples ondas, gravitatorias, radiactivas, etcétera, etc., del Sol y los planetas.

Sobre todo esto había ella realizado experimentación, y contra todo tomado precauciones. Pero tan grandes son las diferencias entre las fuerzas puestas en juego en los laboratorios, y las de la Naturaleza, que en sus deducciones no tenía sino mediana y recelosa confianza.

Por ello, no contaba saber nada del resultado de sus tentativas, en tanto no pasara tiempo suficiente para que la llegada a Venus, en su busca, de un autoplanetoide, diera a tales recelos la mejor aunque lenta respuesta; o transcurriera tanto, sin llegar ninguno, que ello la convenciera de no haber llegado a la Tierra, o no haber sido allí atendida la acongojada demanda de socorro.

Una particularidad que ni a ella en Venus, ni a nadie aquí, podría llamarle la atención, por ignorarse en ambos mundos lo ocurrido en el otro, atrae la nuestra. Pues a la vez sabemos haber la desterrada telegrafado desde el 20 de enero al 22 de abril, sin que sus no entendidos telegramas perturbaran las estaciones de la Tierra, sino del 20 de enero al 13 de febrero y del 29 de marzo al 22 de abril. Sin que los intermedios dieran lugar a acción ninguna en los terrestres aparatos.

¿Porqué sería? ¿Porqué, precisamente en la época de mayor acercamiento de los dos planetas, no llegaba la ondulación telegráfica, que pretendía relacionarlos?

Mientras Sara se entera de las fechas de aquellas anomalías, o Ripoll de que ella no dejó de telegrafiar durante el tiempo en que aquí no fueron observadas, y ya enterados, buscan explicación al caso, no cabe sino suponer que en la temporada de silencio de los telefónicos receptores de la Tierra, alguna causa cósmica debió despojar de eficacia a las ondas venusianas durante su camino. No obstante ser entonces más corto que los recorridos por ellas antes y después de las épocas en que provocaron los rumores telefónicos.

El tiempo solamente podrá decir cuál era el verdadero de los dos términos del dilema. Aguardemos.

\*  
\*\*

Puede imaginarse con qué ansiedad deseaba Sara pasaran días y meses y contemplaba la Tierra. Cuyas complicadas fa-

ses hacían para ella oficios de *terrestre* calendario, que para su uso habíase formado en aquel mundo. Donde en el hemisferio en que ella estaba entonces no sale nunca el Sol, mientras en el opuesto no se pone jamás, no siendo visible, por lo tanto, la Tierra (1). Gracias a tal arbitrio sabía, ya que no siempre el día exacto, el año y mes terrestres en que vivía (2).

Había Sara pensado que, de haber sido oída y atendida, serían cuatro o cinco meses plazo suficiente para que llegara el anhelado avisadero. Por eso aguardó con impaciencia, mas sin desesperanza, hasta mediar el año 2204. Mas pasado tal tiempo, a la par que veía cada vez más pequeña, aun cuando más obesa la Tierra, con el creciente alejamiento de ésta, disminuía y se alejaba su esperanza.

¿Será que no hayan llegado mis llamadas? ¿Será que, por causa legítima, que no puedo prever, se demore el auxilio?... ¿Será que el mundo entero me abandone hoy, como me abandonaron aquellos tres ancianos que me sentenciaron?

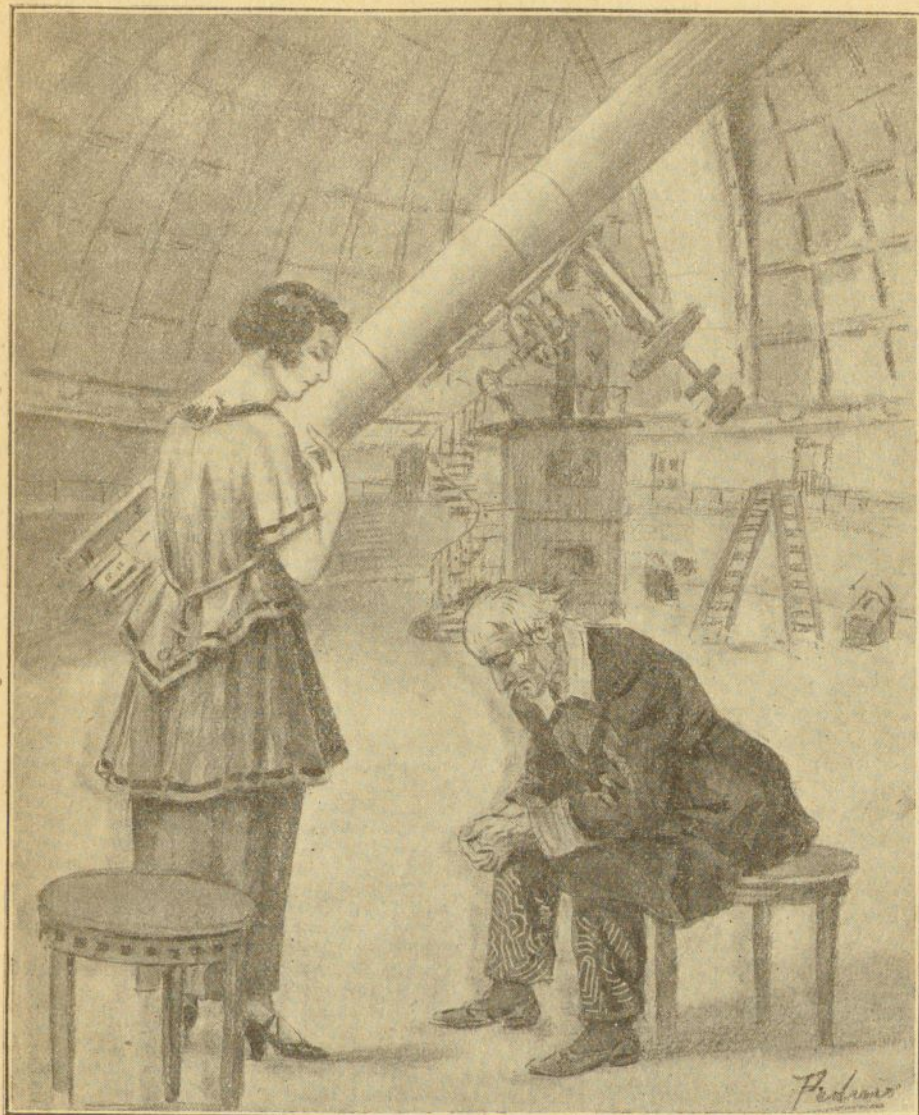
De ser esto último, vanos resultarán todos mis esfuerzos. Pero acaso llegue el auxilio cualquier día; acaso el retraso obedezca a entorpecimientos en la travesía; acaso mi impaciencia me hace pesimista; tal vez lleguen antes de la próxima mínima Tierra llena.

Además, es más verosímil y menos consolador creer que las llamadas no han llegado a la Tierra, a pesar de mis esfuerzos... Sí, sí; eso debe ser. Y si es, y si logro reforzar las nuevas ondas que allá envíe en la medida necesaria, podré telegrafiar de nuevo en las cercanías de la primera *máxima Tierra llena* de octubre del año que viene. Como telegrafí en las de la pasada de marzo desde que estuvimos a menos de ochenta millones hasta que nos alejamos a mayor distancia. Y entonces, todavía me queda esa esperanza...

Como se ve, Ripoll había acertado en

(1) Esto sostienen algunos astrónomos, a quienes otros contradicen. Mas yo me atengo a lo que dice Sara, que es testigo presencial.

(2) En marzo de 2204, cuando por nueva Venus no pudo Ripoll verla al día 7, había la desterrada visto la Tierra llena, y *gorda*, por estar ambos mundos a 38 millones de kilómetros, lo más cercanos que estar pueden. Después fué viéndola en menguante que subió a creciente sin pasar por nueva.— Véase nota página 10.—Mas creciente tan sólo en el concepto de relativa anchura; porque la totalidad de su tamaño aparente disminuía sin intermisión, desde que llena y *gorda* en marzo, volvió de nuevo a verla plena, pero *flaca* a fin de año.



—Entonces, aunque no la culpable, yo fui la causa de aquel asesinato.

parte, ya que no en la totalidad de su interpretación astronómica de las perturbaciones.

Tengo por delante más de un año, tiempo muy bastante para modificar mis aparatos... No, modificar, no; robustecer. Pero si ya he llegado al límite máximo en la potencia que está en mis manos comunicar a las ondas, ¿cómo las robustezco?

Tampoco por este lado queda esperanza ninguna.

Al decir esto la valiente mujer, se rindió al dolor y entre acerbas lágrimas y entrecortados sollozos, dijo:

—¡Es inútil, inútil! Moriré aquí, sin ver a mi hijo, sin saber si vive, sin saber si tengo hijo.

Transcurrió un rato; se secaron las lágrimas. A la congoja sucedió hondísimo ensimismamiento, resultante de poderosa concentración mental, en la que, empujado por corazón ansioso y férrea voluntad, dis-

curría el pensamiento por estos derroteros. Verdad es que no puedo dar más energía a mis ondas, pero donde no puedo dársela es aquí, mientras que lo que a mí me importa no es aumentarla aquí a su salida de la antena emisora, sino allí a la llegada a las antenas receptoras.

Claro, claro. Pero no es menos cierto que si no logro aumentar la una no aumentaré la otra.

A ver, a ver...

Si contra un blindaje de un acorazado, que no puede ser roto, sino por un proyectil de 900 kilogramos, disparo, de minuto en minuto; un cañón que arroje proyectiles de 300, perderé éstos y la pólvora, sin conseguir romper la coraza. Mas si empleando no uno, sino tres cañones iguales al último, los disparara simultáneamente, de modo que las tres granadas de 300 kilogramos chocasen contra la plancha en el mismo instante en un mismo punto de ella, y con la misma velocidad que la de 900, el efecto sería igual al producido con ésta y agujerearía el blindaje.

Sí, ese sería el efecto; pero no será. Porque por muy perfeccionados que los cañones fueren, y por muchas precauciones que, al hacer los disparos, se tomaren, jamás sería posible conseguir que los tres proyectiles llegasen exactamente al mismo punto, cumpliendo todas aquellas precisas condiciones.

Seguir pensando en esto es desbarbar; pues, aunque mi idea no sea idéntica a la del general que con segundo cañonazo quería alcanzar blanco a donde no llegó el primero, se parece muchísimo.

Pues no; ni se parece, ni desbarro; porque el problema radiotelegráfico es muy diferente del balístico. Pues ni las ondas son groseras balas materiales que sea menester disparar apuntando a las antenas receptoras, a donde por sí solas saben llegar ellas, ni sus velocidades cambian con calibres y cargas, ni yo habré menester otra cosa que simultaneidad en la emisión de las que al mismo tiempo lancé, con distintas antenas, para que en cada una de las receptoras a donde lleguen se sumen sus efectos amplificando la vibración de ella. Y la simultaneidad es facilísima de obtener por procedimientos eléctricos.

Creo que he dado en el clavo: lo que yo necesito no es una estación de mayor potencia, sino una batería de estaciones emisoras en todo idénticas a la que ya he empleado. Nada tengo, por tanto, que dis-

currir ni calcular; sino repetir lo hecho, asegurando la simultaneidad de mis cañonazos telegráficos, y la identidad del calibre, de las ondas, es decir, de la longitud de las que dispare (1).

(1) Suponia Mistress Sam que, del mismo modo que sin aumentar la luz producida en cada una de tres linternas de proyección, se triplica la luz, en la pantalla a donde una se dirige, cuando a la par son enviadas a éstas las luces de las tres; suponía, repito, que mediante precauciones especiales le sería dado lograr que las ondas lanzadas desde sus tres o más estaciones emisoras, acumularan sus energías en las antenas receptoras: dando en la recepción el mismo resultado que una sola onda de triple o mayor fuerza.

Si se recuerda lo dicho al comparar la onda con los rebotes de una pelota (nota pág. 36) se comprenderá que Sara perseguía no aumentar la longitud de las ondulaciones emitidas, sino que al superponerse éstas en la antena de llegada sumaran sus oscilaciones transversales. Algo por el estilo de lo que en el caso del citado simul ocurriría, si en un mismo punto del suelo pudieran botar simultáneamente tres pelotas convirtiéndose al hacerlo en una sola que botara a triple altura.

Tal taumaturgia, físicamente imposible en las pelotas, por la naturaleza material de ellas, la veía la desterrada perfectamente hacedera, con los rayos telegráficos de naturaleza inmaterial. Pareciéndole—solo por cuenta de ella habla ahora Ignotus—que lo único preciso para conseguirlo era disponer las cosas en forma que todas las ondas de su batería de estaciones arribaran a la antena de destino, en el momento de llegar todas a los máximos o a los mínimos de sus oscilaciones en un mismo sentido, o cual dicen los técnicos en concordancia de fase. Pues así, sus empujes vendrían a ser como los sucesivos dados a un columpio, que si a la par obran sobre él en el impulso de ida aumentando su balanceo, mientras que si alguno llega a él cuando retorna, se resta, en lugar de sumarse a los otros, se opone a la oscilación y la disminuye.

Finalmente, véase cómo pensaba Sara, en las siguientes palabras, copiadas de las notas adjuntas a su anteproyecto:

"Hasta ahora se han cuidado los físicos preferentemente de estudiar no más que la longitud y la frecuencia de las diversas clases de ondulaciones, prestando poca atención a su amplitud lateral, que podríamos llamar violencia oscilatoria, o cantidad de oscilación. Creyendo ya llegadas ocasión y necesidad de estudiar este aspecto del fenómeno, propongome generalizar a las ondas eléctricas al acoplamiento en paralelo, empleado al ligar polos análogos de botellas de Leyden, pilas, o dinamos para aumentar la cantidad de electricidad de una carga o una corriente eléctrica. Para lo cual forzosamente he de acudir a procedimientos tan diferentes de los electrodinámicos como la onda lo es de la corriente y de la chispa eléctricas. Esta es una rama de la ciencia que podrá llamarse oscilodinámica o vibrodinámica: en sus primeros pasos hoy, mas destinada, en mi entender, a prodigiosos desarrollos venideros."

Si es permitido a Ignotus dar un consejo a sus lectores radiotelegrafistas, dado que alguno tenga, le diré que, en su opinión, no serían prudentes si trataran de emplear baterías telegráficas análogas a las que Sara preparaba. Pues, sobre no ser

Al día siguiente comenzaba Mistress Sam la tarea de poner en práctica su idea. Si lo consigue o no, no podemos decirlo todavía; pues ahora tenemos que volvernos a la Tierra.

## XIII

## HIJO DE DOS MADRES

Si, cual dice el proverbio, un loco hace ciento, todavía es más verdad, que, sin el lamentable inconveniente de multiplicar los alienados, son entusiasmo y fe tan contagiosos, cual lo probó Ripoil. Pues si bien en algunos de sus nuevos auxiliares, solamente movidos por los premios o sueldos pagados por el Instituto, pudiera ser fingido interesadamente el entusiasmo, y la fe aparentada, había otros cuya anterior desconfianza de que realmente hubiese hablado Venus, había evolucionado desde que trabajaban por cuenta del astrónomo: pasando a duda que martilleada un día y otro día, con la convicción de éste, se iba convirtiendo en creencia.

Pero entre estos triunfos, en definitiva debidos a su gramática parda, no estaba el que consideraba superior a todos. Por obtenido sobre Pepeta, que, indefectiblemente, lo derrotaba siempre que él caía en temeridad de no opinar como ella.

Verdad que la osadía de ahora daba quince y raya a las pasadas, y no fué acometida frente a frente, sino con arteria traidora. Que hasta ver cómo le salía, vuelo desasogado, arrepentido casi de ella, y temeroso de si Pepeta le reprocharía con más dureza de la acostumbrada el haberle sublevado a Carlitos. Que en esto consistía la traición.

La idea de levantar de cascos al biznieto, que al pronto lo asustó hasta desecharla, se le ocurrió a raíz de negarse Maripepa a que, si al fin se hacía el viaje, fuera el muchacho en él. Mas, después de algunas, aunque no muchas, vacilaciones, pues no era hombre de los que pierden

tiempo en ellas, la puso, al fin, por obra. Como solía poner siempre cuanto considerara necesario para sacar adelante cuanto a él se le metiese en la cabeza.

Para saber lo que hizo, prescindiremos de preliminares, pues nos bastará ver los resultados de la emboscada que le armó a Pepeta.

Carlos, esbelto y guapo mozo, de dieciséis años, a quien se creía sin dificultad si quisiera decir que tenía veinte, está hace diez minutos en el gabinete de la que hace con él veces de madre, a quien habla de menudencias sin interés. De las cuales hace ella poco caso, por tenerla en curiosidad el haber advertido en el muchacho encogimiento extraño en su carácter decidido, nerviosidad e indecisiones, como de quien desea y recela iniciar conversación para él interesante, mas cuyo efecto en sus oyentes teme sea penoso.

Ya dos veces, poniéndose muy serio, había dicho "Mamá", hecho una pausa, cual no acertando a proseguir, y vuelto a hablar de cosas completamente indiferentes, poco en armonía con aquella seriedad.

Nada de esto le había escapado a Maripepa, que, conociendo perfectamente al chico, supuso habría hecho algo no del agrado de ella, y que, según costumbre, venía a hacerse perdonar, confesando la falta, antes de que por otro fuera conocida. Así, pues, cuando oyó el tercer "Mamá", seguido de vacilación igual a las pasadas, le dijo antes de que ésta terminara:

—Debo de ser muy temible cuando me tienes tanto miedo.

—¿Miedo yo a ti? ¡Qué disparate!—exclamó Carlos, acercándose a ella y dándole unos cuantos muy apretados besos.

—Pues entonces, acaba. Desde que entraste estás queriendo decirme algo, y no atinas.

—Es verdad.

—Pues atrévete... ¿Qué has hecho?... Sabes que aun cuando nunca perdono sin penitencia, no suelen ser tan crueles, que te asusten demasiado... Anda, hijo mío. ¿Qué es ello?

—No, mamá, hoy no se trata de eso. Es que tengo miedo de cómo tomarás lo que quiero decirte.

—¿Cómo tomaré?... Mira, Carlos, basta de preámbulos, más alarmantes muchas veces que lo que detrás traen. Habla, hombre. Habla de una vez.

—Pues que el abuelo me ha dicho que mi...

de aplicación en la Tierra, y resultar caro el sistema, es de creer que, para emplearlas, habrían de menester, y no los tienen, los conocimientos telegráficos de ella. Y no se ofendan ni crean menosprecio sus valeres; pues es muy lógico que no ya Mistress Sam, física, electricista, astrónoma y mecánica de *primissimo cartelo*, sino cualquier vulgar telegrafista del siglo XXIII sabrá mucho más de todas estas cosas que los más conspicuos radiotelegrafistas de hoy.

Carlos iba a decir madre; pero temiendo la impresión que a la que siempre llamaba así podría causarle oírle dar a otra el mismo nombre, vaciló, y dando diferente giro a la frase comenzada, prosiguió:

—Que en su opinión, no murió en Venus...

—¿Te ha dicho?... ¡Qué imprudencia!—le atajó Maripepa, excitadísima—. ¡Qué imprudencia! Perturbar la vida de un niño con gravísimas preocupaciones, sin más base que aventuradas conjeturas. Si no fuera chochez, sería maldad.

—¡Pobre abuelo! Si él te oyera...

—Pues me oirá. Es una insensatez. Le diré que, por su culpa, va tu hermosa alegría a trocarse en constante inquietud; que vas a vivir en dolorosa incertidumbre; que ni tú, ni él, ni yo, ni nadie podrá, tal vez, aclarar nunca.

—No exageres, mamá.

—¡Exagerar!

—Sí... No soy tan niño, bien lo sabes, y el abuelo también, que no puedan decirse me ya las cosas graves que de cerca me atañen; ni las incertidumbres que te asustan pueden llegar a atormentarme, en la medida y al extremo que tu cariño teme.

—¿Cómo que no? La duda en que desde hoy vas a vivir es gravísima.

—Gravísima, sí; triste también, mas no un tormento cual lo sería la incertidumbre de si eras tú quien vivía o había muerto.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó Maripepa, sin poder contener su alegría.

—Por eso, porque lo soy de tu alma, y a la tuya debo todo el cariño que ha derrochado en mí, te quiero como a madre de mi alma, más, mucho más que si sólo lo fueras de mi cuerpo.

—Carlos, mi Carlos—dijo ella, abrazándose al muchacho y rompiendo a llorar—. ¡Bendito seas!

—Por eso, cuanto a ti se refiere, me llega a lo más hondo del corazón...

Mientras que los temores o las esperanzas relativas a quien siempre he creído muerta, a quien no he conocido, ocuparán, claro es, mi pensamiento; me inquietarán, es indudable; pero por reflexiva convicción, sin que puedan dolerme con punzadas de padecer acerbo. Porque yo sé cómo se puede respetar y honrar a persona desconocida que a ello tiene derecho; de cierto sentiré deseos de conocerla y de amarla, si su existencia no es una ilusión; pero no es mía la culpa de que me sea imposi-

ble comprender cómo nazca ni viva un cariño sin base de conocimiento, ni certeza en la realidad de haber en quién cifrarlo.

—Es verdad, es verdad.

—¿Ves cómo eran exagerados tus temores?

—Tienes razón... Y en lo otro también; porque ya no eres un niño, sino mucho más hombre, acabas de probármelo, de lo que yo creía.

—Por eso, aunque la revelación de papá Ripoll no haya amargado, cual temías, todos los instantes de mi vida, me ha hecho ver claro mi deber.

Y en previsión de que cuando él espera lleguemos a tener certeza de no haber muerto mí..., de que todavía vive la...

—¿Porqué buscas palabra diferente de la que se está ocurriendo? ¿Porqué te has detenido cuando ibas a decir mi madre?

—Porque no quiero ser contigo ingrato apresurándome a llamar así a otra que a ti; por temor de la pena que eso podría causarte. Porque, aunque no por culpa de la desventurada que me dió la vida, ella no pudo ser sino la madre de mi cuerpo, y tú *has querido* ser, ya te lo he dicho antes, la voluntaria madre de mi alma, y mi madre del alma seguirás siendo siempre.

—Dios te pague, hijo mío, esa delicadeza que ya había adivinado. Y pues de ti ha partido, ya no puede apenarme oírte llamar madre a quien lo es tuya. Pero, aunque me doliese, ¿porqué no has de llamarlo si a ello tiene derecho?

No he inculcado en ti amor a la verdad para que de él te olvides cuando alguna verdad pueda dolerme. Si te he enseñado el mandamiento "Honrarás padre y madre", es para que lo cumplas; y mal lo cumplirías si por afecto a mí desconocieras, no digo ya mañana, pero ni aun hoy, a la que Dios te dió por madre.

—Tienes razón; te obedeceré. Y perdona si mis temores a molestarte en algo, me han hecho olvidar que la grandeza de tu corazón te pone muy por encima de...

—Bueno, Carlos, bajemos de esa altura; es decir, baja, pues yo no estoy tan alta cual supones; y continúa lo que comenzabas a decirme cuando te interrumpí.

—Pensaba que de corroborarse la sospecha de que mi madre vive, estará claro mi deber de ir a buscarla.

Aunque la aragonesa era mujer de fuerte espíritu, y verdaderamente fuerte, no era espíritu puro. Por ello el "mi madre" que por primera vez oía a su hijo de adopción

aplicar a otra le produjo el efecto presentado por él; y aun cuando, por cogerla prevenida, supo esconder tal impresión, no dejó de sentirla, ni logró abstraerse al amargor de resentimiento, que, revolviéndose, no contra Carlos, sino contra el verdadero responsable de aquel dolor que padecía, la hizo decir, con aspereza extraña en ella:

—Es muy de agradecer la ayuda que Papá Ripoll ha querido prestarme.

—¿La ayuda?

—Sí; hasta hoy sólo yo me cuidaba de enseñarte tus deberes; ahora, sin duda, cree que necesito Cirineo o que me olvido de señalarte alguno.

—No, mamá, no. La conciencia de cual sería el mío, en el supuesto caso, no ha nacido de sugerencias del pobre abuelo, que sabe bien quién eres, e incapaz de juzgarte injustamente cual supones.

Cuál puede ser mañana mi deber lo he visto, por mí solo, en cuanto me he enterado de las sospechas de él sobre la probabilidad de que mi madre viva.

Y prueba de que no habías menester conmigo ajena ayuda es que no ha sido preciso me lo señalarais ni tú ni él; pues para verlo claro me ha bastado mi conciencia, obra exclusiva de tus enseñanzas.

Por mí solo lo vi... Pero tal te respeto, en tal veneración te tengo, que someto a los tuyos mi juicio y mi conciencia; y pensaré y creeré lo que tú creas.

¿Entiendes que me he equivocado, y que mi obligación no es ésa?

—No. Has visto bien. Esa es—contestó la pobre madre de adopción, con voz acongojada y grandísimo esfuerzo—. Tampoco tu conciencia necesita Cirineos.

—Pues entonces, si apruebas mi criterio, supongo me autorizarás a que, de hacerse el viaje, embarque en el autoplanetoide.

—Sí, hijo mío. Aun cuando esa separación será, para mí, uno de los más grandes dolores de mi vida, no debo vacilar en autorizarte a ello. Es bueno y es debido que a nadie cedas el primer lugar en el empeño de salvar a tu madre.

—No llores, mamá. Esa separación será, no más, de pocos meses. Bien lo sabes. No llores. Si te veo llorar me va a ser muy difícil cumplir ese deber.

—No te lo dificultaré. Descuida, Carlos; no me verás llorar.

—No atreviéndome a rogarte seas tú quien mande el autoplanetoide.

—¡Yo!

—No, no; ya me ha dicho el abuelo que en él y en mí sería excesiva crueldad imponerte las amarguras que te ocasionaría el refrescar tristísimos recuerdos de la primera expedición.

—Es cierto... Además, ahora sería yo un estorbo.

—¡Estorbo tú, cuando nadie cual tú puede dirigir tu motoestelar!

—No pienso en eso, sino en que cuando tú y tu verdadera madre os encontréis por la primera vez, sería inoportuna y poco delicada la intromisión entre vosotros de la madre pegadiza.

—¡Pegadiza! Mamá, no digas eso.

—Bueno, adoptiva.

—No basta cambiar la palabra, pues me disuena más la idea, por la que no puedo pasar. ¡Inoportuna tú! ¡Indelicada tu presencia!

—Gracias, Carlos... Pero al decirlo no pensaba en tu opinión.

—Es que tampoco debes pensar en la de ella; pues cuanto te debo es deuda que también la obliga.

—No niego que la reconozca; pero al recuperarte no he de saberle mal ser una temporada madre única, sin compartir con nadie el disfrute de su hijo... Así he gozado yo de ti los dieciséis años que, para ella si vive han sido de privación. No será, pues, generosidad excesiva dejarla disfrutar sola de su hijo las pocas semanas que durará el regreso.

—¡Qué buena eres, mamá! No; ¡qué santa!—contestó Carlos abrazando con efusión a la noble mujer. Y en seguida, advirtiendo en su rostro amargura impresa por dolorosa idea de que el cariño de su hijo, hasta entonces entero para ella, hubiese de partirse entre dos madres, pero por él atribuida, no a esta causa, sino a la pena de separarse de él, prosiguió con vehemencia:

—Mas cuando la bondad exige sacrificios para ser perfecta, nadie tiene derecho a ser tan buena, ni deber de serlo.

—Bueno; dejemos esta segunda causa; pues basta la primera para que yo no vuelva a allá.

—Ya te he dicho, que no intento agobiar-te con instancias para que varíes de criterio. Pero precisamente a causa de esa decisión he de hacerte otro ruego.

—Tú dirás.

—Me ha dicho papá Ripoll que Valdivia mandará la expedición, y que se buscará a los pilotos del otro viaje a quienes

sea posible hallar. Pero ni tal vez vivan todos, ni a todos se los halle, ni todos estarán dispuestos a correr nuevas aventuras. Máxime habiéndolos puesto la primera en acomodadas posiciones.

—Bien, ¿y qué?

—Que desearía que, desde ahora hasta que sepamos si se hará, al fin, el viaje, me enseñes lo que me falta saber para estar en aptitud de gobernar tu motoestelar.

—No, no; de nada se ha olvidado el abuelo al enseñarte la lección.

—De malas estás hoy con el abuelo. Pero habiéndome dado la razón en lo anterior, no podrá menos de parecerte perfectamente lógico este deseo mío. Que además tengo desde hace mucho tiempo, bien lo sabes, sin que nadie me lo haya apuntado.

—Carlos, de ahora en adelante podrá ser otra cosa, y bien veo lo será, pues ya eres muy bastante para pensar y querer por propia iniciativa; pero cuanto hasta hoy has pensado y querido es mío o de papá Ripoll. Y como no es mío ese deseo de que hablas...

—Bueno. Pero, proceda de quien quiera, ¿continuas hoy teniendo la misma repugnancia que antes a satisfacerlo?

—No; después de esta conversación sería absurdo tenerla. Te enseñaré lo que deseas.

—Gracias, mamá.

—¿Tienes algo más que decirme?

—No.

—Pues entonces hasta mañana. Voy a recogerme.

Al dar el beso de despedida a su madre, todavía dijo Carlos:

—Perdóname, mamá, si la necesidad de hablarte de este grave asunto me ha obligado a causarte alguna pena.

—No, Carlos, no. He visto que eres bueno, noble y resuelto. ¡Qué alegría para mí más pura ni más grande que el haber acertado a hacer de ti un hombre como yo te quería!

No advirtió Carlos, pues todo su talento no bastaba a convertir en treinta sus dieciséis años, que Maripepa hablaba de su gran alegría con los ojos muy tristes.

#### XIV

##### DON JAUME PASA UNA MALA MAÑANA

Las observaciones que en el pabellón central, o sea en el del Sol, del célebre

Instituto, y según programa la víspera trazado, había de hacer Don Jaume, auxiliado por el biznieto, la mañana siguiente a la entrevista del último y su madre adoptiva, consistían o, más bien, debieran haber consistido en fotografiar, con el espectroheliógrafo los inflamados vapores de hierro volteantes en vertiginoso torbellino en lo hondo del cráter de una notabilísima mancha solar, que, con singularísimo interés estudiaba el astrónomo desde varios días atrás (1)

(1) El *espectroheliógrafo*, maravilloso aparato de la moderna astrofísica, inventado a la par por Deslandres y por Halle, permite tomar fotografías del Sol, no utilizando, al obtenerlas, toda su luz, sino tan sólo la parte de ella más conveniente al estudio especial que de aquel astro haya de hacerse.

Sabido es que cada uno de los rayos solares que acá llegan es combinación de muchos rayos de los siete colores diferentes del arco iris de la atmósfera, o de los espectros producidos por los prismas de cristal de los gabinetes de física.

Más todavía, tales rayos no son siete, cada uno de un color, sino muchísimos rojos, muchísimos amarillos, muchísimos violetas de diferentes escalonadas tonalidades, insensiblemente tuididas cada una en la siguiente desde el principio al fin de las zonas o bandas correspondientes a cada color.

Descomponiendo de igual modo las luces que al quemarse o incandescer producen todos los cuerpos sólidos, líquidos o gaseosos conocidos de la terrestre química, se ha averiguado que también son, en general, los rayos de ellas reunión de varios de diferentes colores en número variable; y por el examen de los lugares que por sus tonalidades ocupan tales luces en las escalas particulares de las de cada color en los espectros, se determina qué cuerpos o qué mezcla de cuerpos arden en la llama que da la luz analizada con el prisma óptico. Estas operaciones constituyen el análisis espectral al que la química moderna debe sus mayores progresos. Enseñan además estos experimentos que aun cuando hay cuerpos y mezclas que dan en el espectro gran número de monocromáticas luces, *no hay cuerpo ni mezcla que dé tantas y tan variadas como la luz del Sol*, donde parecen juntarse las de cuerpos iguales a todos los de la Tierra, que en nuestro lumínar arden.

Gracias a estos descubrimientos la química terrestre dió un salto haciéndose química solar o helioquímica, y subió en otro a química estelar. Que mediante el estudio de las luces diferentes del Sol y de las estrellas nos ha enseñado cuanto sabemos hoy de la composición de los astros.

Un poco lejos parece habérsenos quedado el espectroheliógrafo. Y no es así porque de no haber dicho lo anterior no sería fácil que personas no impuestas en ello se enteraran de qué es aquél y de para qué sirve. Lo cual espero sera ahora comprendido sin dificultad.

Gracias a prodigios de ingenio de sus inventores y a maravillas de construcción, el heliógrafo coge un rayo de sol, lo descompone en sus innumerables rayos elementales monocromáticos, elige uno del color y la tonalidad precisos para la clase de labor que el astrónomo quiere realizar; y dejando fuera del aparato todos los demás rayos, que con él venían tra-



Desde antes de la hora a que debía llegar Carlos, ya el abuelo lo aguardaba, paseo arriba, paseo abajo, en la habitación del espectroheliógrafo, y con muchísima impaciencia. No causada por la mancha, que a buen seguro no había de retrasar ni un centésimo de segundo su prevista llegada, sino porque interés mayor, más aún, desasosiego, inspiraba al viejo saber el resultado de la conversación de Pepeta y el muchacho.

“Porque, ¿cómo lo habrá tomado Pepeta? ¿Qué le contestaré cuando venga a pedirme cuentas, que vendrá, ya lo creo, de mi imprudencia de enterar al chico de lo que todavía no cree ella prudente revelar-le?”

Y paseo va, y mirada al reloj; y paseo viene, y ojeada, por la ventana, a la explanada por donde ha de venir el aguardado.

“Parece que tarda... ¿Será que Pepeta le haya prohibido venir?... ¿Será que no

bados, da libre paso a aquél hasta la placa fotográfica de una cámara oscura. Si la luz elegida es, por ejemplo, la producida por el hidrógeno al quemarse en un mechero de gas, ella es la que, penetrando por una finísima rendijilla del espectroheliógrafo apuntado al Sol, marca, en la placa fotográfica, los puntos del astro, enfilados por dicha rendija, en donde, en tal momento, está ardiendo hidrógeno.

Pero no para en esto; y para ver cómo completa este aparato su labor fascinante, tome, quien de ello quiera hacerse cargo, un cartón oscuro; haga con un cortaplumas una incisión en él, mejor cuanto más fina; váyase luego frente a una vía férrea, en espera del paso de un tren; y cuando vea acercarse éste, póngase el cartón delante, y atisbando por la rendijilla, guarde a ver por ella la chimenea de la locomotora. Ya llega, ya está. Además de la chimenea se ve parte mayor o menor de la locomotora según sea la hendidura más ancha o más estrecha y según cruce el tren a mayor o menor distancia.

En el siguiente instante, dejará de verse la chimenea, por efecto del movimiento del tren, y se verá la parte posterior de la máquina; y en los sucesivos el tender, los vagones, hasta el furgón de cola. En suma que aun cuando *no a la vez* se habrá visto el tren entero.

Si en lugar del ojo ponemos una máquina fotográfica, también la placa de ella *verá*, a troyos y sucesivamente, todo el tren. Mas con la diferencia de que las imágenes de esas porciones que de la retina se iban borrando para que en ella se formaran las de las inmediatas, desvanecimiento que impide ver al tren completo a simple vista, van quedando fotografiadas en la placa *unas al lado de otras*. Y cuando aquélla sea revelada reconstituirán el tren desde cabera a cola.

No habiendo, cual no creo, dificultad en esto, pongamos ahora, en vez del cartoncillo y su hendidura, el espectroheliógrafo y su rendija apuntada al Sol. Que frente a ella, y por efecto de su movimiento

quiera dejarle verme ni hablarme sino en presencia de ella?...”

“¡Pero eso sería quitarme a mi Carlitos!, ¡privarme de él!... Si es así me he lucido y he hecho un pan como unas hostias...”

“¡Qué disparate! Pepeta no puede hacerme esa judiada... No sé, no las tengo todas conmigo; porque si piensa que se lo solivianto, y le parece que le doy malos consejos, es muy capaz de quitármelo. Y si me lo quita, si me lo quita, se me va a quedar todo vacío, me moriré de aburrimiento. De aburrimiento y pena.”

“He sido un loco, un loco. ¿Quién me mandaba? ¡Recongelación! ¿Quién me mandaba a mí empujarlo por donde no quiere ella que vaya?”

“Cá, hoy no viene ya. Quien va a venir es ella. Y Dios me coja confesado; porque, ¿cómo me disculpo? ¿Qué le digo? Ya está ahí.”

diurno corre como corría ante el cartón el tren. Sólo que no a la velocidad de 60 kilómetros de un expreso, sino a la de 104,560 kilómetros por hora. Y con esto ya se comprende cómo en la cámara oscura del espectroheliógrafo queda fotografiado todo el disco solar.

Mas conviene fijarse, para apreciar el alcance de tal fotografía, que ha sido obtenida con la luz solamente del hidrógeno que allí arde; y que por tanto no podrán verse en ella sino llamas de este gas, ni puntos ningunos de aquel astro en donde estén quemándose otros cuerpos. Todos los cuales, me refiero a los lugares ocupados por las luces de ellos, aparecerán negros en la prueba y blancos solamente los correspondientes a llamas de aquel gas.

Así se obtiene el plano—iba a decir minero—de los parajes de la atmósfera solar en donde, al tomarlo, había hidrógeno. Plano cambiante de un día a otro, de una a otra hora. Así se obtienen análogas fotografías de las manchas solares. Así se toman las de las protuberancias o surtidores de fuego que en los bordes del Sol suben a varios centenares de miles de kilómetros de altura. Y así y con el auxilio del espectrógrafo se obtiene no sólo el plano sino *la nivelación* de la ígnea atmósfera de la ingente hoguera—cuyo tamaño es de 1,310,162 Tierras—, en la cual se miden las diversas alturas a que en ella arde el citado gas, según esté o no electrizado, según se queme a una u otra presión. Y todo averiguado ¡desde aquí, a distancias del orden de los 150 millones de kilómetros, en las particularidades de las rayas que las luces de allá dan en los espectros.

Del mismo modo que el del hidrógeno, se obtiene ya corrientemente en los observatorios el plano del calcio solar, y es de esperar vayan progresivamente obteniéndose los de otros cuerpos. Ignotus no tiene noticia de que hasta este año de 1925 se haya tomado el del <sup>hierro</sup> que Ripoll se proponía fotografiar. Pero es sabido que el T. I. de V. P. disponía de medios mucho más eficaces que los modestos Observatorios del siglo xx.

Dijo esto Don Jaime al ver abrirse una puerta, que, haciéndolo hacia adentro, no le dejó ver, hasta estar de par en par, que era Carlos quien entraba. Al ver al cuál dió un suspiro de satisfacción y exclamó alegremente:

—¡Calla! ¿Eres tú, chiquillo? Buen susto me has dado: creí que era tu madre.

—¿Y desde cuándo te asusta a ti mamá?

—¡Asustarme? ¡Qué tontería!... No he dicho susto; he dicho chasco.

—Perdona, abuelo; pero estoy segurísimo: has dicho susto.

—¡Ah, sí! Yo creía... Pues... Claro: temor de que con su venida se nos hiciera tarde para preparar el aparato con tiempo de enfilarse la mancha.

—Abuelo Jaime, no abuses de que mi respeto no me permite llamarte embustero.

—¿Qué? Descarado, mocoso. ¡Embustero yo!

—Pero si no te lo he llamado.

—Porque eres tan hipócrita como insolente. ¡Hase visto!

—Vaya, abuelo, que lo que tú tenías era un miedo de pistón, de que...

—Pues lo vas componiendo.

—... de que mamá se hubiese incomodado por lo de ayer.

—¡Chico, qué listo eres!

—Lo malo es que también soy lengua-raz, hipócrita, insolente.

—Sí, también. ¡Porra! Y yo un bragazas, que por aquello me olvidaba de esto.

—Y también de que ya has confesado que no era miedo de que la mancha se nos escapara, sino de que mamá se hubiese incomodado por lo otro, lo que a ti te asustaba.

—De ningún modo. ¿Cuándo, cuando, ni cómo he confesado yo tal cosa?

—Al decirme, y ahora caigo y perdóname no te haya dado todavía las gracias, que soy muy listo.

—¡Porra! Pues es verdad. Cualquiera se descuida contigo. ¡Cuerno con el macaco!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Recongelación con el niño!

—¡Ja, ja, ja!

—Acabarás de reírte, descarado.

—¡Ja, ja, ja!

—Pero... ¡Ja, ja, ja!... Me cogiste. ¡Ja, ja, ja! Me cogiste, tunarra, y me estás sacando un pez muy largo... ¡Ja, ja, ja!

La alegría de ver que no le habían quitado a su Carlitos, que era el recelo dominante entre sus inquietudes, había dado tregua al deseo de Ripoll de saber lo ocu-

rrido entre Pepeta y Carlos. Pero tan pronto, libre ya del escozor relativo al último, desahogó las carcajadas, celebrándole la gracia con que le había hecho confesar su embuste, renacieronle los otros resquemores, y dijo:

—Con tus tonterías estamos perdiendo el tiempo.

Cuenta, cuenta... Cuando de tan buen humor vienes es que Pepeta no se incomodó; que ha accedido a tus peticiones; que no le parece mal que yo te haya dicho...

—Incomodarse, no. Pero no veo tan claro la parezca bien que sin consultarla me hayas enterado de...

—Eso quiere decir que no se incomodó contigo, pero conmigo sí. Entonces lo que ocurrió fué...

—Abuelo, si es que tú vas a suponerlo todo, no hay para qué cuento yo nada.

—Verdad. Me callo. Cuenta.

Quando el muchacho acabó de referir la conversación que conocemos ya, quedó Ripoll satisfecho de haber logrado el principal objeto, por él perseguido, de no irse a Venus sin Carlitos, si es que al fin fuere necesario y posible hacer el viaje; pero cavilosísimo, con las puntadas que, en la entrevista con aquél, había soltado Pepeta contra la imprudencia del abuelo.

Con el relato de uno y los comentarios de otro, la mancha solar, indiferente a todo ello, había seguido su camino y rebasado la posición en que el espectroheliógrafo podía enfilarse rectamente la hondura de su cavidad central. Siendo inútil, por tanto, el observarla hasta que el movimiento rotatorio del Sol volviera a ponerla bien en facha frente al aparato.

—Pues tenemos espera para veintitrés días y pico—dijo el viejo astrónomo (1).

(1) Según recientes trabajos del astrónomo Carrington, el promedio de las velocidades de las manchas es de 25,38 días. La observación de ellas ha sido principalmente utilizada para conocer las de rotación del Sol. Y se dice *las* porque no es una misma y sola la de todas las partes del astro que giran en diferentes tiempos según las latitudes de las consideradas. Siendo ésta una de las razones invocadas en apoyo de su opinión por quienes sostienen que todo el Sol es gaseoso.

Las manchas forman inflamados torbellinos rapidísimos, y se creen producidas por espantosas explosiones. La expansión de cuyos gases rebaja la temperatura de aquéllas por bajo de la del resto del disco.

Las manchas se comportan con respecto a la Tierra como imanes. En ocasiones determinan en ella tempestades magnéticas, y se cree influyen en alguno de los cambios de las temperaturas aquí experimentadas. Tienen épocas de mayor y menor actividad, que como los ciclos de situación de ellas en

—Abuelo, te olvidas de la corrección por los movimientos de la Tierra.

—Claro, Señor Maestro Ciruela. Pero ya lo habría echado de ver en cuanto...

—En cuanto deje de trotarte en la cabeza... Llamen al teléfono... Soy yo: Carlos.

—¿Quién llama?

—La que te trota en la cabeza: mamá. Ponte al aparato; a ti es a quien quiere hablar.

.....  
.....  
—Sí, Pepeta. Estábamos observando una mancha.

—¡Abuelo, abuelo! Que te oigo yo también; y eso ya es abusar demasiado de mi respeto.

—Déjame en paz... Sí, Pepeta, ya acabamos.

—Claro, como que no hemos empezado.

—¿Callarás, condenado?... Puedes venir en seguida... ¡Ah!... ¿Es conmigo solo?... Bien, bien; aquí te espero.

Carlos, puedes marcharte. Va a venir tu madre y quiere hablarme a solas.

¡Buena me espera!

—Bah, no llegará la sangre al río. Cuando nos deja salimos con la nuestra, autorizando mi viaje, y accediendo a enseñarme a pilotar el autoplasmatoide, es prueba de que en el fondo no le parecerá tan mal como supones lo que has hecho.

—Eso es verdad. Pero, aun así no las tengo todas conmigo.

—Ea, no seas cobarde. Azotes no ha de darte.

—Si así pudiera yo salir del paso, los preferiría a oírlo lo que me va a decir.

—¡Ja, ja, ja! ¡Azotes al abuelo Jaume! ¡Ja, ja, ja!... Entonces sí que no podré tenerle ni pizca de respeto.

—Para el que ahora me tienes, poco se perdería. Pero que se vaya a la porra el respeto, que ya estoy harto de que me respete todo el mundo, y lo que necesito yo es buen humor, alegría, cariño.

el disco solar, se suceden en períodos de once años.

Ofrecen, además, la particularidad notabilísima de que, todas las del norte del ecuador solar presentan sus polaridades invertidas con respecto a las situadas al sur. Pero cambiando en períodos consecutivos de once años las polaridades de las de uno y otro hemisferio. Siendo por tanto veintidós años, y no once, como hasta poco ha se creía, el verdadero ciclo de las manchas cuando se atiende a la totalidad de los fenómenos en ellas observados.

Por último las manchas no se presentan en toda la faz solar sino solamente en la central. Ni más arriba ni más abajo de los 40 grados de latitud norte y sur respectivamente.

—Lo que es eso, abuelo...

—Y vete ya, que ha de estar al llegar.

—Pues buena suerte y buen ánimo.

\*\*

Efectivamente, malo fué el rato que Ripoll pasó. Mucho peor, aún, de lo temido; porque, preparado a aguantar reconvencciones por su imprudente ligereza de enterar a Carlos de lo que le callaba ella, y dispuesto a bajar humildemente la cabeza, cuando Pepeta le reprochare la solapada reserva con que había procedido, soliviantando a sus espaldas al muchacho, no podía prever el absurdo de que, en vez de reconvenirlo, se presentara ella, no como acusador, sino cual voluntario reo, que creía necesario sincerarse de propias faltas.

Esta inesperada y para el viejo inconcebible actitud de su seudo nieta procedía de dos encadenadas causas: Primera, haber sentido aquellos días Maripepa miedo de la influencia que si viviera y retornare su implacable enemiga, la verdadera madre de Carlos, podría llegar, con el tiempo, a ejercer en el cariño de éste y ella si aún continuaba vivo su odio de antaño; y todavía más, si los padecimientos del largo destierro lo habían exacerbado con rencores frescos a la mujer por cuya causa le habían sido impuestos, y a quien acaso culparía de ellos y de haberle robado la posesión de su hijo durante dicho tiempo.

Consecuencia de tales recelos fué otro, nuevo, pero éste relativo a sí misma, por no acertar a discernir si su pasada oposición a enterar a Carlos de lo sospechado por Don Jaume, y su negativa a que, de realizarse la expedición, fuera en ella el muchacho, obedecieron solamente a interés exclusivo por el bien de éste o a hipócrita egoísmo maternal de ella.

Ya hemos visto cómo la imposibilidad de resolver las dudas del espíritu no había impedido a su conciencia zanjar honradamente las perplejidades relativas a la conducta. Mas lo que no sabemos es que en la noche siguiente a su conversación con Carlos pensó que, si el abuelo se había arriesgado a lo que sin consultarla hizo, debía de ser por haber presumido cuanto ella pensaba, por desconfiar de su egoísta cariño, y creer necesario enseñar a Carlos cuál era el deber que ella no le mostraba.

Sabido esto, se colige, sin que las trascríbamos, por dónde irían palabras y explicaciones en la primera parte de la con-

versación de Don Jaume y Pepeta. Mas lo que no puede omitirse es cómo trastornó al viejo, que en ella veía la suma de todas las perfecciones, oírle, no hacerle a él los esperados cargos, sino disculpárse de imaginarias culpas; y cuál le consternó veria conducirse como dando por cierto haber él cometido la injusticia de pensar mal de ella. Consternación que le hizo decir afligidísimo:

—¡Ay, Pepeta, Pepeta, tú no sabes el daño que me estás haciendo!

—¡Yo!

—¡Sí, hija mía, sí!... Mucho más que me harías disiendo todo lo que meresen mis locuras... Porque veo que con ellas te he hecho creer que no eres ya, para este pobre viejo, la mejor de todas las criaturas.

—En lo que ves que estabas equivocado.

—No, no lo estaba, ni lo estoy, Pepeta... No me lo digas, si no quieres verme llorar como un chiquillo.

¡Crear tú que yo pueda pensar nada malo de ti...!

¡Crear que ya no eres para mí...! ¡Qué atrocidad!

Y lo peor es que toda la culpa es mía... Mía, de mi egoísmo. De ese egoísmo de que tú te acusas injustamente, cuando aquí el único egoísta soy yo. Que de lo que menos me acordaba, al hacer lo que ha hecho, era de los deberes de Carlitos, ni de ninguna de esas cavilaciones disparatadas con que te atormentas; sino de mi egoísta afán de no privarme de su compañía, por asustarme el tedio insoportable de un largo viaje hecho sin él. Perdóname, perdóname, Pepeta. Ese chiquillo se ha hecho la mayor necesidad de mi vida. ¿Me perdonas?

—Cómo no perdonar lo que nació de tu cariño a la criatura a quien más quiero.

Además que, pues le he autorizado a lo que ambos deseáis, estamos ya todos de acuerdo, y ni tú ni yo tenemos que perdonarnos nada.

—Tú me perdonarás, pero yo no me perdono.

—Sólo una cosa me preocupa aún, y no quiero callártela.

—¿Cuál?

—Si aquella desgraciada, que, de volver, será madre de Carlos, seguirá siendo tan perversa como cuando nos espantó con las maldades que hemos ocultado a su hijo.

—No había pensado en ello... No había pensado sino en que mi remordimiento me impulsaba a salvarla.

—Mi preocupación es que aun teniendo,

como tengo, gran confianza en el hermoso corazón de mi hijo, mío no, suyo, y creencia de que en él han arraigado bien mis enseñanzas, me inquieta la idea de si sus dieciséis años serán todavía blanda cera; y me asusta la posible influencia que, en tal caso, podría ejercer sobre él una madre como la Sara que nosotros conocimos.

—De ser así, mejor fuera no volver a pensar en traerla.

—No, eso no.

—¡Quitarle a Carlitos esta madre para darle aquella! ¡Qué atrocidad! Antes preferiría aguantarme mis remordimientos.

—No, no, Papá Ripoll. Eso sería, si por acaso vive, volver a atribuirte derecho, que no tienes, para hacer caer sobre ella nueva condena, que te remordería aún más que la primera; y que, de haber tocado Dios su corazón con arrepentimiento, sería injusta e inhumana.

—Verdad, verdad.

—Como al hacerme saber la verdadera causa de haber quedado Sara allá, me dijiste que no quedaba arrepentida...

—Qué había de quedar.

—... de ahí nacieron los temores que te he comunicado.

Pero en los muchos años de su destierro, muy bien puede el dolor haber sido, para ella, camino de arrepentimiento.

—Sí, si es posible... Pero mejor sería saberlo a ciencia cierta.

—Eso es imposible. Pero supiéramoslo o no, nunca tendríamos, siendo partes, derecho a condenarla. Júzguela Dios, que puede y sabe. Nuestros deberes están claros: hacer cuanto podamos por reparar, si todavía es tiempo, el mal que hicimos: tú, haciendo el daño; yo, siendo causa de que por mí se hiciera.

—Eres la de siempre, Pepeta... ¡Qué pequeños, qué ruines somos todos a tu lado!

## XV

### EL PRIMER VUELO DE CARLOS

Desde que el T. I. de V. P. publicó su convocatoria de estudios y proyectos sobre la telegrafía Tierra-Venus, todo su antiguo personal y el nuevo, tan escogido cual costoso, reclutado para los laboratorios de nueva instalación del célebre establecimiento, es presa de altísima fiebre investigatoria: astronómica, eléctrica, telegráfica.

Ya se han otorgado cerca de una docena

de premios. No porque ninguno de los estudios a que se concedieron resolviera el problema planteado, sino porque para no regatear recompensas que aumentaban el número de adeptos, no se les exigía sino que marcaran posibles estimables orientaciones.

Tal fué el volumen del trabajo derrochado en memorias y experimentos, que pone espanto al ánimo la idea de reseñarlos.

Quédense, pues, inéditos hasta que de ellos salga algo sonado, por ejemplo, la estación capaz de comunicar con la desterrada; pues ahora urge más presentar nuevos e interesantes personajes: El Señor Guzmán, jefe de instrumentistas, tan nuevo en el Instituto como en estas páginas, hombre muy ducho en reparar todo desperfecto en telescopios, espectrógrafos e interferómetros, y padre de la Señorita Luisa.

Comencemos por ésta... Pero ahora caigo en que es preciso decir antes porqué llevaba Carlos una semana de pasarse dos horas casi todas las mañanas en el salón de calculistas, enfrascadísimo en cálculos que debían de ser muy engorrosos, según lo que duraban.

Algunas veces coincidían tales horas con las que solía emplear en ayudar al abuelo en el examen de fotografías estelares, tomadas con los telescopios, de las irisadas bandas de luces en que el espectrógrafo descompone la luz de los astros, y donde leen los astrónomos maravillosas curiosidades de ellos (1). Y no pudiendo, al propio tiempo, estar en los dos sitios, preciso fué justificara el porqué de las rabonas. Demasiado menudeantes en opinión del bisabuelo, a quien Carlos dijo que con ellas le preparaba una sorpresa.

—¡Una sorpresa!

—Sí: un estudio, y tal vez un descubrimiento en el sistema planetario.

—¡Atiza! ¿Un descubrimiento?

—¿Qué, desconfías del descubridor?

—No, no es eso, Carlitos. Sino que como todo lo de los planetas nos lo sabemos ya tan de memoria.

—Pues, sin embargo, en el sistema solar hay una perturbación que tú no conoces todavía.

—Mucho lo dudo, criatura.

—También dudaban los astrónomos cuando Le Verrier y Adams adivinaron la existencia de un desconocido planeta, y sin haberlo visto lo cazaron a tientas, armándole una trampa con logaritmos y ecuaciones.

—¿Es que vas tú a cazar otro Neptuno en otra trampa?... ¿El fantástico Plutón entre el Sol y Mercurio?... Utopía, utopía... ¿Tampoco?... ¿Un satélite, de Mercurio?... No pierdas el tiempo. Sabes que con Mercurio trabé yo íntimas relaciones en el célebre viaje; y no tiene para mí secretos.

—Si te digo lo que es, se frustra la sorpresa.

—Supongo que no irás a descolgarte descubriendo un asteroide.

—Quita de ahí... Valiente porquería. Si esos los descubre por docenas, sola, la máquina fotográfica (1).

(1) Los asteroides, son verosimilmente fragmentos de un planeta cuya existencia fué predicha por Kepler sin sospechar sería al cabo hallado roto en incontable número de pedazos.

La predicción fué repetida por Bode, fundándola en la existencia de una ley de progresión, por él dada a conocer, según la cual las distancias al Sol de los planetas conocidos guardan entre sí, sensiblemente, las relaciones que los números de la serie 4, 7, 10, 16, 28, 52, 100, 196... Con la excepción de que entre Marte y Júpiter, correspondientes a los números 16 y 52, faltaba uno que los telescopios no veían por más que lo buscaban, correspondiente al número 28.

Pasaron años y años y en 1801 Piazzi descubrió en el vano entre aquellos dos, no un planeta, sino un planetilla, dándole el nombre de Ceres. Olbers descubrió otro al año siguiente, al cual se llamó Palas.

Fué más tarde creciendo esta familia con nuevos hermanitos que, al aplicarse la fotografía a los telescopios aumentaron por centenares y centenares.

Acaso lleguen hoy o pasen de mil los conocidos. Entre los últimamente descubiertos por Comas y Solá, de Barcelona, están el Hispania y el Alfonsina.

La mayor parte de ellos son tan chiquirritines que en vez de darles nombres se los designa con números de orden.

Los mayores, Ceres, Palas, Vesta, Juno, tienen diámetros respectivos de 882, 559, 432 y 222 kilómetros, respectivamente. Y es verosímil que además de los conocidos haya muchísimos, que por su pequeñez hasta de un kilómetro y aun menos nunca llegarán a ser descubiertos. Como no sea por el autoplanetoide si se le ocurre ir alguna vez entre Marte y Júpiter.

Puede verosimilmente suponérselos restos de un verdadero planeta que en tiempos remotísimos gravitara en torno del Sol, en la región predicha por Kepler y por Bode hasta que un cósmico cataclismo, sobre cuyo origen sería temerario hacer hipótesis, lo hiciera estallar en los pedazos que vamos encontrando poco a poco.

Cual prueba de que la importancia de las cosas no estriba siempre en su grandor, diré que el más interesante de los asteroides es Eros, descubierto en 1898, y cuyo exiguo tamaño de 37 kilómetros de

(1) Por ejemplo, si una estrella es un sol sencillo o un doble o triple sol; si se acerca o se aleja al nuestro, y a qué velocidad; si en el anillo de Saturno, o en la barriga de Júpiter, o en cualquier estrella arden tales o cuales cuerpos; si... Para muestra basta, pues de estas cosas hemos de ver no pocas en cuanto emprendamos el próximo viaje cósmico.

—Pues entonces...

—Tú déjame; no me tuerzas el gesto si te hago algunos novillos, pues estos descubrimientos no son cosa que se hilvanen en dos ni en tres días; y ya verás, ya verás...

—Mira, Carlitos; la obligación es antes que la devoción, y la mayor parte de las veces se quedan en agua de borrajas esas devociones de los descubrimientos.

—Ah, bien, si no me crees con capacidad suficiente.

—No, Carlos, no. Si lo tomas así.

—¿Cómo lo he de tomar?

—No, hombre, no; de lo que desconfío es de que aun haya nada por descubrir en el sistema planetario.

Eso diría Ptolomeo cuando enseñaba los disparates de que ahora nos burlamos.

—¡Ah! Es que crees que yo también te he enseñado disparates.

—No digo tal cosa, sino que cuando aspiro a dar solo un primer vuelo, demostrándote que conmigo no has perdido del todo tu tiempo ni tu astronomía, me recortas las alas... Bueno, no faltaré ninguna mañana, no me saldré de mi papel de ayudante subalterno.

—¡Carlos, por Dios!

—Tus razones tendrás, y no te las dis-cuto, para creer que solo sirvo para limpiar aparatos.

—¡Carlitos, Carlitos!

—Bueno, y para revelar placas.

—¡Porra, que ya me he hartado! ¿Quién ha dicho?

—No; si seguramente...

—Cállate, monigote... ¿Quién ha dicho ninguna de esas tonterías, ni quién pretende recortarte nada?

—No hablemos más, abuelo. Todos los

anchura, no ha sido óbice para que su descubrimiento sea considerado por los astrónomos cual verdadero hallazgo; a causa de ser el cuerpo celeste que después de la Luna más se nos acerca, llegando a la exigua distancia de la Tierra—exigua para lo que se estima en el universo—de 13,5 millones de kilómetros. Circunstancia que lo hace el más adecuado para utilizarlo en la medición de nuestra distancia al Sol, con máxima aproximación.

El cómo la fotografía descubre sola, por docenas, según Carlos decía, los asteroides, es muy sencillo. Cuando se apunta a las estrellas un telescopio fotográfico los movimientos propios de éstas, independientes de los aparentes, debidos a la real rotación de la Tierra son tan infinitamente pequeños que durante los normales tiempos de exposición no producen ni el más leve cambio apreciable de la posición de las imágenes de las estrellas en la placa fotográfica. Donde al ser revelada se ve cada estrella como un puntito aun cuando la exposición haya sido de

días me tendrás aquí, sin retrasarme ni un minuto. Renuncio a mis estudios.

—De ningún modo. Para que luego digas que te recorto...

—No diré nada. Ya comprendo que todo deben ser ilusiones de *mi ignorancia*.

—¡Recongelación! ¿Callarás?... Vas a acabar por enfureserme.

—Ridículas pretensiones de que ya me has curado...

—¡Carlitos, Carlitos, no me hurgues, que tengo malas pulgas. Ya lo sabes. Te mando: óyelo bien, te mando, y cuidado con desobedecerme, que no abandones esas investigaciones.

—Sí, para burlarte si fracaso.

—No me burlaré. Bien sé que en esas cosas nadie tiene seguro el acertar. Pero si me dijeras de lo que se trata podría ayudarte.

—Entonces, ni yo tendría confianza de ser el solo padre del descubrimiento, ni podría sorprenderte.

—Verdad. No he dicho nada.

—Entonces, todavía tengo que pedirte otro favor.

—Tú dirás.

—Esos trabajos requieren muchísimos cálculos, que me distraen de lo principal, y en ellos me vendría bien la ayuda de un calculador...

—Pídeselo al jefe de ellos.

—Ya lo he hecho... Pero cada día me da uno nuevo; porque dice que no puede distraer permanentemente a ninguno de la labor normal que tiene encomendada. Y es un fastidio tener que ir repitiendo a todos mis instrucciones. Por eso te agradecería me dieras un volante ordenándole ponga a mis órdenes uno que sea siempre el mismo.

—Mucho que calcular tiene, por lo visto, tu descubrimiento.

minutos o aun de horas.

Pero como los asteroides, así como los planetas se mueven en el campo del anteojo con velocidad perceptible, a causa de su gran proximidad a nosotros, ocurre que la luz del asteroide no cae durante todo el tiempo de la exposición en el mismo sitio, sino en sucesivos contiguos de la placa, dejando en ésta no un punto, sino una raya blanca. Estas rayas son las que sin buscarlas saltan a la vista del astrónomo en las fotografías celestes diciéndole: "por aquí ha pasado un asteroide".

Pero ¿cómo han podido medirse sus tamaños? Un arrapiezo de astro es poca cosa para que ahora contestemos tal pregunta. Y por ello se aplaza la respuesta hasta que, en el próximo viaje, veamos a En Ripoll medir y pesar los colosales estelares que de nosotros distan años y años y años de luz.

Entre paréntesis, el año de luz es igual a más de nueve millones de millones de kilómetros.

—Muchísimo, abuelo. Por eso, cuantas más facilidades me des, menos tardaré en volver a ayudarte todos los días como antes.

—Claro, hombre, claro... Toma, ahí tienes el volante firmado. Llénalo tú.

\* \* \*

El primero de los días anteriores al de la firma del volante, en los que Carlos se había pasado largos ratos en el salón de calculistas, se presentó en éste, donde hasta tres docenas de calculadores y calculadoras—más de unas que de otros, porque en sus faenas, y no tan solo en esas, son más de fiar las ellas que los ellos—; manejan máquinas de calcular, tablas, cuadros gráficos y reglas logarítmicas, averiguando los lugares del cielo, horas de ortos y ocasos y pasos meridianos de todos los planetas y todos sus satélites: nada menos que para todos los observatorios del mundo en todo día del venidero año. Pues establecimiento de la índole del famoso instituto no podía menos de llevar siempre a la hora y al minuto hasta las más pequeñas idas y venidas de los astros todos de la solar familia. Incluso los cometas, y hasta los más conspicuos asteroides.

Pidió aquel día Carlos al jefe del departamento una mesa para instalarse y unos cuantos aparatos de cálculo.

Avínose, sin examinarlos, con los primeros que de éstos le dió aquél; pero no fué tan acomodaticio en la elección de mesa. Porque ésta por pequeña, otra por no tener luz suficiente, por molestarle en una el resol de una vidriera, y por estar en corriente la de más allá, fué desechando varias, hasta acomodarse en una, ¡qué casualidad!, frontera a la de la más joven, pues era una chicuela, y más linda de las calculadoras: la Señorita Luisa Guzmán, hija del jefe de instrumentistas.

¿Lo echó de ver el de calculadores? No lo podrá decir; ni si por advertirlo se sonrió al oír a Carlos que allí estaría divinamente y que vendría bastantes días, por haber de hacer unos cálculos penosos, que requerían variada maquinaria calculatoria, y la ayuda, en lo más penoso de ellos, de algún calculador... “no, mejor calculadora, porque se distraen menos, de las que estén más inmediatas a mi mesa.”

—Doña Paca—gritó en seguida el jefe de la dependencia a una señora gorda y cincuentoná instalada en una mesa cercana—. Haga el obsequio de venir.

Acudió la llamada, y con otra sonrisa contrastante con la cara de vinagre por el muchacho puesta a la respetable calculista, dijo el jefe:

—Doña Paca, siempre que Don Carlos necesite de sus servicios, suspenda usted lo que esté haciendo hasta acabar lo que él le ordene.

—Está bien.

—Mil gracias, don Senén; agradecidísimo a su bondad—contestó el mozo; y en cuanto le volvió la espalda aquél murmuró entre dientes:— Así te parta un rayo. Maldita sea tu estampa... y la de esa esmeralda.

Durante la hora y media que después de esto permaneció Carlos sentado delante de la mesa no hizo sino enredar con sus trebejos de cálculo, para simular que hacía algo. Siendo lo único que en realidad hacía desojarse mirando a la mesa frontera, toser y removerse para lograr ser desde allí mirado, y monologar *in mente* para su colete.

—Nada, no mira... Ahora, ahora... Tampoco: ha sido ilusión... A ver... Parece que levanta la cabeza despacito...

Anda, qué prisa... Si parece un conejo que, al asomarse al agujero, vuelve a zamparse de cabeza en él, al verme la escopeta... Se me figura que iba a mirar creyendo que no miraba yo, y al ver que la veía...

Si yo pudiera, como ella, ver sin mirar, y así enterarme de si miraba ella... Dicen que las mujeres saben hacer eso muy bien... ¡Canario, pues yo no!... Si sigo un rato así voy a salir, sin sacar nada en limpio, torcido de pescuezo y bizco de ojos... ¡Calla! ¡Qué idea!... Hoy ya no puede ser, pero mañana...

¡Jesús! Va a agujerear el papel con la nariz. No, pues miope no es.

Se me figura que se está riendo... Pero cualquiera sale de dudas no viéndole más que el moño... Y qué rizado, y qué rubio, y qué bonito tiene el pelo.

—¡Ea! Yo necesito que me mire... Nada; pierdo el tiempo y la tos, y voy a hacerme polvo la garganta.

No he conseguido sino que en vez de compadecerse de esta tos perruna, se ría la muy bribona de mi catarro. Si, lo que es ahora no le vale disimularlo; porque aunque se coma la máquina de sumar, y no me enseñe sino la coronilla, no hay más que ver cómo le tiemblan los hombros para comprender el trabajo que le está costando no

soltar el trapo, y que por dentro y callandito se está riendo a carcajadas ¡Mal corazón!...

¡Bah!, si le desagradara que haya venido y que la esté mirando no se reiría.

Vaya, se me ha acabado la paciencia; ahora no te me escapas, y que quieras que no, vas a mirarme...

Al pensar esto Carlos escribió rápidamente unas palabras en un papel, se levantó, bajó de la tarima, sobre la cual estaba su mesa, y acercándose a la de la gentil vecina, dijo:

—Señorita Luisa, ¿me haría usted el favor de prestarme una regla de cálculo? La que me ha dado don Senén está tan preciosa, que no se puede hacer carrera de ella.

Pensó la requerida que sería ya excesiva falta de atención dar la regla torciéndole la cara al guapo chico que se la pedía; y así pudo éste ver, en dos hoyuelos pícaros, entre boca y mejillas, huellas todavía frescas de las carcajadas por él adivinadas, y tentaciones de otras en la boca. Cuyo labio inferior mordían unos diente-citos chiquitines sujetando nuevas risas. Al levantar el rostro la chiquilla y contestar: "Con mucho gusto, Don Carlos", de lleno recibió en los ojos la mirada de éste, que le trocó la reprimida risa en encendimiento rápidamente derramado por mejillas, frente y hasta orejas. Y volvieron los ojos a bajarse. No muy seguros de haberlo hecho tan de prisa cual les mandaba huir aquel vivo rubor. Que subió a incendio cuando, dejando encima de la mesa el papel que había escrito un momento ha, dijo aquel diablo de muchacho un poco más bajito que al pedirle la regla:

—Gracias a Dios que veo a usted los ojos, y me tranquilizo de que no es tuerta ni biza.

El papel que la ruborosa vió al bajar la mirada decía:

"Si, como hoy, sigue usted mañana apretándose la nariz contra la mesa, se queda chata para toda la vida. Y sería una lástima."

Entonces no bastaron los dientes, necesitando Luisa taparse, con las manos, la boca, para evitar que el solemne silencio de aquel templo del cálculo fuera turbado por sus carcajadas.

—¡Qué rebonita está cuando se ríe!...— pensaba Carlos, mientras guardaba en sus estuches los no usados instrumentos. Y al

marcharse y echar una última mirada a la vecina, iba mascullando entre dientes:

Bien se ha reído hoy, a mi costa, la niña. Mas veremos mañana quién se ríe de quién.

Luisa se quedaba meditando: "Eso quiere decir que mañana va a volver... ¡Qué apuro, Dios mío, qué apuro!..."

Yo no sé cómo me las voy a arreglar si hace tantas tonterías como hoy... Lo que yo debía hacer era enviarle recado a don Senén que me he puesto mala y no venir mañana...

Sí, será lo mejor; porque aunque papá no me lo ha dicho claro, bien conozco que esto no le gusta, y que tiene razón. Porque la diferencia de posiciones entre don Carlos y yo...

¡Qué lástima! ¡Tan guapo y tan gracioso como es!... ¿Por qué no había de ser una pelagatos como yo?"

La turbación de la pobre muchacha no la dejó advertir que lo que ella deseaba no era que Carlos fuese una, sino un pelagatos. "Sí, lo mejor será no venir mañana..."

## XVI

### DOBLE MONÓLOGO QUE VALE POR UN DIÁLOGO

Carlos tenía un espejo de afeitarse. No que tuviera barba, sino por figurársele lo eran hasta dos docenas de pelos, no exageremos, tal vez fueran tres las que en guerrilla esparcidas por toda la amplitud de los lugares donde era de esperar la hubiere en venideros tiempos, comenzaban a apuntarle. Tenía, pues, espejo actual, para una barba en cierne. Además sabía óptica. Y gracias a aquél tener y a éste saber, él, no Luisilla, era quien al siguiente día iba a reirse.

El primer vislumbre de posibilidad de verla la cara a la calculadora, quisiera o no quisiera ella enseñársela, habíalo entrevisto cuando, rabioso de no verle sino el moño, exclamó: "¡Qué idea!", al ocurrírsele una treta, entonces imposible de poner en práctica por haber menester preparación.

Es característica cualidad de los más grandes inventos parecer sencillísimo después de realizados; mas pocos son los vistos con igual sencillez en los comienzos de su elaboración cuando, velados con accesorias complicaciones ajenas a lo esencial de su meollo, atísbanlos, por la primera vez, los inventores. Así, cuando asaltó a Carlos la



fructífera idea que iba a desarrollar, no se acordaba de su espejo, sino de los conocidos periscópicos gemelos prismáticos de campaña, de gran tamaño y tubos quebrados en escuadra, usados en la guerra para observar al enemigo por encima de un parapeto, sobre el que asoman las lentes objetivos de ellos; mientras los oculares quedan abajo, en la trinchera, resguardados, cual la cabeza de quien por ellos mira, con el parapeto cubridor de aquélla.

En el gabinete de física hay de seguro chismes de esos, se decía el muchacho al salir del salón de calculadores; y si mañana me trajera yo unos, empleara mi mesa como parapeto, solo que parapeto vuelto de revés, con la masa cubridora abajo y la trinchera arriba, y pusiera los objetivos por debajo de la mesa, en vez de por encima de ella, podría enfilarlos a Luisilla. Que viéndome con la cabeza baja, como habría de tenerla para mirar con los gemelos por debajo de mi parapeto, creería que no la miraba, se confiaría, y puede que mirara ella. Además, apuntada de abajo a arriba, como entonces la tendría, le vería la cara, en vez de contemplarle el moño. Si, la cosa es perfectamente hacadera; porque con la tarima queda mi mesa treinta o cuarenta centímetros más alta que la suya.

Lo malo es que esos gemelos son un mamotreto atroz que me va a ser difícil manejar en la sala de los calculistas sin llamar demasiado la atención...

Me pondré delante el aritmómetro, y así tendré dos parapetos: la mesa, que me desenfilará de Luisa, y el aritmómetro, para defenderme de don Senén y los demás.

Pero, y si por debajo de la mesa ve ella los extremos gruesos de los anteojos y las lentes de ellos... ¡Bah!, eso sería lo de menos; lo peor será que lo vean otros.

Si yo encontrara medio de ocultar. ¿Y qué adelantaría, ni a qué viene quebrarse la cabeza, si de todos modos esos gemelos no sirven para mirar a distancia tan corta como la que separa las dos mesas? Además de que su peso y su tamaño no permiten emplearlos sin trípode.

No había caído en ello. Mi gozo en un pozo... Si yo consiguiera improvisarme, sin necesidad de ese escandaloso aparato, un modesto artilugio de circunstancias.

El novel inventor, que aunque no planetarios, como dijo al abuelo, tenía que resolver varios científicos problemas, tomaba ya el camino de los inventores veteranos y

experimentados, cuando tamizan sus ideas, para librarse de las accesorias, quedándose tan sólo con las fundamentales. Para ello metíase—ya se comprende que imaginativamente—dentro del anteojo periscópico, como rayo de luz que entrara en él por el objetivo. Muy a poco de entrar colábase, con la mayor facilidad, en un prisma de cristal que parecía cerrarle paso, de donde, una vez dentro, no había manera de salir sin darse un encontronazo contra una pared interior del prisma; que haciendo oficios de espejo le obligaba a torcer, en ángulo recto, la dirección de su camino para pasar más allá del codo del anteojo y seguir, por la otra rama de él, hasta el ocular por donde había de salir (1).

Tan pronto estuvo fuera el hipotético viajero, que de torpe no pecaba, se dió una palmada en la frente y dijo:

—Claro: las lentes para nada las necesito; el tubo, tampoco; el prisma, el prisma es lo interesante... No, ni siquiera el prisma, cuyo papel no es en este caso sino el de espejo. Como cuando en uno miro lo que pasa a mi derecha o a mi izquierda, sin tener, para verlo, que mirar ni a la derecha ni a la izquierda.

Véase cómo, lo digo entre paréntesis, un ingenio perspicaz puede ir reduciendo a cosa sencillísima un complicado invento.

—Un espejo, no necesito más—vuelve a hablar Carlos—para traerme a Luisa por debajo de la mesa, donde la cogerá el espejo. Y en cuanto en él esté, ya es mía; pues con moverlo a un lado o a otro puedo traérmela donde me dé la gana. A hacerme una visita, por ejemplo. ¡Eureka, eureka, ya te tengo!

Entonces fué cuando se acordó el inventor de que si todavía no tenía barba, ya tenía espejo de afeitársela. Que al salir, la mañana siguiente, para el salón de calculadores se metió en el bolsillo. Casi, casi con la misma alegría que si allí llevara a Luisilla en persona. Porque, en fin de cuentas, si allí no estaba, en realidad actual, estábalo en potencial posibilidad, en términos mecánicos, para un tiempo futuro y no lejano, o cual diría un óptico, en virtual potencialidad, que antes de un cuarto de hora

(1) En realidad, el óptico paseo de Carlos no era a lo largo de todo el eje de uno de los anteojos de los gemelos vulgarmente llamados prismáticos, sino de un *periscopio*; pues en los anteojos citados todavía hubiese tenido que cambiar otras dos veces de dirección, para llegar al ocular, entrando en y saliendo, además de otros prismas.

habría pasado a hecho tan efectivo como grato.

\*  
\*\*

Aun siendo Carlos muy vivo de genio, tuvo aquella mañana la pachorra de estarse casi una hora sin mirar, cara a cara, se entiende, ni una vez a Luisa. Que habiendo, de paso sea dicho, variado de opinión desde la víspera, no estaba en su casa, sino en la oficina y en su mesa.

La actitud del muchacho durante todo el tiempo mencionado, con la nariz casi en la mesa, en la misma postura de cuyos riesgos había avisado a Luisa, hacía pensar que no veía ni oía nada fuera de los cálculos, en que parecía hondamente embebido: al extremo de hacer pensar a Don Senén que aquella mañana le iba a cundir mucho el trabajo.

De medio a medio se equivocaba el buen señor; porque aun teniendo Carlos la pluma en una mano, y tecleando maquinalmente, tal cual vez, con la otra, en una máquina de culplificar, nada multiplicaba, ni llevaba otra cuenta sino la muy sencilla que luego se verá.

La postura indicada respondía a necesidad de dirigir la mirada hacia abajo, de modo que, pasando entre su cuerpo y el canto del tablero de la mesa, viera el consabido espejo, sujeto entre los muslos que lo oprimían de canto por sus bordes más pequeños. Al sentarse delante de la mesa había lo colocado así, variando luego, poco a poco, de arriba a abajo y de delante a atrás, su inclinación, hasta darle la conveniente para que en él quedara la cara de la linda calculista.

Es de creer que en cuanto Carlos vió a la niña en el espejo se congratulase de sus conocimientos ópticos, y de no haberse descuidado en proveerse de trebejos de afeitarse.

Al principio de la contemplación estuvo a punto de impacientarse y estropear su plan—verdaderamente maquiavélico—. Porque Luisa, creyendo que él repetiría los ruidosos procedimientos de la víspera, aguardaba, cual suelen las mujeres, a ser ella la mirada, y, por lo tanto, no miró tan pronto como él supuso miraría, y le estaba apeteciendo.

Pero atendamos un poco a ella, que bien se lo merece. No solamente en opinión del "caballero del espejo", sino de cuantos conocen a la niña de Guzmán.

Como el vecino de enfrente no carraspea-

ba, ni tosía, ni arrastraba la silla, ni dejaba caer cosas de la mesa al suelo, ni hacía, en suma, nada de cuanto con objeto de llamar la atención de la vecina hizo la mañana anterior, por eso mismo la llamaba más.

Va a comenzar el diálogo. No, diálogo no, sino mudo y doble monólogo, conjugado, que diría un óptico, en que cada uno habla para sí: no con palabras, sino con ideas, o bisbiseos a lo sumo; sin sospechar que Ignotus les cala unas y les sorprende otros.

ELLA.—Qué callado está. Ni que se hubiera dormido... No, dormido no, porque se le oye, a ratos, teclear en la calculadora... Se conoce que le interesa mucho lo que está haciendo. Más que ayer... Y más que yo.

Aquí, un suspiro. La pobrecita tenía celos de los logaritmos. Del mal el menos que no eran *logarithmas*.

No, hoy no mira.

Todo esto lo cavilaba Luisa sin mirar a Carlos francamente; pero viéndolo al modo como la víspera se quejaba él de no saber mirar. Mas al cabo de un rato, aquel silencio, y la confianza de que no iba a ser vista la impulsaron a mirar más a derechas.

Durante todo el tiempo de este soliloquio no la perdía de vista, en el espejo, el que era objeto de él, rumiando para su capote:

EL.—Es una preciosidad de chica... Si ella supiera el verde que de mirarla me estoy dando.

Qué mohines tan bonitos hace. Parece como si hablara sola. Y ni mueve la pluma, ni toca las máquinas, ni mira las tablas... Se me figura que de trabajo allá nos andamos hoy los dos. Cualquiera diría que está de mal humor. ¡Calla!, empieza a levantar la cabeza... Sí, pero, ¡qué despacio y con qué precauciones! ¡Te pillé, te pillé!

Esta exclamación, que no era tal por no hacerse en voz alta, nacía de estar Carlos viendo en el espejo la cara de Luisa completamente levantada, y mirando fija y largamente hacia donde él estaba, con expresión de viva curiosidad mezclada de extrañeza, y sin verle, claro es, sino lo alto de la cabeza.

Al contemplarla, como él decía, por debajo de la mesa, sintió gana grandísima de dejar de mirarla a traición, y aprovechar aquella cierta coyuntura de encontrarle los ojos para levantar los suyos del espejo y mirarla de frente. Mas acordán-



—Quiere decir, querido Ko, que emplearé radiotelegrafía dirigida.

dose de aquel plan maquiavélico a que ya he hecho alusión se dijo: No seas cobarde; aguanta que te pierdes. Pues en cuanto te vea cara a cara se te escapa.

Así a la espera, amagadito, sin enseñarle la escopeta tengo la liebre más segura.

Ya se habrá advertido que Carlos era amigo de la caza y aficionado a cinegéticas similares.

Lo que es esta vez no ha sido como ayer,

pues no ha mirado poco... Y sigue haciendo gestos. Más que antes. Es indudable que está de mal humor...

¿Será?... ¡Ojalá! Pero no quiero consentirme demasiado.

Mientras decía esto hizo Carlos una raya con la pluma en una cuartilla de papel blanco, y volvió a su acecho.

ELLA.—Está visto lo de ayer fué una ventclera. No vino por mí... La prueba es

que hoy no me hace ni pizca de caso. Lo mismo que si tuviera enfrente a doña Paca.

EL.—No, pues ahora tampoco calcula. Ha soltado la pluma. ¡Qué cavilosa está!

ELLA.—Yo creo que entre las exageraciones de ayer y esto de hoy hay un término medio...

EL.—Anda y vuelve a mirar.

ELLA.—Ejem, ejem... Ejem, ejem.

Esto no era cual lo anterior callado discurrir de Luisa, sino tosecita, no fuerte sino bastante tímida, como de leve cosquilleo en la garganta.

EL.—Esto va bueno: hoy no soy yo sino ella la que tose.

Lo que son las cosas. Ayer me desojaba yo a mirarla, y ella como si la mirara un perro; hoy me parece, sin creerlo presunción, que está rabiando porque no la miro... Y yo rabiando por mirarla...

... Pero todavía no: que aprenda y escarimente.

Cuando Luisa bajaba la cabeza hizo otra raya Carlos.

ELLA.—Es que esto de hoy es hasta grosería... La tonta soy yo en cuidarme... ¡Ay! Ahora creo que mira... No, no miraba...

Corría el tiempo, despacio para Luisa, entre curiosidad, despecho, pena, temoso empeño de conseguir que Carlos la mirara. Y cuanto menos miraba él, quiero decir, cuanto menos parecía mirar, más miraba ella. Delatando su rostro, al muy ladino que a mansalva la espiaba, tan pronto uno como otro de aquellos sentimientos.

Recién hecha la décima cuarta raya, único cálculo que para no perder la cuenta de las ojeadas llevaba el ingrato que las desdeñaba, llegó la décimaquinta mirada: la pobrecita chorreando pena.

EL.—Está para comérsela: más bonita que nunca. Y eso que tiene la cara triste... Triste por mí, ¡qué gusto!... Sí, sí: no cabe duda; y aunque sea egoísmo me da mucha alegría esa tristeza... ¡Ea!, ya es hora de mirarla de verdad... ¡Calla! Sí, sí... Si atino, tendrá muchísima gracia, y en seguida comprenderá que no he dejado de mirarla.

Apenas dicho esto y cual si fuera a encender un cigarro, encendió una cerilla. Con la cual se proponía hacer nueva traversura óptica, consistente en imprimir leve

y rápida oscilación, de alto a abajo al espejo. Para que el destello de la luz de la cerilla reflejada en éste fuera a dar en los ojos de Luisa, deslumbrándola.

La primera vez que esto ocurrió no se dió cuenta la muchacha de dónde procedía el resplandor. Pero al encender otro fósforo el experimentante, y repetir el experimento, dejando fijo el rayo de luz en los ojos de Luisilla, la mirada de ésta, conducida por la luz que la guiaba, se fué detrás de aquélla. No por encima, claro es, sino por debajo de la mesa de donde venía. Y vió el espejo, y en él la cara del autor de la tretita que la sonreía, como acordándose de aquello de "para comérsela".

La primera impresión fué de sorpresa; de alegría la segunda al darse cuenta de que mientras ella tenía celos de las ecuaciones, Carlos sólo pensaba en mirarla subterráneamente; la tercera de admiración, diciéndose ¡qué listo!, y la última de risa.

Vió Carlos la risa y la alegría; y con ayuda del discreto cristal se miraron los dos no breve rato, y muy tranquilos de que nadie los veía, hasta que ella cortó el que al fin era diálogo. Pero pensando la muy pícara que conocido ya el camino, para cuando apretara la necesidad, había llegado la ocasión de darse un poquito de tono con quien tan mal rato le había hecho pasar, dejó pasar cinco minutos sin volver a mirar; y cuando lo hizo, fué su mirada poco menos rápida que lo que lo habían sido los fugaces resplandores de la cerilla.

Lo cual indignó a Carlos que, escribiendo, en un volante, unos renglones, cogiendo la regla de cálculo, la víspera prestada, acercándose a la mesa de Luisa, y dando a ésta, con la regla, el papel, dijo:

—Perdone Señorita, pero ayer me olvidé de devolverle su regla logarítmica. Mil gracias. Y dicho esto se marchó.

El papel decía:

"No vuelva a ser hipócrita. Porque ya no le vale; pues antes de ver usted el espejo, en él he visto yo que sin las prisas de las últimas veces me ha mirado usted *quince, contadas*, en menos de una hora. Y conste que, habiéndome sabido todavía a poco, son muchas más que la única en que yo la he mirado, mas sin interrupción, desde que me senté hasta ahora."

—¡Qué listo, qué listo!... ¡Y qué tuno!: me ha estado espiando cuando yo lo miraba. ¡Qué vergüenza!

¡Ah! Todavía hay más en la otra cara.

"P. D.—Mañana volveré a traer mi apa-

ratito. Y otra vez le ruego que no sea hipócrita mañana."

Mañana... ¡Ay Dios mío qué apuro!... Yo no sé qué hacer mañana... No, no debía volver... Mas si no vuelvo pensaré... Mejor: eso es lo que querría papá, si supiera esto...

Sí, papá sí; pero yo...

## XVII

### EL TIRANO Y SUS VÍCTIMAS

El Señor Guzmán, padre de Luisa, era uno de esos obreros ilustrados, de sobresaliente mérito, a quienes los directores de observatorios y laboratorios consideran y distinguen casi como si fuesen colegas colaboradores en las científicas labores de tales establecimientos. Obreros a quienes, en realidad, no cuadra dicho nombre: por exigir el desempeño de sus cometidos mucho más que habilidad manual y rutinarios conocimientos; y que tan sólo por faltarles oficial título de ingeniero o doctor no disfrutan de la social categoría de éstos.

Era peruano, viudo, tenía cincuenta años y había sido instrumentista en varios observatorios de la América Española; ganando reputación de inteligente y habilísimo, que había trascendido fuera de ellos y proporcionándole sucesivas colocaciones, de día a día mejor remuneradas, en establecimientos de creciente importancia.

Allá por la época en que Ripoll publicó la memoria de las perturbaciones murió el jefe de instrumentistas del Instituto Planetario, y fué sacada a concurso la plaza, dotada con sueldo mucho mayor que la de cualquiera otro observatorio. A ella optó Guzmán, a la sazón colocado en el heliográfico de Quito, rivalizante por entonces con el soberbio de Mount Wilson en California.

No hubo la menor duda al elegir entre los concursantes, y al peruano le fué adjudicada la plaza. Pero entre las dilaciones del concurso, y el traslado de uno a otro continente, no se posesionó de ella sino un mes antes de que Carlos empleara su espejo en el salón de calculadores. Entre los que Guzmán, a su llegada, había obtenido le fuera concedida una plaza a su hija Luisa. Chica de quince años, que desde los trece se dedicaba a tales tareas en el Observatorio de Quito.

Si la adquisición de tan expertísimo auxiliar fué un acontecimiento para los astrónomos de Trujillo, no lo fué menor y aun

juraría fué para Carlos muchísimo mayor la llegada de la preciosa peruanita.

Habitaba ésta, con su padre, una casa muy mona de dos pisos, destinada a alojamiento del titular del cargo por él ejercido, situada entre Marte y Júpiter—quiero decir entre los pabellones destinados a la observación de dichos planetas—y por delante de la cual pasaba la vía férrea espiral, de servicio interior del vasto establecimiento, que partiendo del pabellón del Sol recorría los de todos los astros hijos, o súbditos de éste.

Rondando por allí se enteró Carlos de que, a la caída de la tarde, solían padre e hija sentarse a la puerta de la casa, y de ser aquélla la única ocasión de acercarse a Luisa. Pues mientras el uno estaba en el taller, hallábase encerrada, la otra, en la oficina de los calculistas. A donde la llevaba Guzmán al ir al trabajo, y en donde la recogía a la vuelta de él.

Como el muchacho era bastante expeditivo, al día siguiente se plantó en el taller con pretexto de unas reparaciones; volvió en los sucesivos, para ver cómo iban, y trabó amistad con Guzmán. A quien, sobre la consideración natural a quien tan de cerca tocaba a La Capitana—así llamaban a Maripepa allí cuantos no la llamaban La Señora—y al Sr. Presidente, se impuso la simpatía que el muchacho inspiraba a todo el que con él hablara diez minutos.

En pocos días fueron, pues, buenos amigos. Lo suficiente ya, en opinión de Carlos, para irse una tarde de paseo desde Marte a Júpiter, y para que al pasar por la casa de Guzmán, y verlo en compañía de Luisa, se acercara a saludarlo, cosa muy natural, y a pedirle un vaso de agua.

Mientras le traían, no el agua, sino un vaso de cerveza, aceptó la silla que le fué ofrecida. En donde, después de ya bebida la cerveza, se estuvo un rato de palique, por estar la tarde muy hermosa.

No se atrevió a volver hasta dos días después, pasando allí media hora de charla, y retornó al siguiente, creyendo haber ya conseguido aceptara Guzmán como habitual aquella amigable tertulia cotidiana. Que efectivamente aceptó, amable y gustosísimo, el instrumentista. Pero para sí solo, el muy egoísta; pues a poco de llegar el tertuliano se levantó Luisa, y echando a éste una mirada, en que inocentemente descubrió no se iba por su gusto, se metió en la casa.

Una vez dentro, y recatándose, detrás de

los visillos de una ventana, se estuvo la chiquilla mirando a Carlos hasta que éste se marchó. Mas Carlos vió la sombra detrás de los visillos, y no Guzmán por estar de espaldas a la casa.

Aunque muy agrado con lo del visillo, fué mohino el encalabrinado mozo con la jugarreta del padre, y un tanto receloso de si se habría hecho ilusión, por demás optimista, al contar solazarse diariamente con aquella agradable tertulia. Recelos por desdicha trocados en certeza, cuando dos días después no halló, a la hora acostumbrada, al padre ni a la hija a la puerta de la casa, y cerrada ésta. Y lo mismo ocurrió dos días siguientes; porque, según en el taller le dijo el señor Guzmán, ya estaban demasiado frescos los anocheceres. Descarada mentira que hizo se evaporara la simpatía de Carlos por el instrumentista.

De aquellos tres últimos paseos sólo uno resultó totalmente infructuoso; pues en dos de ellos vió a Luisa haciendo centinela detrás de la ventana. Y entonces sin visillos.

No atreviéndose, por temor de ser visto del tirano, a rondar la casa, descarada y habitualmente limitóse a pasar por allí alguna que otra tarde en una vagoneta del ferrocarril, haciéndose visible de la niña que estaba a la vidriera. Pero, ¡ay!, al cabo de unas cuantas, quiso la picara fatalidad estuviera a la puerta el padre, que por lo visto ya no tenía frío, y viera a Carlos cruzar en la vagoneta, y a Luisa en el balcón. Donde, ya desde entonces, no la vió más aquél. Cuya antipatía a Guzmán creció, con esto, a decidida inquina, aunque disimulada.

En vista de que el ferrocarril era ya inútil se acabaron los viajes. Pero Carlos era hombre de recursos, y antes de transcurrir una semana le pedía a don Senén mesa e instrumentos de cálculo. Había acabado el ferroviario coqueteo y comenzaba el coqueteo matemático.

\*  
\*\*

Restablecido ya, con lo anterior, el despeinado orden cronológico en que voy contando el enamoramiento de los dos chicos, diré que después de aquel primer encuentro, en el espejo, de sus ojos, varias mañanas continuaron buscándose por debajo de la mesa: él sin cesar; de cuando en cuando ella, como con timidez que, a

buscar, prefiriera ser hallada. Mas con todo y con eso, Carlos pensaba que no iba mal aquello.

Pero tales amores, meramente ópicos, pronto le parecieron sosos al ingenioso galancete; y para echarles sal pidió al abuelo el volante por don Jaime firmado y que él llenó de esta manera:

“Póngase a las órdenes de don Carlos Fairelo el “no *la* sino el, aunque bien sabía Carlos ser *la* lo que necesitaba—” calculista encargado de los trabajos relativos a Ceres y Palas, relevándolo de todo otro trabajo.”

No es preciso decir que Luisa era la encargada de calcular las posiciones de estos asteroides, y ha de advertirse que para llevar adelante su farsa había Carlos encargado a doña Paca unos extravagantes cálculos con equivocados datos para que le salieran mal y poder pedir otra calculista. Diéronse la y la rechazó, quejándose, a don Senén, de su mal oliente aliento. Cosa que don Senén no podía evitar.

Terminaron estos dimes y diretes con la presentación del volante. Al leer el cual dijo el buen señor:

—Como usted quiera. Yo tengo por más experimentadas a las calculadoras que antes puse a sus órdenes.

—Qué le hemos de hacer; todo será invertir con *éste* más tiempo en las primeras explicaciones; pero siendo permanente me economizaré repetiéndolas cada día a uno diferente.

Además, el Sr. Presidente no ha querido distraer a ninguno ocupado en trabajo de importancia, y por eso ha elegido al encargado de esos asteroides.

—No es encargado sino encargada.

—Me da lo mismo.

—Pues vamos allá. Precisamente *esa calculadora* es la de la mesa frontera a la de usted.

—¡Hombre, qué casualidad!

—Sí, mucha—contestó don Senén con sarcronería; y llegando a la mesa de Luisa dijo—: Señorita Guzmán, recoja y deme sus papeles. Porque, hasta nuevo aviso, no hará usted sino lo que le ordene don Carlos.

Como la grana, balbuciente, sin saber lo que le pasaba contestó la muchacha:

—¿Cómo? ¡Yo a las órdenes de...!

—Sí señorita. Deme sus papeles.

Turbadísima y cada vez más sofocada recogió Luisa y entregó lo que se le pedía. Fué don Senén, pensando que a juzgar por su atortolamiento no debía de estar la

chiquilla en el ajo. Y en cuanto Carlos lo vió lejos dijo a media voz:

—Gracias a Dios que puedo hablar con usted.

—Pero, Don Carlos.

—¡Cómo don! Carlos, Carlos.

—¿Pero es verdad que voy yo a estar a las órdenes de usted?

—Ca, lo contrario.

—Pero entonces...

—No había sino este medio de hablarnos. Con pretexto de instruir a usted en el trabajo, dárselo, recibirlo y corregirlo podremos comunicarnos algunos ratos. Usted no puede figurarse el ansia que yo tengo de decirle...

—Nos está mirando todo el mundo.

—¡Ah! Sí, es verdad. Hay que guardar las apariencias. Ahora vuelvo.

Pasó Carlos a su mesa, cogió de ella unos cuantos papeles en blanco, y volviendo con ellos donde Luisa estaba, cada vez más confusa, perpleja y asustada, dijo:

—Ahora ya no podrá chocarle a nadie que mientras explico a usted lo que tiene que hacer...

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Querirme tanto, ¡qué disparate, eso no puede ser!, pero si quiera un poquito menos de lo que yo la quiero a usted.

—Don Carlos, dejemos eso ahora.

—Otra vez don... ¡Dejarlo! Pero si eso es lo más interesante, y no he venido sino para eso... ¿O es que no puede usted querirme?

—Yo... yo.

—¿O que será mentira lo que mi deseo me ha hecho figurarme?

—Yo no sé lo que se ha figurado.

—Lo que usted quiera que me figure.

—Otro día, otro día... Ahora estoy asustadísima; no sé lo que me pasa. Váyase, váyase a su mesa.

—¿Irme ya?

—Sí, por Dios... ¡Ah! Pero deme antes esos trabajos.

—Pero si yo no tengo nada que darle a usted... Como no sea mi vida.

—Pues yo no puedo quedarme mano sobre mano.

¿Qué voy a poner en el parte de trabajo diario?

—Verdad. ¡Picaro parte! Pues, pues... vaya usted calculando las raíces cúbicas de las distancias del Sol a todos los planetas en todos los días del año, empezando en el año... en... en el año que le parezca...

Cuanto más atrás mejor; así habrá tela para más tiempo.

—Pero yo no sé cuál.

—Pues desde el año 2200.

Antes deirme volveré a recoger el trabajo. Y tenga para entonces, pensado si puede usted querirme un poco.

—Váyase, váyase. Estoy en vilo. ¡Qué atrocidades hace usted!

—Por usted las haría muchísimo mayores.

—¿Pero se va o no?

—Adiós...

\*  
\*\*

A la hora de retirarse vuelve Carlos a la mesa de Luisa.

—¡Dos semanas de raíces cúbicas! No se ha descuidado usted.

—Con el susto que tengo no sé cómo es tarán.

—Lo mismo da; nadie ha de verlas sino yo, y yo no he de mirarlas. ¿Ha pensado usted aquello?

—Con tantas raíces no he tenido tiempo.

—Mas por lo menos sabrá usted si le soy antipático.

—No; eso no.

—¿Indiferente entonces?

—Yo no sé... Piense usted lo que quiera.

—Lo que yo quiero bien lo sabe. ¿Es eso lo que debo pensar?

—Ya se lo he dicho antes... Piense lo que quiera.

—Bendita sea esa boca.

Tres días más estuvo Luisa extrayendo raíces cúbicas, bajo la dirección de Carlos, a quien tenía alegrísimo la agradable convicción de que no se equivocaba pensando lo que quería.

Ella no estaba, en cambio, tan segura de no equivocarse algunas raíces, pero no se asustaba ya, como al principio, cuando *su jefe* venía a hablar con ella, con toda la frecuencia exigida por la marcha de los cálculos; pero en cambio, y salvo las pocas horas en que tenía al lado al tunante que la volvía tarumba, estaba cada día más espantada de lo que, a espaldas de su padre, estaba haciendo, y temerosa de que él lo descubriese por quien no fuera ella. Llegando estos temores al extremo de que una tarde todo se lo contó de pe a pa al Señor Guzmán. A quien era imposible le callara mucho tiempo nada la hija a quien él trataba más que cual padre como madre.

El resultado fué que, al llegar Carlos, la

mañana siguiente, al salón consabido, le manifestara don Senén se entendiera con doña Paca, en cuyo poder estaban todas las raíces ya extraídas y por extraer. Porque la noche anterior, había venido el padre de la Señorita Guzmán a manifestar que su hija no volvería, por haber decidido renunciar su plaza de calculista.

—Pues... pues... que doña Paca se las guarde... Es decir me las guarde hasta que se las pida... Porque un trabajo urgente de laboratorio me obliga a suspender los estudios que me traían aquí.

No le pasó inadvertida a Carlos la risita con que el empleado acogió la noticia de no poder aquél utilizar los servicios de la respetabilísima señora; pero hizo como si no la viera. Porque ¿qué valía la molestia que pudiera causarle el arañacillo de una burleta, comparada con su cólera contra *el tirano*, que de tal modo torturaba dos amantes corazones? Su inquina contra el señor Guzmán subía a feroz odio. “¡Ah si no fuera el padre de Luisa!” Decía sin percatarse de que a no serlo no le tendría odio ninguno.

Mientras tanto lloraba ella en casa pensando cuán a gusto estaría con *su Carlos* —no, no, ya no podía ser suyo— y con sus tablas de logaritmos. Lo cual parecerá de fijo inverosímil a quienes desconozcan los recónditos encantos de las matemáticas.

Y hasta, en último extremo, Luisa se habría resignado a prescindir de aquellas raíces; mas le dolía mucho tener que resignarse a prescindir de Carlos. ¡Pobres chicos!

## XVIII

### SE DESCUBRE EL PASTEL

Creía Carlos que de su tragedia nadie se había enterado, cuando era comidilla de varios calculistas y de todas las calculadoras, sin exceptuar ninguna. Sólo que esta genticilla sin corazón no la miraba cual tragedia, sino como comedia divertida. Y eso que no sabían lo del espejo.

No fué Don Senén de los que menos se rieron. Pero, hombre prudente, no hizo conversación con nadie del asunto, ni mucho menos le pasó por el magín decir al presidente palabra del volante.

Nada habría sabido éste, por lo tanto, de las travesuras del biznieto, a no ser por los pícaros partes de trabajo semanalmente pasados a su inspección, o mejor dicho, de

su secretario. Quien asombradísimo de que durante cuatro días hubiese estado un calculista extrayendo tan descompasado número de raíces cúbicas de distancias planetarias, cuya útil aplicación no se le alcanzaba, ni aun devanándose los sesos, se creyó en el caso de llamar la atención de Don Jaume. Cuyo asombro, no menor que el del secretario, ocasionó envío a Don Senén de orden de venir a dar explicaciones del porqué y para qué de tan extrañadísimos cálculos.

Presentóse el llamado con el fajo de hojas llenadas por Luisa y con el volante consabido. Enredáronse unas en otras las cerezas, y Ripoll fué sabiendo toda la historia externa de las hazañas del biznieto, desde su primera llegada al salón de calculadores, hasta la renuncia que de su plaza presentó la calculista, o el padre de la calculista de los asteroides.

—¡Qué demonio de chico! Mire usted que es idea. Todas las raíces cúbicas de... ¡Virgen del Tremedal!

—Cosas de muchacho, Sr. Presidente.

—Ni al diablo se le ocurre... ¡Ja, ja, ja!... No, aunque me río, no crea usted que él va a reírse de la gracia.

—Bah, Don Jaume. Hay que acordarse de cuando uno era joven, y pensar en la fuerza que a esos años tiene un lindo palmito.

—¿Qué, es bonita la chica?

—Una preciosidad. Sin exageración.

—¿Sí, eh?

—Y muy modosa, y monísima, y con todas las trazas de ser una inocentuela. Apostaría cualquier cosa a que ella fué la primera sorprendida, y que no tuvo arte ni parte en...

—Claro, cuando ha presentado la renuncia, es que no le gusta Carlitos... Ya es difícil la niña. ¿Qué querría?

—No, Don Jaume, no es eso... Para mí lo que ella quería era eso que usted supone desdenaba. Porque se me figura que la renuncia no fué cosa de la chiquilla, sino del padre. Quien sin duda alarmado por la diferencia de posiciones...

—Ya, ya; eso es otra cosa. Me lo explico en Guzmán, y se lo alabo; pero en ella no podía explicármelo.

Vaya, pues ya no quiero detener a usted más. Llévase y rasgue esas cuartillas... No, no, déjemelas. ¡Ja, ja, ja!

—Aquí están.

Apenas se marchó Don Senén se acercó Ripoll a su escritorio, metió en un sobre



grande las cuartillas, y, entre risas, escribió la siguiente esquela:

"Carlitos: Ahí te envío esos raigones de todos los planetas para que esta noche los revise con urgencia, y mañana de mañana, me digas si están bien extraídos, y si para arrancarlos fué precisa anestesia.—Jaume."

—"Puff, puff! ¡Qué cara va a poner! ¡Puff, puff!, cuando lo lea, y qué cara traerá mañana!... ¡Ja, ja, ja!..."

Tengo que desahogarme por completo ahora, porque con él es preciso estar muy serio. ¡Qué muchacho, qué muchacho!... Cómo se reía Don Senén... ¡Las raíces cúbicas de todas!... ¡Recongelación con la idea!... ¡Ja, ja, ja!

Cerrado el sobre llamó a un criado y le encargó buscara al señorito y se lo entregara aquella misma noche.

Puede suponerse cómo se quedaría Carlos al recibir, enviado por el abuelo, el fruto de los matemáticos sudores de Luisa, y leer la sarcástica burla de ir la siguiente mañana a informarle.

—Me he caído—pensó—. Se descubrió el pastel. Mañana va a ser ella. Ha de estar furioso con la jugarreta del volante, de la que por lo visto lo ha enterado ese soplón de Don Senén. No sé qué se habrá echado al bolsillo con llevarle estas ringleras de números...

¡Qué atrocidad! No me había yo hecho cargo de cuanto he hecho trabajar a la pobre Luisilla... Y qué números tan chiquitines, y tan claros, y tan bonitos... Pues, a pesar de todo, me alegro de la charranada de ese acusón indecente, porque esto es lo único que de ella tengo... Estos números los ha hecho ella, estos papeles los tocaron aquellas manecitas...

Aquí interrumpió Carlos su elegía para besar, con toda urgencia, aquellas apretadas columnas de logaritmos y antilogaritmos.

Su amor era tan grande que le hacía olvidarse del miedo a las iras de Don Jaume. Pero una vez desahogada su efusiva ternura, y después de guardar como oro en paño en un cajón aquel recuerdo de la amada, volvió a decir: "Debe de estar furioso." Y aun cuando a él no solían asustarle tanto como a los demás las iras del viejo, pensaba que la jugarreta de ahora era motivo muy sobrado para que la furia del siguiente día fuera más seria que otras que él había capeado.

—Se me figura que esta vez voy a tener

que habérmelas, no con Papá Ripoll, sino con el almogavar. Como por ahí le llaman.

Y del mal el menos, que con este envío me ha prevenido y dádome tiempo de pensar el mejor modo de afrontar mañana el estallido de su cólera.

Lo raro es no haya estallado hoy en cuanto se ha enterado... Todos dicen que el abuelo se dispara en seguida, que con él no hay disculpas; y ahora, en lugar de llamarme inmediatamente para anonadarme con sus reconvenções, se guarda el estampido hasta mañana, y me manda esta esquela, que en vez de un rayo es una burla. Estos no son procedimientos de almogavar; pues si estuviera enfurecido no tendría ganas de broma.

—Ca, lo que él quiere no es pulverizarme, sino reirse a costa mía y tenerme asustado hasta mañana. Pues te equivocas, abuelo, no me asusto... Aunque lo fingiré, para no aguarde la fiesta, con cuya perspectiva te relames a estas horas, y como penitencia que me impongo por haberte tomado un poco el pelo.

Porque en eso he hecho mal, lo reconozco. Pero si no lo hubiese hecho, no habría podido hablar con Luisa...

Quién sabe si habría sido mejor. Porque de haberme contentado con las mudas efusiones del espejo, es probable no hubiese sobrevenido el cataclismo. Pero ¿quién se resigna a no pasar de novios ópticos? Y ahora es peor, pues por no resignarme, ni ópticos, ni eléctricos, ni siquiera radiotelegráficos...

¿Qué hará ahora Luisa?... ¿Estará llorando?... Ojalá llore mucho. ¡Qué atrocidad! Vaya un cariño... Pues, sí, sí; porque la quiero mucho quiero que llore muchísimo por mí...

¡Maldito padre!... Y dirán luego que Papá Ripoll. Aquél sí que es un almogavar, un beduino, un déspota. A ése, a ése sí que querría yo poder llevarlo por las narices como al pobre abuelo. O por lo menos que lo llevara Luisa. ¡Qué lástima que ella no sepa pajear con él como yo me las bandeó con el feroz don Jaume!

\*  
\*\*

Se entreabre la puerta del despacho de Ripoll, y Carlos, sin dejarse todavía ver, pregunta con voceilla tímida y muy extraña en él:

—¿Se puede pasar?

—Adelante, caballerito—contesta el abue

to con bronco vozarrón, fruncidísimo ceño y los terribles ojos requeridos por la escena que prepara—. Adelante. Hoy tenemos que hablar los dos.

—Pues aquí me tienes para lo que quieras.

El tono de Carlos, y su cabeza baja, eran como de víctima que dijera al sacrificador: inmóleme.

—Sí señor: largo, muy largo.

Hizo una pausa el viejo, pues lo desconcertaba aquel aspecto, en el muchacho insólito, de doctrino compungido, y continuó:

—Levante usted esa cara.

—No me atrevo.

—Se comprende, sí señor, se comprende.

Nuevo silencio. Pues aunque dijera comprenderlo, no le hacía al abuelo maldita la gracia el apocamiento del culpado, ni tampoco atinaba a decir cosa a la altura de la solemnidad con que comenzaba la entrevista.

Que a seguir tan solemne, no le iba a divertir, como se prometiera, a costa de Carlos, con quien él no sabía representar dramas.

Por esto, no hallando transición que suavemente echara la conversación por otros derroteros, hízola brusca, preguntando, no amenazante ya, sino con sorna:

—Supongo, caballero, que me traerá usted la respuesta que le pedí. ¿Están bien hechos esos interesantes calculitos?

—Abuelo, prefiero tu indignación a tu ironía.

—Usted no tiene sino aguantar el látigo con que yo quiera azotarlo.

—Es verdad.

—Temiendo yo posibles distracciones del, o de la calculista... ¿Qué le parece a usted, caballero, ha habido distracciones?

—Papá Ripoll, no me abrumes más... Mejor que seguir hablándome de usted y llamándome caballero, pégame.

—¡Qué atrocidad! ¿Cuándo te he pegado yo?

—Nunca. Pero ahora lo preferiría.

—Me alegro saber qué es lo que más le duele a usted. Y dígame, caballero: ¿a qué objeto destinaba usted todas esas raíces planetarias?...

—¿No sabe usted qué contestar?... Me había yo figurado si tendrían relación con la irregularidad aquella del sistema solar que iba usted a interpretar *volando solo*. Ahora sí que hay que recortarle a usted las alas. ¿Pero no dice usted nada? ¿Cómo van

esas investigaciones? ¿Cuándo le felicitamos por sus descubrimientos?

—Abuelo, te suplico que de una vez me impongas el castigo que hayas pensado.

Esta súplica puso a Ripoll en un apuro, pues aquello del castigo era punto en que todavía no había pensado. Además, cada vez le molestaba más la traza encogida del biznieto; y no sabiendo, de otra parte, cómo proseguir en el tono sarcástico, pues se le había agotado la materia, retornó al indignado, diciendo:

—¿El castigo?... Sí que te lo impondré.

Mas entretanto, y como anticipo de él, levanta esa cabeza y mírame cara a cara. Si te atreves.

—No, no me atrevo. Pero gracias.

—¡Gracias! ¿De qué?

—De que me has tuteado.

—¡Ya! Pues atrévete, te lo mando. No me gusta que me hablen sin mirarme; aborrezco a los hipócritas.

—Papá Ripoll, no es hipocresía, sino respeto.

—Eso está bien.

—Arrepentimiento.

—También eso está bien.

—Y que te tengo miedo.

—Eso está mal, muy mal; basta con el respeto. ¡Ea! ¿Acabas o no de mirarme?... Pero ¿qué cara es ésa? Ni que fuera a devorarte.

—Es que después de lo que he hecho, nunca me atreveré a mirarte ni a hablarte como antes.

—Pues buena la hemos hecho; esto sí que es peor... Entiéndeme: quiero decir, que está muy bien el arrepentimiento, pero que, ya una vez arrepentido, en nada es buena la exageración, ni hay por qué te conviertas de castañuela en sauce.

—Si yo me atreviera a hablarte como otras veces, acaso encontraría alguna disculpa.

—¡Disculpa!

—Ves, ya te escandalizas. Bien hacia yo en no atreverme a hablarte como siempre.

—No, no haces bien.

—Renuncio a sincerarme. Cumpliré resignado el castigo. Lo mismo si me envías a un reformatorio...

—¡Ave María Purísima!

—...que si me prohibes ponerme ante tu vista.

—¡Jesús, María y José!—El almogavar sentía carne de gallina de pensar que el chico no se presentara ante su vista—. Lo

que tienes que hacer ahora mismito es soltar lo que me ibas a decir.

—Ca, no me atrevo.

—Te lo mando, Carlitos. Pues no faltaba más sino que a lo pasado agregaras ahora la desobediencia.

—No, eso no, Papá Ripoll. Pero no salgamos después, como otras veces, confundiendo la franqueza con el descaro, ni el cariño y la confianza con las faltas de respeto. Tú mismo has dicho que no te gustan los respetos miedosos.

—Claro que no.

Además, no creo se te haya pasado por la cabeza que mi travesura tenga nada que ver con mi cariño.

—Ni por pienso.

—Pues eso es lo importante.

—Tienes razón en eso. Pero ¿acabarás de preámbulos?

—Es que tengo que tomar precauciones... Porque si luego salimos tergiversando intenciones, mejor será no hablar e irme al reformatorio.

—Pero ¿te has vuelto loco?

—Entonces hablaré. Pero conste que es por obediencia.

—Habla con mil demonios. Pero antes llama para que nos traigan el café de las once...

—¡También para mí! Yo creía que hoy no permitirías...

—Mira, no seas granuja. Y no sigas ahí de pie como un pasmarote. Trae la mesilla del café. Y veamos cómo te sinceras. Que lo dudo.

## XIX

### LA PLANETARIA PERTURBACIÓN DE CARLOS

Ya servido el café, dijo Carlos:

—Mira, Papá Ripoll, antes de entrar a fondo en el asunto y probarte que en nada te he mentado...

—¡Que no has mentado! También es desfachatez.

—Ves, ya empezamos con las palabras gruesas, como yo me temía; y si antes de que hable largas el fallo...

—Sigue, hombre, sigue.

—Decía, que a reserva de lo principal, necesito exponer mis atenuantes.

Primera: estoy en el primer hervor de la juventud.

—¡Anda por dónde sale!... Si crees que eso puede disculparlo todo.

—Todo no. Lo mío sí... Pero temo que no vas a comprenderme.

—¿Por qué no?

—Porque tengo entendido que tú no has sido nunca más que sabio, sabio desde la cuna, y que no sabes lo mucho que de los hombres tiran las mujeres.

Cruzó por la imaginación del viejo, cual vislumbre de lejano recuerdo, el paso por su vida de un hermoso imposible, y dijo con melancolía:

—No soy tan ignorante como crees, hijo mío... Efectivamente, desde muy niño fué el estudio único objeto de mi vida. Mas no por eso dejé un día de encontrar una criatura que me llegó al alma... Pero muy tarde, cuando ya era yo un viejo.

—Pues ahí tienes, abuelo, mi atenuante.

—No te entiendo.

—No he querido aguardar a que se me hiciera tarde.

Aquellas nubes de una melancolía amortiguada ya en la lejanía de los años fueron disipadas por la alegría de Carlos: sol a que el anciano se arrimaba y aferraba para evitar se le escapara aquel calor de juventud con que caldeaba su vejez. No es de extrañar, por tanto, que para nada se acordara ya de su fingido enfado, ni que rompiendo en franca carcajada dijera:

—No hay miedo, hijo, no; que no te has descuidado.

—Además, mi atenuante es mucho mayor que ningún otro; porque ¡si tú conocieras a mi atenuante!

—Dice Don Senén que es muy bonita.

—Más, mucho más. ¡Qué sabe Don Senén!

—Me gustaría conocerla. Si me la enseñaras.

—¡Ay, abuelo! ¡Qué más quisiera yo!... Pero ya la verás algún día, y entonces seguro estoy de que, no lo que he hecho, sino mucho más te parecerá muy natural.

Verás...

Al ver cómo se disparaba el mozo, reflexionó Ripoll que, de seguir dándole cuerda se iba él a encontrar, cuando menos lo pensara, o convertido en confidente de sus amores con una calculista, hija de un obrero, que aunque muy distinguido, no era de su clase—amores que a Ripoll no le parecían bien, ni menos habían de parecerse a Pepeta—, o teniendo que llevarle la contraria a Carlos en cosa que más valdría no combatir de frente; y arrepintiéndose de lo que sobre la atenuante había hablado, interrumpió al chico, diciendo:

—Bueno, pero tú has dicho que aun sin esas disculpas podías sincerarte, y eso lo veo muy difícil. Pues no puedes negar que me has mentido con esa sarta de embolismos de la perturbación, de la necesidad de los cálculos, de un descubrimiento...

—Nada de eso es mentira, Papá Ripoll.

—¡Carlos, Carlos!... ¡Y no querrás que te llame desfachatado!

—Si me dejas hablar vas a convencerte.

—Tengo mucha curiosidad de ver el cómo.

—Pues atiende. Pero es preciso que convegas conmigo en que para juzgar imparcialmente es preciso no perderse por las ramas, ni pararse en apariencias; sino ir al fondo de las cosas.

—Convenido.

—Pues mira muy al fondo. Te dije que necesitaba hacer un descubrimiento, y eso no era mentira, pues me urgía muchísimo *descubrir* si me quería Luisa...

—¡Carlitos, Carlitos! Esto ya pasa de la raya.

—Me has dicho que te hable con toda confianza.

—Bueno, sigue.

—Te dije que para mi descubrimiento necesitaba que me hicieran unos cálculos... Y como esa era la única manera que yo tenía de acercarme a mi calculista...

—Esto ya es demasiado. Eres el mayor charrán que me he echado a la cara.

—Pero un charrán que quiere mucho a Papá Ripoll.

—Continúa. Quiero ver a donde llegas si te dejan.

—Por eso te pedí el volante.

—Que llenaste como te dió la gana.

—Porque tú me dijiste: "Llévalo como quieras." No lo negarás... Conste, pues, que mirando al fondo de las cosas, ni es mentira el descubrimiento, pues lo he hecho, ni mentida la necesidad de los cálculos, ni puedes acusarme de abuso de confianza.

—¡Virgen de Monserrat!—exclamó Don Jaime, a quien ya el otro le había conocido, aunque en disimularlo se esforzara, que se estaba divirtiendo muchísimo con la travesura del biznieta.

—Pero aun dando por buenos todos esos disparates, ¿y lo de la perturbación?

—Para eso vamos todavía más al fondo. ¿Qué es lo que constituye el sistema planetario?... El Sol, los planetas, sus satélites, etc., y además cuanto está en el Sol y en los planetas: mares, tierras, plantas, animales.

—¡A dónde vas, criatura?

—¿Estamos conformes? ¿Sí o no?

—Bien, lo estaremos. Sigue.

—Claro es que cuanto perturbe la normalidad de los componentes del sistema constituirá una perturbación de éste, y siendo yo uno de dichos componentes, y teniendo esa chica horriblemente perturbado, no mentí al decirte que existía una perturbación planetaria de ti desconocida.

—Carlos, eso es un colmo malo.

—Pero ¿es verdad o no?... Y sobre todo, verdades o mentiras, Papá Ripoll me las perdona—al decir esto se levantaba Carlos, y abrazándose al anciano, continuaba diciendo, entre abrazos y besos—. Porque yo soy ligero, loco; pero si algo me duele en mis locuras, es lo que a ti pueda dolerte de ellas. Me perdonas, abuelo. ¿Verdad, verdad?

—¡Pues no he de perdonarte, criatura!—replicó el viejo devolviendo las caricias del chico y agregando entre risas y lágrimas—: Bien te lo sabías tú, grandísimo bribón, cuando hilvanabas esos disparatones... ¡Pero qué cosas se te ocurren!

Las últimas frases de Ripoll no las había oído solamente Carlos, sino su madre, entrada en la habitación al llegar a todo su apogeo la efusión de los abrazos del muchacho y el viejo. Sin que ninguno de ellos advirtiera la llegada de ella hasta oírla decir alegremente:

—En buena ocasión llego.

—¡Ah! ¿Estabas ahí, Pepeta?

—Os he sorprendido en plena explosión de ternuras.

—Pues verás, es... era que Carlos... y que yo...

Pues que estábamos...

Mientras Don Jaime hablaba, sin acertar a decir cosa de sustancia, Maripepa, que al entrar había oído lo de gran bribón, lo de los disparates, y ahora veía las perplejidades del abuelo, y sus ojos llenos de agua, mal compaginables con las carcajadas, sintió curiosidad, que le hizo preguntar:

—¿Y a qué obedecen esas risas y esas efusiones? Que no serán, supongo, recompensa a las grandes bribonadas de Carlos.

—Calla. ¿Me has oído?

—Sí.

—Pues esas bribonadas son que se me descuidó en un estudio de la luz de la estrella polar, de donde resultaba el desatino de tenerla roja oscura, y se me disculpaba malamente... Y yo me incomodé. Y él me pidió perdón. Y como es tan gitano

me cerró la boca dándome un abrazo... Y... Y que se lo devolví... Y que... Pues eso...

Antes de que Don Jaume—quien por cierto mentía muy mal por falta de costumbre—contestase la pregunta de la madre, asustóse el hijo de sí al hacerlo descubriría lo que él deseaba no supiera ella, a quien no se le pasó que el chico se ponía colorado, con encendimiento por demás excesivo para la faltilla de que el abuelo lo acusaba. Mas no queriendo negar crédito a Don Jaume en presencia del muchacho, dejó de hablar de aquello, cual satisfecha con lo que le decían. Pero una sonrisa retozante en su rostro intranquilizó a Carlos, por decirle que no había sido creído el embuste del viejo.

—Pues celebros, hijo mío, que con bien hayas escapado de las terribles iras del abuelo, no todos pueden decir tanto, a las que desde hoy vas a estar menos expuesto.

—¿Por qué, Pepeta?

—Porque además de lo que mis lecciones de planetoide lo ocupan, por las tardes, voy a necesitarlo ahora, y no sé si poco o mucho tiempo, también por las mañanas.

A decirte eso es a lo que he venido.

—Entonces me quedo sin ayudante...

—Sí. Pero tú puedes fácilmente reemplazarlo con cualquiera de los auxiliares astrónomos, mientras que yo no tengo gana de entenderme con otro. Ni en previsión de si fracaso quiero enterar a personas extrañas de lo que hace unos días traigo entre manos.

—Ni a extraños, ni a allegados, Pepeta. Porque tampoco yo sabía que con nada anduvieras a vueltas.

—En realidad, hasta ahora no he comenzado a trabajar seriamente.

—¿Y qué es?

—Pues verás. Como si al cabo se hace el viaje no he de ir yo en él, ha tiempo me preocupan los malos ratos que, pensando en los peligros que corráis, pasaré, sola aquí, con la angustia de no poder saber, hasta el retorno, nada de vosotros.

Dándole vueltas a esto, y pensando en los trabajos que para ver si acertaste en lo de la telegrafía planetaria, y hallar en dicho caso modo de comunicar con Venus, realiza el batallón de sabios a tus órdenes, se me ocurrió que de alcanzar esos estudios feliz éxito, podríamos modificar la pequeña estación radiotelegráfica del autoplanetoide en forma que la hiciera apta para transmitirme, durante el viaje, noticias de vosotros con frecuencia.

—Sí, sí, mamá. Y recibirlas tuyas. Eso sería magnífico.

—Tienes muchísima razón, Pepeta.

—Tengo mucha razón en deseárselo, pero ninguna en esperarlo.

—¿Por qué?

—Porque para lanzar ondas capaces de llegar aquí, desde las grandísimas distancias a que vais a alejaros, sería preciso darles enormes energías.

—Claro.

—Y, por lo tanto, motores de grandísima potencia, que no podrían trabajar sino movidos por las radiaciones del *cinetorio*, destinado a la propulsión del autoplanetoide, y único agente de energía de que allí dispondréis.

—Desde luego.

—¿Y qué inconveniente hay en ello, mamá?: la fuerza del cinetorio es colosal.

—Mas necesaria toda para la maniobra del motoestelar, y cual reserva para defensores de cualquiera de los muchos eventuales riesgos de la travesía.

—Tienes razón, Pepeta. Y si no, aquella semana, cuyo recuerdo todavía me espeluzna, en que caímos al Sol, creyendo que irremisiblemente íbamos a achicharrarnos en sus llamas; y aquel tirón que, cuando herida tú y amenazados todos por terrible cataclismo submarino tuvo que dar el padre de éste para despegarnos del polo magnético de Venus.

—Por eso no hay que pensar en telegrafía eléctrica.

—Pues entonces, mamá, no veo esperanza.

—Ni yo, Pepeta. Porque todavía ha de ser más difícil hacer, por cualquier sistema de telegrafía óptica, señales que aquí fueran visibles a tan grandes distancias.

—Certísimo: las de todos los conocidos serían invisibles a los más potentes anteojos, mas tal vez no lo sean las de uno nuevo, que acaso pudieran llegarme entrélazadas con la luz de las estrellas, y que la fotografía fuese capaz de descifrar en el espectógrafo.

—¡Mamá! Sería asombroso. ¿Telegrafía espectral?

—Sí.

—Sublime, Pepeta, es una idea sublime que, cuaje o no, sólo podía nacer en una inteligencia cual la tuya.

—No es en mi inteligencia, sino en mi corazón, donde ha nacido. Me espanta quedarme aquí, sin posibilidad de saber de vosotros.

—Pues sea del corazón, sea de la inteligencia, tiene razón Papá Ripoll: es sublime.

—Estoy deslumbrado, Pepeta, completamente deslumbrado... ¡Si pudiese ser!... Pero...

—Pero lo ves difícil.

—A qué negártelo.

—Y yo también; mas no imposible... Dios dirá andando el tiempo. Y como por lo pronto me dice ayúdame y te ayudaré, y como para ver si es bueno el camino que entreveo necesito hacer multitud de experimentos, que es imposible prepare y haga sola, por eso he venido a pedirte prestado el ayudante.

—Sí, sí, mamá. Vamos, vamos. ¡Qué hermosísima idea! ¡Qué trabajo tan fascinante!

—Y en lo que yo pueda, Pepeta, aquí hay otro ayudante. Mucho me da que hacer la otra telegrafía. Pero malo será que no pueda hacer algún ratejo.

—Yo no voy a poder sosegar, ni dormir, ni vivir hasta que...

—Calma, calma, hijo mío.

—Anda, mamá, vámonos ya; vamos a empezar en seguida. ¿Cómo has pensado...

## XX

### DE CÓMO DEL AMOR NACE UN INVENTO

Erró Ripoll, de todo en todo, cuando dijo que únicamente de la inteligencia de La Capitana podía nacer la idea de tomar la luz de las estrellas como inmaterial conductor, que a la Tierra trajera los mensajes de una hasta entonces inconcebible telegrafía, maravillosa cual ninguna. Erró, porque otra mujer que en aquel tiempo estaba a unos 230 millones de kilómetros de ella perseguía igual invento. Tal era la distancia a que Venus se hallaba de la Tierra por entonces.

No es mía la culpa de que parezca inverosímil lo que cuento, ni en mi papel de fiel cronista cabe sino contar las cosas como son, sin meterme en distingos sobre su inverosimilitud. Además, la de la coincidencia señalada en el anterior párrafo no es tan grande cual le parecerá a quien superficialmente la mire. Pruebas al canto.

En el aspecto científico no es inverosímil, porque no es nuevo el caso, sino muy repetido, de que cuando una ciencia llega al estado de madurez preciso para el surgimien-

to de un invento, lo encuentren a la par dos inventores (1).

Y como por lo visto los progresos de la astrofísica habían llegado a punto de que naciera la "telegrafía espectral"—adopto el nombre que le puso Carlos—y alguien había de descubrirla, no es de extrañar la inventaran a la vez las dos sabias. Y ya se me ha escapado que feliz éxito coronó sus esfuerzos.

Pero ¿porqué, precisamente, aquellas dos, y porqué precisamente en aquel tiempo?

La respuesta ya no de índole científica, sino meramente humana acabará de convencernos de que tampoco es la coincidencia inverosímil, aun cuando la miremos con psicológicos criterios.

Para verlo, consideremos la situación de la desventurada Sara y escarbemos un poco en su corazón.

Una mujer que, no en la primera juventud, sino en la plenitud de la vida siente despertarse su corazón por primera vez a la esperanza de una felicidad tan pura y honda como jamás había ella sospechado pudiera disfrutarse, y a la que antes de gozarla le es arrebatado el hombre en quien la cifraba, dejándola no sostenida—como quedar suelen las criaturas heridas por la desgracia—en antiguos afectos, o alentadas con esperanzas de otros nuevos con que llenar la vida venidera, sino sola, teniendo esta palabra terrible plenitud de significado, incomprendible para los que sólo conocemos la relativa soledad de quien todavía vive rodeada de seres a ella ligados por comunidad de origen y homogeneidad de forma, inteligencia y sentimientos; una mujer en esta situación era la pobre Sara, cuando el asesinato de Aol hizo volverse su alma a otro imposible material, su hijo, si su hijo existía en otro mundo, o a un fantasma vano, si su hijo había muerto.

Ella ya no era un bicho en Venus, pero sí un ser extraño, único, de diferente especie que cuantos la rodeaban. De ella, en la Tierra, no se acordaría ya nadie, y en todo el universo no existía sino una sola

(1) De ejemplos de tal índole está llena la historia, siendo uno entre muchos, muy manoseadísimo, pero de los más típicos, el de la predicción, ya de pasada citada en este libro, de la existencia del planeta Neptuno. Hecha a la vez por Le Verrier y por Adams, aun no habiéndolo visto ellos ni nadie, hasta encontrarlo con su telescopio Galle en el lugar vaticinado por aquel par de zahoris de los cielos. La existencia del cual fué deducida de las anomalías observadas en la marcha de Urano, más próximo al Sol que el nuevamente descubierto.

criatura ligada a ella por un vínculo quebrado: su hijo... Dado que tuviera hijo.

Quien pueda intente, aunque no es fácil conseguirlo, sentir y pensar con la infeliz abandonada; y si no llega a darse plena cuenta de los padeceres, de su ansiosa incertidumbre, comprenderá, a lo menos, tuviera toda su vida concentrada en delirante anhelo de saber si el amor a aquel hijo tenía por objeto criatura existente en lo creado; si alguna vez podría satisfacerse en uno u otro mundo de los que ruedan por este universo de aquí abajo, o solamente en la definitiva patria de las almas, a donde volvía los ojos diciendo con ferviente plegaria:

—Saber, saber, Señor... sobre todo saber, si ya no puedo descansar sino en esa última esperanza que de Vos me viene y debo renunciar a toda otra en esta vida... Pues si supiera que él ha muerto, igual me sería ya vivir aquí, expiando mis maldades, que vivir en la Tierra.

A quienes hayan conocido a la increíble Sara de otros tiempos habrá de sorprenderles tal plegaria. Pero será porque no sepan que es el dolor un gran crisol de purificaciones y buen maestro de verdades.

\*  
\*\*

Desde la última vez que la vimos, dedicóse Sara a montar varias estaciones, iguales a la empleada cuando telegrafió a la Tierra desde enero a abril, con la esperanza de que usándolas en batería cuando volviera a hallarse a menos de 80 millones de kilómetros de aquella, alcanzaría el fin apetecido.

Pero, como repetición de tarea conocida, era ya esto, no labor suya, sino de montadores, que durante varios meses dejó libre casi siempre su imaginación, incapaz de sosiego en la inútil batalla de sus cavilaciones, para contestarse porqué no había llegado el autoplanetoide, dado que la hubiesen entendido, o porque no habría sido entendida.

Podía esto último ser imputable a causas cósmicas o a que no pudiendo ser manipuladas las estaciones de la Tierra por sabios de alta cultura, sino por prácticos, hubiesen pasado inadvertidos los expresivos caracteres que había ella dado a sus señales, para evitar las confundieran con ondas fortuitas. Y decíase que, a recibirlas algún sabio y sesudo observador, como los astrónomos que emplean días, meses, años en in-

terpretar otros mensajes mucho más complicados, puede que otro hubiese sido el resultado, o que otro obtuviera su verdadera intenciona. Pues el astrónomo que viera alguna anomalía en cualquiera de los estelogramas desde los cielos enviados por las estrellas, no se satisfaría, a buen seguro, tan fácilmente como el telegrafista que sale del atasco diciendo: "perturbación de ondas estáticas", sin cuidarse de más.

"Telegrafistas como aquellos —decíase Sara—, no; como éstos necesitaba yo en la Tierra."

"¡Qué idea!... No, no puede ser... Sueño con un absurdo. Es imposible."

Lo mismo había dicho Maripepa al ocurrírsele la propia idea que a Mistress Sam. Juicio que por definitivo habrían ambas acatado, pues acertado parecía, a moverlas tan sólo vulgar deseo científico; pero no cuando anhelos muchísimo más fuertes que toda sugestión cerebral empujaban sus corazones.

¿Qué extraño es que en amar a sus hijos coincidan dos madres, siquiera las separen millones de kilómetros? ¿Quién creerá inverosímil que la más ardua empresa sea acometida por amor materno?

Por amor a Carlos inventaron sus madres simultáneamente la telegrafía espectral: la adoptiva con la finalidad concreta que sabemos, la verdadera por pensar que duplicando y variando la naturaleza de las transmisiones sería más fácil la entenderían. Cuando no los telegrafistas los astrónomos.

¿Pero qué es, o mejor dicho, qué podrá ser tal telegrafía una vez inventada?

Hasta los chicos que en segunda enseñanza estudian física elemental saben que el arco iris es fenómeno natural producido cuando las gotezuelas de agua, suspendidas en la atmósfera, son atravesadas en determinadas condiciones por la luz solar. El hace ver que un rayo de sol no es realmente uno, sino siete rayos elementales, rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo, violeta, que combinados forman luz incolora cuando ilumina un vaso de agua, o blanca, cual la llaman los físicos, si la vemos alumbrar la nieve o un papel. La causa de esto es que el agua deja pasar todos aquellos siete rayos que en la nieve y en el papel rebotan, todos también—o se reflejan hablando más en culto—sin que *ni en uno ni en otro caso se deshaga la combinación*.

Pero cuando tal rayo múltiple toca una hoja verde, una tela azul, una gota de san-

gre o una violeta, hoja, tela, sangre y flor se *tragan* respectivamente los seis rayos hermanos de colores diferentes al de cada uno de aquellos objetos. Sin que en la hoja rebote sino el verde, el azul en la tela, el rojo en la sangre, el violeta en la flor, mostrándonos el color de cada una de estas cosas. Y si el mismo rayo compuesto hubiese dado en objeto que apresara los siete elementales sin devolver ninguno, no habríamos visto luz ninguna en él, y diríamos que es *negro*.

Mas volvamos al iris. Si esos siete colores unidos atraviesan las gotillas, la mezcla luminosa se deshace *sin pérdida de ninguno de los rayos*, cada uno de los cuales sale sólo con su propio color (1) en diferente dirección que sus hermanos. Por eso vemos separados en el arco iris todos los integrantes de la luz del Sol.

Lo mismo que en las gotas de agua, le ocurre al rayo solar cuando atraviesa el bisel de un espejo, la esquina de un pisapapeles de cristal, o el prisma transparente, con que en los gabinetes de óptica se ilumina, con luces de arco iris, la superficie de una pantalla blanca donde rebota cada una de estas monocromáticas luces. Mas no ya juntas en todos y cada uno de los puntos de ella, como cuando llegaban al papel reunidas en el rayo compuesto, y juntas y mezcladas impresionaban nuestros ojos con luz blanca; sino mostrando cada color en lugar diferente que sus compañeros. Por eso pueden verse todos en la pantalla, separados unos de otros como en el arco de las nubes.

La banda de cambiantes luces así obtenida a voluntad en los laboratorios ya no es llamada, aunque lo sea, iris, sino *espectro solar*, o *banda espectral*.

Confabulados, astrónomos y físicos, han hecho una porción de travesuras ópticas, hasta conseguir que la banda espectral, cuya longitud, desde su comienzo en el extremo rojo hasta donde termina en el violeta, no pasa de no muchos centímetros cuando es producida por un prisma corriente, se estire y se retire prodigiosamente hasta alcanzar longitud de varios metros. Pero no en una pantalla al descubierto, sino encerrada en un cajón oscuro y largo, largo,

(1) En realidad, no son un rayo rojo, otro anaranjado, otro violeta; sino muchísimos rojos, muchísimos anaranjados, etc., muchísimos violetas, de diversos tonos escalonados en color y posición, que paulatinamente van cambiando y fundiéndose los unos en los otros.

que es cárcel del pobre iris en los observatorios astronómicos. Cajón donde, mirándolo con unos microscopios, que lo registran desde uno a otro extremo, curiosean los astrónomos secretos del espectro.

El diablo son estos astrónomos: ¡Miren que la ideica de mirar con microscopio el arco iris!

Y todavía hay más, pues dentro del cajón, y a lo largo de la brillante franja policroma, se ha tendido, como el agrimensor tiende sobre la carretera la cinta métrica con que la va midiendo, una escala de rayitas con la que los de la ideica miden las longitudes de las luces (1), de colores diferentes, y los compases delirantemente acelerados a que vibran las ondas luminosas productoras de cada uno de aquéllos.

Ondas que, ya se sabe, son no exactamente como, mas sí en esencia cual las radiotelegráficas. Salvas diferencias de las que son las principales las enormes entre las longitudes de unas y otras ondas, y entre las frecuencias de los latidos de sus pulsaciones.

No es mucho, pues, que siendo ondas las unas y las otras, a las dos sabias les diera comecion de telegrafiar con las lumínicas. Más raro habría sido, y sobre raro, absurdo, se les ocurriera encender luz con las Marconi.

Ya dicho esto convido a quienes quieran acompañarme a una excursioncita por el arco iris cautivo—ya saben el *espectro* del cajón de marras—y a ver en ella cosas que nos dirán cómo pudo nacer la telegrafía espectral.

## XXI

### UN PASEO POR EL ARCO IRIS

El pasec va a ser en microscopio. No me equivoco, no. No he querido decir en aeroplano, sino con microscopio. No podremos así abarcar de una ojeada toda la irisada banda, sino unos en pos de otros sus diversos colores. Pero no obstante tal limitación de horizontes, cuantos se asomen por primera vez a los agujeritos de este astronómico titirimundi quedarán fascinados; pues jamás habrán visto colores de tonalidades tan bellísimas, luz tan suave. Tan maravi-

(1) Perdónenme los sabios esta incorrecta frase y la temeraria sobre la esencia de las diversas ondas del párrafo siguiente, porque no hablo para ellos.



losa iba a decir... ¿Y porqué arrepentirme? Pues lo digo.

¿Cuántas interesantes cosas podría además decir ahora, que para llegar pronto a la telegrafía espectral dejo inéditas hasta otras novelas, u otros capítulos de ésta, circunscribiéndome hoy a responder a lo más interesante de lo que me preguntan mis compañeros de excursión!

PREGUNTÓN 1.º—Señor Ignotus, ¿porqué la misma luz del mismo Sol es verde aquí, azul allá y violeta más lejos?

—Porque cada una de ellas procede de diferentes transformaciones de los átomos distintos de diversos cuerpos, carbono, hierro, calcio..., que volatilizados en el fuego de la hoguera solar se estremecen o estallan de variadas maneras.

Así, en cada punto de esa coloreada cinta del cajón no hay luz de todo el Sol ni emitida por las llamas de cuantos cuerpos entran en su composición, sino tan sólo la fulgurante en lugares en donde arde un mismo cuerpo (1).

PREGUNTÓN 2.º—¿Y eso cómo se sabe?

—Porque quemando en los laboratorios diferentes substancias, recogiendo sus luces y esparciéndolas, con ayuda de un prisma, en espectros análogos al solar, se ven en estos variables números de rayas, con colores diferentes de unas a otras substancias. Mientras en el del Sol, en el cual arden todos o casi todos los cuerpos conocidos, las apretadísimas rayas de ellos se juntan, se traban y se funden en ese espectro del cajón (2).

(1) En las mismas condiciones de temperatura, presión, estado eléctrico. Porque la variación de éstas modifica los espectros de un mismo cuerpo.

(2) Estos rayos llegan al prisma unidos todos, en los rayos de completa luz solar que integran, la cual, antes de entrar en aquel prisma se ha enhebrado a través de una finísima rendija por donde sólo pasa un hilillo o *raya* de luz compuesta; que esparcida en las componentes, por el prisma, sale de éste separándose en rayos de luces simples: de modo que cada uno produce al caer en la pantalla, o en la placa fotográfica, donde van a parar, la imagen de un hilillo o *raya* de su color propio.

Así los rayos rojos dan muchísimas rayas cada una de diferente tonalidad dentro del color rojo. Tan poco diferentes en matiz y tan cercanísimas en posición que, por tocarse y desvanecerse las unas en las otras, no se ven individualmente, y dan lugar a una continua e insensible degradación de diferentes rojos, desde un extremo al otro de la parte del espectro en donde luce tal color. Por eso, físicos, astrónomos y químicos hablan, casi siempre, no de colores, sino de rayas. En esencia lo mismo.

Pero llámense uno u otro, proceden de rayos todos rojos. Que según lo bajo o lo alto de su tono vibran con velocidades crecientes desde los 400 a

UN ASTRÓNOMO.—Si estos caballeros quieren ver, en vez de oír, lo que les dice usted, en la habitación de al lado están haciendo ahora experimentos de esa clase.

Trasladados a ella, un ayudante espectrográfico fué quemando, sucesivamente, en mecheros incandescentes o entre los polos de un arco eléctrico, partículas de diversas substancias, pasando sus luces por prismas de cristal y proyectándolas sobre pantallas blancas, en donde se encendían, no continuas bandas de luz, sino rayas luminosas, separadas por espacios oscuros. En número y colores siempre los mismos para cada cuerpo, mas diferentes para diversos cuerpos.

PREGUNTÓN 1.º—Pero esos espectros son de rayas luminosas aisladas e intervalos oscuros, en tanto que el del Sol es todo él luminoso.

—Porque éstos proceden de llamas de gases cuyos átomos, *alejadísimos* unos de otros, dan luces que producen esas rayas sueltas. Pero si en vez de ser de gases, fueran estos espectros de metales al rojo o en fusión veríamos en ellos bandas de luz continua: no iguales, mas sí análogas a las del solar, y entre sí diferentes según las substancias de que procedieran.

PREGUNTÓN 3.º—¿Y porqué esas diferencias?

—Porque en los líquidos y en los sólidos están los ardientes átomos, y por tanto las luces por ellos engendradas incomparablemente más cercanos que en los gases. No es, pues, extraño estén las rayas, que dela-

los 470 billones por segundo, y comprenden todas las vibraciones capaces de engendrar luces de diversos rojos.

Hay, pues, en el espectro, muchas rayas rojas, cada una caracterizada por tal o cual velocidad vibratoria de su luz o por su longitud de onda, a las cuales se debe caigan más cerca de uno o de otro extremo de la región de tal color en el espectro.

Lo mismo cabe decir de los otros seis colores de las otras seis zonas del espectro.

Por último, a lo largo de la pantalla donde se pinta el espectro de los observatorios, suele estar grabada una graduación, en longitudes de ondas, abarcante desde la más corta de las violetas, igual a 39 *cientmilésimas de milímetro*, hasta la más larga de las rojas que mide 75 *cientmilésimas*. Escala sumamente útil para puntualizar la posición de una *raya*, o exacto tono de un color, mucho más categóricamente de como podría definirlo la vaga indicación de lo más o menos claro de él.

Conocida la longitud de onda de una *raya* se conoce, por tanto, exactamente su color, aun en el caso de ser el espectro fotográfico sin otros colores que blanco y negro. E *ípsa facto*, concócese además la velocidad o frecuencia con que la luz vibra en su rayo engendrante. Porque, para tenerla, basta

tan luces de cuerpos sólidos o líquidos apretados al punto de tocarse y fundirse en no interrumpida luz continua (1).

PREGUNTÓN 2.º—Según eso, el Sol será sólido o líquido. ¿Cuál de las dos cosas?

—¡Menuda preguntita! Que sea sólido parece absolutamente imposible; pues su temperatura, cercana a 7.000 grados, en la atmósfera, a la cual no hay cuerpo que no se vuelva gaseoso, probablemente llegará a millones de ellos en el centro. Que sea líquido tampoco es verosímil, si bien no faltan sabios que tal crean. Pero probablemente ha de ser gaseoso.

PREGUNTÓN 3.º—¿Pues entonces cómo su espectro es de luz continua en vez de ser de luminosas rayas sueltas?

—Veo que quiere usted cogermé en un renuncio. Pero escaparé de la emboscada diciéndole que lo sólido, lo líquido, lo gaseoso por nosotros conocido, son estados que la materia toma a las temperaturas y presiones que sobre la corteza de la Tierra podemos o se pueden producir. Pequeñísimas si se las compara a las existentes en lo interior del Sol, en donde todo gas, por sometido a inmensas compresiones, ha de tener sus átomos incomparablemente más cercanos que los bullentes en las llamas de los gases que aquí quemamos. Tan cercanos tal vez que al irradiar sus luces bien podrán, las de unos y otros salir, tan próximas cual si nacieran en los átomos de un líquido in-

dividir 300.000 kilómetros, velocidad por segundo de la luz, por la longitud de onda o camino por ella avanzado en cada vibración. Así, raya que caiga frente a la escalilla donde ésta marca 0,0005 milímetros, podremos con certeza decir que es de luz

300.000 kllms.  
verde, vibrante, a razón de  $\frac{300.000}{0,0005} = 600$  milmts.

millones de millones de veces por segundo. A la inversa, diciendo que el número de oscilaciones es de 750 billones, queda determinado que el rayo de tal luz tiene por longitud de onda 0,0004 milímetros siendo, por tanto, un rayo violeta. Pues éste es el cociente de dividir 300.000 kilómetros por 750 billones.

Para que el diablo no me coja en mentira no acabaré la nota sin decir que las divisiones de la escalilla no representan milímetros, cual, atendiendo a sencillez de explicación he dicho, sino en una unidad, diez millones de veces menor, llamada *unidad Armstrong*, adoptada para usual medida de las longitudes de onda.

(1) Advuértase que a intento digo *no es extraño*, huyendo de decir en redondo que la causa del espectro continuo y del espectro de rayas sea la que indico a los preguntones. Pues sobre no ser gentes con quienes sea posible meterse en grandes honduras, hartó me sé que en esto de señalar últimas causas se llevan grandes chascos, no los aficionados como yo, sino los verdaderos sabios.

candescente, y dar lugar a espectro no interrumpido.

PREGUNTÓN 3.º—Así se sale fácilmente de todos los aprietos.

—Verdad. Pero en descargo mío puedo alegar que por este estilo salen de sus más gordos y frecuentes atascos los verdaderos y más grandes sabios.

Sin duda mis acompañantes no creen lo que les digo de los sabios; y no fiándose de mí, preguntan al astrónomo que nos hace los honores, porqué no son brillantes otras líneas, muchas, muchas anteriormente vistas en el espectro del cajón, resaltantes sobre la luminosa banda, y arañándola con sus oscuros trazos.

ASTRÓNOMO.—La cosa es muy sencilla. Veán ustedes, por ejemplo, aquel espectro del gas del alumbrado, que arden en este mechero. Pues bien, si en el camino que su luz recorre hasta la pantalla donde vemos las rayas brillantes características de aquel gas se interpusieran otros inflamados vapores del mismo gas, pero a menor temperatura que los del mechero, veríamos disminuir notablemente la luz de aquellas rayas. Porque la de la llama más caliente pierde intensidad al atravesar llamas que lo están menos. Es sencillísimo y naturalísimo.

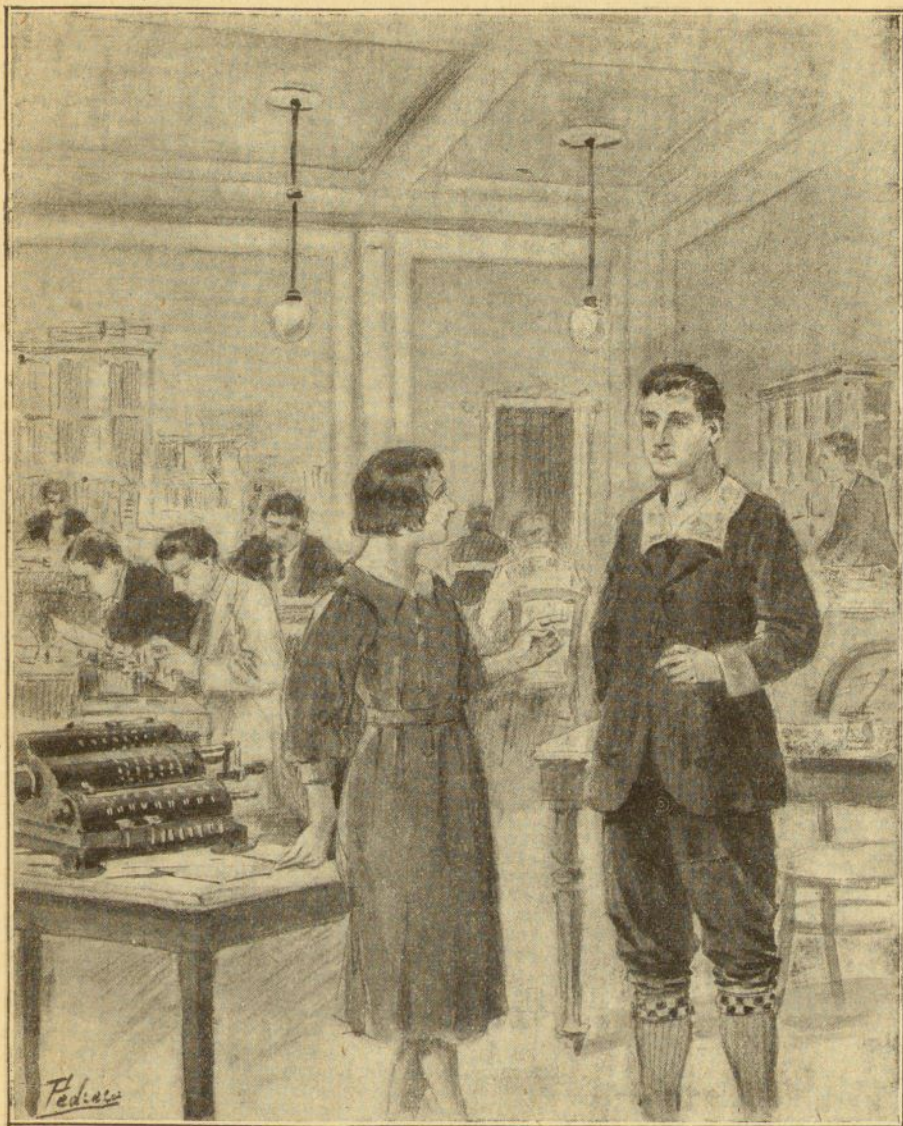
!!!.....!!!

Los admirados puntos suspensivos expresan lo que las caras de los oyentes. Y como estoy, ¿porqué no confesarlo?, un tantico picado del poco caso que me hacen, me agarro a la ocasión de demostrarles que si no ven la naturalidad ni la sencillez, para el astrónomo evidentes, es por serles, más útiles a ellos, mis ramplonas nociones que la sabiduría de aquél y digo:

—Tiene razón este caballero. Van ustedes a ver que es sencillísimo. Supongan que en aquella plaza grita un borracho, a quien desde aquí oímos perfectamente y a cuyos gritos comienzan a acudir chiquillos que rodeándolo lo abuchean.

No obstante, siendo su voz más fuerte que las de los rapaces, continuamos oyéndolo. Mas ya sus gritos no nos llegan tan claros porque los percibimos mezclados con los de ellos. De igual modo, la llama que menos grita quita brillo a la luz de la que chilla más. Y así cada una de esas rayas del espectro del Sol no son negras, aun cuando tales nos parezcan, por contraste con la brillantez de las que al lado tienen.

Cual consecuencia, tal raya, de la que por su sitio en el espectro sé procede de vapores



—¿Pero es verdad que voy yo a estar a las órdenes de usted?

—¡Ca! Lo contrario.

de hierro que allí arden, revela que el rayo que la trae ha nacido en el hierro del núcleo del sol, a mayor temperatura que el hierro menos caliente de su atmósfera por dicho rayo atravesado al venir a nosotros. Y no solo dice que allí hay hierro, sino haberlo en lugares situados a diferente altura. Otra raya da análoga noticia del hidrógeno, otra del calcio, otra...

Eso y mucho más dicen estos telegramas

del Sol venidos. Y otras noticias, tal vez más prodigiosas, traen los espectrogramas estelares.

—¿Pero las estrellas tienen también arco iris?

—Como que son soles. Pero muchas los tienen diferentes entre sí, del solar, y por menos intensos no pueden verse sino retratados fotográficamente.

—Vean, vean ustedes—dice el astróno-

mo—; aquí tengo a mano varios. Este es de Sirio, este de Rigel, este de la estrella Polar.

—Pero esos no tienen colores.

—Dispense; los tienen y ustedes no los ven; pero nosotros, sí. Desde aquí hasta aquí, verde; rojo aquí; amarillo desde aquí hasta aquí.

—¿Usted se está burlando? Cómo ha de ver colores en fotografía donde sólo hay blancos y negros.

—Porque me los enseñan estas rayitas numeradas de las escalillas de los bordes de las bandas espectrales.

—¡Ah! Como las del arco iris del cajón.

—Justo. Ellas dan las longitudes de onda de las luces productoras de cada una de estas rayas. Así, sin verlos, leo sus colores.

—¿Cómo, cómo?

—Fíjense en los números 70, 50 y 40 que frente a estas tres rayas quedan respectivamente en la escalilla. Pues bien; ellos revelan que de haber hecho una fotografía policroma esas tres rayas las habríamos visto roja la primera, verde la segunda y violeta la tercera. Ya ven si decía bien que en los observatorios no necesitamos ver los colores para conocerlos.

—¿Pero cómo esos números?...

—Porque indican las longitudes de ondas de los rayos de luz que en la fotografía marcaron las rayas enfrentadas con ellos: 70 la primera correspondiente a luz roja y 50 y 40 la segunda y tercera, longitudes, respectivas, de las luces verde y violeta.

—Pero la longitud de onda, ¿qué es?

—Pues en los estremecimientos que nos traen la luz algo por el estilo de las serpientes ondulaciones que corren a lo largo de una cuerda atada por un extremo a un clavo, sacudida en el otro por la mano de usted, y cuyos pandeos sucesivos son más o menos amplios, según la fuerza y rapidez de las sacudidas. La distancia entre dos consecutivas panzas es la longitud de onda (1).

—Y esos números 70, 50, 40, ¿qué representan: kilómetros, metros?

—No, señor; cienmilésimas de milímetro.

—Pero entonces son microscópicas.

—Ni aun eso. Porque de las primeras caben más de 1.400 sucesivas panzas en la

longitud de un milímetro, y de las otras 2.000 y 2.500. Pues, según la luz cambia de roja a violeta van reduciéndose de tamaño las ondas. Pero, en compensación, si son archiminúsculas, los latidos de sus ondulaciones oscilan entre algo menos de 400 billones de vaivenes por segundo para el rojo y algo más de 750 billones para el violeta.

—Según eso, los espectros de estrellas vienen a ser a modo de retratos, de las ondas de sus luces.

—Precisamente. Y con fisonomías tan expresivas que sólo con mirar dónde caen las diversas rayas o facciones de aquéllas, si son claras u oscuras, gordas o flacas, dejan traslucir muchos secretos de los astros.

—¿Y cuáles son esos secretos?

—No se moleste, señor astrónomo, en dar a estos señores respuestas que habrían de ser largas y complicadas. Pues si aceptan los pasajes gratis que les ofrezco para el viaje del novimundo a los planetas, en él se enterarán con calma de los tales secretos. Porque lo interesante ahora, y suficiente para hacerse cargo de cómo va a inventarse la telegrafía espectral, es no olvidar que los espectros estelares son *retratos de estrellas*.

—Por hoy me avengo a no preguntar más, siempre que no sea broma lo del pasaje gratis.

—Y yo.

—Y yo.

—La oferta es muy en serio y la mantengo.

—Pues entonces una sola pregunta nada más.

¿No tienen los planetas retratos espectrales?

—Claro que sí... Pero como, a pesar de las diferencias de unos a otros en ninguno vemos luz propia, que no tienen, sino solo la que del Sol reflejan, es natural que en todos los retratos ha de advertirse cierto aire de familia con el retrato del papá.

Y ya esto se ha acabado. Mil gracias y hasta otro día, señor astrónomo.

## XXII

### LA PISTOLA ESTELAR DE MARIPEPA

—Mi idea, hijo mío—decía María Pepa—, es que todas las noches, durante vuestro viaje, me refiero, claro es, a las noches de aquí, del Instituto, pues para vosotros será día todo el viaje, voleis por espacio de me-

(1) Longitud de onda, seis milímetros largos.

Longitud de onda, milímetro y medio.

dia hora arreglando la velocidad de modo que el autoplanetoide se mantenga exactamente en ese tiempo en una de las enfilaciones de la Tierra con Marte, Júpiter, Saturno o Urano, el planeta que mejor se preste a ello, atendido vuestro rumbo y posición, o con estrellas en propicia situación que, antes de vuestra partida, elegiríamos de modo que sólo insignificante y momentáneamente os hicieran desviarnos de la derrota a Venus.

Supongo que con lo que ya te he explicado de los recursos maniobreros del autoplanetoide...

—Sí, mamá; me doy perfectamente cuenta de la posibilidad de hacer lo que me dices. Todo será alargar pocos días la travesía.

—Dos o tres a lo sumo. Puesto que lo ves, vamos a otra cosa. Si en nuestros experimentos atinamos con la manera de que cuando estéis entre la Tierra y cualquier astro, y exactamente en la rectitud de él y ella, podáis no producir, pues eso está ya hallado, sino manejar telegráficamente una luz muchísimo más brillante que la del Sol o de cualquiera estrella, dicha luz llegará a nuestros telescopios envuelta entre la de dicho astro.

—¿Y para qué buscar enfilación ninguna? Si tan potente es esa luz, con encenderla donde quiera nos hallemos...

—No, Carlos. Muy potente es, mas también muy pequeña para que los telescopios puedan verla.

—Es verdad. Soy un atolondrado.

—Además, no sabiendo dónde estáis, ¿a dónde dirigiríamos desde aquí, el telescopio?...

Si no fuera por eso no habría pensado en la noche, sino en que durante el día os interpusierais entre el Sol y nosotros. Pero como aquél es muy grande, tampoco así sabríamos a qué parte de él habríamos de apuntar para que pasando nuestra puntería por el autoplanetoide, pudiéramos recibir su luz a la par que la solar.

—Claro, claro.

—Por eso nos conviene un astro que veamos pequeño. Pues solo así tendremos la certeza de estaros también viendo a vosotros, quiero decir la luz que nos enviéis, cuando a él lo veamos.

—Pero, mamá, si antes has dicho que la pequeñez de ella te impedirá verla, no obstante su potencia...

—Me impedirá ver *con mis ojos* su apreciable imagen en el telescopio, donde,

aunque mire una hora, no lograré ver lo que no perciba en un segundo. Pero sí la veré ayudándome con la máquina fotográfica, que durante los diez, quince o más minutos que brille, la recogerá mezclada con los rayos del astro.

En rigor, pues, yo no veré realmente vuestra luz; pero sí los efectos que en la placa fotográfica haya producido.

—Sublime, mamá, sublime. Como decía Papá Ripoll... Porque ya veo, ya veo tu idea... Nosotros encenderemos luz elegida de modo que produzca un espectro diferente del de la estrella o el planeta, con cuya luz lo enviemos, y al de la cual se superpondrá, como parásito, desnaturalizándolo. Será cual si sacáramos una prueba fotográfica con los clisés de los retratos de dos personas diferentes. Algo por el estilo de los trucos que vemos en los cinematógrafos, cuando sobre una cara cuyos rasgos van esfumándose surgen, primero, y se acentúan después, cada vez más vigorosas, las facciones de otro rostro.

—Has acertado, Carlos. Y cuando sea revelada la placa y me muestre un espectro diferente del que sabemos tiene aquel astro, por él sabré que vivís, por dónde vais, y me evitaré meses de angustia.

—Sí, sí. Con fijar la cotidiana hora de las señales y estudiar, antes de la partida, el estado del cielo durante la presumible duración del viaje, tendremos un programa de cuáles deban ser en los diversos días los astros que hayan de servirte de decoración ante la que nos veas, y de visible referencia, en el cielo indicadora de adónde has de buscarnos. ¡Qué sencillo ahora! ¡Mamá, qué talento tienes!

—Déjate de piropos, no seas tan impresionable, ni porque veas clara la realización en teoría, la des por hecha. Todavía nos queda por andar todo el camino de nuestros experimentos hasta saber si el proyecto es realizable.

—¿No lo ha de ser!

—¿Por mío, verdad?

—Naturalmente.

—¿Qué tonto eres! ¡Pobre hijo!

—¿Y cómo vamos a encender esa luz?... Supongo que mediante descargas eléctricas en tubos de vacío, por el estilo de los de los rayos X.

—Eso es. Bien sabes que con tensiones de 200.000 voltios se han llegado a producir, no en tubos de cristal, sino de cuarzo, temperaturas de 45.000 grados. Casi triples que la mayor medida en las estre-

llas (1). La intensidad de la luz así obtenida es 350 veces superior a la del Sol. Por eso dije antes que la luz que necesitamos, y que produciré dentro de una ampolla de cuarzo, estaba ya inventada (2).

—Pero si la ampolla es de cuarzo, no dejará pasar la luz visible que en ella se engendre, sino tan solo la luz negra de la región ultravioletada.

—Naturalmente. Pero como yo no la necesito para que aquí sea vista con los ojos, sino por la química película de la placa, que ve perfectamente esos para nosotros invisibles resplandores...

—Si, eso ya lo sé. Mas, sin embargo, todavía...

—¿Qué?

—Que si esa luz negra y esa placa estuvieran las dos en un laboratorio, sin dificultad sería ésta impresionada por aquélla; pero como la que en los espacios producimos no podrá llegar a la placa de aquí abajo sino a través de la atmósfera, que nos hace el fisiológico favor de interceptar el paso a las radiaciones de igual índole de los rayos del Sol, me parece, salvo mejor criterio tuyo, que aunque los rayos negros salgan de la ampolla de cuarzo no los verá la placa de aquí abajo, ni en ésta podrán ellos modificar el espectro de la estrella o el planeta al cual pretendamos superponerlos (3).

—No está mal en principio la objeción— contestó a Carlos su madre adoptiva—. Pero la atmósfera no intercepta todas las radiaciones ultravioletadas, sino que deja pasar las de más larga onda inmediatas a las violetas.

(1) La de una estrella (gama) de la constelación de Cariopea, cuya temperatura, medida por Sampson, con una celdilla eléctrica, es de 16.900 grados. Casi tres siglos antes del año en que habla María Pepa.

(2) Las tensiones y las temperaturas a que Maripépa se refería como alcanzadas en sus tiempos, al aplicarlos a la trasmutación de unos cuerpos en otros, no lo han sido todavía en los nuestros, pues hasta la fecha no se ha pasado de 100.000 voltios y 20.000 grados centígrados, experimentos de Anderson, Wendt y Clarence E. Irion; llegándose en la intensidad de la luz obtenida en las descargas de estos experimentos a 200 veces más que la del Sol, sobrado a dejar ciego a quien a ella se expusiera sin proteger sus ojos con muy oscuras gafas; pero no a las 350 de que aquélla hablaba.

(3) Con lo del fisiológico favor aludía Carlos a una acción destructora de los tejidos del organismo humano, atribuida a las radiaciones negras emitidas por el Sol, que no nos dañan por ser absorbidas por la atmósfera antes de llegar a nosotros. Acción aquella equiparable a la que lleva ya causadas muchas víctimas, conscientemente heroicas algunas, entre los médicos dedicados a estudios radiológicos.

Prueba de ello que en los estelogramas fotográficos de algunas estrellas, y más allá del violeta donde acaba la luz visible de los espectros, encontramos no pocas rayas en la región ultravioletada, tan solo conocida por mostrárnosla la placa fotográfica. Rayas que en ésta son grabadas por rayos de luz negra que para ello han tenido que atravesar nuestra atmósfera antes de llegar a impresionar aquélla.

—Tienes razón. Sirio es una de ellas. Su espectrograma muestra típicas rayas de esa índole, procedentes del hidrógeno que en dicha estrella arde...

Pues bien, hijo mío. Como a los 45.000 grados son muchos los gases y no pocos los líquidos y sólidos cuyos átomos estallan deshaciéndose en átomos más sencillos, meteremos en nuestra ampolla algunos de esos gases, por ejemplo, aire o nitrógeno atmosférico enrarecido. Y la tremenda descarga que los atraviese los deshará en átomos primarios de hidrógeno en ignición. Átomos que, además de las luces visibles destinadas a morir entre las paredes de piedra de la ampolla, emitirán radiaciones negras, que después de atravesarlas volarán hasta la placa sensible de nuestro telescopio, y trazarán en ella las rayas que necesitamos para modificar los espectros de un planeta o una estrella elegida de modo que los suyos no contengan tales rayas.

—Pues entonces, y aun cuando me llames impresionable, no me explício tengas aun duda de la realidad práctica de tu invento. Para mí es cosa hecha.

—Para, para, criatura. Esa fogosidad será, si de ella no te curas, tu mayor enemigo, para hacer las grandes cosas que tu inteligencia es capaz de concebir.

—Pero es que yo no veo ya dificultad ninguna...

—Mira, hijo mío. Esa descarga, y las luces coloreadas y negras, engendradas por su espantosa temperatura, pasan con rapidez de un trescientosmillesimo de segundo. Duración que, cuando las sensibilísimas películas en los laboratorios empleadas para medir tan infinitesimal fracción de tiempo (1), no tienen que ver sino si el res-

(1) El problema de medir tan infinitesimales espacios de tiempo, fué resuelto ha ya mucho por Feddersen. Empleáanse para ello espejos giratorios a gran velocidad que envían la luz de sucesivas chispas a distintos lugares de una película fotográfica— que a ser preciso puede también estar en movimiento— y en la cual quedan fotografiadas sus luces, dejando, entre cada dos resplandores, varos negros

plandor de la explosión es suficiente para dejar leve, pero apreciable huella en ellas; pero demasiado corto para que dicha huella sea perceptible cuando quede perdida entre las rayas y las bandas del espectro del astro a que se superponga. La luz del cual habrá estado obrando sobre la placa tiene incomparablemente mayor.

—¡Qué lástima, qué lástima!

—Ves como te apresuras demasiado al cantar victoria.

—Tienes razón. La dificultad es grave.

—Con ella lucharemos.

—¿Cómo, mamá?

—Buscando medio, que no es fácil, de multiplicar las explosiones de la ampolla con cuanta rapidez sea dable para que en vez de un solo destello lance centenares, millares (los que nuestros experimentos fotográficos nos digan son precisos) durante diez minutos o un cuarto de hora, a fin de que cada uno vaya descomponiendo más y más la película, hasta que el surco por todos trazado en ella sea suficientemente hondo para hacerse visible entre los otros desgarrones hechos por la estrella.

—Vamos, que lo que necesitas es una especie de tubo X, ametralladora de hidrógeno inflamado o pistola espectral de repetición.

—Eso es, sólo que no pistola X, pues no son estos rayos los que disparamos.

—Verdad, mas sí capaces de atravesar como ellos la piedra con la facilidad que la luz el cristal.

—Lo cual no es nada extraño, aun cuando lo parezca. Porque no solamente es el cristal, tan piedra como el cuarzo, sino porque todavía más extraordinario es el hecho de que partículas materiales atraviesan láminas metálicas con la facilidad con que esa vidriera es atravesada por esa luz del Sol (1).

correspondientes a los tiempos transcurridos entre los instantes en que brillaron las chispas.

Conocidas las velocidades del espejo y la placa, las magnitudes de los huecos oscuros dan las duraciones de dichos intervalos y de los resplandores.

(1) Ha tiempo que el ilustre Rutherford logró descomponer parcialmente átomos de nitrógeno en otros de hidrógeno bombardeando los primeros con partículas *alfa*. Las cuales son pequesísimos corpúsculos materiales cargados de electricidad-positiva, lanzados constantemente por el radio con velocidades de 20.000 kilómetros por segundo, y fuerzas colosales.

Esto, la trasmutación de helio en hidrógeno, y la obtención por el mismo físico y por igual procedimiento de hidrógeno sacado del aluminio y el fósforo así como la discutida ruptura del cobre en litio

—Verdad, verdad.

—Pues ahora, puesto que ya estás enterado de lo más esencial de mi proyecto. vámonos al laboratorio a comenzar nuestras faenas.

—Sí, en seguida, en seguida... Tengo una impaciencia atroz. Por algo decía yo que desde ahora hasta que acabemos no voy a tener minuto de sosiego.

—Calma, Carlos, calma. En estas cosas las nerviosidades turban vista y juicio.

### XXIII

#### DONDE LUISILLA RECOBRA SU MUÑECO

La pobre Luisa llora que se las pela. No a todas horas, claro es, pues en tan larga temporada, no habría habido cuerpo que aguantase tanto llanto; pero sí con frecuencia. Y cuando llora está muy triste, cosa muy natural.

Hace ya un mes que renunció, o que el Sr. Guzmán *le renunció* su plaza de calculista. El mismo tiempo lleva Carlos enfrascado, con febricitante interés, en los experimentos *premonitorios* del alumbramiento de la telegrafía espectral. No siendo está óbice para que entre sus manipuleos de laboratorio le asalte con frecuencia el recuerdo de Luisilla, bailándole su imagen entre luces de estrellas, legítimos y parásitos espectros. El corazón lo tiene casi a la temperatura de las explosiones de sus experimentos, y éstas le hacen acordarse del Sr. Guzmán, a quien el enamorado mozo metería en la ampolla de bonísima gana.

Aun cuando irrealizables tales tentaciones por venirle la ampolla estrecha al Señor Guzmán, dan medida de a dónde había subido la amorosa fiebre que las engendraba.

¡Ah, si el Sr. Guzmán no fuese el padre de la amada, desgraciado de él!

y sodio, eran ya ejemplos de trasmutación de unos cuerpos en otros.

Más adelante los profesores citados en la nota 2 de la página 76 realizaron otras metamorfosis de la materia, mediante descargas eléctricas, a los grandísimos voltajes citados en la misma nota, lanzadas a través de tubos de vacío, equiparables a la ampolla de La Capitana.

En los primeros experimentos saltó el cristal de los tubos, pulverizado por las fuerzas de las explosiones. Pero posteriormente otros fabricados con vidrio Pirex resistieron la prueba. Con lo cual fué posible realizar cuidadosos análisis de los gases existentes en ellos antes y después de las descargas. Comprobándose así la realidad de las trasmutaciones.

Resultados de ella fueron el cambio de átomos del alambre de tungsteno, cuerpo pesadísimo, vapori-

Pero como lo era, en especulativo había de quedar el propósito homicida, y no hay por este lado riesgo de catástrofes.

Por supuesto, que en aquel mes el vehementemente muchacho no se había resignado a suspirar a solas lejos de la otra víctima. Pero antes de hablar de él digamos dos palabras de ella y del tirano.

Cuando el instrumentista advirtió los pri-

zados en la descarga, en helio, gas levisimo, reconocido en el espectro luminoso por su característica raya amarilla.

Pero ¿cómo y por qué se producen estos cambios de unos cuerpos en otros más sencillos, u otros inversos, que ya hay motivo para suponer se realizan incesantemente en colosales proporciones en el Sol y en las estrellas y a los que acaso sea debido el calor y las fuerzas de unos y otros.

Según las modernas teorías de Rutherford y de Bohr, cuyos fundamentos parecen corroborados por copiosa experimentación, los átomos de todos los cuerpos están *construidos* con un núcleo material electrizado positivamente, y números variables de un cuerpo a otro, de *electrones*. O sea de cargas de electricidad negativa, inmateriales o cuya cantidad de materia es tan infinitesimal que no puede medirse. Estos son los que fluyendo a lo largo de los alambres de las canalizaciones eléctricas, constituyen las corrientes de este nombre: pequeñas si arrastran pocos electrones, grandes si llevan muchos: éstos los que en el rayo bajan de las nubes a la tierra.

El número de ellos en cada uno de los diversos átomos cuando éstos no están electrizados, ni positiva ni negativamente, es el suficiente a que la acción conjunta de todas sus cargas negativas neutralice la positiva electricidad del núcleo.

En continuo movimiento, y a velocidades vertiginosas, giran los electrones, recorriendo diversas órbitas, en torno del núcleo. Al modo que los planetas lo hacen en derredor del Sol.

Cuando una fuerza externa hace que uno o más electrones de él escapen a la atracción del núcleo, separándose del átomo, queda éste electrizado positivamente, y tanto más cuanto mayor sea el número de los perdidos. Si, a la inversa, electrones forasteros son ingeridos en el átomo, la unión de estos infinitesimales planetas al minúsculo sistema, implica agregación a él de sus electricidades negativas, cargándola de tal clase de electricidad.

Pero en el núcleo hay también otros electrones. No precariamente unidos a él, cual los planetarios, por *cuerda larga*, susceptible de quebrarse con relativa facilidad, sino encerrados, apretados, sujetos por la electricidad opuesta de los cercanos *protones* del núcleo, con fuerzas cuya anulación requiere verdaderas catástrofes atómicas—las de las trasmutaciones a que ha sido hecha referencia—, tan colosales en los universos de lo diminuto, como lo es el estallido de una estrella en las inmensidades cósmicas.

Nuevo personaje de muy reciente aparición en la escena científica, el *protón*—o núcleo del hidrógeno— es la mínima cantidad de materia que por procedimientos radiactivos se ha conseguido aislar en la naturaleza, asociada a la menor cantidad independiente de electricidad positiva. Los protones, muchísimo más pequeños que los electrones, son en cambio incomparablemente más pesados.

Los núcleos de los átomos de los diversos cuerpos conocidos se distinguen esencialmente unos de otros

meros indicios de enamoramiento, y cerró a Carlos el camino de las tertulias de los atardeceres, nada dijo a su hija; pero al enterarse de los paseos en la vagoneta y de que en el balcón aguardaba ella el paso del viajero, ya se creyó en el caso de prevenir a la aguardante, afectuosa, pero categóricamente, que era preciso se acabara aquello. Pues sobre ser una mocosa ella y

por los números variabilísimos de potrones y electrones que contienen. El arrancamiento de protones al núcleo del átomo de un cuerpo es lo que lo convierte en el átomo de otro cuerpo diferente.

Esto es lo conseguido por los físicos citados en la nota de la página 76, esto es lo que hoy se discute si ha sido o no realizado recientemente por Miethé y por el profesor japonés Nagaoka, convirtiendo ¡el mercurio en oro! Es decir, resolviendo el problema de la piedra filosofal perseguido por los alquimistas medievales; y esto pretendía hacer La Capitana con su ampolla.

El más sencillo de todos los átomos es el de hidrógeno, con un protón por núcleo y un electrón planetario; el más complicado el del uranio, con 94 de éstos. Entre uno y otro y según se consideran sustancias más pesadas van complicándose estas intrincadas arquitecturas de ellas. Así el átomo de aluminio tiene 14 electrones, y 27 protones en el núcleo, y además 13 electrones volanderos; en el oro voltean en seis órbitas 79 electrones alrededor de un núcleo formado por 118 electrones y 197 protones.

Larga es la nota ya para entrar en pormenores de los tamaños de los átomos de diversos cuerpos. Por lo cual, sólo como muestra, diré del de plomo (uno de los grandes) que se necesitarían tres millones de ellos, puestos unos al lado de otros para completar la longitud de un solo milímetro.

¿Les parece pequeño?... Claro; porque son ustedes hombres; pero si fueran electrones les parecerían enormes; pues ese mismo milímetro es suma de los diámetros de dos billones de éstos. Y el protón es todavía mucho más diminuto.

En cuanto a pesos—no es esta la palabra correcta, pero si la más cómoda ahora—harían falta tres trillones de electrones para juntar el peso de un miligramo. El protón es casi 2.000 veces más pesado.

Pero ¿no es esto broma?, preguntará tal vez alguno. No, sino resultado de prolijas y cuidadísimas mediciones, realizadas de diferentes modos en numerosos laboratorios, diversos países, y por muchos respetables inteligentes y capacitados observadores. Concordantes en lo substancial de ellas. Y todavía más admirable que las posibilidades, conquistadas por la ciencia moderna, de medir tan inconcebibles pequeñeces, es lo haya conseguido a pesar de su absoluta ignorancia de la esencia y las causas de las fuerzas que intervienen en la constitución y en la desintegración de la materia.

Las velocidades con que en la desintegración del radio son lanzadas fuera de sus átomos las partículas electrizadas positivamente es de 20.000 kilómetros, su fuerza tal que incendian las pantallas fosforescentes al chocar con ellas, y que, cual proyectiles que perforan un blindaje de hierro, atraviesan, no obstante su infinitesimal pequeñez, placas de aluminio.

Los electrones vuelan todavía más de prisa, llegando, a veces, su velocidad a 297.000 kilómetros.



otro mocoso él, poderosas razones hacían inadmisibles y peligroso aquel tanteo.

Ahora es ocasión de decir que a los siete años había quedado Luisa huérfana de madre, teniendo, desde entonces, para ella Guzmán, no solamente amor de padre, sino delicadas ternuras maternas, cariños e indulgencias, tras las cuales no había llegado la hija a conocer su entereza de carácter. Nunca ejercitada con la dulce, tímida y obediente niña, que lo respetaba e idolatraba como al más bueno de los padres; tenía con él efusiva y absoluta confianza, y habría considerado un crimen hacer nada a sus espaldas. Y, sin embargo, ya sabemos cómo, trastornada por los ojos y la labia de Carlos, cometió aquellos crímenes del salón de calculistas.

Entre el remordimiento de aquel sigilo solapado y el miedo a ser por su padre descubierta pusieron fin a ellos, impulsándola a hacer a éste confesión general de tales culpas.

Ni entonces desmintió Guzmán su bondad de siempre, ni estuvo duro. Pero estuvo firme; pues amoríos de muchachos de tan distintas posiciones sociales como Luisa y Carlos no creía pudieran traer a su hija sino humillaciones, desengaños y, en suma, dolores mayores y más irremediables en lo porvenir, que el de momento ocasionado por la renuncia a inclinación que, por lo reciente y por la escasa edad de la chiquilla, no era de creer tuviese todavía hondas raíces. Para arrancar las cuales pensó bastaría cortar, como cortó, entrevistas y hacer saber a la inocente que sólo en los cuentos de hadas se casan los príncipes con las pastorcitas. Así lo hizo y se quedó tranquilo. Pues si bien vió llorar a Luisa, al confesarle que quería mucho a Carlos, y que sin él sería muy desgraciada, como también la vió sumisa a la voluntad paterna, no creyó fueran aquellas lágrimas de los quince años sino llanto de niña a quien le quitan su muñeco.

Pasaron días sin que volviera a ver llorar a Luisa, cuyas llantinas sobrevenían, de cierto, cuando estando él en el taller llegaba la hora que le recordaba las pasadas entrevistas con Carlos, echadas muy de menos, y cuando sola por la noche en su cuarto lloraba y lloraba, hasta que el sueño bienhechor de los pocos años adormía su pena, ya que no la borraba, o cuando al despertarse de mañana se decía: "Tampoco hoy lo veré".

Pero aunque el padre no viera las lágrimas,

mas, no se le escondía que las derramaba. Pues sobre ser poco hábil ella en disimulos, los cariñosos ojos de él sabían adivínarselas. Y el buen Guzmán comenzaba a pensar que para ser una infantil tristeza duraba mucho aquélla, a temer si habría acordado tarde a quitarle a la niña el muñeco, y a recelar si acabaría por arrepentirse de haber solicitado su plaza en el Instituto Planetario, perdiendo la del Observatorio de Quito. Donde su remuneración no daba sino para vivir no mal, pero no como la de ahora, para realizar su sueño de reunir, en unos cuantos años, un modesto capitalito a Luisa para cuando él muriera. Y pensaba el buen padre: "¡Pobre hija! Triste es que tú recojas penas cual primer fruto de mi interés por ti."

Pero a ratos decíase que, por mucho que el muñeco le gustara a la muñeca, era inverosímil pasara su afición, en el escaso tiempo de su corocimiento, de capricho un poco durillo de desarraigar, que al cabo pasaría; pues lo mejor era no darse por enterado de las tristezas: que a nadie hacen desgraciado para toda la vida amoríos contrariados de los quince años.

\*  
\*\*

Luisa quería obedecer a su padre. Y lo habría obedecido; mas como Carlos no se creía de igual modo obligado al señor Guzmán, se metió por medio, con el resultado de que ella continuara queriendo, mas no pudiendo obedecer.

Verdad que la desobediencia comenzó, según va a verse, por cosa sumamente leve. Una mañana en que añoraba aquellas raíces cúbicas que tan a gusto extraña para Carlos, oyó silbidos apresurados e insistentes. Tan rabiosos, tan rápidos, tan cercanos, que le hicieron temer ocurriera algún accidente en la inmediata vía férrea. Nada más lógico que asomarse al balcón, como lo hizo, consiguiendo con ello, cual por mano de santo, acallar los pitidos de una locomóvil parada frente a la casa de Guzmán. De donde, en cuanto la hija de éste apareció en el balcón, saltó Carlos al suelo, y corrió hacia la casa gritando: "Luisa, Luisa. Yo no vivo desde que no te veo."

Noticia a la par comunicada a ella y al maquinista de la locomotora.

En un tris estuvo que la muchacha, cuyo corazón brincó a la vez que Carlos, le contestase, alegre como sol de mayo: "y yo no vivo sino desde que te he visto". El tris

que tardó él en ponerse debajo del balcón por dicha muy bajito, y agregar, en voz ya menos estentórea: "necesito saber si es que ya no me quieres": Tris, que aunque no llegó al minuto fué bastante a que ella se acordara de su padre, y respondiese, mas sin que las palabras pudieran ocultar al recién llegado la alegría de los ojos:

—Carlos, vete por Dios. Puede verte papá. Puede decírselo alguien.

—Yo no seré, puedes estar segura; el maquinista tampoco; y como sé que ésta es la hora en que va a hacer la compra Ña Teodosia...

Ña Teodosia era una india peruana cincuentona, criada de Guzmán desde hacía veinte años.

—Sí, pero yo no debo... Me lo tiene prohibido papá.

—No le hagas caso.

—¡Qué atrocidad! Y estoy asustadísima. Vete, vete.

—En cuanto me digas que ya no me quieres echo a correr y no vuelves a verme. No me quieres, verdad.

—¡Carlos!

—En cuanto te oiga que te molesta verme.

—No, eso no... Pero vete. Has dicho que te ibas en cuanto te dijera...

—En cuanto me dijeras lo que no me has dicho... Si quieres que me vaya dime que te soy antipático.

—¡Ay Dios mío! En qué apuro me pones.

Bien veía Carlos que para salir del conflicto en que con no marcharse la ponía él, no tenía Luisa sino retirarse del balcón donde permanecía; y sintiéndose dueño de la situación apretó aun más diciendo:

—Ese apuro será el de tener que decirme en mi cara que te soy odioso, aborrecible.

—No digas tonterías.

—Pues si no es eso será vergüenza de confesarme que me quieres. No tengas vergüenza, mujer, no tengas vergüenza.

—Yo no debo confesar eso... Soy una loca que me he olvidado de todo en cuanto te he visto... Pero, papá tiene razón.

—¡Lo dudo... ¿En qué tiene razón?

—En que yo soy una pobre muchacha humilde, y que tú serás un señorón.

—Pues mejor: así serás tú señorona.

—No: eso no puede ser.

—¿Cómo que no?

—Papá dice que esas cosas no pasan en el mundo...

—Pues ¿dónde van a pasar?

—... que lo tuyo no es más que una ven-

tolera que se te pasará; que yo no debo; que tú no puedes; que él no puede.

—Mira. déjalo a él. ¿Qué es lo que yo no puedo?

—Querermé de verdad.

—Qué desatinos dice tu papá... Pues entre creerlo a él, cuando te diga que no puedo quererte, y creermé a mí, cuando te digo que te adoro, elige lo que más te guste.

—¡Qué cosas dices!... Pero, Carlos, tú debías hacerte cargo de mi situación. ¿No ves que estoy asustadísima? Por lo que más quieras, vete ya.

—¿Y tú no ves, Luisilla, que precisamente lo que yo más quiero es lo que me tiene aquí clavado?

—¡Jesús, Jesús!

—Pero mira, para quitarte el susto, me avengo a irme en cuanto me digas que me sigues queriendo.

—Pero hombre, si no debo; si he prometido no decírtelo.

—Bueno, para que veas que me hago cargo de la razón y de tus escrúpulos no me lo digas, y me contentaré con otra cosa.

—¿Con qué?

—Con saber si por el susto que, viniendo, te he dado me tienes mucho coraje.

—Mucho no.

—Y si te has alegrado un poquito de verme.

—Un poquito tampoco.

—Y si se te ha hecho corto, o te ha pesado como a mí, el tiempo que no nos hemos visto.

—Me prometiste irte en cuanto contestara a una pregunta y ya van tres.

—Pero tú no me has dado sino dos respuestas. Mi palabra, que ésta es la última. ¿Corto o largo?

—Largo y triste: tristísimo.

¡Luisa, Luisilla!... No te vayas todavía. Otra palabra nada más, sólo una.

Inútil insistencia. Comprendiendo la muchacha que, mientras ella continuara en el balcón, siempre le quedaría una palabra por decir a Carlos, tomó el juicioso partido de retirarse antes de que pudiera verlos Ña Teodosia, que había de estar ya a punto de volver de la plaza.

Carlos se fué como unas castañuelas, dejando a Luisa hecha unas Pascuas. Mas pasado el primer alegrón le renacieron a la chiquilla los apuros; pues pensaba que había hecho muy mal en no meterse adentro mucho antes y en desobedecer a su padre...

"Pero no ha sido a mal hacer: yo no lo pude remediar. Porque es tan guapo Car-

los, y tan gracioso, y mira de una manera...”

“Además, si papá le ha puesto la proa es por creerlo uno de esos que van por ahí engañando a las muchachas. Y en eso se equivoca. Porque lo que dice Carlos no tiene vuelta de hoja: ¿Cómo puede papá saber lo que él me quiere como lo sabe él?”

“Por no saberlo llama a esto baboseo y se opone a que yo quiera a Carlos. Pero, si lo supiera, es bien seguro que ya no se opondría.”

En esta hipotética convicción, del verosímil cambio de criterio de su padre, hallaba ella disculpa a su desobediencia; y hasta pensó si, para acabar sin más demora con la oposición de él convendría enterarlo de lo que Carlos la había dicho. Pero después de madurado el punto parecióle más prudente aguardar a que la constancia dei galán lo apareara de su yerro.

Lo más difícil para ella era vivir engañando “al pobre papaito que es tan bueno... Sí, pero muy equivocado y terco...” Sería trabajosísimo aquel continuo fingimiento; pero algún sacrificio había de imponerse por su felicidad y la de Carlos, que tanto la quería...

Esto del diario disimulo era el último esfuerzo que para seguir entrísteciéndola hacía un pícaro buho que se le metió dentro cuando le quitaron el muñeco; pero tal gorgoraban aquel día, en su corazón, los jilgueros por el muñeco traídos, que ahuyentaron al buho. Y no sólo cantaban los jilgueros, pues también cantaba ella, que hacía mucho tiempo no cantaba. Tanto que el contraste del mustio ayer con el alborozado hoy hizo decir a Ña Teodosia:

—Gracias a Dios, Luisita. Cómo se alegraría si te oyera papá.

—¡Papá!

—Sí; como andabas tan chafá, l'apuraba el aquél de si te ponías mala.

Lo cual hizo pensar a la chiquilla que aun cuando no al extremo, ¡qué disparate!, de ponerlo en cuidado, tampoco convenía dejarle ver cuán de repente se le habían disipado las melancolías.

Por ahí era preciso comenzar el disimulo.

\*  
\*\*

Gustoso habría Carlos repetido al día siguiente y aun todos los siguientes la peladura de la pava. Pero siendo para ello hora obligada aquélla, única, en que ni Guzmán ni Ña Teodosia estaban en la casa; habien-

do él de aguardar a que a la misma ideara el maquinista amigo pretexto para salir a maniobras con la locomóvil, y debiendo coincidir con uno y otro posibilidad, para el galán, de hacer una escapada del laboratorio, todo ello fué causa de que aunque algunas veces se repitieran aquellas entrevistas, no pudieran menudear con la frecuencia que él deseaba y apetecía la dama.

Gracias a que el periódico de Madrid, a que estaba suscrito el Señor Guzmán, llegaba diariamente a la casita entre Marte y Júpiter siempre a hora en que él estaba en el taller; y a que entre sus dobleces llegaba una carta, allí metida por el cartero del Instituto. Salvo los días festivos en que no iba al taller. Carta que había ya volado cuando el instrumentista rompía la faja del periódico. Gracias a esto, repito, podían conllevarse las esperas entre pava y pava. Y gracias a que Ña Teodosia daba, también todos los días, otra carta al cartero, al recibir de él el periódico.

¡Ña Teodosia? Sí; pues con todos sus años había tomado partido por la juventud.

El disimulo de Luisilla duró poco. Con lo cual, respiró satisfecho el padre, suponiendo que la causa del retorno de la alegría perdida era la que él deseaba fuera y se dijo:

—Vaya, aquello se acabó. Naturalmente.

## XXIV

### LUZ DE LO ALTO Y VOZ DE LO HONDO

Mucho han rodado desde el comienzo de esta historia, la Tierra y Venus, en los cielos. Tanto que ya faltan menos de cuatro meses para la fecha en que ha de verse si cuaja en hecho, o se desvanece en fantasía, el vaticinio del Presidente del T. I. de V. P. Que aunque procura, y no consigue, disimular su preocupación, está de día en día más nervioso. Pensando que, si después de haber hecho, al Instituto, derrochar oro a montones en premios de memorias, material y sueldos de laboratorios, para atraerse al mundo sabio; y después de gastar más todavía, y con mayor prodigalidad, en la campaña agitadora de la opinión indocta, resultare, a la postre, que no hablaren de Venus, e inútiles por tanto las cinco estaciones radioplanetarias, instaladas a expensas de aquel mismo instituto, sería lo mejor, para él, morirse de repente.

¡Cinco estaciones! ¿Y porqué tantas, o tan pocas?

La contestación a esto era, precisamente, lo que más escamado tenía al astrónomo; pues, si bastando una que de cierto fuera apta para cumplir su objeto, se habían montado más, era por no tener plena confianza en ninguna de las cinco. Número resultante de haber sido éste el de sistemas de recepción telegráfica que el jurado premió por considerarlos *estimables*. Guardándose muy mucho de declarar acertado ninguno, por si al fin no lo fuere; pero dictaminando ser los cinco acreedores a que se construyeran y experimentaran a título de ensayo. Siendo lo más grave que si después de ensayados no dieran resultado, de poco le serviría a Don Jaime tener razón, y que Venus hablara si entre los cinco no había uno capaz de conocerlo.

Aparte otras diferencias eran las principales entre aquellas estaciones las resultantes de sus grandes diferencias de onda, llegando la de alguna, ¡qué atrocidad!, hasta cien kilómetros. Teniendo en cambio la general similitud de su gran flexibilidad para variar rápidamente entre amplios límites aquella longitud. A fin de disponer de una amplia escala donde poder teclear buscando afinación con las desconocidas ondas forasteras.

Por su parte Maripepa y Carlos habían terminado fructuosamente su pistola radio-estelar. Sin que para obtener de ella rápida repetición de disparos luminosos fuese menester constituirlos con muchísimas ampollas, como primeramente se pensó; pues bastó una, que ni siquiera requería ser cargada de nuevo después de cada explosión del nitrógeno. Gas elegido al fin para hacer a sus átomos estallar en otros de hidrógeno.

Conseguíase evitar la recarga con nuevo gas, que, por lenta y engorrosa, habría privado de rapidez a las emisiones de luz negra, regenerando el nitrógeno mediante soldadura posterior de los átomos de hidrógeno en que se había descompuesto aquél. Para lo cual, habíasele ocurrido a Carlos, él no sabía por qué—y esto les pasa muchas veces a otros más sabios—hacer pasar por la ampolla otra descarga en sentido contrario al de la primera, y no eléctrica como ésta, sino de rayos P. P. V. V., recientemente descubiertos (1). De la familia, mas no iguales a los X.

Por último, regulando cronoeléctricamente las alternativas descargas, se logró que éstas lanzaran 300 disparos por minu-

to. Con acción prácticamente ininterrumpida sobre la placa que las recogiera. Aun cuando la ampolla estaba holgando casi todo el minuto; pues las 300 descargas y las 300 regeneraciones sólo duraban en total dos segundos.

Además las descargas podían continuarse indefinidamente porque el nitrógeno de la carga inicial no se gastaba apreciablemente en las sucesivas descomposiciones y recomposiciones.

En alfabeto teleográfico no se pensó. Pues como solamente se buscaba dar a Maripepa noticia de que vivían los viajeros, bastando para ello una sola serie de disparos, con lo dicho se dió por resuelto el problema de reducir a muchas inquietantes pero cortas esperas de veinticuatro horas la larguísima y terrible angustia de varios meses, que a no ser por los artificiales espectrogramas habría de padecer, por los que se iban, la que se quedaba.

\*  
\*\*

Ya se ha dicho que faltan cuatro meses para la época en que el Presidente Planetario aguarda las señales de Sara. Esto quiere decir que media mayo de 2205, y hace año y medio comenzó esta historia; que aquél ha cumplido los setenta y nueve, continuando igualmente amojamado, y tieso.

Como el tiempo pasa para todos, Carlos, más cerca de los diez y nueve que de los diez y ocho, usa ya, de cada dos un día, en su natural uso, el espejo que en otro muy distinto le vimos emplear en el salón de calculistas. Y le ha crecido un bigotillo que no es cosa mayor, al cual no osa llegar la navaja rasurante, por parecerle muy bonito a Luisilla.

Mejor será llamarla Señorita Luisa, porque aquellas promesas en capullo de los quince abriles son realidades ya, de flores entreabiertas por la pujante florescencia de diez y siete mayos.

Escrito está, pero mal aplicado el último adjetivo, pues sugiere idea de opulentas flores de colores brillantes, cuando las entreabiertas a que me he referido tienen los suaves tonos de las rosas de te y las sencillas azucena. Y basta de floricultura.

En el tiempo de que hablo estaban ya listos todos los preparativos en espera del problemático acontecimiento. Prudente previsión, por si se adelantara éste. Madre e hijo habían terminado sus faenas. Los amores de los chicos, aún más crecidos que

(1) Recientemente, en el año 2204.

ellos, continuaban escondiéndose, no por gusto de Carlos, sino por timidez de Luisa, a todas las miradas, menos las del cartero, el maquinista y Ña Teodosia. El confiado instrumentista seguía leyendo diariamente su periódico, sin darle en la nariz el embuchado consabido, ni tener indicios de las conversaciones tal cual vez sostenidas por los novios en su ausencia; estando por todo ello convencido de que la señorita de hoy no se acordaba del muñeco de marras, y de que éste, caballere ya, no había vuelto a pensar en la muñeca. Los anteriores heterogéneos antecedentes, sobre empresas y personas, parecían presagiar que los meses de espera hasta la ocasión crítica iban a ser una temporada sosa, sin peripecias, largo y aburrido calderón en esta sinfonía interplanetaria. Y, sin embargo, tanto en actividad de gabinetes y laboratorios, como en diversas emociones pasionales, fué fecundísimo aquel que se creía compás, no más, de espera.

Primer insólito acontecimiento: absoluto y radical trastorno del pautado régimen astronómico del Instituto de Viajes Planetarios, y si no tan completo y radical, cambio importante en la clase de los trabajos habituales de casi todos los observatorios astrofísicos de la Tierra. Origen de todo ello un descubrimiento—no invento, sino inesperada observación—hecho por Carlos cuando terminada la pistola luminosa, y no necesitando ya Maripepa ayudante, volvió el muchacho con el bisabuelo.

Como éste no pensaba, ni soñaba, ni vivía sino en, o para Venus, él y el chico pasaban muchas horas en el edificio destinado a la exclusiva observación de este planeta. En una de estas largas sentadas estaba el viejo trabajando en su mesa junto al telescopio, mientras en un extremo del salón examinaba Carlos vistas de Venus y los espectros de su prestada luz, la víspera tomados y revelados de mañana en el taller de fotografía. El silencio en que ambos trabajaban fué de pronto interrumpido por un grito del último. Que después de largo rato de mirar una fotografía, hacer en ella varias mediciones, y compararla con otras, poniendo en todo atención, más aun que intensa, apasionada, exclamó levantándose:

—Es, es; no cabe duda. Abuelo, mira, mira esto.

Al acabar la frase estaba ya junto a Ripoll, ponía sobre la mesa de éste la fotografía de un espectro venusino, se lle-

vaba una mano a la frente, y con la otra se agarraba a la mesa. Pues estaba poseído de emoción que hacía flaquear sus piernas.

Lo vibrante de su grito, la apremiantísima vehemencia con que decía: "Mira, mira", hicieron que antes de mirar la prueba fotográfica lo mirara a él Don Jaime. Quien asustado de su palidez, de su voz trémula y del hondísimo trastorno de su semblante se levantó, preguntándole:

—¿Qué te pasa, hijo mío?

—No hagas caso de mí... Siéntate, y mira en seguida eso. Míralo bien, para ver si es demencia mía.

—Pero, hijo, serénate.

—No me serenaré hasta saber si ves ahí lo mismo que veo yo.

—¿Pero qué ves?

—No quiero influir tu juicio. Mira, mira.

—Bien, miraré. Pero siéntate siquiera.

No obedeció Carlos, sino que apoyando una mano en la mesa y otra en el respaldo del sillón del astrónomo adelantó la cabeza por cima del hombro de éste, sin dejar de mirar, a la vez que él, el espectro que le había traído.

—¿Qué cosa mas rara! ¿De qué astro es este espectro?

—¿No lo conoces, verdad?—preguntó Carlos con voz donde temblaban temores y esperanzas.

—No. Y me extraña muchísimo, pues me sé de memoria todos los conocidos.

—Pues de Venus.

—¿Qué desatino! No puede ser.

—Pues lo es, papá Ripoll, lo es. Por eso estoy sobrecogido, con emoción como en mi vida la he sentido, al pensar si seré yo el primero a quien mi desdichada madre se revela en este mundo.

—¿Carlos!

—Sí, sí, Papá Ripoll; ese absurdo espectrograma está para mí claro; en esas rayas que no entiendes leo yo: "Hijo."

—¡Jesús, Jesús!

—Lo veo, lo veo... Y además me lo grita aquí dentro el despertar en mí de la sangre que es suya. ¡Infeliz madre por quien el corazón de su hijo no ha latido hasta los diez y nueve años!

—Carlos, Carlos, no es tuya la culpa... Serénate, hijo mío.

—¡Desdichada, desdichada!

—Verdad, muy desdichada... Pero si esto es lo que tú crees, alégrate en vez de entristecerte; pues sería el empuje que necesitamos para arrollar cuantos obstáculos

han impedido hasta hoy acudir en su auxilio.

—Verdad, verdad.

—Mas lo primero que hace falta ahora es aguardar que te tranquilices, para que juntos examinemos esta prueba y nos cercioremos de...

—No hay que aguardar nada. Tu última observación me ha tranquilizado.

Dijo esto Carlos haciendo violentísimo esfuerzo para sobreponerse a su impresión y recuperar pleno dominio de sí mismo.

Así cual es frecuente tropezarse en el mundo con cincuentones todavía niños, he conocido mozos que bajo la ligereza y la impresionabilidad de años muy juveniles llevan en sí, desde la pubertad, temple y voluntad de hombres. Carlos era uno de éstos, pues hacia tiempo que el chiquillo lo era, y mucho, por dentro, ya de ello hemos visto muestras, aun cuando no lo pareciera. Mas desde aquel instante, memorable en su vida, lo pareció además de serlo.

## XXV

### LOS OBSERVATORIOS SE CONMUEVEN

Sentados uno junto a otro, abuelo y nieto, examinan el extraño espectrograma con ansioso interés, comparándolo con otro de los normales del mismo planeta, que Carlos fué a buscar. Se auxilian en su estudio con lentes, y con comparadores propios para determinar los lugares precisos de la escala espectral en donde caen cada una de las rayas extrañas del cósmico telegrama, para deducir de dichos lugares las longitudes de onda de las luces que las produjeron, y, por lo tanto, los colores de éstas.

Por ser aquella la segunda vez que Carlos realiza tal estudio, él guía al abuelo en él; pero temiendo haberse equivocado, deja que por sí solo haga el astrónomo mediciones y cotejos.

—Mira aquí convertida en fortísima la débil raya de Lockyer del espectro solar.

La citada raya era la del gas helio, que el mencionado sabio halló en el Sol años antes de que los químicos lo hallaran en los laboratorios de la Tierra, en donde lo teníamos sin saberlo hasta que fué encontrado en el cielo.

—Tienes razón. Y esto no puede atribuirse a ninguna variación ocurrida en el Sol, que con mayor intensidad que en este espectro de su luz refleja, habría sido acu-

sada en los obtenidos ayer con la directa de él, los cuales no revelan nada anómalo.

—Por eso pienso que esa raya no procede de luz del Sol sino de Venus.

—Tampoco veo yo otra explicación.

—Y ni tú ni yo la veríamos, a no habernos abierto los ojos la idea de mamá sobre la telegrafía espectral.

—Verdad. Sin ella esta fotografía sería un absurdo e indescifrable enigma, puesto que en ella estamos viendo luz de Venus, que no tiene luz propia. Pero aquí hay otras rayas metálicas.

—Sí, de tungsteno. Digo, a mí me lo parecen. Compruébalo.

—Lo son, lo son; no cabe duda. Y como esta luz de tungsteno no puede proceder de la del Sol reflejada en Venus, claro es que ha nacido de la fusión del alambre empleado para lanzar la descarga eléctrica, que alguien ha encendido allí, y cuyo resplandor muestra este espectro.

—Lo son, lo son; no cabe duda.

—Y ahora fijate en estas otras: aquí y aquí.

—Calla... No, no es posible... Y, sin embargo, esta verde y esta azul...

—Para mí no hay duda de que son las rayas del...

—Si, del *nebulium* (1). Lo son, lo son... Pero, pero... que en un planeta luzcan luces de nebulosas es maravilloso, increíble, y tan absurdo como encontrar nieve en una hoguera.

—Pues aquí estamos viendo el imposible convertido en hecho, gracias a que una misma idea ha iluminado al mismo tiempo las inteligencias de mis dos madres.

—Y tiene que ser eso... Pues es la única posible y racional explicación. ¡Las dos, las dos al mismo tiempo, y separadas por las inmensidades siderales!

También esto es maravilloso.

—Más aún, Papá Ripoll, providencial.

(1) En la luz de las nebulosas vienen rayos verdes y azules, de tonalidades no obtenibles hasta hoy en la ignición de ninguno de los cuerpos conocidos de nuestros químicos. Por ello se ha supuesto procedan de un gas aquí desconocido y existente en las nebulosas, al cual se le ha dado el nombre de *nebulium*.

Los procedimientos de investigación en los observatorios dicen ha de ser más pesado que el hidrógeno y menos que el helio, y los químicos no hallan hueco para tal gas en la escala de los cuerpos simples. Contradicción que no permite afirmar la real existencia de *nebulium* en las nebulosas, ni la procedencia de las citadas luces de otras desconocidas causas diferentes. Este es uno de los problemas de la ciencia pendientes todavía de solución.

—Dices bien, hijo mío... Y también lo es que tú hayas sido quien en esas palpitaciones de luces remotísimas lo hayas visto o presentido.

—Entonces, ¿no lo crees ilusión ni delirio mío?

—No, Carlos, no. También a mí fué el corazón el que me hizo adivinar que aun vive.

—Sí, abuelo, sí. Tú fuiste el primero... Si la salvamos, a ti te lo deberemos.

—Pero la base real de mi convencimiento era mucho más deleznable que ésta. Y ahora no son los corazones, sino las inteligencias las que afirman. La salvaremos, Carlos, ahora estoy ya seguro. Te abrazará tu madre.

Dijo esto con tal fuego el ochentón, con energía tan viril, que al oírlo y verlo Carlos le pareció ver renacer en él los vigores de la juventud; y con fe en la promesa, contestó:

—Gracias, gracias, abuelo. ¡Pobre madre!... Dios te lo pagará.

—Tal creo, perdonándome—contestó el anciano.

Tan impresionado estaba el anciano con el recuerdo de sus remordimientos, que olvidándose de estar Carlos oyéndolo, hablaba cual si estuviera con aquéllos a solas.

—¡Perdonándote! No será mucho lo que Dios tenga que perdonarte a ti.

—¡Ay, hijo! Todos, todos necesitamos que algo nos sea perdonado—respondió Don Jaime, refrenando a tiempo la indiscreta emoción que estuvo a punto de descubrir su secreto... ¡El secreto de ser él responsable del abandono de Sara! Y cuando, por dicha suya, lo dejó solo Carlos, para ir a enterar a su madre adoptiva del reciente descubrimiento, quedábase aterrado con la idea de que al encontrar aquél a su verdadera madre, conocería el secreto de momento ocultado, y se trocaría en aborrecimiento el cariño de él al pobre abuelo, que tembloroso y entre dientes murmuraba:

—¡Sabrá que sentenció a muerte a su madre!... ¡Qué tentación, Dios mío!... No, nada de cobardías: el deber es bien claro... Ese, ese es el camino del perdón. Y si encuentro antes que él la expiación, por ella pasaré con tal de conseguirlo.

\*\*

A poco llegaron Maripepa y Carlos. Ella, con emoción nacida de diversas causas que las de éste y el viejo, pero muy explicable

en quien, si había perdonado, no podía recordar sin espanto los males que la hizo padecer el odio de la verdadera madre de su hijo adoptivo.

Examinando a su vez el prodigioso documento estelar, su opinión fué también no poder dársele otra explicación, sino la de que desfigurando el espectro de Venus, ya Sara había hecho allí lo que ella preparaba para poder recibir noticias del novimundo en viaje. Pero llegando, en su entender, aquélla, a más; pues la ampolla de nitrógeno aquí construída, solamente servía para hacer una señal, siempre la misma, y de antemano conocida de quien había de recibirla, mientras en el espectro que a la vista tenía barruntaba La Capitana indicios de un sistema trasmisor ideado, no para enviar una señal aislada, sino verdaderos telegramas.

—¿Qué es lo que te hace sospecharlo?

—Primero: la coincidencia, con el nuestro, de este sistema de superposiciones espectrales, me hace suponer semejanza entre los medios empleados. Con tanto más motivo, cuanto que siendo de creer sea *Mistress Sam* quien los ha usado, es lógico pensarlo; pues con su gran ilustración en ciencias físicas ha de conocer como tú y yo los experimentos en que tú y yo nos hemos apoyado.

En segundo lugar, porque no veo posibilidad de emplear otros procedimientos.

—En eso dices bien, mamá. Pero porqué supones sea esto más que una señal aislada.

—Porque para ello no hacía falta complicar el problema, produciendo rayos de helio, de tugsteno y de *nebulium*, cuando para una señal única le bastaba radiar luz de una sola clase.

—Es verdad.

—Y más cuando las últimas deben ser difícilísimas de engendrar en un planeta. ¿No te parece, Papá Ripoll?

—Desde luego... Es decir: en el nuestro, y hasta hoy, imposible.

—Por eso tal profusión de rayas me hace sospechar que al espectro normal de Venus, que forma el fondo de esta fotografía, le han sido superpuestos, no uno, sino a lo menos dos espectros parásitos.

—¿Cómo, cómo?

—Sin pretender afirmar cómo haya sido, si es que fué, se me ocurre que acaso exista semejanza entre esta fotografía y la que hiciéramos de una habitación donde apagáramos una de las bombillas; que allí estuviesen encendidas durante los primeros ins-

tantes de la exposición, y después encendí-ramos una tercera antes de cerrar el objetivo. Porque en la prueba serían vistas después, no solamente la bombilla encendida todo el tiempo, sino además, las que sólo lo estuvieron al principio una, y al fin otra de la exposición. Mas sin que el verlas todas en la fotografía significase que las tres habían lucido a un tiempo.

—Tienes muchísima razón, Pepeta; la lámpara permanente fué la luz de Venus que dió el espectro normal, las otras dieron los parásitos.

—Está claro, clarísimo... Entonces, mamá, una posible explicación sería que mientras la ecuatorial que tomó este espectro estuvo apuntada a Venus, allí fueron encendidas sucesivamente dos ampollas como o por el estilo de la nuestra, pero que emitieran luces diferentes.

—Eso es, hijo mío, lo que se me ocurre. Y que los resplandores de una y otra pueden haberse usado en la trasmisión como respectivas representaciones de las rayas y los puntos del alfabeto telegráfico Morse (1).

—¡Ah!, si nosotros pudiésemos ver por nuestros ojos encenderse esas luces en el espejo del telescopio y apreciar cómo se suceden y cuánto duran sus destellos...

¿Pero cómo saberlo si todo eso queda escondido en la obscuridad de la telescópica cámara fotográfica?

(1) Las señales del citado alfabeto, puntos y rayas de la cinta en que los aparatos Morse imprimen los telegramas, son, ya es sabido, antes de aparecer como señales gráficas, golpecillos leves o largos de la palanca impresora; es decir, sonidos de duraciones diversas, que los telegrafistas prácticos traducen al oído sin haber menester mirar la cinta impresa.

Del mismo modo en la recepción telefónica de la telegrafía sin hilos, crujen las placas de los auriculares breve o prolongadamente, según procedan de señales correspondientes al punto o a la raya de la palanca del receptor Morse.

Por último, al instalarse la telegrafía submarina, cuando el teléfono no era aun conocido, se obvió la dificultad de falta de poder en la corriente para mover los mecanismos impresores de dicho receptor, haciendo que según fuera la duración de los impulsos de aquélla, oscilara con vivencias de diversa amplitud un espejillo ligerísimo, ligado a un galvanómetro muy sensible, sobre el cual caía la luz de una lámpara. Con lo que el rayo de ella, reflejado por aquél, en dirección de una pantalla blanca, oscilaba poco en ésta, y entonces representaba un punto, o mucho cuando correspondía a una raya.

En este caso las señales Morse ya no son ni puntos ni trazos impresos, ni sonidos de duración diversa, sino resplandores de amplitudes y duraciones diferentes. Este es el sistema de recepción llamado de Wheatstone.

—Verdad es, Carlos; ese es el obstáculo para saber si acierto o yerro, y aun supuesto que acierte, para saber desenmarañar la madeja de sus enredadas luces telegráficas.

—Verdad. ¿Cómo puntualizar cuándo la luz del helio llega a la placa, cuándo se apaga, cuánto dura, cuánto tarda en llegar el siguiente rayo, y si es de helio o de nebulium, y cuánto tiempo permanece allí? No, no hay medio.

—Calma, hijo, calma. No seas tan vivo, que tal vez...

—¿Cómo abuelo? ¿Tú ves manera?

—Por lo menos creo posible buscarla.

—¿Cómo Papá Ripoll?

—La cosa no será fácil ni breve, sino obra tal vez de unas cuantas semanas, y laboriosísima, pues ha de procederse por difíciles tanteos. Además, Pepeta, el resultado es problemático.

—¿Pero cómo?

—Veréis. Suponed...

El plan explicado por Don Jaime fué el que, puesto en práctica, ocasionó el trastorno, más todavía, la suspensión desde el siguiente día de las habituales observaciones planetarias del célebre establecimiento, y a poco revolución análoga en los trabajos de casi todos los astrofísicos observatorios del globo.

Lo primero, a consecuencia de inmediata orden del Presidente, disponiendo que a todas las horas en que fuera visible Venus se le apuntaran *todas las ecuatoriales* grandes y chicas del Instituto, dedicándolas, hasta nueva orden, a la única labor de tomar sus fotográficos espectros. Pero estrechamente ligados todos entre sí por rigurosa observación de horario, en virtud del cual las diversas ecuatoriales abrían sus objetivos para recibir la luz de Venus, durante cinco minutos, con intervalos de un tercio de minuto.

Con esto, los espectros obtenidos por las ecuatoriales segunda, tercera, cuarta... decimaquinta corresponderían a las luces emitidas por el astro en tiempos iguales, pero retrasados con respecto al de la primera en uno, dos... catorce tercios de minuto, respectivamente.

Tras estos quince espectros se tomaría otra segunda serie de igual número de ellos, y después una tercera, una cuarta, etc., hasta que el Presidente dijese basta.

Así, en cada cinco minutos darían las quince ecuatoriales igual número de espectrogramas, ciento ochenta por hora, esca-



lonados de tercio en tercio de minuto. No siendo temerario esperar que no en alguno, sino en muchos de ellos, se sorprendieran las entradas, las salidas y las ausencias de las dos luces diferentes, que La Capitana suponía haber sido alternativamente empleadas, llegando a conocer las horas de tales entradas y salidas y los intervalos entre ellas. Pues para eso se consignaban en todas y cada una de las pruebas las horas en que habían sido tomadas.

Esto en lo concerniente a la labor del Instituto, que además solicitó cooperación de los demás observatorios con el siguiente mundial telefonema circulado a los directores de ellos:

"Observada extrañísima anomalía espectro Venus, que no remito por preferir la vean en los tomados en ese Observatorio, donde comprobarán consiste en...—aquí se describía lo que ya sabemos—. Supónese sea intencional modificación producida en tal espectro por el mismo operador que ocasionó perturbaciones radiotelegráficas terrestres principios pasado año, y se sospecha respondan propósito telegrafarnos astronómicamente con rayas luz helio y nebulium.

"Para estudiar fenómeno, con objeto indicado, en siguientes extraordinarias instrucciones de servicio recién dictadas comienza este centro planetario a trabajar desde hoy."

Seguían las instrucciones que conocemos, y acababa el larguísimo despacho diciendo: "El Presidente del T. I. de V. P. suplica a sus ilustres compañeros le presten su valiosa cooperación en estas interesantísimas investigaciones, y ruega le sean comunicados los resultados de las observaciones que realicen.

"Trujillo, etc..."

## XXVI

### VOZ DE ULTRAMUNDO

El primer paso en la que, con razón, dijo Don Jaume no sería leve faena, de analizar los fotográficos *venusgramas*, fué una ojeada de conjunto, destinada a dar orientación para más puntuales investigaciones.

Juntos la realizaron el viejo y el muchacho, no comenzándola hasta tener pegadas, en 22 tiras largas de cartón, por orden cronológico de las horas en que cada una había comenzado a obtenerse, las fotografías,

que en número de cinco y medio centenares largas de ellas habían sido tomadas el primer día. Con lo cual quedaba cada una entre las comenzadas a tomar un tercio antes y un tercio de minuto después que ella.

Por dicha, la época era favorable, pues el primer día de observación—21 de mayo—se puso el Sol a las diez y ocho y cincuenta y ocho, y Venus a las veintiuna y cincuenta y siete. Siendo esta última visible, por lo tanto, dos horas y cincuenta y nueve minutos. Tiempo que había de aumentar hasta llegar a tres y diez y ocho en la última decena de junio en que comenzaría a decrecer paulatinamente.

En un muro colgáronse las 22 tiras, contiguas unas a otras, para facilitar el conjunto examen y cotejo de aquellos centenares de espectros—estas cosas sólo las hacen los pacientes astrónomos—, y comenzó la inicial inspección.

Pronto reveló ésta que, tanto las primeras fotografías, correspondientes a posiciones de Venus en que su luz estaba todavía empalidecida por los resplandores del Sol, a poco de puesto éste, y las últimas, bajas en el horizonte, por cercanas al ocaso del planeta, reproducían sin variación el espectro normal de Venus.

Después se vió que las fotografías centrales eran de espectros de tres clases: modificados, unos, como el que había dado la voz de alerta a Carlos, por rayas de helio y rayas de nebulium; otros solamente alterados por las de esta última sustancia, y, por último, otros en que las únicas rayas espúreas eran las del helio.

Lo visto en esta primera ojeada—ojeada de siete horas—corroboró lo sospechado por La Capitana al hacer el símil de lámparas encendidas y extintas en una habitación fotografiada; pues unas pruebas demostraban haber sido tomadas cuando solo enviaba Venus la reflejada luz del Sol, otras cuando a ésta se entremezclaba solamente la del helio o la del nebulium, y otras cuando sobre aquélla luz normal habían resplandecido sucesivamente *en diversos instantes de la exposición* rayos de las luces de ambas substancias. Sin que pudiera ya caber duda de que allá habían sido sucesivamente empleadas por un operador consciente. Que para evitar hacer señales confusas, no las transmitía al comienzo ni al fin del tiempo en que para la Tierra era visible Venus, sino tan solo cuando lo era con mayor limpidéz.

Las rayas insólitas de las fotografías eran, pues, señales *espectrotelegráficas*.

¿Con qué intervalos, con qué duraciones, en qué orden empleadas?... Eso lo dirían escrupulosas mediciones de los colores e intensidades de dichas rayas, que, en los millares de fotografías en pocos días acumuladas, habían de efectuarse para aquilatar los puntos concretos que Ripoll, ayudado por Carlos, iba señalando en sucesivos exámenes. Y en ello trabajaron con entusiasta afán, varias semanas, nada menos que treinta y cuatro astrónomos.

La historia de la Astronomía no registra caso comparable al de aquella delirante actividad espectrográfica. Ríanse ustedes del Observatorio de Harvard y de los millares y millares de estelogramas de su decantado padrón de familias de estrellas de colores (1).

¡En qué honduras astrofísicas se sumieron aquellos astrónomos! Tan espantables, que sin acompañarlos en el sumimiento, aguardo su retorno para decir, sin científico arrequive, lo que al volver traían averiguado.

Cada día habían hecho desde Venus treinta y cinco individuales señales (unas con helio, otras con nebulium), duradera cada una tres minutos, y entre sí separadas por intervalos de silencio, quiere decirse sin señal, de otro minuto.

Las treinta y cinco del primer día eran iguales a las del cuarto y a las del séptimo; las del segundo, a las del quinto y octavo; las del tercero, a las del sexto y el noveno. Particularidad al parecer indicadora de requerir el telegrama entero tres días para su completa transmisión, y de haber sido ésta repetida en sucesivos grupos de tal número de días. En previsión, tal vez de deficiente recepción o de posibles obstáculos que la entorpecieran.

Aplicando a las señales el supuesto de que las de nebulium hubiesen sido empleadas para representar puntos, y las de helio rayas del alfabeto telegráfico Morse se obtuvo este resultado:

ptamkiznotfrXn..., etc.,

que dejaba en la duda de si el mensaje vendría escrito en un desconocido idioma planetario.

Felizmente no resultó cierta tal hipótesis; pues admitido supuesto inverso, de re-

(1) El catálogo en vías de publicación correspondiente a esta impropia labor contiene los espectros de 200.000 estrellas.

presentar puntos el helio y rayas el nebulium se obtuvo:

1.º día.—0 0 metros (señal de final de transmisión.)

2.º día.—Septiembre.

3.º día.—Onda dirigida 1.

4.º día.—0 0 metros.

5.º día.—Septiembre.

Traducción claramente indicadora de que, no el primer día, sino el segundo fué el del comienzo de la transmisión. Que leída en el orden segundo, tercero, cuarto día de observación, decía:

#### SEPTIEMBRE, ONDA DIRIGIDA 100 METROS

Los venusgramas de los días quinto a séptimo, octavo a décimo, undécimo a dieciséis, etc., repetían invariablemente la misma frase. Con la cual daba su remitente aviso y datos para que los radiotelegrafistas, que no habían entendido los despachos de principios de 2204, no se quedaran igualmente ayunos del que para el mes citado se les anunciaba. Con tiempo de adaptar sus aparatos a la longitud y la dirección de la onda que lo traería.

Pero si ya tenía el telegrafante este espectral medio de comunicación, ¿porqué no utilizarlo para decir desde luego lo que aplazaba para dicho más tarde, por telegrafía sin hilos?

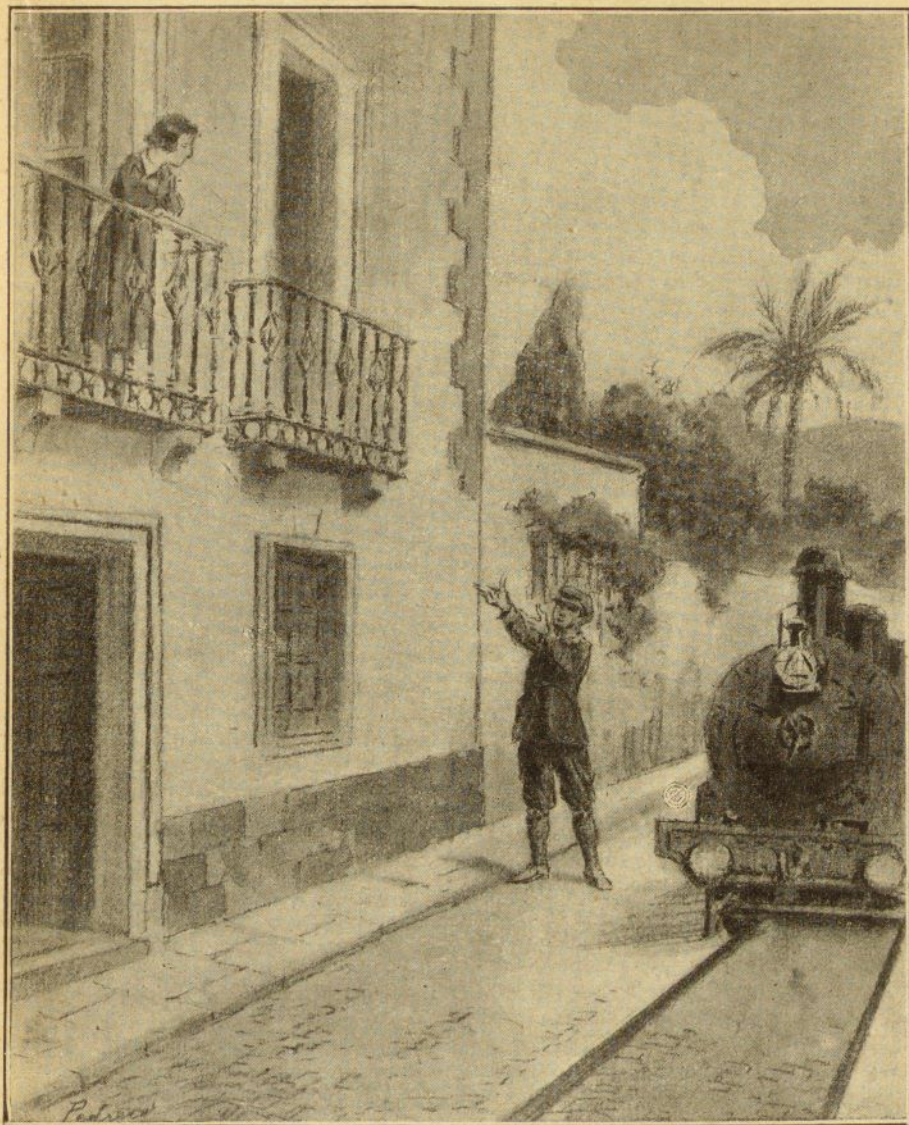
La contestación se le ocurre a cualquiera: porque el espectral sistema no era susceptible de ser empleado sino el poco tiempo, y algunos días ninguno, en que Venus es visible desde la Tierra.

Limitación que aun en aquella época de las más favorables, hacía preciso invertir tres fechas en cursar cinco palabras, y resultaba demasiado lento para el telegrama, largo sin duda, que debía de desear enviar por radiotelegrafía ordinaria, mucho más expedita.

\*\*

Si bien no tan violenta como cuando vislumbró, cual posibilidad, lo que ya era certeza, fué profundísima la impresión de ésta en Carlos.

En cuanto a Ripoll, no hay que decir, pues se cae de su peso, cuál sería su alegría al ver que, para proclamar su triunfo, ya no necesitaba aguardar a la época en que Sara anunciaba telegrafiaría—la misma por él vaticinada—. Como sin perder tiempo lo proclamó dándole buen aire en el mundo entero: primeramente por telégrafo,



—Luisa, Luisa: yo no vivo desde que no te veo.

y después en periodísticos artículos circulares, donde se machacaba sin duelo ni piedad sobre los sabios estultos que de su predicción se habían burlado.

—¡Qué desquite, Carlitos, qué desquite!—exclamaba—. Estrujados, aplastados, triturados, pulverizados! A que ahora no replican.

Y acertaba; porque no replicaron.

Pero no sólo a divulgar su triunfo, y al

vapuleo de seudo sabios se dedicaba el Presidente del T. I. de V. P., ocupadísimo con otros menesteres, que diré en cuanto explique el por qué la ex capitana no cooperó a las investigaciones espectrales.

Ello fué porque teniendo, desde que vió el primer venusgrama trastornado, vehementemente intuición de que era parte de un mensaje estelográfico, le entró deseo de contestarlo si llegara a ser descifrado. Y

no sirviendo para tal propósito la terrestre telegrafía sin hilos, todavía incapaz de extramundiales transmisiones, pensó en valerse de sistema análogo al recién empleado en Venus para hablar a la Tierra.

Pero necesitando para ello dos luces diferentes, y no dándose la su ampolla sino negra, resolvió fabricar otra. No de nebulium, pues en la Tierra no se conocía medio de producir tal gas, sino de carbono descompuesto en helio en una segunda ampolla. Con lo cual tendría los rayos negros de la región ultravioleta del hidrógeno de la primera y los amarillos del helio de la segunda.

Por atender a la realización, que podía no ser breve, del proyecto, no tomó parte en la faena de descifrar el luminoso telegrama.

Ni con mucho tenía terminada la suya, al enterarse de que efectivamente se había recibido un mensaje; pero se le ocurrió que, aun no pudiendo todavía telegrafiar a Venus, en el pleno sentido de tal palabra, le era posible con su ampolla única hacer saber, al menos, a aquella infeliz mujer que había sido entendida. Pues quien tal medio estaba empleando para comunicarse con la Tierra, de ésta estaría pendiente a todas horas; y seguramente advertiría cualquier modificación que en el espectro estelar de nuestro mundo, visto en los telescopios de Venus, fuera aquí introducida, por el estilo de las que ella hacía sufrir al venusiano, y adivinaría que era intencionada indicación de haberse recibido su mensaje.

De que Sara fuese la telegrafiante no podía haber duda; pues a las razones que a Ripoll y a la misma Maripepa les habían hecho sospechar fuera ella la causante de las perturbaciones radiotelegráficas, agregábase ahora el venir el despacho redactado en español, que Sara hablaba, y que nadie sino ella era posible conociera en Venus.

Temiendo la impresión que el estrenar la ampolla en tal objeto pudiera causar, aunque por causas diferentes, a Carlos y a Ripoll, hízola Maripepa funcionar, sin ayuda de nadie, en cuanto tuvo conocimiento de la traducción del despacho de la desterrada. De modo que durante cinco minutos no interrumpidos, en varios cuartos de hora, introdujera en nuestro *terroespectro* la negra luz de la ampolla. Señales, que por si acaso no fueran vistas aquel día, proponíase repetir durante varios.

Cuando, a la hora de la cena, supieron

el viejo y el muchacho que era de creer conociera ya la pobre solitaria el buen éxito de su tentativa de comunicación con el patrio mundo, Carlos se abrazó a su madre adoptiva, y con los ojos llenos de agua dijo:

—¡Qué buena eres! mamá, ¡qué buena!, ¡qué buenísima!

—No lo sabes tú bien—saltó Ripoll tan conmovido como Carlos. Por estar pensando en cómo la excapitana pagaba el feroz aborrecimiento de la rival, cuyos dolores se apresuraba ahora a aliviar.

—¡Que no lo sé?

—No, no lo sabes. ¡Qué has de saber!

—¡Infeliz, infeliz!—dijo la noble mujer penetrando el pensamiento del anciano, y mirándolo expresivamente, para evitar se le escapara alguna imprudente indiscreción, que en el chico despertara sospecha de las maldades de su verdadera madre, y de la rivalidad entre ella y la adoptiva, que caritativamente le habían sido ocultadas.

\*  
\*\*

Hora más, hora menos; lejos muy lejos, en el Noctobservatorio de Uo, del umbrihemisferio venusino, un astrónomo llamaba la atención de Sara sobre un recién observado y extraño espectrograma de Isia (ya recordarán que así llamaban en Venus a la Tierra) completamente diferente del normal.

Al oír la noticia y sobre todo al ver el que para ella era muy expresivo documento palideció, como su hijo había palidecido, en ocasión análoga. Y aun cuando ella no pudiera atribuir el *isiograma* a su hijo, como éste le había atribuido a ella el primer *venusgrama*, su impresión fué aun mayor; pues la fotografía que contemplaba era el primer rayo de esperanza que en su abandono le llegaba después de mucho tiempo de desconfiante espera. Ocasionándole tan intensísima alegría que, no obstante la fortaleza de su ánimo, no pudo resistirla y cayó privada de sentido.

... ..  
... ..  
... ..

Cuando lo recobró y mientras ansiosa volvía a mirar la fotografía, murmuraba:

—Aun no me dice esto si tengo o no tengo hijo... Pero ¡bendita sea la caridad de quien me envía este consuelo!

No sabía ella a quién estaba bendiciendo.

## XXVII

DON SENÉN TEME HABER HECHO UNA TON-  
TERÍA

El venusgrama de Mistress Sam exigía volver de arriba a abajo las cinco estaciones premiadas. Pues vista estaba ya la común equivocación de sus inventores al partir, cual forzosa premisa, de la supuesta desmesurada longitud de onda de la radiotelegrafía venusiana.

Estupefactos se quedaron, los cinco, al enterarse de la que emplearía la venidera telegrafante, y hasta no faltó alguno que dijera: "no puede ser". Pero tal fué el bufido del Presidente al oírle que no tuvo sino reconocer "que era", y modificar su estación, en consecuencia. So pena de hacer, con resonante discusión, más escandaloso su fracaso y resignarse a devolver el ya cobrado premio.

Las antenas y demás aparatos habían de ser radicalmente transformados, para adaptarlos a la pequeña longitud de cien metros de onda. Además, el constante cambio de la dirección en que desde la Tierra es vista Venus, y la indicación de que vendría la onda dirigida obligaban a hacer móviles las antenas, para poder enfilaslas todos los días al segundo planeta. Para todo esto no sobraba tiempo hasta la fecha en que de allá anunciaban telegrafiarían.

Otra ocupación importantísima del almorzar era la de impulsar la emprendida campaña político-internacional contra el veto de la Bifronte, poniendo en evidencia la tremenda equivocación padecida, antaño, al negar el primer viaje, indiscutible ya, puesto que había quedado allí una viajera. Cuya nacionalidad yanqui y su olvidada reputación de sabia, reverdeciente ahora, encalabraron la opinión, y en Yankilandia más que en ningún otro país, contra los gobernantes de la Bifronte. Responsables de que hubiesen pasado muchos años sin acudir en auxilio de aquella gloria norteamericana.

Quienes han leído "De los Andes al Cielo", saben que Mistress Sara Sam era, cuando dejó la Tierra, Comandante de la Aviación Britano-Yanqui, o Nordatlántica, y *miembra* (1) ilustre de la Academia de Ciencias de Boston. ¿Qué mucho que ejércitos

de tierra, mar y aire, y centros culturales y feministas, azuzaran la indignación popular, en periódicos, y en callejeras manifestaciones tumultuarias, con vivas a la desterrada, y mueras a los ministros.

Promovía, inflaba y mantenía estas eferescencias el Consejo del Instituto Planetario cuyos vocales, constituidos en sesión permanente, y satisfechísimos de que gracias al insigne Don Jaime había desaparecido el riesgo de ser echados del Consejo, se relamían con la permanencia de las dietas, consiguientes a la de la sesión; eran ya, más que los borregos, las ovejas del catalán, y a cierra ojos votaban los enormes gastos originados por aquellas propandas.

Y en fin de cuentas, ¿porqué no, si el Instituto era riquísimo, genuinamente planetaria la finalidad de tales gastos, y gracias a ellos sería, en plazo más o menos breve y desde luego no remoto, alzado el veto y realizados nuevos viajes a Venus, de momento, y luego sabe Dios a cuántos planetas y aun satélites?

La esperanza de pronto levantamiento del veto no era ilusión sino general convencimiento mundial. Pues bien se veía que no habría gobierno, temerario al extremo de arrostrar la formidable corriente de opinión que clamaba por el viaje. Necesario en dos aspectos: científico y humanitario.

Así viendo el cariz de la pública exaltación recelaron los bifrontes gobernantes que si el ya anunciado telegrama de Venus llegara antes de haber ellos anulado el veto, era muy de temer que el acontecimiento levantara la creciente marea popular en revolucionaria ola irresistible. Y para que la ola no se levantara, en septiembre derogaron el veto al finar julio.

Además de sus políticas tareas, solicitaban la atención de Ripoll trabajos del taller del instrumental astronómico. Donde según planes de aquél, se transformaban aparatos antiguos y se fabricaban otros novísimos bajo la dirección ingenieril de Carlos y la técnica obrera de Guzmán.

Con tales aparatos realizaría Don Jaime sus ambiciosos sueños de despampanantes descubrimientos cósmicos en el futuro viaje; y por lo tanto habían de ser montados en el autoplanetoide. Pues aunque al ser construido se instaló en él un observatorio con todos los progresos entonces conocidos, dieciocho años desde entonces pasados habían traído otros, de que era preciso dotarlo. Pues si en tal plazo corren mucho las

(1) No extrañe que se escriba *miembra*, pues en los tiempos de esta historia todo se feminizaba ya en el mundo. Excepto las mujeres, que se habían masculinizado por completo.

ciencias en el siglo XX todavía corrían más en el XXIII.

Ya de tiempo atrás venían haciéndose con calma estos trabajos; mas tan pronto llegó el espectrograma de Venus, recibieron el mismo vertiginoso impulso que los demás del centro planetario.

A esta redoblada actividad no escapaba ni la misma excapitana, tan atareada como el que más. No solamente con la preparación de su segunda ampolla telegráfica sino con la redacción de unas tablas nuevas, sumamente útiles en el gobierno y las derrotas siderales del estelar vehículo.

Precisamente a causa de esto no pudo acompañar a Carlos y a Ripoll, que, con Guzmán, se trasladaron a América, durante dos semanas, para resolver detalles de acoplamiento en el autoplanetoide de aparatos pendientes de terminación y ajuste en el taller de astronomía, para dejar ya montados allí otros que se llevaron; y para que Valdivia, el ingeniero que en el pasado viaje había sido segundo de a bordo, impusiera a Carlos en particularidades de orden práctico de la maquinaria del aviplaneta.

Bien contrarió el quedarse a Maripepa, pues no habiendo de ir en la expedición planetaria, habría deseado no privarse en aquellas dos semanas de la compañía del muchachó, de quien, a la fuerza, iba a separarse por más largo tiempo tan pronto fuere recibido el anunciado telegrama. Entendiérase o no lo que dijera. Porque a fin de que todo estuviera listo para partir en septiembre, cuando aquél llegara, hacía Ripoll andar de coronilla a todos sus subordinados.

No tanto como antes, por lo mucho que sobre sí tenía, pero algo ayudaba Carlos a su madre—bueno a su terrestre madre—; así que en cuanto él se marchó a Paramillo, y al encontrarse ella más agobiada de trabajo que antes, cayó en la cuenta de ser lo que faltaba de las tablas principalmente labor de calculista; y en cuanto lo pensó, escribió a Don Senén, pidiéndole uno para trabajar en su despacho a sus inmediatas órdenes.

El apuro del jefe de los calculadores fué tremendo; pues según dijo a La Señora Capitana, a quien inmediatamente fué a ver, lo abrumaba tarea urgentísima, sobrada para doble número de calculadores de los disponibles, y no veía modo de distraer a ninguno de la que le estaba encomendada, sin dejar incumplidas categóricas órdenes del terrible Presidente. Lo de terrible no

lo dijo, pero conociéndole Maripepa que lo estaba pensando le contestó:

—Cómo ha de ser. Lo siento. Pero si usted no puede distraer a nadie...

—No, no señora. Tendría que ver que yo no complaciera a usted. Solamente que deseando cubrir mi responsabilidad con el Señor Ripoll, he traído la lista de los trabajos a mi cargo, para suspender el que a usted le parezca menos urgente.

—No, Don Senén. Tampoco quiero yo que me regañe el Presidente.

—No hay cuidado, señora. Tenga la bondad de dar un vistazo a este índice, y decirme cuáles de estos cálculos puedo demorar.

—Ninguno: no quiero trastornar los planes de Don Jaime.

—Pero es que si el señor Presidente se incomodaría por algún retraso, le enfurecerá muchísimo más saber que he rehusado a usted...

—No diciéndolo yo no ha de saberlo... Todo se reducirá a calcularme yo mis tablas. Lo cual no es ninguna desgracia.

—De ningún modo. Me lío la manta a la cabeza, desafío los rayos de Don Jaime, y usted tendrá su calculador.

—Agradecidísima; mas rogándole no lo tome a desaire, devolveré a usted el que me envíe. No quiero trastornar planes interesantes y bien pensados. Adiós, Don Senén, y no se atormente con esa pequeñez.

—Conste que me voy disgustado y que sólo porque usted me lo prohíbe no envío el calculador.

Salió el empleado; pero apenas había dado unos cuantos pasos por un pasillo exclamó: ¡Calla! ¡Cómo no me he acordado antes? Y volviendo atrás retornó al despacho, de donde salía, diciendo desde la puerta:

—Doña María Josefa, doña María Josefa. Ahora me acuerdo de que en el Instituto tenemos una calculista, que podremos emplear sin trastornar nada; porque no hace trabajo ninguno, ni siquiera está a mis órdenes.

—¡Hombre! Eso es otra cosa. ¿Quién es?

—Tal vez la conozca usted: la hija de Guzmán, el maestro de talleres.

—Ya lo creo: de la escuela dominical. Pero no sabía fuera calculista.

—Sí. Cuando su padre y ella vinieron al Instituto le dimos una plaza de calculadora que luego renunció. Sin duda—aquí vaciló el buen matemático, temiendo haber hecho una tontería en hablar de la muchacha—

cha—la oficina la impedía atender al cuidado de su padre y su casa... Pero es seguro que tratándose de un trabajo breve y sobre todo que interesa a usted personalmente, tendrá mucho gusto en ponerse a sus órdenes.

—De poder ser, es una buena idea. Y si usted quiere hacerme el favor de decírselo a Guzmán...

¡Ah, no! Guzmán no está ahora aquí.

—No importa, puedo decírselo a ella misma. Voy a su casa y en seguida vuelvo.

Más de una hora después, a causa de lo muy vasto del Instituto y de estar muy lejos la casa del instrumentista, retornaba Don Senén con la noticia de que Luisa tenía mucho gusto en prestar aquel pequeño servicio a La Señora; y que a las nueve de la siguiente mañana se le presentaría para que de ella dispusiera.

Al marcharse el jefe de calculistas iba mascullando para su capote. ¿Habré hecho una sandez?... ¿Dirán luego que yo...? No, nadie podrá decirme nada; porque sobre que aquello fué hace más de un año, yo podre sospecharlo pero nada me consta, ni puede constarme, de los motivos por que Guzmán se llevó a la chica... Ni nadie sabe a ciencia cierta más que yo... Además, ahora no hay riesgo en traerla no estando aquí el mocito. Y si cuando vuelva se arma un lío yo lo he hecho con el mejor deseo. No se puede estar en todo, ni hay quien me pueda sostener que yo estoy enterado de aquello.

## XXVIII

### MARIPEPA TOMA UNA CALCULISTA

El Instituto Planetario, tan extenso como una gran ciudad, mas no tan populoso, tenía, sin embargo, número de habitantes equiparable al de no pocos pueblos de importancia. Pues, el volumen del consumo, de cuantos artículos habían menester las familias del numerosísimo personal científico y obrero de los muchos laboratorios y talleres, a los cuales les era incómodo ir a proveerse en el lejano pueblo de Trujillo, y la ganancia ofrecida por la población flotante, nunca escasa y con frecuencia grande, que con fines de estudio o solo de turismo acudía a visitar el emporio astronómico, único en el mundo, habían ido atrayendo, a establecerse en él, buen golpe de in-

dustriales, comerciantes y hospederos de alto, mediano y bajo fuste.

Allí había club de astrónomos y casino obrero, bares, cinematógrafo diario, dominiguero *foot-ball*, teatro de comedia a temporadas, dos hermosos paseos, alrededor uno del pabellón central del Sol, muy frecuentado, claro es, en el invierno, y otro de verano, en torno de Saturno: apropiadísimo, éste, por lo muy lejano que tal planeta está del Sol, para tomar el fresco en el estío, a la sombra de su anillo de celuloide de colores—ahora no hablo del astro, sino del pabellón que lo retrata—, ingeniosamente utilizado como toldo.

Allí, a la sombra de aquel anillo, singular en los cielos, fué donde se vieron Luisa y Carlos por primera vez.

Además de lo dicho, había en el Instituto escuelas, para hijos de empleados y obreros, e iglesia parroquial, a cuya sombra había La Señora establecido otra escuela, tan solo semanal, a la que en las tardes de los domingos concurrían dos horas aprendices y aprendizas de los talleres. Los que entrados en éstos demasiado jóvenes, sin haber completado su instrucción elemental en las escuelas oficiales, recibían, en la dominical, lecciones de voluntarios maestros y maestras, bajo la dirección de la inventora y excapitana del autoplanetoide.

Allí había ésta conocido y aun hablado no pocas veces a la hija de Guzmán, encargada de la enseñanza del catecismo a un grupo de aprendizas de las más jovencillas, y que por su dulzura con las discípulas, suave belleza y modesta timidez, había sido muy simpática a Maripepa.

Por ello, cuando Don Senén propuso a ésta que aquélla fuese quien se pusiera a sus órdenes, fué muy bien acogida la propuesta; y por ello, a la mañana siguiente, fué recibida la muchacha con afabilidad aun mayor de la que siempre dispensaba Maripepa a todos sus subordinados.

Tales fueron el afán y la asiduidad que en el primero y el segundo día manifestó la chiquilla en sus tareas, que la bondadosa dama hubo de decirle no estaba allí cual condenada a trabajos forzados.

Además de tan afanosa laboriosidad sorprendió a la madre de Carlos que la timidez y los rubores, no nuevos para ella, de Luisa, no aminoraran, sino antes menudearan y crecieran con la frecuente comunicación y el cordial trato que le era dispensado. Rubores inexplicables para aquélla; pues aunque intempestivos, pareciale claro

no nacían de esquivéz ni miedo de la calculista, en cuyos ojos veía, al hablar con ella, expresión que para ser no más de simpatía brillaba demasiado: tanto como si procedieran de agradecimiento, muy efusivo a veces, o de respetuosa admiración, que más de una hizo pensar a la que lo observaba: "Esta niña me mira como miraría la imagen de un santo. ¡Pobre criatura! Lo que es la simpatía."

Por vivir Luisa sumamente lejos del edificio residencia de la excapitana, y estar entonces en lo más duro del abrumador verano extremeño, pasaba grandísimo calor en la ida y la vuelta a comer a mediodía. Regresando a su trabajo hecha no una amapola, sino un ramo de amapolas. De tan rabioso grana, que al llegar una tarde le dijo La Señora que desde el día siguiente se quedaría a comer con ella.

Así fué, y cuando al levantarse de la mesa en dicho día intentó la muchacha volverse al despacho a reanudar en seguida su trabajo, no le fué consentido, sino después de no corto rato de descanso, empleado en afectuosa conversación.

Así, todos los días tuvieron ambas un palique donde Luisa admiraba el talento y la bondad de la madre de "su Carlos", y ésta apreciaba la sencillez, morales excelencias y la modesta pero buena educación de la hija de Guzmán.

Ya los rubores no llegaban sino de tarde en tarde. Pero al encenderse eran más fuertes que antes y más incomprensibles para Maripepa, por no saber que a la muchacha se le alborotaban cuando, estando con ella, comenzaba a brincarle el novio en la memoria. Temiendo que la madre de Carlos se lo viera al trasluz en el corazón, y que, a tener razón Guzmán en lo de los príncipes y las pastorcitas, la cariñosa señora dejaría de serlo tanto para ella en cuanto allí lo descubriera.

Entonces poníase muy triste y a Maripepa en curiosidad que le hacía preguntarse: "¿Qué le habrá dado a esta chiquilla?"

\*  
\*\*

Dieciocho días estuvieron Ripoll, Guzmán y Carlos en Paramillo, dejando allá a Valdivia encargado de ultimar los preparativos de marcha, de modo que para primero de septiembre estuviese el novimundo completamente listo para remontar el vuelo en cualquier día que se le ordenara.

Del retorno a Trujillo, realizado en un avioceánico de gran porte, no quiso Carlos fuera prevenida su madre, para darle de improviso el alegrón de su llegada. Como se lo dió, entrando de puntillas en el despacho, hasta ponerse a sus espaldas y taparle con las manos los ojos, gritando alegremente: "Adivina, adivina."

Claro que adivinó, diciendo con alegría no menor que la de él: "Carlos, Carlos". Pues ni éste había pensado en fingir la voz para dificultar la adivinanza, ni nadie sino él podía gastarle tales bromas. Pero, como a pesar de haber adivinado no le era devuelto el uso de sus ojos, dijo: "¿Pero es que me vas a dejar ciega para siempre?"

La causa de ello era que mientras Carlos avanzó, pensando solamente en la sorpresa de su madre y mirando no más que a ésta por detrás, no había visto sino a ella; pero en cuanto le tapó los ojos y levantó los suyos vió a Luisa frente a él. Siendo tan grande su sorpresa, que donde las tenía se dejó las manos, hasta que la pregunta de Maripepa le hizo retirarlas para echarle los brazos al cuello.

Entonces sí que fueron de ver los rubores de Luisilla.

Aun cuando Maripepa no los vió, porque sobre estar la chiquilla con la cabeza baja, cual si fuese a meterla en la máquina de calcular, aquélla no tenía ojos sino para el recién venido; porque a poco entró Ripoll, cuyos años no le permitieron llegar tan de prisa como el mozo, y porque, ya juntos los tres, comenzaron a hablar del viaje, sin que de Luisa hiciera caso sino uno. Pero ese la miraba por los tres, aunque sin obtener correspondencia.

Sin duda ella creía haber dicho bastante con la mirada que le echó cuando tenía él ciega a su madre. Y tal vez creía bien, porque, efectivamente, no fué poco.

Cuando Maripepa estuvo ya enterada de lo más interesante del viaje, de la estancia en Paramillo y de cómo quedaban por allá las cosas, explicó porqué y en qué trabajaba la muchacha allí. Estando en esto llegó un criado a avisar a Don Jaime que el jefe de instrumentistas estaba en su despacho y deseaba hablarle con urgencia.

Allá se fué, creyendo se trataría de alguna novedad que a su llegada hubiese hallado Guzmán en los talleres. Pero se equivocó, pues muy otro motivo tenía la visita, según vió en cuanto, preguntando al obrero si allá abajo ocurría algo, contestó éste:

—No, Sr. Presidente, no me trae nada



de eso, sino que al llegar a casa acabo de enterarme de que mi hija está haciendo un trabajo con La Señora.

—Sí, allá acabo de verla. ¿Y qué?

—Y por delicadeza me he creído en el deber de venir a rogar a usted diga a La Señora que... que...

—¿El qué? ¿Ni qué tiene que ver la delicadeza...

—Sr. Presidente, lo mejor es hablar sin rodeos. Se trata de cosas de muchachos, que gracias a mí no llegaron a tener importancia; pues cuando me enteré saqué a mi hija de la oficina de calculadoras.

—¡Ah!—exclamó Ripoll, acordándose de pronto de la historia que tanto le hizo reír de la planetaria perturbación del nieto. Pero no dijo más.

—Sin embargo, aun no habiendo sido aquello nada, al encontrarme con estas novedades y estando ya aquí don Carlos, no me parece correcto callar a ustedes aquellos tonteos pasados, ni prudente que mi hija siga viniendo a casa de La Señora, y viendo en ella a todas horas a...

—No siga, Guzmán; eso no es de mi incumbencia.

Mi nieto, que no es sino un nieto de mentirijillas, tiene madre; ésta es quien necesita la calculadora, y, por tanto, a ella le corresponde opinar en ese asunto.

—Entonces, ¿usted cree que debo verla?

—Yo no creo sino que no puedo resolverle a usted el caso. Ahora usted haga lo que estime conveniente... Y tan amigos siempre, y perdone lo deje, pues estoy atareadísimo.

Dicho esto dió una palmada en el hombro al instrumentista y se salió de la habitación, mascullando entre dientes: "Cualquier día me meto yo en tal lío. Si se lo callo a Pepeta y ella lo sabe se me atufa; si se lo cuento, puede que se me enfurrisque Carlos; si digo que no vuelva la chica, descubro el pastel viejo, y si digo que vuelva, me expongo a ser yo quien amase un pastel nuevo. Nones: los toros verlos desde la barrera.

*Nequaquam*; soy ya perro muy viejo para meterme en tales belenes."

Al quedarse Guzmán solo permaneció perplejo breve rato, hasta que al cabo se decidió, diciéndose:

—Sabe Dios cómo lo tomará la madre. Pero, tómelo como quiera, yo no puedo hacer la grosería de quitarle la chica sin explicar porqué.

Pues lo que se ha de hacer, hacerlo: el llanto sobre el difunto.

Cuando a Maripepa le avisaron que el Sr. Guzmán solicitaba verla, supuso vendría a darle gracias por las atenciones dispensadas a su hija. Y al salir del despacho para ir a donde aguardaba el instrumentista, dijo a Carlos que se fuera con ella. Pues no daba importancia a la entrevista, ni creía hubiere de ser a solas. Siendo la primera sorpresa que en ella le aguardaba oír que, después de darle gracias por lo que ella pensaba, y él había sabido por Ña Teodosia, decía Guzmán:

—Ya cumplido este deber, yo desearía hablar a La Señora de otras cosas... delicadas.

—¡Delicadas!... Usted dirá.

—Sí... Pero... Como son de índole un tanto reservada, yo desearía... Siempre que ni Don Carlos ni usted me lo tomen a mal...

—¿No comprendo qué podamos tomarle a mal ni mi hijo ni yo?

Carlos era una pólvora, y estando además en antecedentes desconocidos de su madre, al vuelo se alertó de que sus amores con Luisa eran la causa de la visita de Guzmán. Mas comprendiendo que de nada aprovecharía impedirle de momento decir lo que allí le llevaba, pues si no hablaba entonces hablaría más tarde; deseando, de otra parte, salir pronto de dudas preguntando a Luisa, que tal vez supiera cuál fuera el contenido de la mina que veía cargada, dijo:

—Mamá, sin duda Guzmán desea confiarse a ti en algún asunto personal que no tengo por qué oír yo, sin que por ello pueda molestarme. Ahí se quedan ustedes.

Sin aguardar respuesta salióse del salón, y un minuto después, aprovechando deja entretenidos allí a los otros, entraba como un cohete en el despacho donde tenía certeza de encontrar sola a Luisa.

Pero antes de atender a lo que se dijeron los chicos, veamos qué se decían los grandes.

## XXIX

### EL PADRE Y LA HIJA

—Aun cuando me sorprenden tantas precauciones—dijo Maripepa en cuanto estuvo a solas con Guzmán—, estoy dispuesta a oír a usted.

—A no ser por las bondades que mi hija

debe a La Señora, y a no haber tenido que ausentarme, yo me hubiera guardado de enterarla de que Don Carlos y mi hija...

—¿Qué?

—Que hace tiempo tuvieron un tonto.

—¿Cómo, cómo?

—No se alarme La Señora, pues no pasó de una chiquillada.

Seguidamente, en sucinto relato, dijo Guzmán lo poco que él sabía de los amores que daba por pasados. Recalcando bien el haberse en seguida percatado de la necesidad de evitar crecieran entre quienes tenían tan dispares posiciones, y su diligencia en cortarlos a tiempo, hacía ya mucho.

—Ni palabra sabía de eso.

—Por suponerlo así, y que por ignorarlo ha traído usted a su casa a Luisa, vengo tan pronto, a mi llegada, me he enterado, de que ella estaba aquí.

—Ha hecho usted bien.

—He pensado que, ya de vuelta Don Carlos, mi hija no está bien en casa de usted.

—¿Cómo! ¡Crearía usted capaz a mi hijo de faltar en mi casa!...

—Ni digo eso, ni eso me preocupa; pues por grande que sea la confianza de usted en su hijo, no es menor la que en mi hija tengo de que jamás hará nada que pueda desdorarla. Pero no es eso.

—¿Entonces qué?...

—Temor de que aquella afición, tan a tiempo cortada, retoñe con frecuente vista y trato; miedo de que mi Luisa se enamore, no como niña, sino como mujer, de quien está demasiado alto para que en él pueda cifrar la felicidad de su vida una pobre muchacha de la modesta posición de ella; creencia de que si ocurre esa desgracia, la víctima sería ella. Esto viendo el asunto como padre; que en otro aspecto, también hay algo más que hacía ineludible mi pronta venida a informar a La Señora.

—¿Qué es ello?

—Que también a La Señora le interesa este asunto; y que habría sido en mí una indignidad dejar que, en su ignorancia, continuara trayendo aquí a mi Luisa, y facilitando que en Don Carlos creciera inclinación que al descubrirla ya crecida, habría de molestar a usted.

—Señor Guzmán, mil gracias. Es usted más que un hombre honrado: es usted un hombre delicado.

—Por tal me tengo... Pero por eso agradezco más que lo haya visto usted y me lo diga.

—Ha hecho bien, muy bien, en prevenir-

me, y tiene usted razón: será temeridad dejar que esos muchachos se vean a todas horas.

—Lo mejor es que no se vean a ninguna.

—Sí, es verdad. Pero como tampoco conviene llamarles la atención, dejándoles traslucir los motivos porque Luisilla va a cesar de venir a trabajar conmigo, podemos decirle a ella que, regresado usted, la necesita en casa; y que restando poco ya para la terminación del trabajo que me hace, puede acabarlo allá.

—Me parece perfectamente, Señora.

—Usted puede llevársela ahora; usted me irá trayendo la labor que en cada día acabe ella. Cosa no más de pocos días.

—Todos los que usted mande.

—Pues entonces, vamos allá. Pero antes despedámonos aquí.

—¿Cómo, Señora!... ¿Qué?... ¡Pero es!...

—Sí, que doy a usted la mano, porque yo tengo gusto en estrechar la suya.

—¡Señora, Señora! Gracias, gracias por haber olvidado la distancia.

—¡La distancia!... Hijos de Dios los dos. Y usted más caballero que otros que aquí abajo se crearán mucho más altos.

\*\*\*

A la carrera fué Carlos del salón al despacho, diciendo con gran vehemencia tan pronto abrió la puerta de éste:

—Luisa, Luisa. ¿Sabe tu padre algo? Para mí está ya enterado de que seguimos queriéndonos.

—No, Carlos, no lo creo... Como no sea desde su vuelta... Y no parece que haya tenido tiempo ni modo. ¿Pero por qué?

—Porque de eso estoy seguro ha venido a hablar a mamá.

—¡Dios mío, qué vergüenza!

—¡Vergüenza de quererme!

—No, no es eso. Pero de que tu mamá lo sepa.

¿Qué dirá? ¿Qué dirá de mí? ¿Dirá que la he engañado?

—No digas disparates... Es que ibas a decirle en cuanto la viste, ¿Señora, estoy muy enamorada de su hijo?

—¡Qué atrocidad! Pero...

—Mira, Luisa, no te preocupe eso... Sobre que alguna vez ha de saberlo.

—Sí, pero... ¡Tan buena como es, tan amable, tan hermosa!... ¿Pero por qué crees tú de papá?...

—Porque lo primero que ha dicho ha sido que no quería hablar delante de mí.

—¡Madre mía! Tienes razón, debe de haberlo descubierto. ¿Pero cómo habrá sido en tan poco tiempo?

—Eso ya lo sabremos luego. Ahora otra cosa nos corre más prisa. Y como pueden acabar y volver, cuando menos lo pensemos, por eso he venido escapado. Porque en cuanto sospeché a lo que tu padre venía me dió el presentimiento de que se nos viene encima una mala temporada.

—¡Ay, Carlos, Carlos! Puede que digas bien. Si papá...

—Además estoy en vísperas de emprender un largo viaje, y es probable que tu padre, que ya se ve es mi enemigo...

—No, Carlos, enemigo no.

—Bueno, de nuestro cariño, se aproveche de mi ausencia para hacer cuanto pueda para que me olvides.

—De eso no hay miedo, Carlos.

—Pero lo tengo de tu docilidad, de tu timidez, porque tú eres muy cobarde.

—Muchísimo, es verdad. Menos para una cosa.

—¿Para qué?

—Para dejarme matar, antes que dejarme arrancar del alma tu cariño.

—¡Bendita seas!

—Para eso no, no soy cobarde. Puedes estar seguro.

—Pues óyeme, pues sólo para decirte esto he venido, y tenemos contados los minutos. Puede que la oposición de tu padre, puede que la de mi madre, nos impida vernos y comunicarnos; puede que tu padre te diga que de ti no me acuerdo, que no te quiero, que por ti no he tenido sino un capricho pasajero; tal vez quiera asustarte diciéndote que mi madre no consentirá nunca: qué se yo. Acaso, separados como vamos a estar, las circunstancias lleguen a ser tales, que las apariencias parezcan darle la razón. Pues, diga lo que diga, pase lo que pase, no le creas, no le creas. Y si te pone delante una evidencia, niega la luz, si la luz te dice que tu Carlos ha renunciado a ti.

—No lo creeré. Estoy de ti segura. Como tú de mí. ¿Verdad?

—Sí, Luisa mía... Pero me voy, me voy. No conviene sepan que nos hemos visto. Pero antes quiero repetirte que jamás tu Carlos podrá querer a nadie más que a ti. Que pase lo que pase será mía... Porque Dios nos ha hecho el uno para el otro.

—Sí, Carlos, tuya, tuya... Porque sin ti no comprendo la vida. Vete seguro. Pero vete ya, pueden llegar.

—Sí, me voy... Ojalá no sea todo sino aprensiones mías. Pero si no lo son, acuérdate de lo que me has prometido.

—No pases cuidado. Por mí no ha de fallar.

—Pues lo que es por mí... Adiós. No, hasta siempre.

—Sí, sí, hasta siempre, hasta siempre.

\*  
\*\*

No obstante estar pensando desde el principio de su conversación en el riesgo de ser sorprendidos, no pudieron los novios prescindir de repetirse más de lo necesario sus protestas. Verdad que estas repeticiones, innecesarias para quienes hablamos del amor ajeno, son muy precisas a los que se abrasan en el propio.

Ellas fueron la causa de que si bien no fueran *in fraganti* cogidos juntos, les faltara poquísimo. Pues cuando Carlos escapaba hacia la izquierda del largo pasillo, a donde abría la puerta del despacho, entraban Maripepa y Guzmán por el opuesto extremo derecho, viéndolo de espaldas, cuando huía con precipitación harto elocuente.

Miráronse los padres, comprendiendo, sin decirse nada, que coincidían en igual sospecha. Robustecida, en ambos, cuando, al abrir la puerta, hallaron a Luisa, no sentada a su mesa de trabajo, sino de pie, en medio de la habitación, y le vieron el rostro vivísimamente animado con las emociones de la reciente escena. A las que, por ser hallada fuera de su puesto, sucedió susto de si habrían visto Carlos, y de la mirada con que su padre quería leerle los más hondos pensamientos.

Sin dejar traslucir lo que pensaba, dijo Maripepa:

—Luisa, su papá de usted dice que, estando ya de vuelta, la necesita en casa. Allí, por tanto, continuará usted el trabajo, que conforme avance me irá él trayendo. Recoja y llévese lo que tiene entre manos.

—Como usted mande.

Mientras la muchacha recogía los papeles, no se miraron, ni dijeron palabra, Maripepa y Guzmán. A quienes, a hurtadillas, echaba aquélla ojeadas por el estilo de las del caminante al nubarrón que lo amenaza con borrasca.

—Ya lo tengo todo recogido.

—Pues ve por tu sombrero y vuelve para que nos marchemos.

En el poco tiempo que tardó Luisa en ir y retornar, dijo Guzmán:

—Dios quiera, Señora, no haya saltado nueva chispa, que nos vuelva a encender lo que estaba apagado.

—¿Usted está cierto de que lo estaba ya?

—Desde hace bastante más de un año no he visto a Don Carlos rondar mi casa.

—Entonces sí, porque ni él es capaz de tanta paciencia ni de tan largo disimulo.

¿Y ella?

—Ella está siempre alegre como unas pascuas.

—Calle, que ya está ahí—dijo Maripepa, sin tiempo de contestar que, si no triste, había ella visto a Luisa mas de una y dos veces melancólica.

—Cuando quieras, papá... Señora, muchas gracias por lo buena que ha sido usted conmigo.

Decía esto Luisa mirando a Maripepa con ojos de los cuales aun no salían lágrimas, que humedecían ya la mirada, donde aquélla leyó un tímido deseo que contestó diciendo:

—¿Es que se va usted a ir sin darme un beso?

—No, no... Si usted me lo permite.

Al dar el beso se escaparon, no muchas, pues Luisa hacía cuanto podía por contenerlas, pero sí dos lágrimas. Con una de las cuales tropezaron los labios de Maripepa en la mejilla de ella.

Guzmán hizo una silenciosa reverencia, pues no podía hablar, y salió con su hija.

En el largo trayecto hasta su casa, ni palabra dijeron uno ni otra, que iban más nublado él y más asustada ella de momento en momento. Ya llegados allá, quejóse Luisa de que recién vuelto de un viaje todavía no la hubiera su padre hecho ni una caricia.

—Hija mía, es que estoy preocupado... Dime, ¿antes de llegar yo con La Señora al despacho, estuvo allí su hijo?

Dándole a la muchacha un vuelco el corazón, contestó con esfuerzo:

—Sí, papá.

—Me alegro lo hayas confesado, aunque habría sido inútil ocultármelo, porque lo vi salir.

—Yo no te miento nunca cuando me preguntas.

—Y dime, ¿ha pretendido reanudar aquella chiquillada?

—No, papá... Ni es chiquillada ni puede reanudarse, porque no se ha interrumpido.

Pasado el primer momento de sorpresa

que aquella noticia insospechada le produjo, contestó el padre:

—¡Y dices que no me mientes nunca, habiéndome mentido durante más de un año!

—No he mentido, he callado. Tú no volviste a hablarme de eso... Si, francamente, me hubieses preguntado si era verdad lo que tú suponías, francamente te habría confesado que me es imposible dejar de querer a Carlos.

No hace falta encomiar la impresión que el engaño en que estaba produjo en el obreiro, cual le asustó el peligro que veía en el amor, granado ya, de su hija a hombre de clase tan diferente de la suya, ni es preciso relatar con pormenores cuantos esfuerzos hizo para traer a Luisa a mirar las cosas en el aspecto en que las veía él.

Ella, protestando de su respeto y su obediencia, decía que en nada faltaría a ésta sino en no prescindir de aquel querer: y eso porque contra él su misma voluntad era impotente.

—Bien está, bien. Pues a él lo crees más que a tu padre, y pues la obstinación de tu ciega inexperiencia no permite esperar que de ti venga el remedio, lo pondré yo.

Mañana, Teodosia y tú vaciaréis los armarios y haréis todos los baúles. Pues nos vamos de viaje.

—¿A dónde?

—Cuando llegemos lo sabrás.

Con esto, y levantándose, puso fin Guzmán a la conversación.

El silencioso llanto que hacía rato vertía Luisa se trocó en angustiosa congoja que, impresionando al padre, más todavía de lo que ya lo estaba, le hizo acercarse a ella, cogerle la cabeza, darle un beso y decirle:

—Hija mía, no pienses que a tu padre no le duelen tus penas... Pero prefiero que ahora llores unos días a verte luego llorar años. Prefiero quitarte yo tus ilusiones, a dejar que te las quite el desengaño, que aún habría de dolerte más.

\*  
\*\*

Cuando el instrumentista y su hija dejaron sola a Maripepa quedóse ésta reflexiva, contemplando durante unos minutos la cerrada puerta por donde habían salido. Hasta que diciendo "¡Pobre criatura!", dió media vuelta y fué a sentarse en su sillón de despacho.

Frontera a él estaba la mesilla volante donde solía trabajar la que por dos sema-

nas había alegrado aquella habitación con luz de juventud.

¡Pobrecita!, tornó a decir, la bondadosa mujer, al ver vacío aquel sitio, y acordarse de las miradas que desde allí la habían acariciado y de las cordiales y reverentes contemplaciones de que a veces la había sorprendido ser objeto. Después pensó en los frecuentísimos inexplicables rubores de la niña. Los que ahora comenzaba a sospechar nacieran de pueril miedo, de la pobre inocente, a que la madre de Carlos le conociera que lo tenía en el alma.

¡Pobrecita!, repetía su pensamiento, sin duda se acordaba del hermoso muchacho que como un meteoro había pasado por los primeros días de su juventud, dejando en pos de sí melancolía de ilusión perdida.

Si supieran esos chiquillos locos cuántos dolores siembran con sus ligerezas... Para ellos un devaneo es, episodio no más, fugaz recuerdo; para ellas amargor que a veces perdura a través de la vida.

¡Ay, Carlos, Carlos, qué pronto empiezas a hacer daño!... Y es bueno, es bueno, pero joven y loco.

¡Pobre Luisilla! ¡Tan ingenua, tan dulce, tan cariñosa!... ¡Pobre padre!...

¡Ea!, basta: sin tener culpa en ello me estoy dando un mal rato. ¿Qué le voy a hacer yo?... Son las pícaras tristezas inevitables de esta vida.

### XXX

#### HIJO Y MADRE

Mientras, en pensamiento, calumniaba Maripepa a Carlos, hervían en el de éste sucesos, planes, y en su corazón impresiones, afectos, recelos: su madre de aquí abajo y Guzmán; su abandonada y verdadera madre, a quien sentía impacientísimo deseo de correr a salvar; el proyectado viaje, dificultades de él, luchas que acaso fuera preciso sostener en aquel ignoto mundo; Luisa de la que habría de separarse; temores y esperanzas, encontrados propósitos: todo revuelto y bregando en su ánimo, hasta que tras dos horas de cavilar, e ir y venir de un lado a otro de su cuarto, se paró de pronto, y dijo casi a gritos:

—¡Ea!: basta de dudas, basta de tapujos. Soy un hombre, no un niño. Si a Luisa le asusta su papá, no hay porque a mí me asuste. Iré a verlo, le afrontaré el asunto cara a cara.

Una vez adoptada esta resolución quedó más aquietado, hasta que al ver a su madre a la hora de cenar, y no darle buena espina que ella no hiciera la más leve alusión a su entrevista con el padre de Luisa, volvieron a asaltarlo las cavilaciones de antes y, con éstas, la nueva de que sería en él imperdonable falta de consideración a aquélla lanzarse a hablar a Guzmán sin prevenirla.

Su propensión a ejecuciones prontas lo impulsaba a hacer con ella, aquella misma noche, confesión general de amorosos sentimientos, y a enterarla del paso que había pensado, pensado no, resuelto dar. Mas pareciéndole no estaría demás madurar un poco el cómo iniciaría la importante conferencia, decidió consultarlo con la almohada.

La almohada le sirvió de poco; pues, por venir pilotando el avión, no había dormido la víspera; y en cuanto cayó en aquélla se quedó dormido. A despecho de sus cavilaciones. Lo cual no dice nada en contra del más vehemente amor que sentir pueda un corazón de diecinueve años.

A la mañana, fué su primer idea pergeñar hábil proyecto de entrevista con su madre; mas cuando iba acabando el andamiaje de ella entró un criado diciéndole: "Ahí está ésa."

Al oírlo pegó Carlos un brinco, por saber que ésa era Ña Teodosia; y salió a la carrera.

—¿Qué, traes alguna carta urgente?

—No, la niña no se atreve a escribir. Pero me manda a decirle que el amo nos ha mandao hacer toítos los mundos, pa dirnos de viaje.

—¿A dónde?

—Mi niña no lo sabe.

—¿Hoy?

—Eso no pué ser: hacer tos los mundos en un día es un imposible.

—Verdad: el Creador tardó siete... Pero ¿qué más dice Luisa?

—Ella no dice más que llorar.

—Pues dile de mi parte que no lllore. Que todo lo voy a arreglar hoy mismo.

Se fué la criada y al quedarse solo Carlos pensó que la urgencia de evitar *le robaran*, tal decía él, su Luisa no consentía perder ni siquiera minutos en hablar a Guzmán; y que con esta urgencia se disculparía él luego con su madre de no haberla prevenido de lo que iba a hacer. Pero cuando se aprestaba a salir, entróle miedo de que su convencimiento de ser ya un hombre no fuera compartido por aquel: en

relación, al menos, con la naturaleza del asunto que le iba a plantear.

Claro es que no se atrevería a llamarlo chiquillo, pero ¿qué iba él a contestarle si rehusara oírle por no ser todavía sino no emancipado hijo de familia? Aquel riesgo era grave, no remoto, y, cortando los vuelos a su decisión, lo sumió en perplejidad sobre cuál tomaría entre varios caminos, algunos muy disparatados, que a su necesidad ofrecía su vehemencia. Hasta que al fin echó por el de las habitaciones de su madre adoptiva. Sin acordarse del discurso medio proyectado. Muy deficiente ya para el alcance del imprevisto y apremiante conflicto que lo llevaba allí.

—¿Qué te trae aquí tan de mañana?— preguntó ella sorprendida.

Buscando circunloquio para entrar en materia, sin soltar de improviso escopetazo demasiado estrepitoso, contestó diciendo:

—Deseo de saber qué te dijo ayer Guzmán.

—La pregunta me indica que lo sabes.

—Sí, pero...

—No pensaba hablarte de ello, pero sí vigilarte, para evitar que, sin medir las consecuencias de lo que hagas, perturbes la vida de una pobre muchacha reavivando esperanzas...

—No te entiendo, mamá.

—Te vi salir ayer de mi despacho, y entonces me hice cargo de con cuánta razón temía el padre de esa niña que si aquí la vieras con frecuencia se te ocurriera volver al pasado tonto. Y ya vi que para ello no fué necesaria la frecuencia.

—Mamá, ni aquello fué un tonto, sino cariño hondo, muy hondo...

—¿Cómo?

—... ni hay porqué volver a él, cuando nunca ha cesado.

—¿De modo, entonces?

—Que somos novios, sí... Eso, precisamente, vengo a decirte hoy.

—¿Y porqué hoy y no antes, y porqué tan temprano y tan de prisa?

—Porque habiendo hecho la casualidad que conozcas y trates, en estos días, a Luisa, con cierta intimidad, hoy es cuando ha surgido urgencia, para mí, de preguntarte qué te parece.

—¿Qué me parece?... Muy bonita.

—No va por ese lado mi pregunta.

—Que está bien educada.

—Bien; pero de sus condiciones morales.

—Mira, Carlos, quince días no son suficientes.

—¿Para que una mujer de tu talento juzgue a una criatura de diecisiete años, que es la pura sencillez, y con quien pasa diez horas por día?

—Pues, a pesar de eso, yo no puedo decirte sino que me parece simpática...; pero no más...

—Ni lo necesito: de no estimarla no te lo sería.

—Pero es que yo no la miraba con la atención que lo habría hecho si hubiese sabido...

—¿Que es mi novia?... Entonces no la habrías mirado de ninguna manera; porque de fijo, no la habrías traído. Mejor que lo ignoraras; pues tratándola sin prevención, como conviene tratar a las personas para juzgarlas con imparcialidad, has podido apreciar su inocencia, su bondad...

—Para, hijo mío, para.

—Si es que le niegas...

—Ni niego, ni concedo... Pero no puedo ni quiero ir a tu paso... Y menos cuando aun no sé para qué te urge conocer mi opinión sobre esa muchacha.

—Para saber si, como yo, la crees capaz de hacer mi felicidad.

—Pues aunque pienses lo contrario, eso no se averigua en quince días. Ya ves que corres demasiado.

—No: yo lo he averiguado en quince meses. En esto no me acusarás de ligereza.

—Pues dame el mismo tiempo para contestarte.

—No te burles, mamá. Si tú supieras cuán adentro en el alma tengo a Luisa, cuán hondísima es mi convicción de que ella es la única mujer...

—No es que me burle, Carlos; sino que tales convicciones de la gente moza se desvanecen muchas veces con los años: que las precipitaciones que tú crees necesarias tienen que parecerme inconvenientes: que es mi deber, y mi derecho, mirar las cosas con más serenidad, y en otros aspectos que las miras tú.

—¿Otros aspectos?... Conociendo tu elevación de sentimientos no se me pasa por la imaginación que mires estas cosas de la ruin manera que las ve el padre de Luisa, ni creo te acuerdes de que Luisa es pobre.

—Haces bien en no creerlo. Pienso que eres suficientemente rico para no cuidarte de buscar en ninguna mujer sino bondad y cariño.

—Bien lo sabía yo...

—No: en eso no vería yo obstáculo; pero puede haber otros inconvenientes, otras

desigualdades... No te alborotes: no afirmo que las haya, sino que no sé si las hay, y que aun cuando las haya, tú no estás en estado de verlas ni en edad de apreciar su importancia.

—Más de una vez, y no es de hoy ni de ayer, me has dicho y demostrado que me tienes por un hombre.

—No lo niego; pero en este asunto...

—Es el más importante de mi vida, y hoy ha llegado a punto en que no admite espera. Porque ese hombre va a llevarse a Luisa.

—Ese hombre es su padre... ¿Pero dices que va a llevársela?...

—Sí, no sé adónde. Pero yo no he de consentirle que me la arrebate.

—¿Que no has de consentirle a un padre...! ¿Pero te has vuelto loco?

—Porque no lo estoy acudo a ti.

—¿A mí? ¿Y qué puedo hacer yo?

—Lo que yo no, porque no me haría caso: decirle que es mi felicidad la que se lleva, y que tú no quieres verme desgraciado.

—¡Hijo mío, hijo mío!... ¡Jesús, Jesús! ¿Quién habría de creer que esto llegara ya a este extremo?... Serénate, hijo mío.

—No es posible serenidad mientras yo vea que me la llevan. Mamá, tú, que siempre eres tan buena para mí, mira que es mi felicidad la que te pido.

—Mi felicidad que siempre ha sido el anhelo de tu vida.

—¡Carlos, por Dios! Si continúas así voy a ser yo quien necesite serenarse. Déjame ver las cosas con el sosiego con que debo mirarlas. Yo no puedo, cual tú, juzgar en un instante en dónde está la felicidad de tu vida entera...

—¿Quiere decir, entonces, que tú también te opones?

—Quiere decir que necesito sustraerme a la emoción con que quieres arrastrarme; que mientras no esté completamente cierta de que tu dicha está donde crees y de que esa niña es cual supones.

—¿Como supongo!

—Bien, como suponemos. Que hasta que me convenza de que en ti habla algo más que violenta efusión pasajera.

—¿Y cuándo podrás saber todo eso?

—Qué sé yo, Carlos, qué sé yo...

—Y mientras tanto me quedaré sin ella.

—Si para ser feliz la necesitas, después la encontrarás. No ha de llevársela fuera de este mundo.

—Pero yo me voy de él... Si no fuese por

eso, a no tener yo que cumplir ese deber ineludible...

—¿Qué?

—Que me iría detrás de ella, fuera donde fuese.

—¡Dejándome!

—Perdóname, mamá... No veas en mis palabras... Al decirlas no pensaba sino en ella... ¿Y qué ha de hacer el hombre a quien le quitan su vida, sino irse detrás de ella?...

La energía con que Carlos hablaba produjo hondísima impresión en Maripepa, aumentada al oírle proseguir.

—Por eso, porque tengo que irme, y porque me la quitan cuando es imposible que yo me desentienda de esa sagrada obligación, acudo a ti. Confiando, como siempre, en tu cariño. Sácame de esta tremenda situación en que me encuentro: entre mi amor, que no quiero perder, y el deber, que no puedo olvidar.

—Ven, ven acá, hijo mío—dijo Maripepa abrazándose a Carlos—. Ven y óyeme. Pero para que tu viveza no se alarme, entendiéndolo en lo que es preciso me oigas más de lo que te diga, oye, en primer lugar, que yo no te abandonaré nunca.

—Gracias, gracias, mamá.

—Y ahora contéstame. ¿Es que pretendes casarte antes del viaje?

—Sí.

—Pues es absurdo. Aun no teniendo en cuenta tu escasa edad, nadie se casa al emprender, sino al acabar, empresas de tal exposición y semejante gravedad.

—Pero...

—Si te aferras en que con esa precipitación, y de ese modo, te saque del conflicto no tendré más remedio que dejarte en él. Yo no me dejo contagiar de tu ceguera; pues eso sí que sería abandonarte.

—¿Pero entonces?...

—Calma. Te he dicho que no entiendas más de lo que me oigas, y que no te abandono: y eso quiere decir que si tú y Luisa os merecéis seréis felices.

—Sí, sí, mamá, nos merecemos.

—No digo que no; pero no basta que lo creas tú mientras no lo vea yo... Además, y dado que lo vea, yo he de juzgar el cuándo debáis y podáis serlo... Déjame hablar.

—Es que no veo cómo... Ni sé qué vas a hacer...

—Ni todavía yo... Pero si en ella tienes fe, y la tienes en que tu dicha es el mayor de mis deseos; si además piensas que yo sé bien que la felicidad de corazones como el tuyo y el mío no puede cifrarse ni en la

ruindad de las riquezas ni en la puerilidad de sociales prejuicios cuando resulten huecos, eso debe bastarte para dejarlo todo a mi cuidado.

—Sí, sí, mamá... Bien cierto estaba de que hoy había de encontrar a mi madre de siempre.

—¿Estás de mí seguro?...

—Sí.

—Pues entonces obedéceme en todo ciegamente, sin preguntar porqué.

—Sin preguntar.

—Aunque te prohíba verla.

—Pero eso, ¿porqué?

—Ya supondrás que no ha de ser por gusto de mortificarte.

—Aunque me lo prohibas.

—Pues tenlo por prohibido desde ahora.

—¡Ah!... Bien... Pero a lo menos evitarás que se la lleven...

—Yo no sé lo que haré. Habiendo tú de salir de la Tierra te debe ser indiferente el lugar de ella en donde quede esa muchacha.

Además, no te oculto que, para averiguar si os merecéis, nada me será de tanta utilidad como evitar que os veáis, mientras yo no lo crea conveniente.

—¡Ah! Es que...

—Has dicho que obedecerás a ciegas.

—Obedezco. Tengo fe en ti, en ella, en mí.

Con esto, un desbordamiento de filiales efusiones del vehemente muchacho, y unas cuantas prudentes advertencias de la que era para él bondadosa madre acabó lo sustancial de esta entrevista. De la que aun no sacando cuanto a ella fué a buscar, y a despecho del mal humor causado por la prohibición de ver a la novia, no salió Carlos descontento del todo.

### XXXI

#### DE CÓMO ERA FORZOSO QUE VIAJARAN LUISA O CARLOS

Ya se ha dicho antes que las cosas más remotas y heterogéneas, pongo por caso, el amor y la astronomía, se traban con misteriosos hilos invisibles a los hombres. Con los cuales un problema de física estelar perturba, por ejemplo, un amoroso idilio, o a la inversa, pasionales sentires entorpecen un descubrimiento.

Así el proyectado y jamás visto eclipse que Ripoll se preparaba para cuando anduviera entre los astros, el cual es de esperar contemplemos en su compañía, fué causa

inmediata de los acoplamientos de aparatos en el motoplaneta, y por tanto del viaje de Guzmán a Paramillo. Sin el cual ni Luisa habría ido a trabajar junto a la madre de su novio, ni tenido su padre, a la vuelta de América, que ir a ver a esta señora; ni se habrían descubierto los amores de los dos muchachos, etc. No voy a repetir lo ya contado; pues no hace falta para ver que el hilo de la ciencia había dado un tirón de los corazones, que en virtud del principio, clásico en mecánica, de igualdad entre la acción y la reacción, se desquitaron dando, mientras Carlos hablaba con su madre, otro tirón tremendo de los planes de Don Jaime. Con amenaza de frustrarle sus más caras ilusiones astronómicas.

El tal tirón, que, cual terremoto, conmovió al Presidente, fué la renuncia que de su plaza, en el T. I. de V. P., le presentó Guzmán, la citada mañana. Dando por causa de ella necesidad de regresar a su país.

Un brinco en el sillón y un puñetazo en la mesa fueron proemio de esta respuesta.

—De ningún modo. Imposible: usted no se va; qué se ha de ir; pues no faltaba más. Ahora lo necesito como nunca. Precisamente llega usted cuando iba a llamarlo para notificarle que he decidido llevármelo conmigo a Venus; pues es muy verosímil que en el viaje necesite modificar y perfeccionar los aparatos que usted me ha hecho. Ya ve que no puede marcharse.

—Lo deploro muchísimo; pero...

—Que no, hombre, que no. No perdamos el tiempo en hablar de eso.

—Señor Presidente, motivos personales me hacen imposible complacer a usted.

—No hay motivos personales que valgan ante los intereses de la ciencia... No haga usted gestos ni sea terco, ni hablemos más de eso. Se viene usted conmigo.

—Ya he dicho a usted, que no es capricho sino...

—Es que ya supondrá usted que aun cuando su remuneración aquí es muy bonita, nada tiene que ver con la de ese servicio extraordinario, que sería espléndida.

—No se trata de eso: no son motivos económicos los que me obligan a marcharme.

Como la víspera le había dicho Ripoll que las cosas de Carlos no eran de su incumbencia, nada dijo el instrumentista sobre las causas de su determinación.

—Es que prevengo a usted—insistió el terco viejo—que su boca será medida; que no regatearé, que a la vuelta del viaje le admitiré la renuncia, se lo prometo. Que



entonces será más oportuna; porque ya tendrá usted asegurado el bienestar de la vejez, aunque no quiera volver a trabajar más.

No es raro que las más trascendentales resoluciones de la vida de los hombres no sean producto de laboriosa meditación, sino de repentinas decisiones, traídas por imprevistas circunstancias, que a veces desbaratan muy pensados proyectos. Tal le ocurrió a Guzmán, cuando las últimas palabras de Don Jaime hicieronle pensar, no en su vejez sino, más allá, en su muerte, y en la orfandad de Luisa, decidiéndolo, de pronto, a modificar los planes la víspera formados.

Mas como para conocer los viejos y los nuevos, y con éstos el fin de su entrevista con Ripoll, será más útil, y evitará repeticiones el saltar desde luego a la que al salir de ella tuvo con La Señora, corto la narración de la primera en el punto a que ha llegado. Sin que a lo dicho ya sobre ella sea preciso agregar sino que cuando Ripoll se quedó solo exclamó:

—Gracias que lo he convencido. ¡Porra con el tío gaitas, que siempre está queriendo renunciar algo!

\*  
\*\*

Ignorante, claro es, de que la madre de Carlos estaba tan enterada ya como él del pícaro noviazgo, se creyó Guzmán en el deber de informarla de lo que por Luisa había él averiguado, y de su resolución de poner, cual radical remedio, tierra y mar entre los novios, yéndose a América con su hija.

Esto sería la ruina de los proyectos que a Trujillo lo trajeron. Con la ilusión de hacer en unos años ahorrillos suficientes a evitar que a su muerte quedara Luisa exclusivamente atendida a los escasos rendimientos de la mecanografía y el cálculo. Pues lo poco que en su corta estancia en el Instituto había logrado ahuchar se lo comería mientras hallara nueva plaza en otro observatorio. Pero todo antes que dejar a su hija en los riesgos de aquel cariño a un hombre que el instrumentista no creía pudiese llegar nunca a casarse con ella. Pues aun teniendo gran confianza en la honradez de su hija, y por difícilísimo cayera en faltas graves, sabía que el cariño puede mucho y quería precaverse hasta contra lo más inverosímil.

—Claro es—decía después de hablar de

todo esto a Maripepa, si bien más por extenso de lo que que resumido dejo en los últimos párrafos—que las bondades de usted me obligaban a informarla de lo que ayer me confesó mi hija, y de nuestra marcha.

—¿Y cuándo se van ustedes?—preguntó ella, que hasta entonces no había hecho sino escuchar silenciosa.

—Mañana. Pero ya no a América. Porque habiéndome ofrecido el Señor Presidente, si me avengo a acompañarle en el viaje, un seguro de vida de importancia a favor de Luisa; y bastando a mi objeto de evitar nuevos encuentros sacarla de aquí durante el mes que todavía falta para la partida de Don Carlos, en el que mi trabajo extraordinario me impediría vigilarla, he resuelto llevarla a un colegio, en donde podrá luego aguardar mi regreso de Venus. Si Dios quiere que vuelva.

—¿Y a dónde la lleva usted?

—A Orléans.

—¡A Orléans!

—Sí, señora. Pensé primero en Sevilla o Madrid.

Pero habiendo aeroplanos en el Instituto, que en pocas horas permiten ir y venir a esas poblaciones, y conociendo el... temperamento de Don Carlos, me han parecido demasiado cercanas.

Al oír lo del *temperamento* se sonrió Maripepa y dijo:

—Veo que es usted prudente y que conoce a mi hijo.

—De los escarmentados nacen los avisados. Me han tenido en el limbo más de un año. No quiero que sigan engañándome.

—Y dice usted que se van mañana.

—Por la mañana, sí, señora. Yo estaré aquí de vuelta en tres o cuatro días. El Señor Presidente me ha dado permiso... Y ya, si la señora no tiene algo que mandarme...

Con verdad había dicho, dos horas antes, Maripepa a Carlos no saber aún cómo averiguaría cuanto creía necesario para opinar y proceder en el afectivo problema que él había planteado y aplazado ella. En esta indecisión la cogió la llegada de Guzmán; mas según hablaba éste, y ella escuchaba sin interrupciones ni comentarios, iban alboreando ideas que, eslabonándose con movimientos del corazón, acabaron por darle el plan que le faltaba.

La primera idea, nacida al oír a Guzmán que se llevaba a su hija, fué que si ésta se iba perdería ella toda posibilidad de tratarla y de estudiar, como la interesaba,

aquellas condiciones morales de las que no formó mala impresión cuando miraba a Luisa, sin saber que era novia de Carlos; pero que, ya sabido esto, era preciso examinar más a conciencia. Así como ver si existían desigualdades de educación, tampoco antes advertidas, que para la inteligente mujer eran, y no las de fortuna o nacimiento, las verdaderamente peligrosas en matrimonios desiguales.

El primer sentimiento fué de lástima a la pobre muchacha acostumbada al calor del hogar, que en aquellos tristes momentos para ella iba a verse, a la par, privada, tal vez por mucho tiempo, del cariño y la vista de su padre y de su novio, entrando en un colegio cercana ya a los diez y ocho años.

Trabáronse ideas y sentimientos, dándose mutuo apoyo, robustecido por el de otras y otros que por brevedad no especifico; y cuando ya Guzmán se despedía, un tanto sorprendido de la aparente sequedad de la señora, cuya afabilidad lo impresionó la víspera, lo detuvo ella diciendo:

—Aguarde un momento. ¿Ha estado Luisa antes de ahora en algún colegio?

—No, señora.

—¿Sabe francés?

—Tampoco.

—¡Pobrecilla! Muy mal lo va a pasar... Y quién sabe hasta cuándo.

—Muchas gracias, señora, por su interés. Ya lo he pensado yo, y bien me duele; pero la necesidad no tiene entrañas: a grandes males, grandes remedios.

—Si usted me permitiera mezclarme en sus asuntos.

—Que si permito... Lo que hace usted es honrarme.

—Pues entonces, acaso podría hallarse remedio menos doloroso para la pobre niña, que esa condena a largo y solitario encierro.

—Dudo mucho, señora, que ningún otro evite lo que...

—¿Porqué, en vez de meterla en un colegio, no me la deja a mí hasta que regrese usted del viaje?

—¡Señora, señora!... No sé cómo agradecer... ¿Cuándo podría yo, cuándo podría ella esperar?...

—Voy a quedarme muy sola... Ella me acompañaría...

—Señora, si alguna vez necesita que por usted se deje matar un hombre, acuérdesse de mí... Pero esa solución, buena para después de comenzado el viaje, no evitará en el mes que hasta entonces falta la proxi-

midad de los muchachos. Y sabe Dios los desatinos de que en un mes son capaces unos amores contrariados.

—No habrá proximidad, porque mi hijo vuelve mañana a Paramillo. Que está de aquí mucho más lejos que Orléans.

—¡Ah! Yo no sabía.

—Para sus arrestos me ha parecido que todavía está Orléans muy cerca. Allá en los Andes lo tendremos más seguro. No porque no lo crea muy capaz de venirse todavía de más lejos, sino porque de nada le servirían sus escapadas estando aquí nosotros.

—Sí, eso es todavía más seguro.

—Además, mi plan tiene la ventaja sobre el de usted, de no trastornarme los trabajos pendientes, dejándome sin calculista cuando más la necesito. De modo que usted dirá.

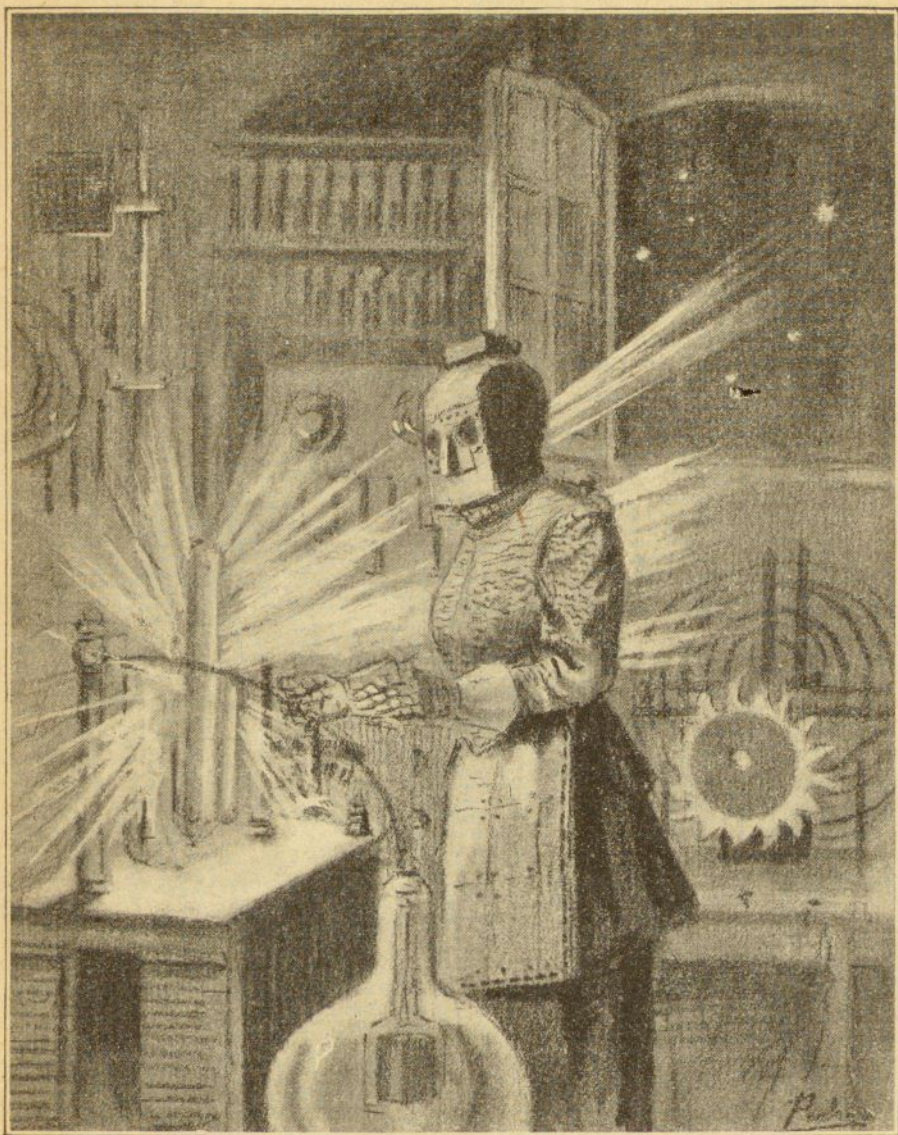
—Señora, yo no me atrevo a decir nada; me parece un abuso.

—Pues si usted no se atreve, me atreveré yo. Mañana se va mi hijo, pasado vuelve Luisa a trabajar aquí durante el día; y cuando usted emprenda el viaje, en lugar de volverse a dormir a su casa se queda aquí a mi lado. No tenga miedo, se la cuidaré bien.

La respuesta de Guzmán, pues su emoción no consentía otra, fué besar fervorosamente la mano de Maripepa, dejando en ella una gota de agradecimiento. Entonces se acordó ésta de aquella otra, la víspera encontrada en la cara de Luisa, y en lo hondo de su alma dió gracias a Dios de haberle dado corazón capaz de hacer verter al padre y a la hija suaves lágrimas que no eran de dolor.

\*  
\*\*

No solo no dijo Maripepa palabra en la anterior conversación de la sostenida con Carlos poco ha, ni de que ya sabía cuán vivos estaban los amores que se dieron por muertos, sino que, con lo del destierro del amador a Paramillo, tuvo cuidado de hacer creer a Guzmán en oposición de ella, también a rajatabla, a aquéllos. Y además, aludiendo a los cálculos amenazados de interrupción con la marcha de Luisa, vistió su plan de un poco de egoísmo. Todo con bien deliberado propósito de que el padre de aquélla no llegara a sospechar que, aunque borrosa, incierta, acaso destinada a deshacerse con el trato de la madre y la novia de Carlos, existía remota posibilidad de que se realizara con el tiempo lo que éste y Luisa deseaban.



Sin ayuda de nadie hizo la Capitana funcionar su pistola estelotelegráfica.

Cuando salió Guzmán, y los ojos de la bondadosa mujer tropezaron, cual la tarde anterior, con la vacía mesa en donde, a los dos días, estaría otra vez Luisilla, murmuró sonriente:

“¿Será que también yo me vaya enamorando un poco de la chicuela esa?... ¡No, caramba!: para ciego ya hay bastante con Carlos. Yo he de mirar de otra manera.”

\*  
\*\*

Aquella misma tarde dijo a Carlos su madre adoptiva que habiendo de desempeñar en el viaje funciones de segundo de Valdivia; conviniendo se trataran más para conocerse bien a fondo; siendo interesante perfeccionara a él, a la par, cuanto fuere posible su preparación, y aun hiciera bajo la inspección de aquél algunos ensayos de vuelo, en los cuales gobernara él el autoplanetoide, había resuelto que al siguiente

día se fuera a Paramillo, y allá estuviere hasta la partida.

—Pero mamá—contestó el chico—, yo creo que estoy ya bien enterado. Acabo de venir de allá.

—No importa, hijo mío, es conveniente que vuelvas.

—Yo estaba consentido en que a tu lado pasaría este mes que nos queda hasta que forzosamente nos separemos.

Llenáronsele de agua los ojos a la madre, pues aquel era el grande y doloroso sacrificio que se imponía, para ver si la felicidad de su hijo estaba en donde él la buscaba, y si ella debía dársela como él se la pedía. Pero haciéndose fuerte respondió:

—Eso mismo te prueba que si de ti me privó en ese tiempo, es por creerlo indispensable. Que en bien tuyo lo hago.

—¿Pero no será otra tu intención?

—Has prometido obedecer sin preguntar.

—Me marcharé mañana.

\*\*

A la noche ya había Carlos atado varios cabos.

1.º Por Ripoll supo que el maestro instrumentista era un informal con quien no se podían atar dos cuartos de cominos: "Que me voy y no vuelvo, que me voy pero vuelvo, que ya no vuelvo porque no me voy."

2.º Que el "ya no vuelvo porque no me voy" lo había dicho Guzmán cuando volvió al despacho del Presidente después de larga estancia en el de La Capitana.

¿Cómo averiguó esto Carlos? No lo sé, pero él lo sabía.

3.º Que su innecesaria ida a Paramillo y aquel "Has prometido obedecer sin preguntar", conque se vió atajado en sus objeciones, podían muy bien tener que ver con la escasa formalidad de su maldito suegro.

Si no—argumentaba para sí el muchacho—, ¿porqué a la misma hora en que él resuelve no irse, mamá decide que me vaya yo?

Aquella proscripción que sobre él caía presentaba todas las apariencias de ser principio del calvario que su madre le preparaba... ¡Cómo había de ser! Lo aceptaría; pues viniéndole de ella no era probable fuere más cruel de lo indispensable.

4.º A todos estos cabos se unió otro traído al anochecer por Ña Teodosia, que le dijo:

—Señorito, ya no hay mundos.

—¿Cómo?

—Quié icir que están vacíos; que esta tarde hemos desbaratao lo que apañemos por la mañana; que ya del viaje ná, que no hay viaje.

—Sí, viaje si hay... Solo que otro.

—No, señor, denguno. ¡Anda, y m'olvídaba lo otro; que la niña va a golver ajunto La Señora.

—¿Qué, qué dices?

—Que en dimpués de mañana güelva mi niña aquí a darle al maquinismo de los numeracos.

—Ya me lo figuraba yo, ya me lo figuraba.

—¿El qué?

—Nada. Aguarda.

Pensaba Carlos que su promesa de no ver a Luisa a nada le obligaba respecto a la escritura. A tal rayo de luz, de improviso encendido en su mente, respondía el "aguarda" dicho a Teodosia. Quien, a los cinco minutos, se metía en la faldriquera una carta, que una hora después leía Luisa.

He aquí la misiva:

"Ángel de mi vida—esto, de ángel, es de rúbrica en novios de menor edad—. Me voy mañana al autoplanetoide.

"No sé cuándo nos veremos, porque empiezan los malos tiempos que ayer te dije presentía; pero acuérdate de lo que me prometiste, de lo que te juré, y ten esperanza. Porque mi madre, que no es como el tuyo, no me atrevo a decir, pero sí a creer que nos va a proteger... De un modo muy desagradable, sí, pero es el suyo y no hay sino aguantarse; porque es muy buena, bonfísima, pero también muy buena aragonesa, terca como ella sola, y no puede irse pelo arriba...

"Ah! Se me figura, tengo mis motivos, que no le has parecido mal del todo. Pero ojo, muchísimo ojo, porque te va a mirar con lente.

"Ya me ha dicho Teodosia que habéis deshecho los mundos. Eso creéis vosotras; pero, ca, los ha deshecho ella.

"Todos los días recibirá el cartero carta mía para ti. Te llegará como ya sabes. Ojo al periódico."

Detrás de esto seguían dos planas de ternezas y juramentos. Mentira parece que ni en taquígrafia pueda jurarse por escrito tanto en cinco minutos. Verdad que iban malísimamente escritos. Pero los que no se entendieran ya los adivinaría la beneficiada.

## XXXII

## LOS MUNDOS HABLAN

El 20 de agosto volvió a turbarse el espectro de Venus. Que traducido, cosa que, después de aquellas primeras investigaciones del bisabuelo y el biznieto, era ya obra de coser y cantar, resultó decir:

“Primero setiembre.”

Ya se recordará que el veto había sido alzado. El mundo, sí, tal como suena, el mundo entero estaba ya impaciente, nervioso, excitadísimo desde que fueron divulgados los venusinos despachos espectrales, dando la onda en que vendrían los venideros radiogramas y anunciando, para setiembre, la llegada de éstos. Pero la excitación llegó a la cúspide de su creciente climax al conocerse la precisa fecha. Pues tampoco Ripoll se descuidó esta vez en telegrafiarla a las agencias de información periodística.

Esta satisfacción no aplacó, al almogar, pero le suavizó, el humor de perros: de perros que mordían, según decir de sus subordinados con él favorecidos, desde que Pepeta, a la cual no mordían, pero gruñían los perros, le quitó a Carlitos. Y eso que éste no era acreedor a que de menos se lo echara, pues el muy descastado apenas escribía unos renglones, y no pasando nunca de la primera página, cada cinco o seis días.

Injusticias del viejo; porque bueno quedaba el pobre chico, para llenar carillas, después de rellenar ocho o nueve a diario.

Con regocijo de Luisa y conflicto grandísimo para Na Teodosia, que entre correspondencia añeja y epistolario fresco ya no sabía dónde meter su ropa. Por tener convertido su baúl en archivo de la prosa ardentísima de Carlos, copiosamente derramada en quince meses.

Luisa había acabado ya de calcular las tablas de La Capitana, pasando a ser su mecanógrafa, a ayudarla en labores de aguja, y a arreglarle el fichero de la biblioteca.

Si yo tuviera tiempo describiría las efusiones de la chica con la bondadosa dama, la mañana, en que pasado su destierro de tres días, retornó la primera a la mesita aquella, que cuando inocuada entrístecía a la segunda. También diría algo de sus charlas, y de los apuros de Luisa cuando acordándose de que la estaban mirando con lente, se preguntaba qué le estarían viendo dentro con ella. Pero no lo tengo, pues más trascendentales que los paliques de silla a

silla de dos mujeres, son las conversaciones de dos mundos.

El día 21 se repitió el mismo venusgrama. Ya no reiterado el 22, porque la ampolla de la excapitana envió un *terrograma*—o *telurigrama* si mejor suena a uste—como el pasado, sin palabras; pero que desfigurando, cual aquél lo había hecho, el retrato espectral de la Tierra, y recogido en los observatorios venusianos, fue por Sara lógica y atinadamente interpretado como acuse de recepción de sus últimos mensajes. Que no había, por tanto, necesidad de repetir más.

\*  
\*\*

A tal llegaba el público entusiasmo con el futuro, y en toda probabilidad cercano viaje al lucero, vespertino hasta octubre, matutino después, que a la gente pareciale ya poco un autoplanetoide, y pedía se construyeran más. Por si acaso naufragare el A-1—éste era el nombre del que iba a hacer segundo viaje—, y a fin de establecer, con periódico carácter, mensajerías venusianas, puesto que el tal planeta estaba ya maduro para ligarse al nuestro por servicios regulares; y no sólo para esto, sino pensando en acometer exploraciones en todos los demás hermanos planetarios.

Así son, así han sido y así serán las multitudes, por doquier y en toda época. Eso decía ahora la pública opinión que tan cruelmente se burlaba, años antes, de La Capitana, de Ripoll y del botijo estelar, cual a despecho de su preclara historia fué llamado el aviplaneta, al regreso de su primer viaje. Ahora volvía a ser glorioso, y gloriosa Maripepa, y glorioso el almogavar.

No hay que decir si a éste, y a sus colegas de la Directiva, les parecía o no de perlas la fabricación de muchos novimundos; mas por lo pronto, y mientras la pública opinión, sacara de populares suscripciones, ya iniciadas, dinero para construirlos a docenas, lo cual no parecía muy inmediato, pues no es lo mismo entusiasmarse gratis que aflojar el bolsillo, limitóse el Consejo a acordar la fabricación de uno, el A-2, que era para lo que tenía dinero el Instituto, y a nombrar a la excapitana ingeniero director de la obra. Con lo cual le cortaron labor en que emplearse en tanto regresara el A-1.

Esto traía consigo que, en lugar de aguardar en el Instituto el regreso de aquél, lo aguardara en los Astilleros de Paramillo

Bien conocidos de quienes han leído el primer viaje planetario.

En prensa, en tertulias, en centros científicos, y en los que, sin serlo se daban infuflas de tales, palidecía, se esfumaba, se enpequeñecía, era eclipsado todo artículo o noticia no referente a Venus, a la desterrada, al T. I. de V. P., a su egregio Presidente. Que a agregio había subido el asno de antes.

Noticias, ciertas o inventadas, del próximo viaje; biografías de héroes y sabios del primero, episodios de éste, astronomía a todo pasto henchían las columnas de periódicos y revistas, y lo demás era tratado al desgaire, homeopáticamente. Así pudo pasar casi inadvertido, como no fuera para amigos y allegados de las víctimas, un suceso, digo mal, tres sucesos que en cualquiera otra época habrían soliviantado extraordinariamente al público: las misteriosas y casi simultáneas desapariciones de tres celeberrimos sabios: el Presidente de la Academia de Astronomía de Betulia, el Secretario de la de Astrofísica de Regania y el profesor de Química Estelar de Gongonosia (1). A quienes nadie había vuelto a ver los respectivos pelos, o respectivas calvas, y que debían ser cadáveres ya o hallarse secuestrados. Aunque nadie pudiera por ninguno rescate.

“Es raro”, fué cuanto se dijo, con indiferencia. Y a los pocos días se dejó de hablar de ellos. Siendo su epitafio el dicho de un periódico satírico que escribió:

“Nosotros no daríamos ni diez céntimos por el hallazgo de esas tres lumbreras desaparecidas, que no eran sino sabios de pega, y en realidad unos imbéciles que en toda su vida se distinguieron sino en el ahinco con que negaron el glorioso viaje de fines del pasado siglo.” “El glorioso no podía faltar.” “Y si al fin no parecen poco se habrá perdido.” A este extremo llegaban los apasionamientos.

¿Que porqué traigo a colación a esos tres ilustres extraviados, sin relación al parecer con esta historia?... Como muestra de cómo absorbía la atención de todo el mundo y apasionaba a todos el acontecimiento, *radirespectelepla*... No, no acabo de escribir, pues sería abusar, la palabra que spongo ya ha sido entendida. Además, si

he hablado de aquellos pobres sabios ha sido porque tal vez, andando el tiempo...

¡Ea! No hago sino andarme por las ramas, cuando por decir tengo, y es más interesante, que el primero de setiembre quedó cumplido el discutido vaticinio del Presidente Planetario, y lo anunciado espectacularmente por la desterrada.

Al caer la tarde de aquel día las cinco nuevas y modificadas estaciones receptoras del Instituto apuntaron a Venus sus antenas. Que el mecanismo sidereocronoeléctrico—¡qué bien se arregla uno con estas expresivas palabras compuestas al estilo alemán!—ideado por Don Jaume y por él en persona manejado en aquella ocasión, mediante mando eléctrico, desde la sala de los teléfonos receptores, movía de modo que siguiendo al astro en su movimiento, no perdieran la enfilación a él. Además habíanse relacionado entre sí las estaciones en forma que las vibraciones individuales de sus cinco antenas sumaran sus amplitudes, quintuplicando el efecto de la onda recibida (1).

Recordando cuándo y cómo se produjeron las perturbaciones de 2204, se suponía no llegara el esperado telegrama sino una hora, lo más pronto, después de puesto el Sol; y aun cuando todo estaba precavidamente dispuesto para mucho antes, la verdadera expectación y los recelos no comenzaron sino hacia las ocho de la noche. Mas desde entonces cada minuto transcurrido sin traer indicio de actividad en los aparatos, parecía una hora a quienes de ellos estaban pendientes.

Al fin a las 8 y 27 el teléfono receptor crujió haciendo:

taaac, tic, taaac, tic, taac.

—Ya, ya—gritó el telegrafista que lo tenía al oído, a la veintena de personas que enmudecidas por ansioso interés lo rodeaban—. Acaban de hacer la señal de comienzo de transmisión.

Un clamor de júbilo sucedió al pasado silencio. No obstante su acerada fortaleza, Ripoll sintió que le temblaban las piernas. Tres o cuatro astrónomos corrieron a las ventanas, y desde allí gritaron a la multitud agolpada al pie de ellas:

—Ya avisan que van a comenzar a transmitir.

—¡Viva Venus!—gritó una voz.

(1) Bajo estos nombres se disfrazan los de tres capitales europeas, para no herir susceptibilidades de las dignas corporaciones a que pertenecían los secuestrados. Lo del porqué de la susceptibilidad nos lo dirá el tiempo.

(1) Gracias a original y novísimo procedimiento, sugerido por Carlos—cuyas particularidades se guardan en secreto que no he podido penetrar—que acoplaba en cantidad las cinco antenas receptoras mediante el uso de una sola toma de tierra para todas.

—¡Viva, viva!—voceó la muchedumbre.

—Callad, callad, que empiezan—dijo el telegrafista.

La emoción cerró todas las bocas, y en el hondísimo silencio, en el que nadie oía sino el latir del propio corazón, tornó el teléfono a vibrar con chasquidos breves y largos:

Tres *tics* y un *taac*, y el telegrafista escribió *V* en la cuartilla que delante tenía; un *tic*, y escribió *e*; *taac*, *tic*, y anotó *n...*

—Venus, Venus—gritó Ripoll, que mirando por cima del hombro de aquél presintió la *u* y la *s* que inmediatamente fueron escritas en la cuartilla.

—Corra a la estación del servicio oficial—dijo a uno de sus astrónomos—y telegráfíe al mundo entero que la palabra humana vuela ya, de mundo a mundo, por El Cosmos, que otro mundo ha comenzado a hablarnos.

Después de esto ya nada interrumpió el augusto silencio con que cuantos sobrecogidos de estupor, y honradamente conmovidos, rodeaban el aparato, aguardando acabara la recepción del portentoso telegrama.

He aquí su contexto, cuya sobria concisión hacía aún más trágico el vislumbre de dolores que en él impresionó a cuantos lo escucharon:

"Sara Sam, Comandante Aviación Nord—atlántica, aquí desterrada dieciocho años desde regreso Tierra planetóide pide auxilio. De prestárselo implora se le traiga noticia si vive su hijo. Recibí en iris Tierra señal haberse recibido mi telegrama iris Venus."

A Carlos le telegrafió su madre de adopción diciéndole: "Tu madre vive y telegráfíe lo siguiente", dándole a continuación traslado del anterior despacho.

El efecto de éste en el Instituto, el que causó en el mundo, el producido en los personajes de esta historia se suponen, sin que sea necesario pintarlo con ditirámicos encomios.

Por dicha, ya estaba en estado de funcionar la segunda ampolla de La Capitana, que iba a evitarle a la pobre proscrita meses de cruel incertidumbre, sobre su propia suerte, y sobre su hijo. Quiso también su buena estrella que por entonces se viera desde Venus Isia—ya se recordará la Tierra—no cual estrecha media luna en menguante, según desde ésta era vista aquélla, sino en más de tres cuartos de su disco cercano al *plenis terræ*; y no durante escaso tiempo a prima noche sino día y noche

enteros (1). Por ello aunque la lentitud de la terrestre telegrafía espectral sería igual a la de la venusina de igual naturaleza, utilizada por Sara en mayo, con largas interrupciones que la obligaron a emplear tres fechas para cursar pocas palabras, podría-se desde aquí telegrafiar con ella durante las doce horas, poco más o menos, que por efecto del movimiento de rotación de la Tierra tardara el Instituto en recorrer el hemisferio de ésta enfrentado con Venus.

Así, telegrafiendo con sus dos ampollas desde las nueve de la mañana hasta las ocho y cuarto de la noche del siguiente día pudo Maripepa transmitir íntegro el siguiente *terroespectrograma*:

"Capitana Bureba (Viuda Fairelo) a Sara Sam. Diez actual partirán planetóide socorro Jaime Ripoll y Carlos Fairelo Sam."

A los dos días se supo haber llegado a su destino este mensaje; pues antes de transcurridas dos horas de la puesta del Sol se recibía respuesta por radiotelegrafía ordinaria, o semiordinaria, pues que la planetaria no funcionaba aún sino el sentido Tierra-Venus. Decía dicha respuesta:

"Dios les pague noticia mi hijo y ayude éste salvar su madre. Cuando lleguen cien millares kilómetros de Venus, planeen sobre hemisferio inacabable noche, avisenme

(1) No porque no pudiera verse el planeta en pleno día, pues los astrónomos han ideado modo de observar durante él los nocturnos astros; sino porque para trabajo de la índole del que iba a realizarse no parecía indicada la observación diurna.

También la Tierra tiene fases, vista desde Venus. Pero las de ella difieren de las de la Luna todavía más que las de Venus. Lo más saliente de tal diferencia es que dichas fases son: llena y grande; menguante, sin llegar nunca a hacerse nueva; creciente; llena y pequeña; menguante sin llegar a nueva; creciente y otra vez llena y grande. Ocasión la última, en la cual ha de ser vista desde Venus como el lucero más hermoso de sus ciclos: mucho más grande y rutilante que desde aquí la vemos a ella cuando más opulenta se nos muestra. Pues Venus no es para nosotros llena sino cuando más alejada la tenemos, mientras nosotros somos vistos llenos desde allá dos veces: cuando más alejados y cuando más cercanos. La Tierra llena y grande se verá casi siete veces mayor que la llena y pequeña y casi ocho más que la Venus más brillante que nosotros podemos ver.

El no haber nunca para Venus Tierra nueva es consecuencia de no quedar nunca ésta entre aquélla y el Sol, por ser su órbita externa a la de aquel planeta. Con respecto al cual es la Tierra como él para ella estrella matutina o vespertina a temporadas.

Por último, el creciente y el menguante anterior y posterior a la máxima Tierra llena duran poco más de dos meses y los anterior y siguiente a la mínima unos cinco.

Ya se ve que estas fases son bastante extrañas.

con radiofonía planetoide, y aguarden, sin acercarse menor distancia, noticias necesarias evitar accidentes descenso estos mares."

"Enterados" contestaron las espectrales pistolas telegráficas de La Capitana.

Aunque muy laboriosamente, por haber de recurrir a dos diferentes sistemas telegráficos, y muy lento uno de ellos, ya hablaban los mundos.

El entusiasmo con ello levantado en éste infló e infló desmesuradamente las peticiones, ya antes numerosísimas, de pasajes en el autoplanetoide que se contaban por millares, cuando en él no cabían sino 225 personas, de las cuales habían de ser 140 astrónomos, pilotos, obreros, guardias encargados de mantener el orden público, científicos comisionados y oficiales representantes diplomáticos. Quedando solamente 85 plazas disponibles para *turistas*, esto inspiró a Ripoll, que no por sabio astrónomo dejaba de ser buen catalán, y mirar al negocio entre ojeada y ojeada a las estrellas, la idea de que el T. I. de V. P. hiciera uno redondo. Cual lo hizo no poniendo al pasaje precio fijo, sino mínimo, por de contado atroz, sobre el cual pujaron los solicitantes adjudicándose las plazas a los mejores postores. Con económico éxito que superó las más halagüeñas esperanzas; pues plaza hubo que se pagó en 800.000 pesos, no bajando ninguna de los 300.000. El autoplanetoide iba a llevar a Venus un cargamento de multimillonarios.

### XXXIII

#### TODOS CONTENTOS

Tres días antes del señalado para la marcha llegaban a Paramillo Ripoll, Guzmán, siete astrónomos y quince obreros del Instituto que con los primeros iban a embarcar; y, además de éstos, Maripepa y Luisa. Que no solamente acudían a despedir a los expedicionarios sino a instalarse en los astilleros. Pues se recordará que la excapitana había de dirigir allí la construcción del segundo aviestelar.

Y henos ya en el día de la partida, cuando se está acabando el almuerzo que iba, en mucho tiempo, a ser última comida de Maripepa con Carlos y con Ripoll; y al que concurrían Valdivia y tres de los cuatro pilotos del primer viaje. Que, sin vacilar, habían aceptado prestar servicio en el se-

gundo. Y si no aceptó el cuarto fué por haber muerto. Almuerzo en el que a todos sorprendió que, estando tan cercano ya el temido momento de la separación, se mantuviera tan entera, como parecía estarlo, Maripepa: que no lo estaba los días anteriores en los que andaba cavilosa.

Habían sido causa de tales cavilaciones el pensar que, aun siendo grandísima su confianza en el saber, pericia y serenidad de Valdivia en el gobierno del orbimotor, no llegaba a la que en sí misma tenía, y el decirse que el temor a dolorosos recuerdos y su escaso deseo y aun recelo de encontrarse con su antigua y temible rival, no debían pesar, egoístamente, en su ánimo para retraerla del viaje más que el deber de emplear todo su saber y su conocimiento del estelar vehículo, por ella inventado, y toda su experiencia en el manejo de él en defender de los riesgos de la travesía las vidas de quienes en él iban, y sobre todo la de su Carlos. A quien, de otra parte, y de seguir su verdadera madre siendo lo que en tiempos fué, asustábala dejar expuesto durante larga temporada a la única influencia de ésta.

Por último, y además de todo esto, había también pensado que, no sólo había Valdivia sido su segundo de a bordo, sino, antes de ello, su inmediato e inteligentísimo ingeniero auxiliar en la fabricación del autoplanetoide, con aptitud sobrada para poder construir, sobre los planos de él, que tenía en Paramillo, el segundo ejemplar, cuya fabricación le había sido a ella encomendada.

Consecuencia, para ella, de tales cavilaciones, y explicación a los demás de la serenidad presente fué que, cuando acababa de tomar el café, dijo, volviéndose hacia el ingeniero, y mirando en seguida sonriente a Carlos y a Don Jaime, entre los cuales estaba sentada:

—Amigo Valdivia, haga usted desembarcar en seguida su equipaje.

—¿Cómo?

—Sí: usted se queda dirigiendo la construcción del segundo orbimotor, porque yo tomo el mando del...

No pudo acabar de decir "primero" porque los abrazos y besos de Carlos no se lo permitieron.

—Mamá, mamá.

—¡Pepeta, Pepeta!

—¡Qué alegría, qué alegría!

—¡Recongelación! Ya tenemos otra vez Capitana.



